

COMENTARIO BIBLICO MUNDO HISPANO

TOMO 2

EXODO

Editores Generales

Daniel Carro

José Tomás Poe

Rubén O. Zorzoli

Editores Especiales

Antiguo Testamento: Dionisio Ortiz

Nuevo Testamento: Antonio Estrada

Ayudas Prácticas: James Giles

Artículos Generales: Jorge E. Díaz

Diagramación: Exequiel San Martín A.

EDITORIAL MUNDO HISPANO

Apartado Postal 4256, El Paso, TX 79914 EE. UU. de A.

Agencias de Distribución

ARGENTINA: C. S. Lamas 2757, 1856 Glew

BOLIVIA: Casilla 2516, Santa Cruz

COLOMBIA: Apartado Aéreo 55294, Bogotá 2 D. E.

COSTA RICA: Apartado 285, San Pedro Montes de Oca, San José

CHILE: Casilla 1253, Santiago

ECUADOR: Casilla 3236, Guayaquil

EL SALVADOR: Apartado 2506, San Salvador

ESPAÑA: Padre Méndez #142-B, 46900 - Torrente, Valencia

ESTADOS UNIDOS: 7000 Alabama; El Paso, TX 79904

Teléfono (915) 566-9656

PEDIDOS; 1 (800) 755-5958

Fax: (915) 562-6502

960 Chelsea Street, El Paso, TX 79903

312 N. Azusa Ave., Azusa, CA 91702

1360 N.W. 88th Ave., Miami, FL 33172

GUATEMALA: Apartado 1135, 01901 Guatemala

HONDURAS: Apartado 279, Tegucigalpa

MEXICO: Apartado 113-182, 03300 México, D. F.

Madero 62, Col. Centro, 06000 México, D. F.

Independencia 36-B, Col. Centro, Deleg. Cuauhtémoc, 06050 México, D. F.

Matamoros 344 Pte. Torreón, Coahuila, México

Hidalgo 713, 44290 Guadalajara, Jalisco

16 de Septiembre 703 Ote., Cd. Juárez, Chihuahua

NICARAGUA: Apartado 2340, Managua

PANAMA: Apartado 87-1024, Panamá 5

PARAGUAY: Casilla 1415, Asunción

PERU: Apartado 3177, Lima

PUERTO RICO: Calle 13 S.O. #824, Capparra Terrace

Calle San Alejandro 1825, Urb. San Ignacio, Río Piedras
REPUBLICA DOMINICANA: Apartado 880, Santo Domingo
URUGUAY: Casilla 14052, Montevideo

VENEZUELA: Apartado 3653, El Trigo 2002 A, Valencia, Edo. Carabobo

© Copyright 1993, Editorial Mundo Hispano. Texto bíblico de la Santa Biblia: Versión Reina-Valera Actualizada, © copyright 1982, 1986, 1987, 1989, usado con permiso. Todos los derechos reservados. No se podrá reproducir o transmitir todo o parte de este libro en ninguna forma o medio sin el permiso escrito de los publicadores, con la excepción de porciones breves en revistas y/o periódicos.

Primera edición: 1993

Segunda edición: 1997

Clasificación Decimal Dewey: 220.7

Tema: 1. Biblia—Comentarios

ISBN: 0-311-03102-1

E.M.H. No. 03102

1 M 10 97

PREFACIO GENERAL

Desde hace muchos años, la Editorial Mundo Hispano ha tenido el deseo de publicar un comentario original en castellano sobre toda la Biblia. Varios intentos y planes se han hecho y, por fin, en la providencia divina, se ve ese deseo ahora hecho realidad.

El propósito del Comentario es guiar al lector en su estudio del texto bíblico de tal manera que pueda usarlo para el mejoramiento de su propia vida como también para el ministerio de proclamar y enseñar la palabra de Dios en el contexto de una congregación cristiana local, y con miras a su aplicación práctica.

El *Comentario Bíblico Mundo Hispano* consta de veinticuatro tomos y abarca los sesenta y seis libros de la Santa Biblia.

Aproximadamente ciento cincuenta autores han participado en la redacción del comentario. Entre ellos se encuentran profesores, pastores y otros líderes y estudiosos de la Palabra, todos profundamente comprometidos con la Biblia misma y con la obra evangélica en el mundo hispano. Proviene de diversos países y agrupaciones evangélicas; y han sido seleccionados por su dedicación a la verdad bíblica y su voluntad de participar en un esfuerzo mancomunado para el bien de todo el pueblo de Dios. La carátula de cada tomo lleva una lista de los editores, y la contratapa de cada volumen identifica a los autores de los materiales incluidos en ese tomo particular.

El trasfondo general del Comentario incluye toda la experiencia de nuestra editorial en la publicación de materiales para estudio bíblico desde el año 1890, año cuando se fundó la revista *El Expositor Bíblico*. Incluye también los intereses expresados en el seno de la Junta Directiva, los anhelos del equipo editorial de la Editorial Mundo Hispano y las ideas recopiladas a través de un cuestionario con respuestas de unas doscientas personas de variados trasfondos y países latinoamericanos. Específicamente el proyecto nació de un Taller Consultivo convocado por Editorial Mundo Hispano en septiembre de 1986.

Proyectamos el *Comentario Bíblico Mundo Hispano* convencidos de la inspiración divina de la Biblia y de su autoridad normativa para todo asunto de fe y práctica. Reconocemos la

necesidad de un comentario bíblico que surja del ambiente hispanoamericano y que hable al hombre de hoy.

El Comentario pretende ser:

- * Crítico, exegetico y claro;
- * una herramienta sencilla para profundizar en el estudio de la Biblia;
- * apto para uso privado y en el ministerio público;
- * una exposición del auténtico significado de la Biblia;
- * útil para aplicación en la iglesia;
- * contextualizado al mundo hispanoamericano;
- * un instrumento que lleve a una nueva lectura del texto bíblico y a una más dinámica comprensión de ella;
- * un comentario que glorifique a Dios y edifique a su pueblo;
- * un comentario práctico sobre toda la Biblia.

El *Comentario Bíblico Mundo Hispano* se dirige principalmente a personas que tienen la responsabilidad de ministrar la Palabra de Dios en una congregación cristiana local. Esto incluye a los pastores, predicadores y maestros de clases bíblicas.

Ciertas características del comentario y algunas explicaciones de su metodología son pertinentes en este punto.

El **texto bíblico** que se publica (con sus propias notas —señaladas en el texto con un asterisco, *,— y títulos de sección) es el de *La Santa Biblia: Versión Reina-Valera Actualizada*. Las razones para esta selección son múltiples: Desde su publicación parcial (*El Evangelio de Juan*, 1982; el *Nuevo Testamento*, 1986), y luego la publicación completa de la Biblia en 1989, ha ganado elogios críticos para estudios bíblicos serios. El Dr. Cecilio Arrastía la ha llamado “un buen instrumento de trabajo”. El Lic. Alberto F. Roldán la cataloga como “una valiosísima herramienta para la labor pastoral en el mundo de habla hispana”. Dice: “Conservando la belleza proverbial de la Reina-Valera clásica, esta nueva revisión actualiza magníficamente el texto, aclara —por medio de notas— los principales problemas de transmisión. . . Constituye una valiosísima herramienta para la labor pastoral en el mundo de habla hispana.” Aun algunos que han sido reticentes para animar su uso en los cultos públicos (por no ser la traducción de uso más generalizado) han reconocido su gran valor como “una Biblia de estudio”. Su uso en el Comentario sirve como otro ángulo para arrojar nueva luz sobre el Texto Sagrado. Si usted ya posee y utiliza esta Biblia, su uso en el Comentario seguramente le complacerá; será como encontrar un ya conocido amigo en la tarea hermenéutica. Y si usted hasta ahora la llega a conocer y usar, es su oportunidad de trabajar con un nuevo amigo en la labor que nos une: comprender y comunicar las verdades divinas. En todo caso, creemos que esta característica del Comentario será una novedad que guste, ayude y abra nuevos caminos de entendimiento bíblico. La RVA aguenta el análisis como una fiel y honesta presentación de la Palabra de Dios. Recomendamos una nueva lectura de la Introducción a la Biblia RVA que es donde se aclaran su historia, su meta, su metodología y algunos de sus usos particulares (por ejemplo, el de letra cursiva para señalar citas directas tomadas de Escrituras más antiguas).

Los demás elementos del Comentario están organizados en un formato que creemos dinámico y moderno para atraer la lectura y facilitar la comprensión. En cada tomo hay un **artículo general**. Tiene cierta afinidad con el volumen en que aparece, sin dejar de tener un valor general para toda la obra. Una lista de ellos aparece luego de este Prefacio.

Para cada libro hay una **introducción** y un **bosquejo**, preparados por el redactor de la exposición, que sirven como puentes de primera referencia para llegar al texto bíblico mismo y a la exposición de él. La **exposición** y **exégesis** forma el elemento más extenso en cada tomo. Se desarrollan conforme al bosquejo y fluyen de página a página, en relación con los trozos del texto bíblico que se van publicando fraccionadamente.

Las **ayudas prácticas**, que incluyen ilustraciones, anécdotas, semilleros homitéticos, verdades prácticas, versículos sobresalientes, fotos, mapas y materiales semejantes acompañan a la exposición pero siempre encerrados en recuadros que se han de leer como unidades.

Las **abreviaturas** son las que se encuentran y se usan en *La Biblia Reina-Valera Actualizada*. Recomendamos que se consulte la página de Contenido y la Tabla de Abreviaturas y Siglas que aparece en casi todas las Biblias RVA.

Por varias razones hemos optado por no usar letras griegas y hebreas en las palabras citadas de los idiomas originales (griego para el Nuevo Testamento, y hebreo y arameo para el Antiguo Testamento). El lector las encontrará “transliteradas,” es decir, puestas en sus equivalencias aproximadas usando letras latinas. El resultado es algo que todos los lectores, hayan cursado estudios en los idiomas originales o no, pueden pronunciar “en castellano”. Las equivalencias usadas para las palabras griegas (Nuevo Testamento) siguen las establecidas por el doctor Jorge Parker, en su obra *Léxico-Concordancia del Nuevo Testamento en Griego y Español*, publicado por Editorial Mundo Hispano. Las usadas para las palabras hebreas (Antiguo Testamento) siguen básicamente las equivalencias de letras establecidas por el profesor Moisés Chávez en su obra *Hebreo Bíblico*, también publicada por Editorial Mundo Hispano. Al lado de cada palabra transliterada, el lector encontrará un número, a veces en tipo romano normal, a veces en tipo bastardilla (letra cursiva). Son **números del sistema “Strong”**, desarrollado por el doctor James Strong (1822–94), erudito estadounidense que compiló una de las concordancias bíblicas más completas de su tiempo y considerada la obra definitiva sobre el tema. Los números en tipo romano normal señalan que son palabras del Antiguo Testamento. Generalmente uno puede usar el mismo número y encontrar la palabra (en su orden numérico) en el *Diccionario de Hebreo Bíblico* por Moisés Chávez, o en otras obras de consulta que usan este sistema numérico para identificar el vocabulario hebreo del Antiguo Testamento. Si el número está en bastardilla (letra cursiva), significa que pertenece al vocabulario griego del Nuevo Testamento. En estos casos uno puede encontrar más información acerca de la palabra en el referido *Léxico-Concordancia...* del doctor Parker, como también en la *Nueva Concordancia Greco-Española del Nuevo Testamento*, compilada por Hugo M. Petter, el *Nuevo Léxico Griego-Español del Nuevo Testamento* por McKibben, Stockwell y Rivas, u otras obras que usan este sistema numérico para identificar el vocabulario griego del Nuevo Testamento. Creemos sinceramente que el lector que se tome el tiempo para utilizar estos números enriquecerá su estudio de palabras bíblicas y quedará sorprendido de los resultados.

Estamos seguros que todos estos elementos y su feliz combinación en páginas hábilmente diseñadas con diferentes tipos de letra y también con ilustraciones, fotos y mapas harán que el *Comentario Bíblico Mundo Hispano* rápida y fácilmente llegue a ser una de sus herramientas predilectas para ayudarle a cumplir bien con la tarea de predicar o enseñar la Palabra eterna de nuestro Dios vez tras vez.

Este es el deseo y la oración de todos los que hemos tenido alguna parte en la elaboración y publicación del Comentario. Ha sido una labor de equipo, fruto de esfuerzos mancomunados, respuesta a sentidas necesidades de parte del pueblo de Dios en nuestro mundo hispano. Que sea

un vehículo que el Señor en su infinita misericordia, sabiduría y gracia pueda bendecir en las manos y ante los ojos de usted, y muchos otros también.

Los Editores
Editorial Mundo Hispano

Lista de Artículos Generales

Tomo	1:	<i>Principios de interpretación de la Biblia</i>
Tomo	2:	<i>Autoridad e inspiración de la Biblia</i>
Tomo	3:	<i>La ley (Torah)</i>
Tomo	4:	<i>La arqueología y la Biblia</i>
Tomo	5:	<i>La geografía de la Biblia</i>
Tomo	6:	<i>El texto de la Biblia</i>
Tomo	7:	<i>Los idiomas de la Biblia</i>
Tomo	8:	<i>La adoración y la música en la Biblia</i>
Tomo	9:	<i>Géneros literarios del Antiguo Testamento</i>
Tomo	10:	<i>Teología del Antiguo Testamento</i>
Tomo	11:	<i>Instituciones del Antiguo Testamento</i>
Tomo	12:	<i>La historia general de Israel</i>
Tomo	13:	<i>El mensaje del Antiguo Testamento para la iglesia de hoy</i>
Tomo	14:	<i>El período intertestamentario</i>
Tomo	15:	<i>El mundo grecorromano del primer siglo</i>
Tomo	16:	<i>La vida y las enseñanzas de Jesús</i>
Tomo	17:	<i>Teología del Nuevo Testamento</i>
Tomo	18:	<i>La iglesia en el Nuevo Testamento</i>
Tomo	19:	<i>La vida y las enseñanzas de Pablo</i>
Tomo	20:	<i>El desarrollo de la ética en la Biblia</i>
Tomo	21:	<i>La literatura del Nuevo Testamento</i>
Tomo	22:	<i>El ministerio en el Nuevo Testamento</i>
Tomo	23:	<i>El cumplimiento del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento</i>
Tomo	24:	<i>La literatura apocalíptica</i>

AUTORIDAD E INSPIRACION DE LA BIBLIA

JOSÉ BORRÁS

INTRODUCCION

Todos los grupos evangélicos que mantienen los principios básicos de la Reforma del siglo XVI, es decir, sólo la fe, sólo la gracia y sólo la Escritura, creen y sostienen que la Biblia es la única norma de fe y conducta cristiana, constituyendo la suprema y última autoridad, tanto para la iglesia como para el creyente. En este aspecto, las iglesias evangélicas, llamadas vulgarmente “protestantes”, se diferencian de la Iglesia Católica Romana en que ésta, junto con las Sagradas Escrituras, mantiene otras fuentes de inspiración con la misma autoridad que aquélla. Estas otras fuentes de inspiración son tres:

(1) La *tradición*, es el conjunto de verdades reveladas no contenidas en las Sagradas Escrituras que se han transmitido oralmente de padres a hijos en el transcurso de los siglos.

(2) Las *conclusiones de los concilios ecuménicos*. Un concilio ecuménico es una junta o congreso de obispos, teólogos y otros eclesiásticos y personas destacadas e influyentes de la Iglesia Católica Romana de todas las partes de la cristiandad, o de una gran parte de ella (ecuménico significa universal) convocados legítimamente para deliberar y decidir sobre las materias de fe y conducta. Hasta el presente se han celebrado veintiún concilios ecuménicos. El primero tuvo lugar en Nicea, el año 325 d. de J.C., y en él se condenó la doctrina arriana, aceptándose que el Hijo era consubstancial al Padre. El último tuvo lugar en el Vaticano, Roma, recibiendo el nombre de Vaticano II, que comenzó con el papa Juan XXIII en el año 1962 y terminó con el papa Pablo VI en 1963, habiéndose tratado de “La Constitución de la Iglesia”.

(3) Las proclamaciones de los romanos pontífices, cuando éstos hablan *excathedra*, esto es, como maestros supremos de su iglesia, sobre materias de doctrina y de práctica. Como ejemplos de estas proclamaciones podemos citar las declaraciones dogmáticas de la inmaculada concepción de María, en 1854; de la infalibilidad del romano pontífice en 1870; y la última de todas, la de la asunción de María a los cielos en 1950.

AUTORIDAD DE LAS ESCRITURAS

La palabra “autoridad” se deriva de la palabra “autor”, por lo que la autoridad que poseen las Escrituras le viene de Dios, su autor, quien valiéndose de personas humanas escogidas, que han tenido una experiencia personal con él, se ha revelado a sí mismo a los hombres. Esta revelación se halla contenida en las Escrituras.

Dios no sólo ocupa el centro del mensaje bíblico, siendo el “objeto” principal (la Biblia habla de Dios en la creación, en la redención y concluye hablando de él en la restauración final), sino que es también el “sujeto” principal que crea, redime y restaura, revelándose a los hombres de muy diversas maneras, como por medio de sueños, visiones, audiciones de voces sobrenaturales, intervenciones divinas y, de forma muy especial, en la persona de su amado hijo Jesucristo. Así lo dice el autor de la epístola a los Hebreos: *Dios, habiendo hablado en otro tiempo muchas veces y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo* (1:1, 2).

Dios habla a los hombres, inspirándoles a través de su Espíritu para que dejen constancia escrita de esa revelación que él ha hecho de sí mismo, mostrándoles por un lado, su propia naturaleza, es decir, su santidad y amor; y por otro lado, lo que él espera de los hombres a

quienes creó para que tuviesen comunión con él, pero que habiéndose alejado de él por el pecado, desea reconciliarlos nuevamente consigo mediante el hecho histórico y salvífico de la muerte de Cristo (2 Cor. 5:19).

Quienes rechazan la autoridad de la Biblia lo hacen porque no aceptan que Dios se haya revelado a sí mismo, inspirando a los escritores sagrados que éstos dejaran constancia de dicha revelación. Es necesario, pues, que comencemos aclarando los términos de revelación e inspiración, para que podamos comprender qué queremos decir al afirmar que la Biblia es la palabra de Dios, la cual ha sido inspirada y que, por eso mismo, posee autoridad sobre la iglesia y sobre cada uno de los creyentes en todo lo que tiene que ver con su fe y su conducta.

Revelación e inspiración. A veces se confunden estos términos a causa de la interrelación de los mismos. A pesar de su estrecha conexión entre sí, no son ni significan lo mismo. La revelación es el hecho básico y fundamental, por el que Dios se da a conocer a sí mismo y que acontece en primer lugar. La inspiración sucede en segundo lugar, teniendo como objetivo poner de manifiesto la revelación que Dios ha hecho al hombre. Puede existir la revelación sin la inspiración, pero nunca existirá la inspiración sin haber tenido lugar antes la revelación. En otras palabras, la revelación es la verdad que emerge en la mente de una persona a la que Dios se ha manifestado; mientras que la inspiración es el deseo de que esa verdad sea conocida por otras personas y, por lo mismo, se escribe para que quede constancia y pueda ser transmitida a otros. La confesión de Pedro en Cesarea de Filipo, diciendo a Jesús: *¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente!* (Mat. 16:16), es una revelación; pero el hecho de que el evangelista Mateo la dejase por escrito para beneficio de sus lectores fue una inspiración que el Espíritu Santo le hizo.

Ya hemos mencionado que Dios utiliza diversas maneras para revelarse, valiéndose de visiones, sueños, ángeles y muchas otras maneras. Sin embargo, la revelación más completa y maravillosa tuvo lugar en la persona de su Hijo, hecho carne y habitando entre nosotros. A través de él podemos conocer a Dios: *Felipe, ¿y no me has conocido? El que me ha visto, ha visto al Padre* (Juan 14:9).

Creyendo en la bondad de Dios es lógico pensar que él quisiera comunicarse a los hombres para que éstos tuvieran un conocimiento adecuado de él, de su naturaleza, de sus atributos, de sus obras y de sus propósitos para con el hombre. Este conocimiento no se puede alcanzar plenamente por medio de la observación de la naturaleza, o revelación natural. Es cierto que algunos atributos de Dios, como su sabiduría, su grandeza y su poder pueden conseguirse observando la creación, tal como dice el salmista: *Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos* (Sal. 19:1); pero, es igualmente cierto, que mediante la observación y el estudio de la naturaleza nunca llegaríamos a descubrir otros atributos divinos, como son la justicia, la misericordia, la santidad y el amor de Dios. Como afirma el erudito Bernard Ramm “el conocimiento acerca de Dios debe ser un conocimiento que proceda de Dios”.

El estudiante de la Biblia debe tener siempre presente que la revelación no fue total y completa desde el principio, sino que ha sido gradual y progresiva. Dios ha venido revelando a los hombres la verdad paso a paso, conforme éstos podían asimilarla. Hay pasajes en el AT que escandalizan a los lectores modernos por su falta de ética moral. Así el autor del Salmo 137 se deleita pensando que las cabezas de los hijos de sus enemigos serán estrelladas contra la roca. El autor del Salmo 69 ruega a Dios que nunca perdone a sus enemigos. El profeta Samuel condena a Saúl por no matar a los niños pequeños de sus adversarios y por no haber cometido un genocidio total. Lo mismo podemos decir con respecto a ciertas prácticas como la esclavitud, la poligamia, la prostitución sagrada, el divorcio, etc., que eran habituales en las leyes, costumbres e ideales de

los pueblos vecinos a los israelitas en aquellos tiempos antiguos. En estos y en otros casos similares podemos decir lo que Jesús dijo a los fariseos cuando éstos le preguntaron acerca del divorcio, afirmando que ésta no era la voluntad de Dios, sino que él consentía tales prácticas, a causa de la dureza del corazón de los hombres (Mat. 19:8).

Al afirmar que la Biblia ha sido inspirada por Dios, estamos diciendo que los escritores sagrados no actuaron por iniciativa propia, sino por iniciativa divina, impulsados por el Espíritu Santo para que sus escritos comunicasen el mensaje de Dios a los hombres (2 Ped. 2:21). Al decir que los hombres de Dios escribieron los libros de la Biblia guiados por el Espíritu Santo, debemos entender el término escribir en un sentido amplio y especial, incluyendo no sólo el hecho de relatar el suceso por escrito, sino también el hecho de investigar los acontecimientos, seleccionar los documentos, arreglar los materiales, y todos aquellos pasos que conducen a la presentación de los hechos. Esto es lo que hizo el evangelista Lucas cuando se sintió inspirado para escribir el Evangelio, tal como él mismo lo dice en Lucas 1:1-3.

El texto de 2 Timoteo 3:16 que dice: *Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para la enseñanza, para la reprensión, para la corrección, para la instrucción en justicia*, es fundamental para comprender el significado del término inspiración. La palabra griega utilizada por Pablo, *theopnéustos*, literalmente indica que los escritos fueron producidos por el “soplo de Dios”, indicando con ello que los escritores no sólo fueron dirigidos por Dios, sino que Dios infundía a sus escritos esa cualidad especial que los convertía en útiles para enseñar, reprender, corregir e instruir en justicia.

El hecho de que algunos eruditos eliminen el primer verbo y traduzcan el texto diciendo: *toda Escritura divinamente inspirada es útil para la enseñanza*,... no cambia el sentido esencial de lo que Pablo quiso poner de manifiesto, es decir, que el AT, la Escritura, el conjunto de libros aceptados por los judíos de Palestina, había sido escrito bajo la inspiración de Dios y por lo mismo, tenía que ser considerado como la última y suprema norma de fe.

Doble elemento en la Biblia. Al hablar de la inspiración de las Escrituras debemos tener en cuenta un doble elemento: el elemento divino (*toda Escritura es inspirada por Dios*, 2 Tim. 3:16) y el elemento humano (*los hombres hablaron de parte de Dios*, 2 Ped. 1:21). Esto nos lleva a considerar cómo están relacionados entre sí estos dos elementos, el divino y el humano, en la composición de los escritos bíblicos. Es de suma importancia mantener presente el doble elemento, sin sobreénfatizar uno sobre el otro, lo que inevitablemente nos conduciría al error, como aconteció a algunos teólogos importantes de los primeros siglos del cristianismo, en relación con la doble naturaleza de Cristo.

Elemento divino. La Biblia es el libro de Dios, porque a través de él revela su voluntad a los hombres. A menos que se parta de la base de que las Escrituras han sido inspiradas por Dios (2 Ped. 1:21), utilizando a hombres que tuvieron una experiencia espiritual íntima y personal con él, no se podrá entender el valor religioso y espiritual que las convierte en un libro único, distinto de todos los demás libros, con un mensaje válido para todos los hombres en todos los tiempos y en todas las partes del mundo.

De hecho, solamente las personas que hayan tenido una verdadera experiencia espiritual con Dios, de comunión y de perdón, como la que tuvieron los escritores de la Biblia, podrán entender el verdadero significado de las verdades morales y espirituales contenidas en sus páginas y el mensaje que Dios dirige a través de ellas a los hombres. Cualquier otro acercamiento a las Escrituras, ya sea desde un punto de vista, literario, histórico, filosófico o científico aparte del interés religioso y espiritual, conduce necesariamente a un fracaso completo.

Este elemento divino de las Escrituras se manifiesta claramente entre otras cosas, por la unidad de propósito que se ve en medio de la diversidad de sus sesenta y seis libros, escritos por más de treinta autores distintos y en un período superior a los mil años. Es necesario aceptar que ha habido una mente superior dirigiendo la mente de todos esos escritores.

Elemento humano. El segundo elemento a tener en consideración en los escritos bíblicos es el elemento humano. La Biblia ha sido escrita en un lenguaje humano, por hombres con habilidades y debilidades humanas. Al transmitir los pensamientos que Dios les inspiraba, no se suprimía la personalidad del autor, ni coartaba su libertad de expresión, sino que cada uno de ellos escribía utilizando sus propias palabras, así como sus propias peculiaridades gramaticales y estilo. Algunos escribieron utilizando un lenguaje muy bueno, mientras que otros usaron un vocabulario más deficiente; algunos conocían muy bien las reglas gramaticales y otros no tanto; algunos utilizaban la poesía y otros la prosa común; algunos empleaban un lenguaje figurado repleto de metáforas, símiles y alegorías, mientras que otros utilizaron un estilo llano y sin adornos literarios. Cualquier lector de la Biblia puede darse cuenta fácilmente que los escritos de Juan son muy diferentes de los de Pedro; así como que el hebreo puro de Isaías es distinto del hebreo arameizado de Daniel. Estas diferencias de estilo pueden atribuirse, no sólo al hecho de que eran personas pertenecientes a distintas épocas y a diferentes niveles sociales y culturales, sino también a las circunstancias peculiares en las que escribieron. Moisés, siendo el caudillo de su pueblo que andaba de acá para allá, escribiría en medio de las dificultades del desierto; mientras que David, siendo rey y viviendo en un palacio, escribiría en circunstancias mucho más cómodas y tranquilas. Isaías, siendo pariente de reyes y teniendo entrada en el palacio, usa ejemplos relacionados con la familia real; mientras que Amós, siendo un pastor que camina tras el rebaño al aire libre, usa ejemplos de los animales del campo que forman el medio ambiente en el que se halla. Sin embargo, todos esos escritores, con las características particulares de cada uno, su idiosincrasia personal, sus talentos y preferencias de estilo, y sus propios modos y maneras de presentar el mensaje, escribían bajo la dirección e inspiración del Espíritu Santo, realizándose una valiosa y armonizada colaboración del elemento humano con el divino.

TEORIAS SOBRE LA INSPIRACION

Aunque generalmente todos los eruditos bíblicos aceptan que la Biblia ha sido inspirada por Dios, no todos entienden lo mismo cuando se hace semejante afirmación. Por eso es bueno que conozcamos bien lo que se entiende por inspiración, así como las diversas teorías existentes sobre la manera en que Dios inspira a los escritores.

El Dr. Augusto H. Strong, en su obra *Teología Sistemática*, define la inspiración diciendo que es “aquella influencia del Espíritu de Dios sobre la mente de los escritores de la Biblia que hace de esos escritos el relato de una revelación divina progresiva y suficiente, siempre y cuando se tomen juntos y se interpreten por el mismo Espíritu que los inspiró para guiar a todo buscador sincero hacia Cristo y hacia la salvación.”

Con el fin de armonizar la relación entre los elementos divino y humano en la inspiración de las Escrituras, se han presentado diversas teorías que básicamente pueden reducirse a dos grupos, las que dan énfasis al escritor y las que hacen hincapié sobre el escrito, las cuales se subdividen, a su vez, en otras teorías que mencionaremos brevemente.

Teorías que dan énfasis sobre el escritor

1. Teoría de la intuición. Según esta teoría, la inspiración es sólo el conocimiento natural del hombre, elevado a un plano más alto de desarrollo. Puesto que Dios mora en todos los hombres, todos ellos son inspirados. El grado de inspiración depende de su capacidad natural, mental y espiritual. Según esta teoría, la inspiración de los escritores del Antiguo y Nuevo

Testamentos es similar a la inspiración que mueve a los poetas, escultores y pintores a realizar sus obras maestras. En tal caso, la Biblia es un conjunto de libros escritos por hombres religiosos de Israel que poseían una facultad intelectual extraordinaria, como pudiera ser el caso de Juan Milton, Miguel de Cervantes, o cualquier otro escritor famoso. Si la Biblia es un libro superior a los demás libros conocidos, es porque sus autores poseían más sabiduría interna que los demás escritores.

Esta teoría es generalmente rechazada por los creyentes evangélicos, ya que todo el énfasis está puesto sobre el hombre y no en Dios. Los propios escritores bíblicos afirman repetidamente que Dios hablaba por medio de ellos. Baste como ejemplo lo que nos dice David: *El Espíritu de Jehovah ha hablado por medio de mí, y su palabra ha estado en mi lengua* (2 Sam. 23:2).

2. Teoría de la iluminación. Esta teoría se diferencia de la anterior en que da énfasis al grado de las percepciones religiosas en lugar de las facultades naturales de las personas. Según esta teoría, la inspiración de los escritores de la Biblia se distingue solamente en grado no en calidad, de la que tienen todos los creyentes. En un sentido, los escritores bíblicos tuvieron la misma clase de inspiración que tuvieron los Padres de la Iglesia, pero en un grado superior a la de éstos.

Tampoco esta teoría puede ser mantenida, puesto que confunde la iluminación que el Espíritu Santo da a todos los creyentes con la inspiración que él concede a algunos hombres escogidos para dejar constancia de la revelación del mensaje de Dios para todos los hombres. La iluminación tiene que ver con la comprensión de las verdades que ya han sido reveladas e inspiradas, y que, por lo mismo, se hallan escritas en la Biblia.

Teorías que dan énfasis a lo escrito

1. Teoría de la inspiración mecánica. Esta teoría, llamada también de dictado, enfatiza el elemento divino o sobrenatural hasta tal punto que anula la personalidad del escritor humano, al que convierte en un simple amanuense o secretario. Siguiendo esta interpretación, los rabinos judíos decían: “Los escritores son como flautas que repiten los sonidos de la música soplada por el flautista divino, que es Dios”.

Esta interpretación, semejante a la que los mahometanos atribuyen a la composición del Corán, fue generalmente aceptada hasta el siglo pasado por la mayoría de los eruditos bíblicos, tanto católicos como evangélicos, y continúa siendo aceptada en nuestros días por algunos grupos ultraconservadores, quienes sostienen que Dios dictó palabra por palabra cada uno de los libros de la Biblia. Sin embargo, pocos teólogos destacados de nuestro tiempo aceptan este modo de interpretar la inspiración bíblica. Las mismas diferencias en los escritos, a las que hemos hecho alusión al tratar del elemento humano, indican que Dios no es el autor real de cada palabra.

Mantener la inspiración mecánica de las Escrituras es hacer responsable a Dios de los errores gramaticales, históricos y científicos que puedan aparecer en la Biblia. Sabemos que los escritores sagrados estaban interesados en asuntos de carácter religioso, moral y espiritual, para darnos a conocer la historia de la salvación; pero no en darnos información en el campo de la investigación y del conocimiento científico, enseñándonos en sus escritos geografía o astronomía. Esto es lo que ya en el siglo IV de nuestra era escribía acertadamente San Agustín de Hipona en su *Comentario sobre el Génesis*, al decir: “Los escritores sagrados, o mejor el Espíritu Santo que hablaba por ellos, no pretendió enseñar a los hombres cosas puramente científicas, puesto que en nada les habrían de servir para su salvación”. Y en otro lugar, nos dice el mismo autor: “No se lee en el Evangelio que dijera el Señor: ‘Os enviaré el Paracleto para que os enseñe el curso del sol y de la luna’. Porque quería hacer cristianos y no matemáticos”. La interpretación

mecánica apoya lo que, irónicamente, señala Abraham Kuyper cuando dice: “Cualquier alumno de enseñanza primaria que supiera escribir al dictado podría haber escrito la epístola a los Romanos tan bien como la escribió el apóstol Pablo”.

2. Teoría de la inspiración dinámica. Esta teoría enseña que lo que Dios ha inspirado no ha sido el lenguaje, sino el mensaje, dejando que los escritores sagrados transmitiesen la verdad divina que él les revelaba en sus propias palabras humanas y en el estilo literario y lingüístico propio de cada escritor. Esto ha dado como resultado la gran variedad y la belleza literaria que encontramos en los distintos libros de la Biblia.

Según esta teoría, aceptada por la mayoría de los eruditos de nuestro tiempo, en la inspiración Dios no anula ni limita la personalidad de los escritores, sino que los usa como instrumentos humanos que poseen sus peculiaridades particulares e individuales. De idéntica manera, Dios permite que cada escritor utilice los términos y expresiones que, siendo características de su tiempo y cultura, expresan adecuadamente la revelación divina.

Para concluir esta sección sobre la inspiración, es conveniente señalar que la expresión “inspiración verbal” no significa lo mismo para todos los eruditos bíblicos. Mientras unos entienden por esa frase que la inspiración es mecánica, otros entienden que es dinámica.

También debemos indicar que hay personas que aceptan que las Escrituras fueron inspiradas por Dios, pero sólo en lo que se refiere a los autógrafos originales y no a los manuscritos y versiones que poseemos actualmente, que proceden de copias de otras copias, y que presentan gran cantidad de variantes, y hasta contradicciones, entre los distintos textos. Por ello, niegan que la inspiración divina alcance a las traducciones y ediciones de la Biblia que poseemos actualmente.

Sin embargo, y en ello concuerdan los mejores eruditos, se puede afirmar que la inmensa mayoría de las discrepancias son de menor importancia, tratándose en muchos casos de errores de caligrafía y omisiones de letras o palabras, pero que no cambian su significado esencial ni alteran ningún precepto o doctrina religiosa. Esto se ve confirmado con el descubrimiento, en el año 1947, de las cuevas del Qumrán, junto al mar Muerto, donde se ha encontrado, entre otros muchos otros manuscritos, un pergamino que contiene el libro de Isaías, perteneciente al siglo primero a. de J.C. y que, prácticamente, es igual libro de Isaías que tenemos en el texto masorético perteneciente al siglo XI de la era cristiana. El profesor Stuart nos dice: “De las ochocientas mil variantes de la Biblia que he clasificado, cerca de setecientas noventa y cinco mil son de una importancia similar a si en la ortografía inglesa tenemos que escribir ‘honour’ o bien ‘honor’ olvidando la u. Es decir, no tiene ninguna importancia en cuanto a significado, sino simplemente en cuanto a ortografía. Las restantes ofrecen algún cambio de sentido en ciertos pasajes o expresiones, u omiten una palabra y hasta, alguna vez, una frase entera; pero ninguna doctrina religiosa es alterada por tal motivo; ningún precepto es quitado; ningún hecho importante queda alterado por la totalidad de las diversas variantes del texto bíblico tomadas en conjunto.”

La autoridad de la Biblia procede, pues, del hecho de que esa importante obra, ha sido inspirada por Dios. La inspiración divina es la que le otorga una autoridad única que no posee ningún otro libro. Y puesto que Dios nos habla a través de sus páginas, podemos afirmar que la Biblia es la palabra de Dios, y que sólo ella deber ser la última autoridad, tanto para la iglesia como para el creyente, en cuanto a los asuntos de fe y práctica. Cualquier otra declaración doctrinal, como puedan ser los credos o las confesiones de fe, tendrá autoridad espiritual solamente en la medida en que exprese lo que enseñan las Escrituras. Asimismo, el sermón predicado por cualquier ministro del evangelio, se convertirá en palabra de Dios y reflejará la

voluntad divina, en la medida que el predicador se ciña al mensaje contenido en la palabra escrita en la Biblia.

Existe una gran discusión entre los teólogos liberales y los conservadores con respecto a si la Biblia *es* la palabra de Dios, o si sólo *la contiene*. Mientras la posición liberal defiende que la Biblia *contiene* la Palabra de Dios mezclada con las palabras de los hombres, la posición más conservadora sostiene que la Biblia *es* la palabra de Dios, llegando algunos a afirmar que hay que aceptarla literalmente, con puntos y comas, desde el “en” hasta el “amén, esto es, desde la primera palabra del Génesis hasta la última del Apocalipsis.

Sin embargo, conviene señalar que cuando decimos que la Biblia es la palabra de Dios no estamos afirmando que Dios ha hablado cada una de las palabras que contiene. De hecho hay palabras que han sido dichas por Dios; otras fueron dichas por ángeles; otras por los escritores humanos, inspirados por Dios; otras por enemigos de Dios, otras por los propios demonios, e incluso otras por animales irracionales como en el caso del asna de Balaam (Núm. 22:28–30) y de la serpiente en el Edén (Gén. 3:1–5). Lo que queremos decir es que, detrás de todas ellas, se encuentra Dios dándonos el mensaje que él quiere hacernos llegar.

Karl Barth, uno de los principales teólogos neoortodoxos del siglo XX, (corriente teológica que, rechazando la doctrina racionalista del siglo XIX, mantiene las doctrinas tradicionales, pero reinterpretándolas teniendo en cuenta los adelantos científicos, los descubrimientos arqueológicos y los estudios bíblicos y hermenéuticos de los últimos tiempos) defiende que la Biblia es la palabra de Dios para el lector que, al leerla, reconoce y acepta que Dios le está hablando directa y personalmente a él. En este caso, y sólo en este caso, las palabras de los escritores bíblicos se convierten en la palabra de Dios, puesto que él está hablando al hombre a través de la palabra escrita. En este caso, el hombre reacciona positiva o negativamente al mensaje de Dios.

Algunos eruditos modernos, siguiendo al teólogo alemán Rudolf Bultmann, hablan de la necesidad de desmitificar, o desmitologizar la Biblia, diciendo que ésta contiene gran cantidad de “mitos” por haber sido escrita en tiempos antiguos, poco rigurosos en el aspecto científico y en los que se utilizaron expresiones y figuras literarias que resultan inaceptables en nuestro tiempo. Sobre este tema debemos hacer tres observaciones que pueden sernos útiles:

La primera es señalar que cuando estos eruditos hablan de “mitos” en la Biblia, hay que entender ese término en el sentido teológico en el que ellos lo usan, y no en el sentido tradicional y popular de algo ficticio inventado por los hombres. Para Bultmann y sus seguidores, un “mito” es una verdad doctrinal presentada en un lenguaje literario que la hermosea y la hace comprensible a los lectores. Estos teólogos no suelen negar la verdad existente, pero rechazan el ropaje literario en el que la verdad se halla envuelta. Por ejemplo, al leer en la Biblia el relato de la caída de nuestros primeros padres en el paraíso, dicen que la verdad consiste en que Adán y Eva pecaron desobedeciendo a Dios; pero el relato bíblico que describe al diablo tentándolos a comer una fruta, afirman ser un “mito”. La enseñanza expuesta en el capítulo tercero del Génesis es que el hombre pecó. La forma de presentar esa enseñanza es un “mito” que no hay que interpretar literalmente.

La segunda observación consiste en señalar que la Biblia contiene la revelación de Dios para todos los hombres en todas las épocas. La Biblia fue escrita hace muchos siglos en un lenguaje que podía ser entendido y aceptado por los contemporáneos de los escritores sagrados. Si éstos hubiesen escrito sus libros con la rigidez científica requerida por los hombres del siglo XX, su lectura hubiese resultado incomprensible para sus contemporáneos y para los hombres de las épocas anteriores a la nuestra. Por ello, tanto los eruditos bíblicos, como los teólogos y los

predicadores de todos los tiempos, tienen la responsabilidad de reformular e interpretar las verdades bíblicas que son eternas e inmutables, en el lenguaje comprensible al pueblo con el que viven. Este es uno de los grandes valores de las nuevas versiones de la Biblia y lo que ha pretendido obtener el equipo editorial de la Reina-Valera Actualizada, presentado el mensaje de siempre en el lenguaje de hoy.

La tercera, y la más importante de las observaciones, es señalar que, aunque en la Biblia puedan haber relatos no expuestos científicamente, así como figuras y expresiones retóricas extrañas a la cultura del siglo XX, las verdades esenciales que contiene están expuestas de tal manera que lo mismo los sabios que los incultos entienden su verdadero significado. Todo lector sincero y libre de prejuicios comprende lo que quiere decir que Dios es el creador de todo cuanto existe; que Dios es un padre de amor, que nos perdona y recibe cuando vamos a él arrepentidos; que todos los hombres han pecado y necesitan arrepentirse; que Cristo Jesús vino al mundo y murió en una cruz para salvar a los pecadores; que él resucitó al tercer día y está intercediendo por su pueblo, que es la iglesia; y que un día regresará de nuevo a la tierra para juzgar a los hombres, dándoles una recompensa o un castigo eternos de acuerdo a cómo hayan vivido. Estas verdades, que resumen la esencia de la Biblia, son comprensibles para todos los hombres, en todos los tiempos y en todos los lugares.

Hay que señalar que, aunque debemos amar la Biblia, considerándola como un verdadero tesoro, leyéndola con gran devoción y estudiándola con espíritu de oración, no debemos convertirnos en bibliólatras, considerando la Biblia como un fin en sí misma, sino como un medio adecuado que nos conduce a Dios. El teólogo Emil Brunner, neoortodoxo y suizo como Barth, a la vez que contemporáneo suyo, ridiculiza a quienes, rechazando al Papa de Roma, convierten la Biblia en un “Papa de papel”.

La Biblia no llama la atención hacia sí misma, ni se nos presenta en ninguna parte como el objeto de nuestra fe, sino que, a la vez que nos indica que su mensaje proviene de Dios, ella se convierte en un señalizador que nos ayuda a dirigir nuestra fe hacia ese Dios vivo que se revela a través de sus páginas y que se encarna en la persona de Jesucristo para reconciliar al mundo consigo mismo (2 Cor. 5:19). La Biblia es como ese letrero que encontramos en medio de una carretera indicándonos la dirección que debemos seguir para llegar a nuestro destino. El letrero no es el punto final de nuestro viaje, sino la ayuda que necesitamos para llegar sin equivocarnos a nuestro destino.

La Biblia demuestra su inspiración divina en la presentación de su mensaje. Tanto en el AT como en el NT, la Biblia enseña claramente que el mensaje proclamado es la palabra de Dios.

Antiguo Testamento. Los escritores sagrados, y muy concretamente los profetas, afirman que ellos transmiten lo que Dios les revela. Moisés afirmó que él hablaba lo que Dios le decía (Exo. 24:4). Cerca de 100 veces aparece en el Pentateuco la frase *Dios habló a Moisés, diciendo*; y a continuación Moisés escribió lo que Dios le había dicho. Lo mismo sucedió con Josué (Jos. 4:15), Samuel (1 Sam. 15:10) y otros, quienes escribieron lo que Dios les decía.

Los profetas hablaron con la plena convicción de hacerlo bajo la inspiración directa de Dios. Más de 200 veces encontramos en boca de los profetas frases como estas: *La palabra de Jehovah vino a mí, diciendo; oíd la palabra del Señor; Dios habló diciendo; así dice el Señor*. Otras veces las Escrituras enseñan que el Espíritu de Dios vino o cayó sobre los profetas, o que ellos recibieron la Palabra de Dios y se sintieron impelidos a comunicarla. Así sucede en Isaías 8:11, Jeremías 1:2–9 y Ezequiel 1:3. Hay 16 profetas que afirman haber hablado bajo la dirección divina. En Exodo 7:1 se enseña que el profeta es una persona que habla en nombre de Dios al

pueblo de su tiempo; o, dicho de otra manera, que trae las palabras de Dios a los hombres a los que se dirige (Exo. 4:22; Jer. 1:9).

Algunas personas tienen un concepto equivocado, creyendo que un profeta es alguien que adivina el futuro. Quien adivina el futuro es un adivino. El profeta, sin embargo, tiene la misión de declarar la voluntad de Dios a las personas a las que se dirige. Sólo debido al hecho de que existían profetas falsos, que afirmaban lo que Dios no les había revelado, es que, algunas veces, los profetas verdaderos anuncian el cumplimiento de tal o cual suceso para que, cuando éste se cumpla, las personas recuerden el vaticinio y reconozcan que el profeta que lo predijo era verdadero y proclamaba lo que Dios le había revelado. De aquí que las predicciones tuvieran que tener su cumplimiento poco tiempo después de haber sido anunciadas.

Algunas veces, y así acontece en algunas profecías mesiánicas, las palabras del profeta pueden tener una doble proyección: la primera tiene una aplicación inmediata para sus contemporáneos; y la segunda se cumplirá a la llegada del Mesías, siendo posible que el alcance de esta segunda proyección nunca haya pasado por la mente del profeta. Un ejemplo de esta clase de profecía la encontramos en el libro de Isaías, cuando el rey Acab no quiere pedir al profeta una prueba que le asegure de que éste habla en nombre de Dios, y ante la negativa del rey, Isaías le da la prueba, diciendo: *El mismo Señor os dará la señal: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel* (Isa. 7:14). Esta profecía se cumplió unos años después de pronunciada, ya que tenía que ver con la desaparición de los reinos de Siria e Israel que, con sus reyes Rezín y Pécaj, quisieron convencer al rey de Judá, Acab, para que se les uniera contra Asiria. El profeta dice al rey Acab que no tenga miedo, pues antes de que el niño que va a nacer de la mujer que aún es virgen sepa desechar lo malo y escoger lo bueno, es decir, alcance el uso de la razón, la tierra de esos dos reyes será abandonada (Isa. 7:16). La segunda aplicación de la profecía tuvo lugar cerca de 800 años después de pronunciada, cuando en Belén de Judá nació Jesús. El evangelista Mateo afirma: *Todo esto aconteció para que se cumpliese lo que habló el Señor por medio del profeta, diciendo: "He aquí, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emanuel"* (Mat. 1:22, 23).

Nuevo Testamento. En los días de Jesús los judíos poseían un conjunto de 39 libros considerados como inspirados, que estaban catalogados en tres grupos: Ley, Profetas y Escritos Sagrados. Estos libros eran considerados como *grafé*, es decir, Escritura, o las Escrituras (Rom. 9:17; Luc. 24:27), a las que a veces se les añadía el calificativo de “santas” o “sagradas” (Rom. 1:2, 2 Tim. 3:15). Estos libros son los que componen lo que conocemos como el Antiguo Testamento. El NT, compuesto por otros 27 libros, fue escrito después de la muerte de Cristo, entre los años 65 y 100 de nuestra era. Veamos en qué concepto tenían Jesús y los apóstoles los libros que constituían la Biblia en su tiempo.

Jesús demostró siempre una gran reverencia y un profundo respeto hacia las Escrituras, a las que apelaba para apoyar sus argumentos. En Juan 10:35 dijo que la Escritura no puede ser anulada. Hablando de sí mismo, afirmó que no había venido para abrogar la Ley o los Profetas, sino para darles cumplimiento, y añadió que *ni siquiera una jota, ni una tilde pasará de la ley hasta que todo haya sido cumplido* (Mat. 5:17, 18). En presencia de sus adversarios afirmó que la causa de su incredulidad era que no conocían las Escrituras (Mat. 22:29). Y al querer demostrar que él era el enviado de Dios, les dijo: *Escudriñad las Escrituras, porque... ellas son las que dan testimonio de mí* (Juan 5:39). Para Jesús una cita de las Escrituras era el fin de cualquier controversia. Decir “así está escrito” era como decir “así dice el Señor”. De esta manera refutó las tentaciones del diablo en el desierto (Mat. 4:4–10; Luc. 4:4, 8). En Juan 14:26 leemos que Jesús prometió a sus discípulos que cuando él se marchase les enviaría al

Consolador, el cual les enseñaría todas las cosas y les recordaría todo lo que él les había dicho. Esta promesa se cumplió el día de Pentecostés y, desde entonces, los discípulos hablaron convencidos de que sus palabras eran las palabras de Dios (1 Tes. 2:13) y se sentían seguros de que su testimonio era el testimonio de Dios (1 Jn. 5:9–12).

Pedro nos dice en Los Hechos 1:16 que *era necesario que se cumpliesen las Escrituras, en las cuales el Espíritu Santo habló de antemano por boca de David acerca de Judas...* En Los Hechos 3:18 afirma que lo que le había acontecido a Cristo es el cumplimiento de lo que Dios había anunciado de antemano por boca de todos los profetas. Expone la misma idea al escribir que *ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada; porque jamás fue traída la profecía por voluntad humana; al contrario, los hombres hablaron de parte de Dios siendo inspirados por el Espíritu Santo* (2 Ped. 1:20, 21). En este mismo capítulo, en los versículos precedentes, afirma que la voz de la profecía es más cierta que lo que él, Pedro, experimentó en el monte de la transfiguración, cuando Jesús recibió la visita de Moisés y Elías, escuchándose una voz del cielo que decía: *Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia. A él oíd* (Mat. 17:5). Indudablemente, el Apóstol jamás podría dudar de lo que en aquella extraordinaria ocasión había visto y oído; pero afirma que más cierto aún que lo que vio y oyó era la revelación de Dios provista en las Escrituras (2 Ped. 1:17–19).

Pablo tenía la plena convicción de que al proclamar su mensaje estaba presentando la Palabra de Dios. En 1 Tesalonicenses afirma: *Damos gracias a Dios sin cesar; porque cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de parte nuestra, la aceptasteis, no como palabra de hombres, sino como lo que es de veras, la palabra de Dios* (2:13). En Gálatas 1:11, 12 escribe: *Os hago saber, hermanos, que el evangelio que fue anunciado por mí no es según hombre... sino por revelación de Jesucristo*. Y en el importante pasaje de 2 Timoteo 3:16 enfatiza que la Escritura es una revelación directa de Dios. Tanto si el término griego *pasa* se traduce por “toda”, como si se traduce por “cada”, el significado viene a ser el mismo; pues “toda” da la idea de la totalidad de las Escrituras; mientras que, “cada” indica que cada una de sus partes ha sido inspirada.

La Biblia muestra su inspiración divina en el cumplimiento de las profecías. Dios que es, a la vez, fiel y poderoso hace que todo cuanto ha sido vaticinado por revelación suya se cumpla a su debido tiempo. Se dice que dos tercios de la Biblia se componen de profecías. Sólo una pequeña parte de ellas se ha cumplido hasta el presente; pero las que han tenido cumplimiento demuestran que el resto también se cumplirá. Estas profecías fueron hechas en relación a sucesos, lugares y personas; pero donde más claramente se ve su cumplimiento es en su relación con la persona de Jesucristo, el Mesías, de quien hablaron los grandes profetas del siglo VIII a. de J.C., Isaías, Oseas y Miqueas, así como los salmistas. Son muchas las profecías hechas sobre el nacimiento e infancia de Jesús, igual que sobre las últimas horas de su vida. Como ejemplo de su exacto cumplimiento, mencionaremos sólo unas pocas, tal como las presenta Carlos Neal en su obra *La Inspiración de la Biblia*.

1. Profecías sobre el Nacimiento e Infancia de Jesús:

Concebido por una virgen, Isaías. 7:14; cumplida en Mateo 1:18, 23–25.

Nacería en Belén, Miqueas 5:2; cumplida en Mateo 2:1.

Sería visitado por “magos”, Salmo 72:10; cumplida en Mateo 2:1–12.

Sería llamado de Egipto, Oseas 11:1; cumplida en Mateo 2:15.

2. Profecías sobre la Muerte y Pasión de Jesús:

Le herirán en la mejilla, Miqueas 5:1; cumplida en Lucas 22:64.

Le escupirán en la cara, Isaías 50:6; cumplida en Mateo 26:67.

Le horadarán manos y pies, Salmo 22:16; cumplida en Juan 20:24–27.
Le pondrán entre malhechores, Isaías 53:12; cumplida en Marcos 15:27, 28.
Le sepultarán con los ricos, Isaías 53:9; cumplida en Mateo 27:57–60.

Hay unas 30 profecías sobre su arresto, juicio y muerte que se cumplieron literalmente en las últimas 24 horas de su vida. Estas y muchas otras profecías hechas con tantísima antelación, y que tuvieron un exacto cumplimiento en la persona de Jesús, ponen de manifiesto la inspiración divina en las personas que las proclamaron. Es curioso notar cómo el evangelista Mateo cita frecuentemente pasajes del AT para demostrar que Jesús era el Mesías que llevaba a cabo en sí mismo el cumplimiento de las antiguas profecías. Según el erudito Carlos H. Dodd, uno de los puntos esenciales sobre los que giraba la predicación apostólica, tal como se ve en los Hechos de los Apóstoles, era demostrar que las profecías se habían cumplido. De aquí su énfasis en declarar que Jesús nació, murió y resucitó, según estaba anunciado en las Escrituras.

Considerando lo que hemos dicho, podemos finalizar este estudio con la misma conclusión a la que llegó Juan Wesley, y que es citada por Carlos Neal en su libro antes mencionado, al decir: “La Biblia debe ser la invención de hombres buenos o de ángeles; de hombres malos o de demonios; o de Dios. No pudo ser la invención de hombres buenos o ángeles, porque ellos no querrían ni podrían escribir un libro de tal clase mintiendo todo el tiempo, al decir ‘así dice el Señor’, cuando todo era de su propia invención. No pudo ser la invención de hombres malos o de demonios, porque ellos no querrían ni podrían escribir un libro que manda todo deber, prohíbe todo pecado y condena sus almas al infierno para siempre. Por lo mismo, saco la consecuencia de que, forzosamente, este libro nos vino de Dios por inspiración.”

La Biblia es, pues, el libro inspirado por Dios, en el que encontramos el mensaje que él dirige a los hombres. Para nosotros es la autoridad final en materiales de fe y conducta. Tal vez haya cosas que no entendamos; pero hay suficientes cosas que sí entendemos para conocer la voluntad de Dios para nuestras vidas. ¡Leámosla! ¡Conozcámosla! ¡Practiquémosla! y ¡distribuyámosla a otras personas!

EXODO

Exposición

Andrés Glaze

Ayudas Prácticas

Francisco Almanza

Andrés Glaze

INTRODUCCION

EL TITULO

Para Israel las primeras palabras del texto formaban el título de sus libros canónicos. Al segundo libro del Pentateuco lo designaron como *Y estos son los nombres* (*we'eleth shemoth*). A veces, lo llamaba simplemente *nombres* (*shemoth*). El nombre “Exodo” llegó por medio de la versión griega de la LXX (cerca de 250 a. de J.C.) que usó el término (*éxodos*) en la traducción de 19:1. Consecuentemente, se lo pusieron como título o tema principal, porque correspondía adecuadamente al contenido de la primera parte narrativa del libro. En la traducción al latín, la Vulgata, hecha por Jerónimo, la palabra *exodus* fue usada para “salida”, y así el título fue transmitido a las versiones modernas.

EL CONTENIDO

Si se aplicara estrictamente el significado del título, el libro terminaría con la llegada del pueblo al monte Sinaí (Exo. 19). Sin embargo, en él se incluye el establecimiento del pacto con sus responsabilidades, y se agregan los detalles referentes a la construcción y mantenimiento del tabernáculo, o el culto.

El libro es una continuación de la narración patriarcal de Génesis. Aunque se ve la declinación del fervor espiritual del pueblo, todavía rigen las promesas hechas a Abram y el propósito divino de redimir al mundo por medio de él (Gén. 12:1–3). En Éxodo se desarrolla el significado del pacto hecho con Abraham y renovado con Isaac y Jacob (ver Gén. 12:1–3, 7; 15:18; 22:17, 18; 26:3, 4; 35:12); además, se demuestra el crecimiento de la familia patriarcal hasta su constitución nacional en Sinaí.

Al comienzo del libro, unos 400 años después de la época de José, el pueblo se encuentra en Egipto duramente oprimido (Exo. 12:40). Entonces llega el momento decisivo cuando se han de cumplir los designios del Señor. Se ve la providencia divina desde el nacimiento de Moisés hasta la llegada del pueblo a Horeb, el monte de Dios. El libertador de Israel no es Moisés sino Jehovah; sin embargo, la sombra del instrumento humano llena las páginas de todo el libro.

Después del llamamiento de Moisés, se presenta el conflicto entre Jehovah y el faraón: Se trata de la cuestión, ¿quién de los dos es Dios? Las plagas son demostraciones irrefutables del señorío de Jehovah sobre el universo. En el relato dramático de la muerte de los primogénitos de los egipcios, se siente la angustia y el terror de ellos y la protección para el pueblo de Israel cuando se establece la Pascua. Sin duda, ¡Jehovah es Dios!

En el viaje a Sinaí se ve la mano providencial de Dios, y en el momento culminante aparece el Señor en una teofanía. Se le ofrece al pueblo el pacto, y se promulga el decálogo, la ley divina.

Además, se agregan aspectos básicos de la legislación civil y finalmente se dan las instrucciones iniciales referentes al culto de adoración.

EL EXODO Y EL PENTATEUCO

El Pentateuco no es una colección de cinco libros diferentes, sino que es una unidad literaria dividida en cinco tomos. Realmente es la introducción a una historia hebrea más larga que cubre nueve tomos, desde Génesis a 2 Reyes. Comienza con la creación del mundo y termina con la destrucción de Jerusalén. La historia es interpretada teológicamente desde la creación y la entrada del pecado (Gén. 1–3) hasta la caída de Jerusalén y cautividad de Judá (2 Rey 25). En cuanto al pueblo, es juzgado a la luz del código deuteronomico y así se explica el fracaso nacional de 587 a. de J.C.

El Pentateuco, entonces, pone a Israel dentro del propósito salvífico de Dios, y clarifica su papel como instrumento en el plan universal de la redención divina (ver Gén. 12:1–3 y Exo. 19:3–8). En él se presenta la historia desde la creación (Gén. 1–2) hasta las vísperas de la entrada a Canaán (Deut. 34). En los primeros capítulos de Génesis, además de la creación, se presenta la naturaleza del pecado (Gén. 3), tanto como el juicio y la misericordia redentora del Señor (Gén. 4–9). Después se incluyen los orígenes de la gente semita, la elección de Abram y la historia patriarcal (Gén. 10–50). El libro de Génesis expone la necesidad de la redención; explica la elección de Abram y sus descendientes como instrumentos en el plan redentor universal, y demuestra la función del Pacto que el Señor ofrece a los elegidos.

Los libros de Exodo y Levítico tratan de la formación histórica del pueblo del Pacto (Exo. 1–18), y la estructura teocrática de la nación con instrucciones religiosas y sociales (Exo. 19—Lev. 27). A éstos se agregan los dos últimos libros del Pentateuco: Números y Deuteronomio. En el primero se interpreta la historia primitiva de unos treinta y ocho años del pueblo del pacto durante sus peregrinaciones desde Sinaí hasta Moab. El último es una exhortación a la fidelidad al Pacto. En él se incluyen un repaso histórico (Deut. 1–4), el significado del Pacto (Deut. 5–11), el código deuteronomico (Deut. 12–26), las sanciones (maldiciones y bendiciones) del Pacto (Deut. 27–30) y la conclusión: La instalación de Josué, la canción y las bendiciones de Moisés y la muerte y el entierro de Moisés (Deut. 31–34).

El Pentateuco se divide en tres períodos: desde la creación hasta Sinaí, la estadía en Sinaí y desde Sinaí hasta el río Jordán en tierra de Moab. Es clara la preocupación bíblica con la realidad histórica.

A la luz de la naturaleza histórica de la revelación bíblica, el entendimiento de la ley en Israel también fue determinado por su concepto de la historia. Tal como la Biblia presenta el pecado y la salvación como realidades, y no ilusiones, la constitución del pueblo fue un hecho histórico realizado por la actividad de Jehovah, el Señor de la historia. Era Dios personal e histórico, y el pueblo fue un producto de su misericordia. Únicamente el Dios verdadero pudo haber elegido a un pueblo esclavo y haberlo librado de la mano de la nación más poderosa del mundo de la época. Además, únicamente una revelación histórica de las leyes divinas podía explicar la naturaleza de una legislación tan elevada que formó la base de un pueblo recientemente librado de la esclavitud. La legislación sobrepasó cualquier proceso evolutivo de un pueblo en formación. Es evidente que el Pentateuco forma una parte integral en la teología bíblica, y el libro de Éxodo ocupa una parte vital en el seno de éste. El estudio de Éxodo no debe ignorar la unidad histórica, literaria, estructural, y teológica del Pentateuco. A la vez, su lugar en el contexto bíblico está asegurado.

LA PATERNIDAD LITERARIA DEL EXODO Y DEL PENTATEUCO

La unidad literaria del Pentateuco, tanto como su propósito teológico, involucran un análisis más amplio que simplemente un estudio de la paternidad literaria del libro de Exodo; sin embargo, los dos elementos tienen una relación recíproca. Un análisis detallado de la composición literaria del Pentateuco sería un estudio largo y con opiniones variadas entre los eruditos. No obstante, debido a la relación integral de Éxodo con el Pentateuco, se debe analizar el problema brevemente sin juzgar a los que presentan teorías diferentes a la ofrecida en este estudio.

Es imperativo usar la evidencia bíblica ofrecida, aunque a veces el propósito teológico de un escrito no incluye datos documentales de fuentes literarias ni de fechas cronológicas. A pesar de su base histórica, los relatos bíblicos enfatizan los hechos y su significado teológico más que señalar el instrumento humano que ha preservado la verdad. La realidad histórica preserva la integridad del relato; los autores bíblicos no emplean mitos ni falsifican sus informes. Sin embargo, no se encuentra en el AT una documentación como la exigida por la historiografía moderna. Con todo, esta falta no se refleja negativamente en la calidad de su historia. La base para la autoridad bíblica se encuentra en Dios, y no en un autor humano. La inspiración divina es la que hace la diferencia, y si el Señor quiso indicar la mano humana por la cual vino el escrito, ¡bien! Si quiso preservar su revelación por medio de manos desconocidas, ¡la verdad es de él! No obstante, para ayudar en la interpretación, conviene acercarse lo más posible al contexto histórico.

Además de considerar la historia bíblica digna de confianza, otro supuesto importante en la consideración de la paternidad literaria del Pentateuco es el valor de la revelación especial en la formación del pueblo de Dios. Lo singular, o lo distinto, de la religión de Israel no puede ser explicado simplemente mediante un estudio comparativo de las religiones antiguas del Cercano Oriente. La observación no rechaza el valor del estudio comparativo. Hay elementos similares que resultan de culturas comunes; sin embargo, no son éstos sino las diferencias que son llamativas y requieren atención. Se las explica mejor si se cree en una revelación divina. Si se acepta la verdad de la acción divina en el mundo, no es sabio rechazar automáticamente la presencia de lo sobrenatural. El estudio moderno puede desenredar muchos detalles oscuros, pero, a la vez, se debe considerar seriamente en el estudio la intervención directa de Dios. Lo milagroso es todavía una parte de la intervención divina. La salvación personal y la presencia del Señor con los suyos son casos que ilustran esto.

El testimonio bíblico indica una fuerte influencia de Moisés en la estructura literaria del Pentateuco. A él se le atribuyen escritos históricos (ver Exo. 17:14; Núm. 33:2), escritos legislativos (ver Exo. 24:4; 34:3, 4, 27; Deut. 27:1–3, 8; 31:9, 24) y escritos poéticos (ver Deut. 31:22). Además de sus escritos, se encuentran abundantes referencias a su trabajo profético en forma oral: De acuerdo con el mandato divino entregaba oráculos tanto al faraón como a Israel; le recordaba al pueblo su historia (ver Deut. 1:6 y adelante, etc.); lo exhortaba a la obediencia (ver Deut. 4:1–8, etc.); recapitulaba la ley (ver Deut. 4:44, 45, etc.), cantaba la gloria de Dios al pueblo (ver Deut. 32) y bendecía al pueblo públicamente (ver Deut. 33). Además de la evidencia interna del Pentateuco, los escritores bíblicos hacen referencia a Moisés como el autor de los libros que llevan su nombre (ver 2 Crón. 25:4; Esd. 6:18; Mar. 10:5; 12:26; Luc. 20:37; 24:44; Juan 5:45–47, 7:19, etc.).

Antes de la época de la crítica moderna de la Biblia, en general se le daba a Moisés el honor de ser el autor humano del Pentateuco. Hoy, a la luz de los estudios contemporáneos, algunos

tienen reticencia para aseverar esto tan firmemente, pero sin embargo podemos hacer estas observaciones: (1) El idioma y las costumbres encontrados en el Pentateuco no excluyen un período de composición en Egipto (ni lo comprueban). (2) Durante la época de Moisés el escribir era posible para los hebreos. (3) El monoteísmo, de cierto tipo y por un corto período, fue practicado en Egipto antes de Moisés. (4) Existían detallados códigos legales semíticos antes del período del gran legislador hebraico.

Además de la influencia de Moisés, existen otros textos que implican que hubo otros que participaron en la formación del texto original del Pentateuco, o por lo menos reflejan algo del proceso editorial de su transmisión. Para que haya un mejor entendimiento de la observación, conviene analizar los textos sobresalientes.

En primer lugar, en el Pentateuco se encuentran elementos posteriores a la época de Moisés: (1) Se incluye el relato de la muerte y sepultura de Moisés (Deut. 34). (2) Se repite la frase *hasta el día de hoy* (Gén. 35:20; Deut. 3:14; 10:8). (3) Se indica que la época patriarcal era *antes que hubiese rey de los hijos de Israel* (Gén. 36:31; recuérdese que pasaron doscientos años entre Moisés y Saúl, el primer rey de Israel). (4) Se indica en Génesis 14:14 que Abram siguió a los apresadores de Lot, su pariente, hasta Dan. Sin embargo, Jueces 18:29 indica que el nombre Dan fue puesto en la época de los jueces y que *antes la ciudad se llamaba Lais*. Es evidente que el nombre Dan fue puesto años después de la muerte de Abram y de Moisés. (5) Otro problema similar se encuentra en el nombre Hebrón al comparar los textos de Génesis 13:18; 23:2 y 37:14 con Josué 14:15; 15:13 y Números 13:22. (6) El nombre *filisteos* se emplea en Génesis 26:1, durante la época patriarcal. Pero la historia nos habla de una ocupación filistea de la tierra de Canaán que ocurrió después del año 1200 a. de J.C., lo cual hace una diferencia de unos 700 años entre el hecho y la llegada de los filisteos a Palestina. Además, llegaron después de la muerte de Moisés.

En segundo lugar, se presenta el problema del estilo literario. El Pentateuco mismo no dice que Moisés escribió todo lo encontrado en los cinco libros. Además, se encuentra el uso común de la tercera persona intercalada con la primera persona (ver Exo. 6:26, 27; Núm. 33:2; el libro de Deuteronomio).

En tercer lugar, se observa que las descripciones de Moisés encontradas en el Pentateuco no parecen ser lo que él hubiera dicho acerca de sí mismo, sino que son evaluaciones válidas hechas por otro. En Exodo 11:3 se encuentra que *Moisés era considerado como un gran hombre en la tierra de Egipto, tanto a los ojos de los servidores del faraón, como a los ojos del pueblo*. Además, de Números 12:3 se agrega que *Moisés era un hombre muy manso, más manso que todos los hombres que había sobre la faz de la tierra*. En Deuteronomio 34:10, 11 se escribe: *Nunca en Israel se levantó otro profeta como Moisés, a quien Jehovah conociera cara a cara. Nadie fue como él...* No se duda de los informes de las virtudes indicadas acerca de la persona y obra de Moisés; sin embargo, es válido levantar una pregunta: ¿Fueron hechas estas evaluaciones por Moisés acerca de sí mismo, o por otra persona acerca de él?

Otro problema encontrado por el estudio moderno trata del uso de los nombres hebraicos de Dios, Elohim y Jehovah (Yahweh). Se ha notado el uso casi exclusivo de uno u otro de los nombres en bloques de material con estilos literarios diferentes. Por lo tanto, algunos han deducido que esto es indicio de “documentos” antiguos que existían independientemente. Se los denomina “E” por el uso de Elohim, y “J” por el uso del nombre “Jehovah” (ver Gén. 1:1–2:4a donde se emplea Elohim 35 veces; Gén. 12:1–16:16 usa Jehovah; Gén. 33:1–50:26, emplea El o Elohim, etc.). Además, se han notado otros dos “documentos” de estilo particular que se han designado con los signos “P” (material sacerdotal), y “D” (Deuteronomio). Algunos, como Graf

y Wellhausen, sugirieron que la unión de los “documentos” se hizo durante el período del cautiverio babilónico y que en aquel entonces se formó lo que ahora es el Pentateuco.

Además del uso de los nombres para Dios, se ha notado que el hecho de encontrar relatos dobles, o paralelos, es otra evidencia a favor de la teoría documental. (Ver dos relatos de la creación en Gén. 1 y 2; hay explicaciones dobles para el nombre Isaac, Gén. 17:15–21; 21:1–7; existen dos relatos de los Diez Mandamientos, Exo. 20 y Deut. 5; se encuentran dos nombres para el suegro de Moisés, Exo. 2:18 y 3:1; hay dos relatos sobre el nombre Israel, Gén. 32:28 y 35:10, etc.)

Otro problema notado trata del material legal. Como ilustraciones, se señalan: una diferencia en las indicaciones del lugar para el sacrificio (Exo. 20:24, 25, *en cualquier lugar*, y Deut. 12:2–7, *el lugar* central); aparentemente hay tres códigos legales básicos que a veces difieren en detalles (el Libro del Pacto, Exo. 21–23; el Código Deuteronomico, Deut. 12–26, y el Código Sacerdotal, Lev. 1–16); existen diferencias en las leyes sobre la esclavitud (Exo. 21:2–6; Deut. 15:12–17; Lev. 25:39–42); las instrucciones para el sacerdocio no están de acuerdo, pues los sacerdotes deben ser de toda la tribu de Leví (Deut. 18:1) pero se especifica solamente a Aarón y a sus hijos (Núm. 18:1–7); hay dos indicaciones de la edad de servicio para los sacerdotes (Núm. 4:3 indica 30–50 años, y Núm. 8:24, 25 dice 25–50 años).

Al estudiar cuidadosamente los problemas presentados contra la paternidad de Moisés del Pentateuco, parece que algunos son creados artificialmente, mientras que otros podrían ser entendidos por el uso hebraico del paralelismo o repetición. También, es posible que algunos pueden referirse a dos eventos diferentes. Todavía restan algunos que requieren una consideración seria.

Antes de sugerir una solución posible al problema de la paternidad literaria del Pentateuco, se deben descartar algunos supuestos negativos de la escuela crítica documentaria del siglo pasado. Esta escuela consideraba que la historia era indigna de confianza en muchos lugares. Además, postulaba que la mayoría de las leyes del Pentateuco eran de épocas después de Moisés. En cuanto al monoteísmo, se lo consideraba un producto del movimiento profético del siglo VIII antes de Cristo. Así que la religión hebraica era presentada como un producto del desarrollo evolucionario y, consecuentemente, Moisés no pudo ejercer todas las funciones que se le atribuyen.

Desafortunadamente los eruditos de aquella época no tuvieron la ventaja de la luz que la arqueología moderna ha arrojado sobre el pasado. Aunque se desarrolló una teoría consistente y lógica dentro de los supuestos aceptados, se los ha refutado básicamente. Ahora la hipótesis de documentos unidos en el tiempo del cautiverio, teoría que Graf y Wellhausen llevaron a su expresión clásica, no goza de apoyo general. Los estudios arqueológicos demuestran un alto grado de confiabilidad histórica en las costumbres y expresiones encontradas en los libros de Moisés.

Además, por medio de otros estudios, hoy es evidente que mucho del material encontrado en Deuteronomio es más antiguo que el siglo séptimo a. de J.C., y no se lo relega a un “fraude piadoso” como fue postulado en el siglo pasado. No es posible explicar la religión de Israel como una marcha evolucionaria ascendente hacia los conceptos más elevados de la vida. La revelación directa debe ser considerada seriamente. Con todo, no se deben desvirtuar las contribuciones hechas por Moisés a la fe de Israel.

Son dos las posiciones presentadas. ¿Son incompatibles? ¿Son antagónicas? Parece que las dos tienen elementos fuertes de verdad que deben ser evaluados con mente abierta. Al aprovechar lo de valor de las dos posiciones, se aprecia la seriedad y la integridad de los que son

sus adherentes; sin embargo, debe cuidarse de no ser atrapado por ciertos supuestos incluidos en su presentación. En realidad, al optar por una preferencia, se vuelve uno mismo más vulnerable a la crítica del lado dejado. No obstante, sin entrar en una dialéctica filosófica, se presentará lo que es una síntesis de las posiciones presentadas. Lo que gobierna el esfuerzo es presentar un análisis que concuerda con el testimonio bíblico y lo acertado de los estudios seculares.

Al considerar el testimonio bíblico se encuentra una fuerte influencia de Moisés en el Pentateuco que, por lo menos, forma el *cuerpo inicial del libro de la ley*: El escribió historia, recibió leyes divinas, era poeta y organizó al pueblo. Con su muerte, *el libro de la ley* pasó a Josué (Jos. 24:26; comp 1:7). La siguiente vez que es mencionado en la Biblia es en la época de Samuel (1 Sam. 10:25). Sin duda, con la estructura sociológica cambiante del pueblo hebreo, había necesidad de tener una continua reinterpretación del material básico. Evidentemente los redactores hicieron aclaraciones sin cambiar fundamentalmente el texto. Posiblemente, después de la división del reino (922 a. de J.C.), los centros de culto religioso del Norte (Israel) y del Sur (Judá) sirvieron como lugares de preservación del *libro*. Parece que quedaron fragmentos, o “fuentes”, en Judá (reino del Sur), donde se tenía preferencia por el pacto con David, sin rechazar las demás revelaciones, y se inclinaban por el uso del nombre de Jehovah como su expresión favorita para Dios. En Israel (reino del Norte) la justificación teológica miraba más hacia el pacto hecho en Sinaí. Elohim era el nombre preferido para Dios. Ambos reinos consideraban a Abram como padre, y así preservaron todas las tradiciones. Los levitas se ocupaban con el material más bien legislativo. El libro de Deuteronomio fue descuidado y perdido. Después de la caída de Israel en 722 a. de J.C., las tradiciones (“fuentes”) preservadas en el norte fueron traídas al sur, y comenzó el proceso de ponerlas en forma final. Isaías, en los caps. 6–12, tuvo una influencia grande en unir las dos tradiciones, el pacto condicional de Sinaí (Exo. 19) y el pacto sin condición con David (2 Sam. 7). Finalmente, durante el cautiverio babilónico, después de recobrar el libro perdido de Deuteronomio (626 a. de J.C.), el Pentateuco recibió su forma final y se terminó la interpretación de la historia del pueblo que se encuentra en los libros de Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes. Con razón el pueblo llamaba al Pentateuco “los libros de Moisés”; los domina su fuerte influencia literaria, tanto como su influencia moral y política. La sombra dominante de su personalidad y obra está reflejada e interpretada en las páginas de Exodo a Deuteronomio. Además de la contribución literaria auténtica de Moisés, algunos redactores desconocidos, inspirados por Dios, agregaron sus interpretaciones de su vida, hicieron aclaraciones geográficas y explicaron unos textos antiguos para el mejor entendimiento del pueblo de Dios. Con ellos tenemos una deuda grande de gratitud por su obra.

LA FECHA DE LA SALIDA DE EGIPTO

Desafortunadamente el texto no aclara con certeza la fecha de la salida del pueblo de Egipto. No se indica el nombre del faraón egipcio de la opresión, ni se ofrecen datos históricos concretos que ayuden a establecer la fecha con precisión. Consecuentemente, es difícil armonizar toda la evidencia indirecta, interna y externa, que trata con el tema.

El libro de Exodo comienza unos cuatrocientos años después de la entrada de Jacob en la tierra egipcia (Gén. 15:3; Exo. 12:40). Más tarde, la Biblia indica que se levantó un faraón que no había conocido a José (Exo. 1:8). ¿Quién fue? No se sabe con seguridad. Entonces, a falta de una respuesta bíblica, es necesario buscar algún indicio por medio de un estudio breve de la historia egipcia y de la arqueología.

Cerca de 1570 a. de J.C. hubo un levantamiento nacional que expulsó a una dinastía extranjera, los hiksos, cuyos líderes habían gobernado Egipto por casi 200 años. Los faraones de la nueva dinastía, la decimoctava, gobernaron hasta 1310 a. de J.C. Posiblemente con este levantamiento comenzó la situación desfavorable para Israel en Egipto, pues los hiksos eran asiáticos de la raza semita como los israelitas. Sin embargo, durante esta nueva dinastía no se encuentra evidencia de que los gobernantes se preocuparan acerca de la población israelita en el país. El crecimiento de Israel no había llegado a presentar un problema para la seguridad nacional. Por cierto, durante este período los egipcios utilizaban en obras de construcción a unos extranjeros llamados “los habiru”; sin embargo, como se lo analizará más tarde, no parece que se tratara de los hebreos.

El general Ramsés tomó el poder en Egipto en el año 1310 a. de J.C. y estableció la dinastía decimonovena. Su hijo, Seti I (1308–1290 a. de J.C.) le siguió en el trono, y a su muerte reinó el famoso Ramsés II (1290–1224 a. de J.C.). De acuerdo con los datos históricos, bíblicos y arqueológicos, probablemente fue él el faraón del éxodo. Con el transcurso del tiempo comenzó un período de opresión cruel que incluía el trabajo forzado de la construcción de *las ciudades almacenes de Pitón y Ramesés* (Exo. 1:11).

¿Dónde estaban ubicadas las ciudades? ¿Cuándo fueron construidas? Los estudios arqueológicos arrojan luz sobre las preguntas. En cuanto a la primera pregunta, parece ahora, después de muchos años de debate, que se identifica a Pitón con un sitio antiguo situado cerca del lago Timsah en un valle que corre hasta el río Nilo. Para la otra ciudad, Ramesés, la evidencia es aun más clara: Se trata del sitio conocido hoy por el nombre Tanis. Es un lugar en el norte del país, el Bajo Egipto, donde los hiksos tuvieron su capital, Avaris, que fue destruida y desocupada después de la expulsión de éstos cerca de 1550 a. de J.C., quedándose así hasta su reedificación por Ramsés II (1290–1224 a. de J.C.). El nuevo gobierno egipcio ubicó su capital en Tebas, al sur de la nación, en Alto Egipto.

Hay otro interesante informe arqueológico, aunque indirecto, por medio de la estela del faraón Merneptah (1224–1216 a. de J.C.), el sucesor de Ramsés II. Un escrito del quinto año de su reinado indica que Israel ya había entrado en la tierra de Canaán. Dice: “El pueblo de Israel está desolado; no tiene prole. Palestina está viuda por Egipto” (es decir, no tenía poder para protegerse contra Egipto). Por lo menos hay evidencia externa de la presencia de Israel en Palestina cerca del año 1220 a. de J.C.

De acuerdo con lo presentado, una reconstrucción del período histórico podría ser la siguiente: El faraón de la opresión era Seti I (1308–1290 a. de J.C.), de la Dinastía XIX; el faraón del éxodo sería Ramsés II (1290–1224 a. de J.C.), y el primer faraón que hace referencia a Israel en Palestina fue Merneptah (1224–1216 a. de J.C.). La teoría indica una fecha para la salida del pueblo de Egipto entre 1290 y 1280 a. de J.C.

La fecha está de acuerdo con Exodo 1:11 y concuerda arqueológicamente con los datos bíblicos acerca de la ruta tomada por Israel hasta el río Jordán. Además, no presenta conflicto con la evidencia arqueológica de la conquista de la tierra prometida. No se encuentra evidencia arqueológica de una ocupación sedentaria de la zona de Edom (ver Núm. 20:14–21, etc.) entre 1900–1300 a. de J.C. La evidencia indica que después de 1300 a. de J.C. existía ahí un reino organizado y fortificado. En cuanto a la conquista de Palestina (ver Josué), la evidencia del período indica una destrucción violenta de muchas ciudades cananeas tales como Debir, Laquis, Hebrón, Betel, Hazor y Eglón. Únicamente los informes arqueológicos de Jericó quedan dudosos, aunque esto no debilita la posibilidad de la teoría. De acuerdo con esta posición, la conquista de la tierra prometida ocurrió durante el período de 1250–1200 a. de J.C.

El texto bíblico de 1 Reyes 6:1 presenta la dificultad mayor con la fecha de 1290–1280 a. de J.C. para la salida de Egipto: *Aconteció que Salomón comenzó a edificar la casa de Jehovah en el año 480 después que los hijos de Israel salieron de la tierra de Egipto,... que es el mes segundo, del cuarto año del reinado de Salomón sobre Israel.* De acuerdo con esto, el éxodo debió haber ocurrido cerca del año 1440 a. de J.C. Salomón inició la obra de construcción del templo alrededor del año 962 a. de J.C. Esto pondría al éxodo durante el reinado del faraón Tutmosis III (1490–1435 a. de J.C.) y él mismo hubiera sido el faraón de la opresión y del éxodo. Por cierto, él fue un gran constructor de la Dinastía XVIII y uno de los más grandes líderes militares en la historia egipcia. Sin embargo, se encuentra un problema debido a que sus construcciones fueron en el Alto Egipto (al sur del país), mientras que el texto bíblico pone a Israel en el norte del país en el delta del río Nilo.

Para sus construcciones, Tutmosis usaba esclavos y una gente llamada los “habiru”. ¿Eran los “habiru” los “hebreos”? Probablemente no lo eran. El término “habiru” era usado para designar a mucha gente vagabunda de diferentes razas que no ocupaba ningún sitio permanentemente. El término es usado en este período en Mari, entre los hititas, en Ras Shamra y en Egipto. En tal sentido, los hebreos podrían haber sido considerados “habiru”; sin embargo, es muy dudoso que el término se refiera únicamente a ellos. Bíblicamente, el término “hebreo” se emplea como una identificación de un israelita en contraste con una persona que no era de su raza, es decir, un extranjero. Para sus compatriotas era “un hijo de Israel”.

A la luz de la Biblia y de los estudios arqueológicos, la evidencia más fuerte en este momento para la fecha del éxodo se inclina hacia 1290–1280 a. de J.C. Si fuese así, ¿cómo se explican los 480 años de 1 Reyes 6:1? Posiblemente son presentados en forma general de acuerdo con una tendencia semítica; el éxodo ocurrió doce generaciones antes del comienzo del templo. Si fue así, y con la consideración de una generación de cuarenta años, se calculan los 480 años.

Para coordinar las indicaciones de los dos textos bíblicos, Exodo 1:11 y 1 Reyes 6:1, se ofrece la siguiente observación como una sugerencia: Posiblemente el texto original de 1 Reyes 6:1 se refería a doce generaciones desde la salida de Israel de Egipto hasta el comienzo del templo de Salomón sin especificar los años. Con el transcurso del tiempo, algún escriba, al copiar el texto, especificó el número de años, 480, de acuerdo con su cálculo del promedio de años de una generación suya. Sin embargo, en la época de Moisés y la de los jueces una generación no duraba tanto; sería mejor considerarla más bien como de 25 a 30 años. Si fuese así, el cálculo total de las doce generaciones pondría la fecha en la época de Ramsés II. Realmente, lo sugerido es una especulación, y hasta que haya mayor luz sobre el tema, la fecha quedará oscura. Sin embargo, cualquiera de las dos fechas concuerda con el propósito bíblico y con su historia verídica.

EL TEXTO

El texto de Exodo está generalmente bien conservado. Ofrece pocas dificultades interpretativas, aunque tiene algunos términos muy especializados (ver caps. 25–31 y 35–40). Se han hallado más de treinta fragmentos del libro de Exodo en las cuevas de Qumrán (ver los rollos del Mar Muerto) que datan de una época inmediatamente anterior a la vida del Señor Jesucristo. Un estudio de éstos indica que el texto empleado por los esenios no seguía siempre el Texto Masorético, sino que refleja la influencia de la Septuaginta.

Para ayudar a un estudio técnico del texto, se cuenta con varias traducciones o versiones del libro: (1) La Septuaginta, (2) el Targum, una paráfrasis aramea editada en su forma actual en el siglo V d. de J.C., (3) el texto Samaritano, que refleja la influencia de la Septuaginta, y (4) la

Peshita, una versión siríaca que también refleja la tradición de la Septuaginta con la excepción de los caps. 35–40. Todas las versiones a veces presentan lecturas divergentes; sin embargo, son útiles para la interpretación, especialmente en casos oscuros, y en algunos casos contribuyen a una reconstrucción hipotética de frases oscuras del texto hebraico.

LA RUTA DEL EXODO

El pueblo de Israel salió de Ramesés con *una gran multitud de toda clase de gente* (12:38) rumbo a Sucot (moderno Tell el-Maskhutah, unos 40 km. al sur), el centro de la zona de Gosén. No salieron por el camino más directo, el de la tierra de los filisteos (13:17) usado por las caravanas y controlado por el ejército egipcio, sino por una ruta indirecta. De Sucot viajaron a Etam (lugar desconocido), al borde del desierto (Núm. 33:6, 8), y allí acamparon (13:20). El Señor mandó al pueblo marchar hacia el nordeste, y rodeando el desierto llegaron al mar cerca de Pihajiroth (14:2) donde más tarde Dios milagrosamente abrió paso para que el pueblo escapara del ejército egipcio que les perseguía.

El texto hebraico no emplea el nombre *mar Rojo*, sino que lo llama el *mar de Los Juncos*, o *mar de Los Cañaverales* (*yam suf*; 10:19; 13:18; 15:22, etc.). Se hace referencia a *yam suf* veinticinco veces en el AT. A veces se hace referencia con claridad al golfo de Aqaba (ver Núm. 14:25; 21:4; Deut. 1:1, 40; 2:1; 1 Rey. 9:26, *Ezión-geber... en la tierra de Edom*). Otras referencias indican el golfo de Suez (ver 13:18, 15:4; 15:22; Núm. 33:10, 11; Jos. 2:10; 24:6). Los dos golfos son brazos del mar Rojo y es correcto usar su nombre para esas partes del mismo; sin embargo, debe tenerse cuidado con las referencias bíblicas, para no confundirse en cuanto a la geografía.

Hoy en día la ubicación del lugar por donde los hebreos cruzaron el mar es desconocida; sin embargo, en aquel entonces era una parte superior de un brazo del mar Rojo. Desde la construcción del canal de Suez la topografía de la zona ha cambiado, y varios lagos o lagunas han desaparecido. Probablemente el lugar queda al sur del lago Menzaleh. Lo más importante es que, al encontrarse frente al mar con la imposibilidad de cruzar por medio del agua y los juncos, el Señor abrió el paso necesario.

Al cruzar el mar, Moisés guió al pueblo al desierto de Shur, rumbo al monte Sinaí (Exo. 15:22). Hay un problema para reconstruir la ruta con exactitud, por la dificultad de ubicar satisfactoriamente todos los lugares indicados en el texto.

Actualmente se debate la ubicación del monte Sinaí, pues se proponen tres localidades diferentes: (1) La zona en la parte nordeste de Arabia al sudeste del Golfo de Aqaba (una zona de montañas volcánicas), (2) la zona inmediata al sur de Palestina, cerca de la zona de Cades-barnea (a unos 80 km. de Beerseba), (3) el sitio tradicional en la zona al sur de la península de Sinaí (entre el Golfo de Suez y el de Aqaba). De las tres posibilidades, parece que la última es la más recomendable.

Se puede identificar la primera parada, Mara, con la fuente *'Ain Hawarah*; a la que llegaron después de un viaje de tres días sin agua (15:22). Después, llegaron a Elim donde había doce manantiales de agua (15:27). Probablemente hoy coincide con el *Wadi Garandel*. El próximo paso los condujo al desierto de Sin, entre Elim y Sinaí, por una ruta junto al mar (*mar sup*; 16:1 y Núm. 33:10–12). Desde el desierto de Sin llegaron a Dofca (Núm. 33:12), un lugar posiblemente relacionado con las minas egipcias ubicadas en la zona de *Serabit el Khadim*. Desde este lugar tomaron uno de los valles que llegan al monte *Jebel Musa* (El monte de Moisés), el monte de Sinaí u Horeb, el principal de varios picos en la zona. El *Atlas Histórico Westminster* contiene mapas y provee una discusión más detallada de la ruta.

Después de una estadía de un año allí, Israel salió rumbo al desierto de Parán, la zona de Cades en el desierto de Sinaí (Núm. 10:11, 12), donde pasó la mayor parte de los cuarenta años.

Aunque es imposible identificar todas las etapas del viaje con precisión, las líneas en general son evidentes, y la marcha se completó hasta el río Jordán pasando por las tierras de Edom y de Moab.

EL SIGNIFICADO

El estudio del libro de Exodo es fundamental para un entendimiento del mensaje bíblico. Con él se aclara la naturaleza histórica de la revelación divina; se informa de la constitución de Israel como una nación y se indica su lugar en la economía divina; se presenta la base ética para el pueblo de Dios, y se une el presente con el pasado y el futuro.

Exodo es un libro de historia y de fe. Dios entró en la arena histórica y por medio de sus grandes hechos salvadores libró a su pueblo elegido de la esclavitud egipcia. Por lo tanto, los hechos de Dios produjeron en los esclavos oprimidos una verdadera fe en Jehovah. Con razón se ha observado que Israel no produjo su fe, sino que la fe funcionó para producir la nación de Israel.

Dios no únicamente libertó al pueblo por hechos históricos, sino que estableció una manera histórica de preservar la memoria de tales hazañas. Mediante el culto de adoración el pueblo mantuvo viva la fe al celebrar y recordar los hechos divinos, y se evitó que la fe jehovista fuera absorbida por sistemas místicos y no históricos. Cada generación, al identificarse personalmente con la obra salvífica de Jehovah, encontraba una fe presente e histórica que concordaba con la fe antigua: Se unía el presente con el pasado, y el pasado venía a ser una realidad con el presente. Al mismo tiempo, se miraba con fe hacia el futuro, cuando el Señor finalmente realizaría su voluntad mundial. Por medio de la adoración, se preservaba la historia del pasado para que las generaciones futuras también pudieran tener su oportunidad de conocer a Jehovah por medio de la fe salvífica. Además de ser el eje central del Pentateuco, Exodo juega un papel central en el estudio de la teología y la ética bíblicas: Trata de la elección, la justicia y la soberanía divina; se preocupa de la libertad, la misión y la ética de los miembros del pueblo de Dios; y se presentan grandes transformaciones sociales y espirituales hechas por medio del poder divino.

Para Israel, el rescate de la esclavitud egipcia era un testimonio de la fidelidad de Dios, que no se había olvidado de las promesas dadas a Abram. Además, el rescate ofreció un vocabulario nuevo para la salvación y proveyó símbolos recordativos correspondientes (ver la Pascua, las Fiestas, el Tabernáculo, el Arca del Pacto, etc.).

Para los fieles del AT el éxodo y los acontecimientos en Sinaí fueron los eventos más importantes de su historia: Los confesaba el pueblo (ver Deut. 6:20–25; Jos. 24:5–7, 19–27); se los predicaban los profetas (ver Ose. 2:15; 11:1; Amós 2:10; Miq. 6:3–5, 8); se los recitaban los poetas (ver Sal. 77:11–20; 105:23–45; 106; 114), y se los recordaban en sus días especiales y festivos (ver también Kelley, *Exodo*, p. 9). Después de Jesús, el éxodo de Egipto y el pacto sinaítico eran temas favoritos de los creyentes de la iglesia primitiva. El estudio del libro de Exodo era básico para el Israel nuevo tanto como para el Israel antiguo.

Además de exponer dramáticamente el amor de Dios para con Israel, el cristianismo primitivo comparaba la experiencia suya, la de Israel nuevo, con la del Israel antiguo. En ciertos aspectos se empleaba una especie de interpretación tipológica: lo que Moisés era para el Israel antiguo, Cristo era aun más para el Israel nuevo; el evangelio del AT anuncia el rescate divino del pueblo de la esclavitud egipcia, y el evangelio del NT anuncia el rescate de la esclavitud del pecado; el evangelio de Exodo presenta a un mediador e intercesor entre Dios y el pueblo rebelde de Israel, y los Evangelios del NT presentan a Dios mismo encarnado que era mediador e

intercesor por el pecado del mundo; en Exodo se encuentra el relato de la dádiva de la ley de Dios al pueblo en frente del monte Sinaí por medio del varón, Moisés, mientras que el Evangelio de Mateo presenta a Cristo, Dios mismo, dando la ley de su Reino directamente a la gente estando él sentado sobre un monte en Galilea (Mat. 5–8); el Pentateuco termina con la muerte y el entierro del gran varón de Dios, Moisés, y los Evangelios cristianos terminan con la crucifixión, la resurrección y la exaltación del Rey Eterno. Sin duda, uno más grande que Moisés había llegado; sin embargo, para entender la plenitud de la obra de Cristo, se debe ir al libro de Exodo para conocer su historia, sus conceptos y su terminología.

ENSEÑANZAS TEOLOGICAS SOBRESALIENTES ACERCA DE DIOS

Dios es el Señor de la historia

Dios, el Creador del mundo, es Señor de la historia. Se revela a sí mismo por medio de sus hechos históricos. La historia es la arena donde se ven sus actividades; sin embargo, sus hechos son percibidos por la fe.

Dios es el Señor de la naturaleza

Como creador del universo, la naturaleza está a la disposición de Dios para cumplir con sus propósitos divinos. Por ejemplo, las plagas que sufrieron los egipcios son testimonios de la soberanía de Jehovah sobre toda su creación. Lo milagroso no solamente demuestra el poder sobrenatural de Dios, sino que también evidencia su control sobre la naturaleza, tanto en el modo como en la oportunidad. Jehovah tiene el poder y el derecho de usar las leyes naturales, de intensificarlas, o de superarlas en la ejecución de su voluntad; no obstante, su obra siempre está de acuerdo con la naturaleza de su persona y con su propósito redentor.

Dios es el Señor del hombre

El libro de Exodo revela cómo Dios emplea la instrumentalidad humana en la obra de la redención. Como ilustración, Dios tomó a Moisés, un hombre impulsivo, e hizo de él una de las personalidades sobresalientes de la historia mundial. Su transformación se nota en el cambio de términos bíblicos usados por él: desde *Moisés, el hombre* (Exo. 32:2; Núm. 12:3), se le llama *Moisés, el hombre de Dios* (Deut. 33:1), y hasta se le reconoce como *Moisés, siervo de Jehovah* (Jos. 1:1).

Dios es el Señor inmanente

La enseñanza de Exodo enfatiza la presencia del Señor con su pueblo. Además del Tabernáculo de su presencia, hay otros términos especiales en el libro que lo revelan: el *nombre* de Dios, el *rostro* de Dios, la *gloria* de Dios, y la *santidad* de Dios.

El nombre de Dios. Al dar su nombre misterioso, **YO SOY EL QUE SOY** (3:14; ver el comentario para una discusión del texto), Dios esconde su persona y a la vez la revela. El verbo hebreo traducido *soy* indica en un solo vocablo lo que se expresa en castellano por medio de dos palabras, la esencia (ser) y la presencia (estar).

Dios mismo es inmanente, y la prueba de esto se ve en los hechos históricos: *El respondió: Ciertamente yo estaré contigo. Esto te servirá como señal de que yo te he enviado...* (3:12). El nombre representa la persona: Jehovah es persona; es Señor; es Todopoderoso; es Redentor y *está* presente con su pueblo.

El rostro de Dios. El rostro de Dios indica la presencia de Dios: *No podrás ver mi rostro, porque ningún hombre me verá y quedará vivo* (33:20). *Mi rostro y me verá* son intercambiables; entonces, el rostro representa a Dios mismo. Aunque no se le verá físicamente, él está presente. Se le ve con los ojos espirituales y únicamente por medio de la revelación que él hace de sí mismo. Dios toma la iniciativa en la revelación y se revela lo necesario para cumplir con su

propósito. Aunque la revelación siempre sea parcial y misteriosa, es personal, es reconocida, es dinámica, y se efectúa en el contexto de la historia. Dios es inmanente y está activo en su creación.

La gloria de Dios. Jehovah demostró su gloria al librar al pueblo de la esclavitud (ver 14:18), al guiarles en sus peregrinaciones en el desierto (ver 16:10), en la ratificación del pacto (24:15–18), y en el Tabernáculo (ver 29:43; 40:34–38). La gloria (*kabod*³⁵¹⁹) es la manifestación visible y sobrenatural de la majestad incomparable de Jehovah. La palabra gloria viene de una raíz que significa “algo pesado” o “substancial”. La gloria de Jehovah es el honor que resulta de la suma de todos sus atributos, o simplemente, de su ser. Finalmente se la consideraba como la “presencia ardiente” de Dios mismo. El salmista lo expresa: *Contad entre las naciones su gloria, entre todos los pueblos sus maravillas; porque grande es Jehovah, y digno de suprema alabanza. . . Gloria y esplendor hay delante de él; poder y hermosura hay en su santuario* (Sal. 96:3–6; ver también Isa. 40:5; 58:8; 59:19; Hab. 2:14).

La santidad de Dios. No hay una diferencia clara entre la gloria de Dios y su santidad. Posiblemente la diferencia está en el hecho de que la gloria es un poder que a veces abrumba a alguien, mientras que la santidad es un poder que inspira o da vida (ver TOT, p. 88).

La palabra santidad viene de una raíz que significa “cortar”, o “separar”. En el AT la santidad implica, además de una calidad de pureza de vida, un poder de Dios que se emplea en su misión redentora. Dios es Santo, es diferente del hombre; Dios espera que los suyos se santifiquen (19:10–24), que sean diferentes en cuanto a la conducta y en cuanto a la misión o propósito de la vida.

El concepto de la santidad recibe su orientación principal de la relación del pacto entre Dios e Israel (ver TOT, p. 89). Los hechos salvíficos a favor de Israel son demostraciones de su santidad. La morada de Jehovah en medio del pueblo es también una evidencia de ella (véase Ose. 11:9). Jehovah es el Santo de Israel, no por apartar exclusivamente al pueblo para sí mismo, sino porque ha apartado a Israel en función de ser un intermediario para las naciones: *Si de veras escucháis mi voz y guardáis mi pacto, seréis para mí un pueblo especial entre todos los pueblos. Porque mía es toda la tierra, y vosotros me seréis un reino de sacerdotes y una nación santa*” (19:5, 6).

Aunque Dios demostró su santidad por medio del rescate de Israel y del establecimiento del pacto, se reservó el derecho de manifestar su santidad fuera de esta relación cuando quisiera. La relación de Jehovah con Israel no era exclusivista. Además, al romper el pacto Israel por infidelidad o desobediencia, no violaba la santidad divina. Realmente la santidad de Dios exigía el castigo de los participantes de la falla o el pecado.

Voluntariamente el Dios Santo escogió entrar en el pacto con el hombre; el hombre inmundo puede conseguir la santidad únicamente por medio de la gracia divina que provee salvación y entrada al pacto. No obstante, el hombre por su propia voluntad tiene que decidir si entra o no.

Abreviaturas: ANE J. B. Prichard, ed., *The Ancient Near East: An Anthology of Texts and Pictures* (Princeton University Press, 1958).

ANET J. B. Prichard, ed., *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament* (Princeton University Press, 1950).

ATLAS G. E. Wright and F. V. Filson, *The Westminster Historical Atlas to the Bible* (Philadelphia: The Westminster Press, 1956).

BA G. E. Wright, *Biblical Archaeology* (Philadelphia: Westminster Press, 1979).

- BBC R. L. Honeycutt, Jr., "Exodus," *The Broadman Bible Commentary*, Vol. I Revised (Nashville: Broadman Press, 1973).
- BC J. M. Bover y F. Cantera Burgos, *Sagrada Biblia* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, La Editorial Católica, 1951).
- BJ *Biblia de Jerusalem* (Bruxelles: Desclee De Brouwer, 1967).
- ESTUDIOS G. A. Ross, *Estudios en las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamentos*, Tomo I (Casa de Publicaciones "El Faro", 1957).
- EXODO P. H. Kelley, *Exodo: Llamados a Una Misión Redentora* (Casa Bautista de Publicaciones, 1978).
- FJIJ R. A. Tucker, *From Jerusalem to Irian Jaya: A Biographical History of Christian Missions* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1983).
- HI John Bright, *La Historia de Israel* (Bilbao: Desclee De Brouwer; Buenos Aires: Editorial Methopress, 1966).
- LA George Pendle, *A History of Latin America* (reprint New York: Penguin Books, 1983).
- LSE Sebastián Bartina, "Exodo", *La Sagrada Escritura*, Tomo I (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1967).
- LXX Versión griega llamada Septuaginta o de los Setenta.
- OTL B. S. Childs, *The Book of Exodus in the Old Testament Library* (Philadelphia: The Westminster Press, 1974).
- TOT E. Jacob, *Theology of the Old Testament* (London: Hodder & Stoughton, 1958).

BOSQUEJO DE EXODO

- I. EL DIOS DEL PACTO: LA LIBERACION, 1:1-18:27
 - 1. La esclavitud y la preparación para la salida, 1:1-11:10
 - (1) La esclavitud de Israel, 1:1-22
 - a. El crecimiento y la oposición, 1:1-7
 - b. La servidumbre dura, 1:8-14
 - c. La muerte decretada para los varones, 1:15-22
 - (2) La preparación y el llamamiento de Moisés, 2:1-4:31
 - a. El nacimiento y la preparación hebraica, 2:1-9
 - b. La preparación egipcia secular, 2:10
 - c. La preparación en el desierto, 2:11-25
 - d. El llamamiento de Moisés, 3:1-4:17
 - (a) La aparición divina, 3:1-10
 - (b) Las objeciones y respuestas, 3:11-4:17
 - e. El regreso a Egipto, 4:18-26
 - f. El encuentro con el pueblo, 4:27-31
 - (3) Jehovah contra el faraón, 5:1-11:10
 - a. La fe probada, 5:1-23
 - (a) El pedido rechazado, 5:1-5
 - (b) El trabajo agravado, 5:6-14
 - (c) La queja contra Moisés, 5:15-21
 - (d) La oración de Moisés, 5:22, 23

- b. El Señor de la historia, 6:1-7:13
 - (a) El llamamiento reiterado, 6:1-8
 - (b) La respuesta del pueblo y de Moisés, 6:9-13
 - (c) La tabla genealógica, 6:14-27
 - (d) La comisión renovada, 6:28-7:7
 - (e) La señal ignorada, 7:8-13
- c. Las plagas: el señorío de Jehovah, 7:14-11:10
 - (a) El agua hecha sangre, 7:14-24
 - (b) Las ranas, 7:25-8:15
 - (c) Los piojos, 8:16-19
 - (d) Las moscas, 8:20-32
 - (e) La peste, 9:1-7
 - (f) Las úlceras, 9:8-12
 - (g) El granizo, 9:13-35
 - (h) La langosta, 10:1-20
 - (i) Las tinieblas y el anuncio de la muerte de los primogénitos, 10:21-29; 11:4-8
 - (j) El anuncio de la última plaga, 11:1-3, 9, 10
- 2. El éxodo y el viaje al monte Sinaí, 12:1-18:27
 - (1) El éxodo, 12:1-15:21
 - a. La institución de la Pascua, 12:1-13, 21-28
 - (a) Establecimiento de la Pascua, 12:1, 2
 - (b) El cordero pascual, 12:3-5
 - (c) La preparación para la Pascua, 12:6, 7
 - (d) La comida pascual, 12:8-11
 - (e) Los actos justicieros de Jehovah, 12:12, 13
 - (f) Detalles nuevos, 12:21-28
 - b. La fiesta de los panes sin levadura, 12:14-20; 13:3-10
 - c. La décima plaga: la muerte de los primogénitos, 12:29-32
 - d. La salida de Egipto, 12:33-42
 - e. Los participantes en la Pascua, 12:43-51
 - f. La consagración de los primogénitos, 13:1, 2, 11-16
 - g. La dirección divina, 13:17-22
 - (a) La ruta, 13:17, 18
 - (b) El pasado honrado, 13:19
 - (c) La columna que guía, 13:20-22
 - h. El cruce del mar, 14:1-31
 - (a) La estrategia divina, 14:1-9
 - (b) El temor de Israel, 14:10-12
 - (c) La fe de Moisés, 14:13, 14
 - (d) La respuesta divina, 14:15-18
 - (e) La protección divina, 14:19, 20
 - (f) El cruce del mar en seco, 14:21, 22
 - (g) La destrucción del ejército egipcio, 14:23-29
 - (h) La fe israelita, 14:30, 31
 - i. Las alabanzas de Moisés y María, 15:1-21
 - (a) La alabanza por la victoria en el mar, 15:1-10

- (b) La alabanza por la victoria futura en Canaán, 15:11-18
- (c) La alabanza de María, 15:19-21
- (2) El viaje a Sinaí: la fe probada, 15:22-18:27
 - a. La fe probada por sed, 15:22-27; 17:1-7
 - (a) El agua amarga, 15:22-27
 - (b) La falta de agua, 17:1-7
 - b. La fe probada por hambre, 16:1-36
 - (a) La murmuración, 16:1-3
 - (b) La promesa de pan y carne, 16:4-8
 - (c) La provisión de codornices y maná, 16:9-22
 - (d) La introducción del sábado, 16:23-36
 - c. La fe probada por guerra, 17:8-16
 - d. La fe probada por una organización deficiente, 18:1-27
 - (a) La visita de Jetro, 18:1-12
 - (b) La institución de un sistema judicial, 18:13-27
- II. EL PACTO ESTABLECIDO, 19:1-24:18
 - 1. El pacto confirmado en Sinaí, 19:1-25
 - (1) La llegada a Sinaí, 19:1, 2
 - (2) El pacto ofrecido, 19:3-9
 - (3) La purificación del pueblo, 19:10-15
 - (4) La venida del Señor, 19:16-25
 - 2. El decálogo: la constitución moral del pueblo, 20:1-20
 - (1) La relación correcta con Dios, 20:1-7
 - (2) La adoración correcta, 20:8-11
 - (3) La vida correcta con los semejantes, 20:12-17
 - (4) El terror del pueblo, 20:18-20
 - 3. El Libro del Pacto: los estatutos iniciales, 20:21-23:33
 - (1) Leyes del culto, 20:21-26
 - a. La prohibición de imágenes, 20:22, 23
 - b. Instrucciones sobre la edificación de altares, 20:24-26
 - (2) Leyes civiles y criminales, 21:1-22:17
 - a. La esclavitud hebraica, 21:1-11
 - b. La violencia que merece la pena capital, 21:12-17
 - (a) El asesinato premeditado, 21:12-14
 - (b) Ofensas graves contra los padres y el secuestro, 21:15-17
 - c. Actos injuriosos sin pena capital, 21:18-32
 - d. Leyes sobre la restitución, 21:33-22:17
 - (a) Leyes sobre el descuido, 21:33-36
 - (b) Leyes sobre el robo, 22:1-4
 - (c) Leyes sobre la negligencia, 22:5, 6
 - (d) Leyes sobre bienes en custodia, 22:7-15
 - (e) Leyes sobre la seducción de una doncella, 22:16, 17
 - (3) Leyes morales y religiosas, 22:18-23:19
 - a. Ofensas con pena capital, 22:18-20
 - (a) La brujería, 22:18
 - (b) La bestialidad, 22:19

- (c) El culto a otros dioses, 22:20
- b. Responsabilidades morales, 22:21-28
- (a) El trato al extranjero, 22:21
- (b) Las viudas y los huérfanos, 22:22, 23
- (c) Los préstamos, intereses y usura, 22:25-27
- (d) Deberes para con Dios, 22:28
- c. Leyes del culto, 22:29-31
- d. Relaciones justas entre personas, 23:1-9
- (a) Los pleitos, 23:1-3
- (b) El trato con el enemigo, 23:4, 5
- (c) La justicia para los pobres, 23:6-8
- (d) La justicia para el extranjero, 23:9
- e. Un calendario agrícola, 23:10-13
- (a) El año sabático, 23:10, 11
- (b) El día sábado, 23:12
- (c) El culto único de Jehovah, 23:13
- f. Las tres fiestas anuales, 23:14-17
- (a) Origen de las fiestas, 23:14, 17
- (b) La fiesta de los panes sin levadura, 23:15
- (c) La fiesta de la siega del trigo, 23:16
- (d) La fiesta de la cosecha a la salida del año, 23:16
- g. Ofrendas y sacrificios, 23:18, 19
- (4) La exhortación final, 23:20-33
- a. La función del ángel del Señor, 23:20-23
- b. Advertencias y promesas, 23:24-33
- 4. El pacto confirmado, 24:1-18
- (1) El pacto ratificado, 24:1-12
- (2) Moisés sube al monte de Dios, 24:13-18
- III. INSTRUCCIONES PARA EL CULTO DE ADORACION, 25:1-40:38
- 1. Instrucciones para el tabernáculo y el sacerdocio, 25:1-31:18
- 2. El pacto roto y renovado, 32:1-34:35
- (1) La apostasía: el becerro de oro, 32:1-29
- a. La rebeldía, 32:1-6
- b. La justicia y misericordia divinas, 32:7-14
- c. La ira de Moisés, 32:15-29
- (2) Jehovah se aparta del campamento, 32:30-33:11
- (3) La gloria de Jehovah revelada, 33:12-23
- a. La primera petición, 33:12-14
- b. La segunda petición, 33:15-17
- c. La tercera petición, 33:18-23
- (4) El pacto renovado, 34:1-35
- a. Una experiencia nueva, 34:1-9
- b. La renovación del pacto y advertencias, 34:10-26
- c. Las tablas nuevas y el resplandor de la cara de Moisés, 34:27-35
- 3. El tabernáculo erigido y recibido, 35:1-40:38
- (1) El día de reposo, 35:1-3; 31:12-17

- (2) La ofrenda para el tabernáculo, 35:4-19; 25:1-9 y 36:3-7
- (3) La ofrenda entregada, 35:20-29
- (4) Los artesanos de la obra, 35:30-36:7; 31:1-11
- (5) La construcción del tabernáculo, 36:8-38; 26:1-37
- (6) El mobiliario del tabernáculo, 37:1-38:31
 - a. El arca, 37:1-9; 25:10-22
 - b. La mesa, 37:10-16; 25:23-30
 - c. El candelabro, 37:17-24; 25:31-40
 - d. El altar de incienso y el aceite, 37:25-29; 30:1-10, 22-38
 - e. El altar del holocausto, 38:1-7; 27:1-8
 - f. La fuente de bronce, 38:8; 30:17-21
 - g. El atrio, 38:9-20; 27:9-19
 - h. El informe de los materiales usados, 38:21-31
- (7) Las vestiduras de los sacerdotes, 39:1-31
 - a. Las instrucciones divinas, 39:1
 - b. El efod, 39:2-7; 28:5-14
 - c. El pectoral del juicio, 39:8-21; 28:15-30
 - d. La túnica del efod, 39:22-26; 28:31-35
 - e. Otras vestiduras, 39:27-31; 28:36-43
- (8) La obra de la morada terminada, 39:32-43
- (9) El tabernáculo erigido, 40:1-33
- (10) La gloria del Señor llena el tabernáculo, 40:34-38

AYUDAS SUPLEMENTARIAS

- Albright, William F. *Yahweh and the Gods of Canaan*. Garden City: Doubleday and Company, Inc., 1968.
- Breneman, J. Mervin, editor. *Liberación, Exodo y Biblia: El concepto bíblico de liberación*. Miami: Editorial Caribe, 1975.
- Bright, John. *La Historia de Israel*. Buenos Aires: Editorial Methopress, 1966.
- Cate, Robert L. *Exodus en Layman's Bible Book Commentary*. Vol. 2. Nashville: Broadman Press, 1979.
- Childs, Brevard S. *The Book of Exodus en The Old Testament Library*. Filadelfia: The Westminster Press, 1974.
- Honeycutt, Jr., Roy L. "Exodus." *The Broadman Bible Commentary*. Revised. Vol. 1. Edited by Clifton J. Allen. Nashville: Broadman Press, 1973.
- Hyatt, J. P. *Exodus en The New Century Bible Commentary*. Revised edition. Edited by Ronald E. Clements and Matthew Black. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publ Co., 1980.
- E. Jacob. *Teología del Antiguo Testamento*. Madrid: Editorial Morova, 1969.
- Kelley, Page H. *Exodo: Llamados a una Misión Redentora*. Segunda edición. Versión Castellana de Alfonso Olmedo. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1978.
- Rowley, H. H. *La fe de Israel*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1973.
- Stalker, D. M. G. "Exodus." *Peake's Commentary on the Bible*. Edited by Matthew Black and H. H. Rowley. Londres: Thomas Nelson and Sons Ltd, 1980.
- Von Rad, Gerhard. *Teología del Antiguo Testamento*, Vol. 1. Versión Castellana de Victorino Martín Sánchez. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1972.

Wright, G. Ernest. *Biblical Archaeology*. Revised edition reprinted. Filadelfia: The Westminster Press, 1979.

Wright, George Ernest, and Filson, Floyd Vivian. *Atlas Histórico Westminster de la Biblia*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1971.

EXODO

TEXTO, EXPOSICION Y AYUDAS PRÁCTICAS

I. EL DIOS DEL PACTO: LA LIBERACION, 1:1–18:27

1. LA ESCLAVITUD Y LA PREPARACIÓN PARA LA SALIDA, 1:1-11:10

(1) La esclavitud de Israel, 1:1–22. El libro de Exodo no inicia la historia del pueblo de Dios, sino que la continúa. El texto hebraico comienza con una conjunción: “Y éstos son los nombres”. Esta frase une el segundo libro del Pentateuco con el primero. Exodo entonces es el segundo acto en el drama divino de la redención.

El primer capítulo da un resumen del fin de Génesis y, a la vez, ofrece una transición a la segunda etapa de la historia. Así que el capítulo forma un especie de puente literario entre los dos libros y explica la relación del pasado con el presente. La conjunción gramatical “y” representa un período de unos 400 años desde la muerte de José hasta el comienzo del relato (Gén. 50:26; acerca de los años, ver Exo. 12:40 que menciona 430 años, y Hech. 7:6 donde dice 400 años). Mientras tanto *los hijos de Israel* (2:1) se habían multiplicado desde la entrada a Egipto y se habían hecho *muy numerosos* (1:7; ver Gén. 32:28, 29). (Probablemente la familia de Jacob entró en Egipto cerca del año 1710 a de J.C., mientras gobernaban el país los hiksos, una gente que no eran egipcios nativos sino de raza semítica.)

En el primer capítulo, además de indicar el crecimiento del pueblo, se presenta la opresión egipcia que brotaba en su contra. Se divide en tres partes distintas: el crecimiento y oposición del pueblo (vv. 1–7), la servidumbre dura (vv. 8–14) y la muerte decretada de los varones recién nacidos (vv. 15–22). En cuanto al autor inspirado, no le interesaba mucho la historia secular, sino la salvífica. Le preocupaban el propósito divino en elegir a un pueblo especial y la misión de éste.

a. El crecimiento y la oposición, 1:1–7. Los hijos de Israel, o Jacob, son presentados en 1:1–3. Lo llamativo es el empleo de los dos nombres “Israel” y “Jacob” en el v. 1, pues es la misma persona. ¿Por qué era necesario nombrarle dos veces? Parece que el autor tenía un propósito especial: El nombre de *Jacob*, “el suplantador”, fue cambiado una noche allí en el lugar llamado Peniel, a *Israel*, “príncipe de Dios” (ver Gén. 32:22–32).

Aunque los dos nombres indican la misma persona, hubo un cambio radical en su vida. Frecuentemente se usa el nombre Jacob en el AT para indicar el hombre carnal, o el engañador; el nombre Israel representa a Jacob como el hombre cambiado o “convertido”. En su lucha con Dios fue transformado. (Dios quiere hacer un Israel de cada Jacob en el mundo.)

El pueblo había continuado en el camino de Jacob y no había logrado el propósito divino involucrado en el pacto que Dios hizo con Abram, Isaac y Jacob (ver Gén. 12:1–3; 17:1–8; 26:4;

28:14). Cuando Dios llamó a Abram, le prometió una tierra, bendiciones materiales y una descendencia (ver Gén. 12:1–2).

Verdades prácticas

1. (V. 1): *Estos son los nombres*; esta declaración es una evidencia más de que el Señor nos conoce a todos personalmente, y así nos trata. Es un Dios personal porque es persona y porque trata a los hombres personal e individualmente. Aunque esté trabajando para la formación de una nación, los individuos no son tratados como una masa anónima. Podemos tener una relación personal y directa con él.

2. (V. 6): Cada generación muere; cada generación debe comunicar su fe a sus hijos, la siguiente generación. La fe cristiana no duraría más de una generación si los cristianos no cumplieran con su labor de evangelización.

3. (V. 7): La mayor riqueza de una nación está en su propia gente. ¡Cuánto bien se hace la nación que se esfuerza porque sus hijos se desarrollen integralmente: física, intelectual y espiritualmente!

4. (V. 7): Buenos hogares producen generalmente buenos ciudadanos de la patria y del mundo. Así se enriquece la nación con su gente. Los buenos hogares, trabajando en equipo con buenas escuelas y buenos maestros, elevan la calidad de la ciudadanía.

Los autores bíblicos entendieron que la tierra prometida estaba estratégicamente ubicada en medio del mundo conocido y que esto coincidía con el propósito divino de llamar a Abram y prometerle: *y en ti serán benditas todas las familias de la tierra* (Gén. 12:3b). Isaías dijo: *En aquel día Israel será tercero con Egipto y con Asiria, una bendición en medio de la tierra. Porque Jehovah de los Ejércitos los bendecirá diciendo: “¡Benditos sean Egipto mi pueblo, Asiria obra de mis manos e Israel mi heredad!”* (Isa. 19:24, 25). Además de mantener el carácter de un Jacob, había otro problema del pueblo en Egipto: No estaban en el lugar indicado por Dios para su misión. Habían encontrado en *Gosén* (Gén. 47:1) una tierra fértil, y pensaban que la fidelidad de Dios le obligaba a cumplir con su promesa de bendecirlos materialmente.

En cuanto a la promesa de descendientes (ver Gén. 12:2), ellos se habían engrandecido numéricamente. Sin embargo, el pueblo no estaba dentro de la voluntad de Dios. Israel había estado de acuerdo con las promesas, pero había olvidado que eran los medios para lograr el propósito de Dios. El Señor quería la redención mundial, no simplemente la salvación de un pueblo solo. La elección (llamamiento) divina era para servir, y todavía el pueblo no había iniciado la tarea.

Se nombran los hijos en tres grupos: cuatro, tres (José ya estaba en Egipto), y cuatro. En total son doce, el número ideal, y una forma común de indicar la genealogía (comp. las doce tribus de Ismael, Gén. 25:13–16; las doce tribus de Nacor, Gén. 22:23, 24).

Al nombrarlos, el autor indica que se trata de personas históricas y no de una mitología. Además, no se sigue la lista por orden cronológico de nacimiento, sino por el de las madres: Lea, Raquel, Bilha, y Zilpa (ver Gén 29:32–30:24; 35:23–26).

En total el texto hebraico indica que 70 descendientes directos entraron con Jacob (ver Gén. 46:8–27 donde se encuentran los nombres de ellos). La LXX (la versión griega del AT) y Hechos 7:14 incluyen a los descendientes de José, y dan la cifra de 75 personas en su enumeración. Se nota la ausencia de los nombres de las esposas de Jacob, las mujeres de los hijos de Jacob (ver Gen. 46:26) y la descendencia femenina. El texto trata más bien con las personas que se desarrollarían en la estructura tribal más tarde. Se destaca la fecundidad del pueblo que, a pesar

del número limitado al entrar en Egipto, providencialmente se había multiplicado de acuerdo con la palabra de Dios (ver Gén. 12:2; 15:4; 26:4; 28:14; Sal. 105:23, 24).

Semillero homilético

**Los sufrimientos de ayer,
medios de bendiciones para hoy**

1:5b

Introducción: El plan de Dios para la redención del mundo ha estado en marcha desde antes de la fundación del mundo (1 Ped. 1:20). La redención no es un plan de emergencia ante lo imprevisto. Todo lo que ocurre, hasta las cosas que nos producen sufrimiento, son parte del plan del Señor para nuestra redención. ¿Qué significado tuvo el que José ya estuviera en Egipto cuando llegaron los hijos de Israel?

Para José significó salir de las condiciones en que había caído por la maldad de sus hermanos y la oportunidad de ser usado por Dios para preparar lugar para su familia.

Para los hijos de Israel significó la condición preparada por Dios para consolidarlos como pueblo suyo, al que él revelaría su Palabra y del que saldría el Salvador.

Para el mundo significó el avance de los planes de Dios para la redención.

Conclusión: Debemos sentirnos seguros en las manos de un Dios todopoderoso que lleva adelante sus planes de redención y al que nada detiene en su propósito de hacernos bien.

Además, *llegaron a ser muy poderosos. Y la tierra estaba llena de ellos* (v.7b): Tenían una influencia creciente en la vida civil y económica, la cual se extendía más allá de los límites de la zona de Gosén, pues tenían contacto con los egipcios en las ciudades de ellos. Aunque se entienda la expresión en una forma más bien relativa, es evidente en el libro que había un contacto amplio entre los dos pueblos. Por ejemplo, algunos israelitas aprendieron artes y oficios (31:1–11) de los egipcios, recibieron regalos y riquezas de manos de los naturales al salir del pueblo (12:33–36), había casamientos entre ellos (Lev. 24:10), los padres de Moisés vivían cerca del palacio (2:1–5) y evidentemente había algunas casas israelitas al lado de gente egipcia (12:13). Es evidente que no todos los israelitas vivían en Gosén aislados de los egipcios.

El pueblo de Dios vive mejor

Algunos estudios sociológicos que se han hecho en América Latina revelan que los hogares evangélicos viven en mejores condiciones materiales que los hogares no evangélicos con ingresos monetarios semejantes. ¡El Señor cuida de los suyos y les da sabiduría para administrar los bienes materiales!

b. La servidumbre dura, 1:8–14. Una dinastía nueva tomó el poder en Egipto, y los hebreos perdieron su posición de privilegio. Los *hiksos*, invasores semíticos, fueron expulsados cerca de 1570 a. de J.C., y finalmente un nuevo rey que no conocía a José llegó al trono (v. 8). Posiblemente haya sido el faraón Seti I (1309–1290 a. de J.C.) el que inició una política de opresión que fue seguida por Ramsés II (1290–1224 a. de J.C.; ver en la Introducción la sección sobre la fecha del éxodo).

No es que al faraón le faltara conocimiento histórico de su pueblo, sino que no reconoció ninguna deuda u obligación con la familia de José. Pero reconoció el poder numérico y económico de una gente extranjera en el país. También reconoció que su ubicación en Gosén, la

zona norte cerca de la ruta usada tradicionalmente por los invasores de Asia Menor, podía comprometer la seguridad del país en caso de un ataque. Adicionalmente, la prosperidad del pueblo produjo envidia de parte de la población nacional, y la fe israelita no permitía que se identificara con la cultura egipcia. Además, el faraón no quiso perder una fuente valiosa de obreros. Consecuentemente, concibió con astucia un plan que los debilitaría y a la vez engrandecería el reino egipcio. Con trabajo forzado, tratándolos como esclavos, les hizo edificar *las ciudades almacenes de Pitón y Ramesés* (v. 11; las ciudades fueron construidas por Ramsés II). *Entonces los egipcios los hicieron trabajar con dureza* (v. 13); sin embargo, *cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban* (v. 12).

Verdadero poder

Una nación es verdaderamente poderosa cuando sus ciudadanos viven de acuerdo con principios morales y espirituales elevados. Roma llegó a ser el imperio más poderoso que el mundo había visto, pero su decadencia empezó en su moral. Al perder su fibra moral, perdió también su poder material.

En nuestro tiempo es igual. Algunos estudios dados a la luz en 1990 revelan que los embarazos entre adolescentes solteras aumenta en proporción directa al número de horas que éstas ven la televisión diariamente. Cuando la mente juvenil se llena de basura, no puede esperarse que los resultados en conducta sean buenos.

La medida de usar esclavos en las construcciones egipcias no era una política nueva. En Egipto el faraón era el dueño de casi toda la tierra (comp. Gén. 47:20, 21), su gobierno era autocrático, su palabra era la ley absoluta y el pueblo entero era virtualmente esclavizado. Se ha estimado que el tributo laboral usado en la edificación de la gran pirámide de Giza ocupó el trabajo forzado de 100.000 esclavos por un período de 20 años. La explotación de los oprimidos siempre fue una política de los faraones, y aun Salomón cayó en la tentación de usar el tributo laboral como una fuente de labor: la leva israelita para su grandes obras alcanzó la cifra de 30.000 hombres (1 Rey. 5:13, 14). Desgraciadamente, no ha terminado el abuso de las masas como instrumentos de producción para el beneficio de los pocos. El problema todavía está en vigor en muchos lugares del mundo.

La fe invencible

A la caída de la cortina de hierro se ha revelado que la iglesia subterránea detrás de ella nunca fue acabada. A pesar de todo, los cristianos oprimidos y perseguidos se fortalecieron y se enfrentaron con heroísmo a la opresión. Muchos murieron físicamente degradados, pero espiritualmente íntegros, como viendo al invisible (Heb. 11:27), con una fe que queda como testimonio para los que, sin sufrir la persecución, tienen una fe vacilante.

Las *ciudades almacenes* (v. 11) estaban ubicadas en el norte del país junto a la frontera, y eran centros comerciales y lugares de aprovisionamiento militar para las tropas que servían en las campañas militares de Ramsés II.

La ciudad Ramesés era sin duda la capital del delta y fue edificada sobre las ruinas de la antigua capital de los hiksos, Avaris, que había sido destruida y abandonada en la batalla para expulsar a los odiados gobernantes semitas. En las excavaciones de ella, *tell de San al-hagar*, se han hallado ruinas colosales de templos y edificios construidos por Ramsés II.

Se dan los nombres de las ciudades almacenes, pero no se nombra al faraón. ¿Por qué? Puede ser que el nombre del rey era demasiado largo para incluirlo fácilmente en el escrito. Todos los reyes egipcios tenían por lo menos cinco nombres unidos de una manera bastante complicada.

Entonces era más fácil usar un título. Por eso, se le dio al monarca, durante la última parte de la dinastía decimoctava, el título de faraón, lo que significaba literalmente “La Casa Grande”. Al principio, el título indicaba específicamente el palacio donde vivía el rey; sin embargo, con el tiempo llegó a ser más fácil usar el título, “La Casa Grande (el faraón) dice”, en vez de utilizar todos los nombres de él (comp. el uso popular de la expresión “la Biblia dice”). Por el uso, al rey se le llamó “el faraón”, lo cual llegó a ser un título personal. Por consiguiente, el texto bíblico refleja con fidelidad la cultura y práctica de la época al no llamar al rey por sus nombres.

Verdades prácticas

1. (V. 8): Las circunstancias cambiantes del mundo ponen a los hombres en pedestales, o los derrumban. Cuando murió el faraón que conocía a José, se acabó el favor para el pueblo. Dios puede usar a los hombres para llevar adelante sus planes, pero nuestra confianza ha de estar puesta en el Señor, no en los hombres.

2. (V. 9): Entre los pueblos, como entre las personas, hay desconfianza. La potencia de uno despierta inseguridad y celos en el otro. Solamente el Señor puede romper las barreras que nos separan de los que debían ser nuestros hermanos.

3. ¿Por qué hay tanto sufrimiento en el mundo? La pregunta se hace como un reproche velado a Dios: él podría terminar con el sufrimiento. Pero la verdad es que, generalmente, es el mismo hombre el que produce sufrimiento a la humanidad. Para acabar de inmediato con el sufrimiento el hombre tendría que ser eliminado de la faz de la tierra. Dios no solamente no ha hecho esto, sino que envió a su hijo unigénito para sufrir la muerte por nosotros.

4. El hombre protesta por la explotación de que es objeto, pero, ¿remedia la explotación de la que puede hacer objeto a su esposa y a sus hijos, cuando los engaña adúlteramente, cuando gasta el jornal en vicios y placeres, y cuando los priva de sus derechos y de su protección? Indudablemente, las condiciones sociales deben cambiar, pero el corazón del hombre debe cambiar primero, para que verdaderamente se acabe la explotación en todos los niveles.

Los vv. 13 y 14 son un resumen de los trabajos arduos: Extraían el lodo negro del Nilo y confeccionaban ladrillos, o *adobes*, *aparte de todo trabajo en el campo; y en todos los tipos de trabajo les trataban con dureza* (v. 14). Sin embargo, Israel seguía multiplicándose *de manera que los egipcios se alarmaron a causa de los hijos de Israel* (v. 12). Había razones suficientes para no seguir creciendo numéricamente; sin embargo, seguían la marcha física, pero espiritualmente no lograban la meta impuesta por Dios.

c. La muerte decretada para los varones, 1:15-22. Enseguida hubo dos esfuerzos más del faraón para limitar el crecimiento de Israel: se intentó controlarlo por traición interna por medio de las parteras, y, finalmente, por decreto imperial, se buscó aniquilar a los niños varones echándolos al río Nilo. Al hacerlo, no se dio cuenta de que sellaba la misma pena sobre los primogénitos de su propio pueblo. Al no dejar salir libre al pueblo, el faraón se puso en conflicto directo con el Señor, que había tomado a Israel como primogénito suyo.

Irónicamente, no aparece el nombre del faraón de Egipto en el texto; sin embargo, aparecen los nombres de las parteras. A los ojos de Dios, ¿quiénes son las personas más importantes en esta historia? ¡Dios toma a los débiles para confundir a los poderosos del mundo!

Joya bíblica

Pero las parteras temían a Dios y no hicieron como el rey de Egipto les mandó, sino que dejaban con vida a los niños varones (1:17).

Sifra (v. 15b; significa “belleza”, o “hermosa”) y Fúa (v. 15c; significa “hacer brillar”, o “esplendor”) son las únicas parteras nombradas. ¿Eran las únicas para toda la gente? De ser así, no sería tan numeroso el pueblo como sugiere el texto. ¿Eran ellas las encargadas, o principales, de todas las parteras? ¿Eran las representantes del “sindicato” ante el faraón? El texto no indica cuál es la interpretación correcta; sin embargo, parece que la segunda es la preferida.

Verdades prácticas

1. El respeto por la vida humana es una característica que distingue a todo buen gobierno. Se manifiesta en el esfuerzo por el bienestar del ser humano en todos los aspectos de la vida. Preservar la vida no es solamente conservar su existencia, sino enriquecerla en la sociedad y establecer las condiciones para que cada individuo pueda vivir dignamente con el fruto de su trabajo.
2. El reconocimiento del valor de la vida humana se manifiesta, tanto en los gobiernos como en los hogares y en los individuos, en la manera en que el dinero se gasta.
3. Un gobierno que no respeta la vida humana es un gobierno corrupto que, en su afán por llevar adelante sus planes, tiende a extender la corrupción entre los ciudadanos. La orden de faraón a las parteras, de matar a todos los recién nacidos varones, es un ejemplo de esto. Debemos obedecer a los gobernantes, pero cuando sus acciones están en oposición a la voluntad expresa de Dios y las consecuencias van en contra de la vida humana, nuestra alternativa es clara: Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres, aunque en ello nuestra propia vida corra riesgos.
4. El temor a Dios, como el que tenían las parteras, es el paliativo para los males de la sociedad. ¡No cabe duda de la necesidad de que el evangelio sea predicado!
5. En nuestros tiempos se está extendiendo una forma de homicidio parecida a la planeada por el faraón: el aborto. La diferencia está en la edad de la víctima. El que los gobiernos legalicen el aborto no lo hace menos homicidio. Dios lo condena. ¡El juicio de Dios es inminente!

¿Eran las parteras hebreas o egipcias? La frase *parteras de las hebreas* (v. 15) no es explícita; pero el texto se inclina al lado de una pertenencia israelita, y así lo interpretan los rabinos: Las hebreas no hubieran admitido ninguna obstetra extranjera. No obstante, por otra parte, si no hubieran sido egipcias, ¿cómo podía haber tenido el faraón confianza en ellas?

Lo cierto es que las parteras temían a Dios, y si fueron egipcias, el Dios de Israel había llegado a ser su Dios. Temían más al Señor que al faraón, y el Señor honró su fidelidad. Así se salvó a los niños de la muerte, y la mano divina protegió y bendijo a las parteras (1:20, 21).

En cuanto a la *silla de parto* (v. 16), se refiere a la manera egipcia de dar a luz. Literalmente el texto dice *sobre las piedras*, y está de acuerdo con la época. El pertinente ideograma en los jeroglíficos es de dos piedras grandes, y se explica el uso de las “piedras” y su significado en “dar luz”. Era una especie de “silla” que facilitaba el alumbramiento. Todavía se emplea el sistema en algunos lugares del mundo, especialmente en el oriente. Es otra de las muchas

palabras, tales como Fúa, que son de origen egipcio y llegaron a ser términos “prestados” a Israel como herencia de su larga estadía en Egipto.

Semillero homilético

El temor a Dios

1:17

Introducción: El temor a Dios viene del reconocimiento de su poder y su autoridad absolutos.

El que teme a Dios no sigue el consejo de los malos.

El que teme a Dios lo obedece.

El que teme a Dios está dispuesto a correr riesgos por ser fiel.

El que teme a Dios es usado por él para cumplir sus planes.

El que teme a Dios es honrado y bendecido por él.

Conclusión: El que teme a Dios no busca meramente evitar el castigo, sino agradarlo con un servicio sincero.

Hay una observación más acerca del trabajo de las parteras. El trabajo pesado había robustecido a las mujeres hebreas y eran más *vigorosas* (v. 19) que las egipcias. Parece que no llamaban a las parteras para asistir en todos los partos. Por lo menos, el faraón no tuvo duda acerca del vigor de las hebreas; se usaba la palabra “vigorosa” también para las fieras. Las parteras la usaron como un término despectivo para las mujeres hebreas; las presentaron como personas de poco valor, como las fieras, y ¿quién podía controlar la fecundidad de éstas? Por lo tanto, el faraón aceptó los informes de las parteras.

Joya bíblica

Dios favoreció a las parteras, y el pueblo se multiplicó y se fortaleció muchísimo (1:20).

La palabra “hebrea” es más antigua, y tiene un uso más extensivo que el vocablo “Israel” (ver Gén. 14:13). Más precisamente, se emplea la palabra Israel después de la constitución de la nación (Exo. 19), y se refiere al “hebreo” generalmente durante el período antes de la conquista. El término “judío” se usa después del cautiverio babilónico. En el texto hebraico se emplea la palabra “partera” siete veces.

Antiguamente el relato fue transmitido oralmente, y el Señor aseguró su preservación fiel por medio de las estructuras literarias. Estas ayudaban a la memoria en el proceso de recitación. Así se evitaba agregar al contenido, o eliminar algo por descuido. Una vez pasado el relato del trabajo pesado (siete referencias) y el de la obra de las parteras (siete referencias), se entra en el paso siguiente de la narración. El Señor preparó al pueblo y lo guió en el arte de relatar vívidamente su palabra revelada. Muchísimo antes de la página impresa, el Señor dio al pueblo un estilo literario que lo ayudó a preservar la verdad divina.

Con su siguiente intento, el infanticidio (1:22), el faraón llegó a la cumbre de la crueldad contra los hebreos. Para él, el echar a los niños al Nilo era dejar que un “dios” egipcio los matase. Por cierto, se guardaba a las niñas para mantener una fuente de mano de obra barata disponible. Aun así, parece que el decreto no gozó del pleno apoyo de toda la población egipcia. Según los informes posteriores de las cifras de los que salieron de Egipto, el ritmo de crecimiento de los israelitas siguió. A pesar de esto, al dar el faraón el mandato cruel de aniquilar a los niños en el Nilo, Dios dispuso que sería del mismo palacio faraónico de donde vendría el instrumento de la liberación. ¿Quién era soberano? ¿Jehovah o el faraón? ¡No únicamente la salvación, sino también la historia estaba en manos del Señor!

(2) La preparación y el llamamiento de Moisés, 2:1–4:31

a. El nacimiento y la preparación hebraica, 2:1–9. Según Exodo 6:20, los padres de Moisés se llamaban Amram (lit. “pueblo exaltado”) y Jocabed (lit. “Jah es honor”). Moisés tuvo por lo menos dos hermanos mayores nacidos antes del decreto del faraón: María, la profetisa (ver Exo. 2:4 y 15:20) y Aarón (ver Exo. 6:20; 7:7; etc.). Moisés era levita, de la tribu que sería seleccionada para ejercer las funciones sacerdotales (ver Exo. 28:1; Lev. 1:5; 8:12, 13; Jos. 13:33; 14:4; etc.); consecuentemente, los judíos interpretan que Moisés cumplía las funciones de sacerdote, profeta (Deut. 34:10) y mediador. (Para la evaluación que hace el NT, ver Hech. 7:20–29 y Heb. 11:23–29.)

Al nacimiento de Moisés, su madre, vio *que era hermoso* (v. 2a) y logró esconderlo en contra del edicto del faraón (ver 1:22). En la providencia de Dios, Moisés tuvo una madre excepcional. Demostró su sagacidad logrando ocultar la evidencia física y apagando los sonidos del llanto del niño por un período de *tres meses* (v. 2b). Cuando no pudo ocultarlo más, ella usó una antigua estrategia semítica. Preparó una arquilla y puso al niño entre los juncos a la orilla del río *Nilo* (v. 3).

Instruye al niño en su carrera

Un pastor evangélico, de visita en la península de Yucatán, México, se dio cuenta de que muchos jóvenes, hijos de familias cultas y de buena posición económica, hablaban el castellano a la manera de los mayas de la región, sin ser ellos mismos de ese grupo étnico. Muchos de los jóvenes, a pesar de su educación universitaria, no perdían el acento y giros del lenguaje característicos del pueblo maya. Al comentar con extrañeza y curiosidad este asunto con un amigo lugareño, éste le explicó que las familias pudientes empleaban como nodrizas y niñeras para sus hijos a mujeres mayas, las cuales transmitían a los niños su manera de hablar peculiar. La manera de hablar de las niñeras prevalecía sobre el hablar de los padres de los niños, dado que éstos imitaban a las niñeras con las que pasaban más tiempo. ¡Cuán importantes son los primeros años de vida!

A pesar de que pudo haber sido pura coincidencia, no sería mal sugerir que Jocabed, como mujer sumamente dotada, conocía bien tanto las tradiciones semíticas bíblicas como las folclóricas de su pueblo. Según los relatos, el rey Sargón de Acad (siglo XXII a. de J.C.) fue salvado por su madre poniéndolo en una arquilla en el río Eufrates en Mesopotamia. El relato pudo haber sido lo que inspiró a la madre de Moisés a construir la arquilla suya. De todos modos, la mano de Dios obró milagrosamente.

Además, Jocabed demostró sagacidad al obedecer la orden del faraón de echar al niño al Nilo. Además de ser una mujer piadosa, sagaz y preparada, es evidente que entendía bien la psicología de las mujeres egipcias. Sabía también la atracción universal de un niño, especialmente cuando llora. Siendo una mujer muy observadora, había notado la costumbre de una egipcia. A pesar de su posición real, una princesa del palacio se acercaba diariamente al ribereño barrio hebraico con sus doncellas *para bañarse* (v. 5). Esto ofreció el escenario para un plan audaz y genial de una madre humilde que por amor de su niño hermoso hizo todo para salvar su vida. En aquel momento no pudo ni aun imaginar lo que significaría tal hecho monumental.

Con la arquilla colocada estratégicamente para que la corriente no la llevara y que la egipcia la viera, la madre puso su niña a una distancia discreta *para ver lo que le acontecería* (v. 4). La hija del faraón *vio la arquilla entre los juncos y envió a una sierva suya para que la tomase* (v.

5). Al abrirla, el niño comenzó a llorar, y la mujer egipcia, reconociéndolo como varón de los hebreos, tuvo *compasión de él* (v. 6).

Otra vez se ve el arte literario del autor demostrado magistralmente en el texto hebraico: Siete veces empleó el sustantivo *niño* (vv. 2, etc.), y siete veces se refirió a *la hija del faraón* (v. 5, etc.). La narración fue bien preparada para su conservación y transmisión oral.

Ahora llegó el momento crucial; la madre había preparado bien a la niña. Al ver los hechos y al escuchar a su hermanito llorar, la hermanita (probablemente María de 6 o 7 años de edad) se acercó a la princesa y recitó las palabras bien aprendidas de memoria: *¿Iré a llamar una nodriza de las hebreas para que te críe al niño?* (v. 7b). *¡Te críe!* ¡Ya era niño de la egipcia!

Sin dilatar, *la hija del faraón respondió*: “*Vé* (v. 8a), y la muchacha *llamó a la madre del niño* (v. 8b). No fue un encuentro casual el de las dos mujeres; fue uno lleno de emoción y de reconocimiento. El diálogo fue breve y las palabras simples; sin embargo, el contenido tenía un sentido doble. Uno era para las siervas de la hija del faraón (y para los lectores casuales) que observaban el drama, y el otro era entre dos mujeres separadas por la raza y los niveles sociales. La vida del niño estaba en juego entre ellas. *Y la hija del faraón le dijo*: “*Llévate a este niño y créamelo. Yo te lo pagaré* (v. 9). Literalmente el texto dice: “Yo te daré tu pago (o recompensa)”. ¿Cuál fue el pago que la madre quiso? ¡La vida del niño! Parece que la egipcia reconoció que la nodriza que la muchacha trajo era la madre del niño. El pago económico era secundario. Había entre las dos mujeres un entendimiento muy especial, y el Señor hizo otro milagro en su plan de redención mundial. Sin darse cuenta dos mujeres llegaron a ser instrumentos vitales en la preservación de la vida del libertador futuro del pueblo escogido.

Verdades prácticas

1. La vida sigue a pesar de la opresión. El hombre se casa y tiene hijos a pesar de las condiciones que lo oprimen. El hombre no detiene la vida por decreto; ésta sigue adelante, de acuerdo con el plan de Dios.

2. El afecto natural, por venir de Dios, desea y procura el bien para sus seres cercanos. De esta manera las criaturas nacen en un ambiente propicio para crecer y reproducirse.

3. El verdadero amor es abnegado. Está dispuesto a sacrificar su satisfacción por el bien de la persona amada. La madre de Moisés, pese al dolor que esto le causaba, se separó de su niño para salvarle la vida.

4. El Señor levanta aliados hasta de entre los que se oponen a su pueblo. La hija de faraón estuvo dispuesta a criar a Moisés a sabiendas de que era hebreo.

5. “La mujer tomó al niño y lo crió.” Y así la carrera del caudillo quedó asegurada. La influencia del hogar puede ser determinante en la vocación del individuo. Tras de cada gran hombre están los que en su infancia han influido en él con su enseñanza y ejemplo. La grandeza del carácter no se da en el vacío.

6. Un hombre que ha crecido desde bebé con el conocimiento de haber sido condenado a muerte por un tirano opresor y haber sido rescatado, puede hacerse preguntas acerca de un papel que tiene que desempeñar en el escenario de la vida. El corazón de este hombre es un terreno fértil para el llamado del Señor a una tarea especial relacionada con su experiencia, pues tiene una conciencia de destino.

Providencialmente el niño ahora podría vivir legalmente y tendría la crianza e influencia de dos culturas; sin embargo, la primera sería la de su madre israelita. Quedaría con ella hasta ser destetado, y esto solía extenderse por un período más largo de lo que es la costumbre moderna. Con frecuencia se extendía hasta la edad de cuatro o más; Josefo pensaba que el niño estuvo con su madre israelita hasta los trece años de edad (*Antigüedades*, 2, 9, 6). Moisés estuvo con su madre por lo menos durante los tiernos años críticos y formativos. Ella influyó en él, aun inconscientemente, y jugó un papel importantísimo en el destino de su vida y ministerio final.

Semillero homilético

La preparación del caudillo

2:1-23

Introducción: Israel estaba oprimido y clamaba por su libertad.

La primera etapa: la preparación hebraica (vv. 1-10).

El nacimiento y preservación de la vida de Moisés.

La fe de los padres de Moisés (Heb. 11:23).

La segunda etapa: la preparación secular egipcia (vv. 11-15).

Educado en el conocimiento egipcio (Hech. 7:22).

Preparado para el liderato egipcio (según Josefo fue un héroe militar).

Conocedor de la vida y opresión de su pueblo.

La tercera etapa: la preparación en el desierto como fugitivo (vv. 16-23).

Muerte del egipcio y fuga de Moisés.

Confiaba en su poder personal (Hech. 7:24, 25).

Necesitaba una experiencia personal con Dios. El conocimiento de las tradiciones de su pueblo era insuficiente.

La vida e influencia del sacerdote de Madián. Otra perspectiva de las tradiciones abrámicas.

El conocimiento de la zona desértica de Sinaí en preparación para su trabajo como "guía de viaje" del pueblo.

Conclusión: Dios escuchó el clamor del pueblo, y recordó sus promesas y propósito para Abram. El Dios soberano preparó milagrosamente al caudillo necesario para la liberación de su gente.

b. La preparación egipcia secular, 2:10. El autor no se preocupó de los detalles secundarios, sino que pintó con grandes rasgos los pasos fundamentales en la preparación del líder futuro. Cuando el niño creció, la madre le llevó al palacio, y la hija del faraón le prohió. *El vino a ser para ella su hijo, y ella le puso por nombre Moisés, diciendo: "Porque de las aguas lo saqué"* (v. 10). El nombre tuvo un doble significado: para los egipcios significaba "engendrado", o "hijo", es decir, "uno engendrado por el Nilo"; y para los hebreos quería decir "sacado" o "uno sacado del agua".

En el palacio fue objeto del amor, de la protección y de las ventajas de uno que correspondía a la realeza. Llegó a conocer el diseño del palacio como la palma de su mano, desde el salón del trono hasta la cocina y los establos. Como dijo Esteban muchos años después, recibió la educación clásica para ser un dirigente o administrador de la nación (ver Hech. 7:22).

La educación de los príncipes era amplia y rigurosa. Todo llegaría a serle útil en los años venideros, aunque Moisés debió haber tenido un sentir de frustración durante muchos años en el exilio. La educación clásica incluía instrucción en las ceremonias y en las creencias religiosas. Los estudios legales también formaban una parte del plan de estudios. Los príncipes recibían instrucciones en el arte de escribir, en la sabiduría egipcia, en los escritos de los sumerios, en los

sistemas legales asirios y babilónicos, en la medicina, en la magia, en la geografía y en la ciencia militar.

Fuera de la Biblia, la tradición alaba a Moisés por su destacado servicio militar en una campaña al sur del país. Lo cierto es que a Moisés le fue dada la oportunidad de recibir la mejor educación de su época.

Semillero homilético

El bien vence sobre el mal

2:1–10

Introducción: La madre de Moisés, sin saberlo, fue parte de los planes de Dios para la liberación de su pueblo al salvar a su hijo Moisés. El que obedece la voluntad de Dios participa de los planes de Dios por el mundo.

El bien vence sobre el mal cuando lo enfrenta con decisión.

El bien vence sobre el mal porque es movido por el amor.

El bien vence sobre el mal porque lo enfrenta, no con violencia, sino con sabiduría.

El bien vence sobre el mal porque Dios le da buenos aliados.

El bien vence sobre el mal porque sigue los propósitos de Dios.

Conclusión: No seas vencido por el mal, sino vence al mal con el bien (Rom. 12:21).

De acuerdo con la soberanía divina, Dios usó al faraón en la preparación de aquel que sería el instrumento humano para quitarle a Israel de su poder. Pero todavía le faltaban a Moisés unas materias más en el plan divino de los estudios preparatorios, y el autor se movía rápidamente hacia los cursos requeridos faltantes.

Verdades prácticas

1. El llamamiento divino era, y es, para servir con sacrificio. No hay una garantía de éxito material, ni de una vida fácil.

2. Los tiempos económicos buenos y de tranquilidad pueden ser malos si apartan al pueblo de Dios. Los tiempos malos pueden ser buenos si acercan al pueblo a Dios.

3. La elección divina era, y es, por la gracia. Dios eligió a una nación esclava para ser su instrumento. Tomó al débil para confundir a los grandes.

4. Dios se preocupa por los oprimidos y por la libertad humana.

5. Dios se opone al poder inhumano, y los tiranos del mundo ven la salvación divina como una amenaza a sus sistemas establecidos.

6. Dios se preocupa por la salvación del alma, y por la libertad física de los esclavizados por cualquier clase de tiranía.

7. A pesar del sufrimiento, la vida dura y el trabajo arduo produjeron un pueblo fuerte y capaz de afrontar el cambio difícil que iba a transitar antes de llegar a la tierra prometida.

c. La preparación en el desierto, 2:11–25. En el desarrollo de Moisés se destacan su compasión hacia los hebreos, y su poder físico (vv. 11–14). Un día vio el abuso de un egipcio que golpeaba (del verbo *nacar*⁵²²¹) a un hebreo. El texto dice literalmente que *miró a uno y otro lado, y viendo que no había nadie, golpeó* [o pegó fuertemente; del mismo verbo *nacar*⁵²²¹] *él al egipcio, y lo escondió en la arena* (vv. 11, 12, trad. del autor). Lo mató; le pegó al egipcio tan fuerte que murió. Evidentemente no era su intención matarlo; sin embargo, en su enojo contra una injusticia, se le fue la mano y perdió el control de sí mismo.

Otra vez se habla de su fuerza física: Como fugitivo de la justicia egipcia, estaba descansando junto a un pozo de agua en la tierra de Madián. El solo echó a *unos pastores* (v. 17) de la zona defendiendo el derecho de unas mujeres de sacar agua. Físicamente, Moisés era un hombre bien dotado y desarrollado. Moralmente, se enojaba ante la injusticia social. Sin embargo, el tiempo de su liderazgo no había llegado todavía. Dios tuvo que templarlo, prepararlo más y darle un curso teológico especial.

El esfuerzo de ayudar a Israel por medio de la violencia humana no produjo una chispa revolucionaria, sino resultó en el rechazo de parte del pueblo de aquel que se levantó en defensa de sus derechos. Al día siguiente de la matanza del egipcio, Moisés volvió a la zona y observó a dos hebreos peleando. *Entonces dijo al culpable: "¿Por qué golpeas [del verbo nacar⁵²²¹] a tu prójimo?"* (v. 13). El hombre rechazó a Moisés como jefe y juez, y le preguntó si pensaba matarlo a él como había matado al egipcio (vv. 13, 14). Moisés comprendió que el hecho era asunto público, y se preguntó: ¿Quién lo había contado? Había tres personas allí el día anterior: el egipcio, el hebreo maltratado y Moisés. El egipcio estaba muerto. El que había contado el asunto era el hebreo, y el pueblo había tenido temor del que había salido en su defensa. Cuando finalmente se identificó con los suyos, fue mal entendido y rechazado.

La madre de la libertad israelita

La historia bíblica puede dividirse por medio de los nacimientos milagrosos de niños destinados a transformar la historia mundial: Isaac, Moisés, Samuel y Jesús. Cada niño tuvo una madre cuya fe y dedicación al Señor influyeron en su carrera. A través de la historia del cristianismo se ve la misma verdad repitiéndose muchas veces: Mónica, la madre de Agustín, nunca dejaba de orar por su hijo aun cuando éste se alejaba del camino de las enseñanzas hogareñas. Atrás de las vidas de Juan y Carlos Wesley estaba la figura de una mujer fiel y consagrada al Señor: Susana Wesley, a la que casi se le puede otorgar el título de "la madre del metodismo". Roberto Moffatt, el dedicado misionero, decía que había sido la influencia de su madre la que lo condujo a ser un pionero por Cristo en el sur de Africa, donde, para él, el sol amanecía cada mañana sobre miles de aldeas donde nunca había sido anunciado el mensaje de salvación.

El mundo tiene una gran deuda con las madres humildes y desconocidas que han inculcado en las vidas de sus hijos las verdades más grandes: el amor de Dios y el camino de la salvación. En cuanto a Israel, sin la influencia de su madre, Moisés nunca hubiera llegado a ser el gran libertador de su pueblo. A Jocabed (6:20) casi puede dársele el título de "la madre de la libertad israelita".

Ahora Moisés tuvo que huir porque según el v. 15 el faraón se enteró del asunto y procuró matarle. La acción de Moisés fue un delito con doble agravante: Asesinó a una autoridad pública mientras que ésta ejercía su función asignada, y la conducta de Moisés podría producir una revuelta general entre los sojuzgados. Para Moisés, la única solución a la situación creada era la fuga *de la presencia* [es decir, la jurisdicción] *del faraón y se fue a la tierra de Madián* (v. 15). Con esto se terminó la primera etapa de su vida. Había alcanzado cuarenta años de edad (Hech. 7:23).

Moisés huyó a la zona de Sinaí, al este del golfo de Aqaba, en la península arábiga. Fuera del control de Egipto, Madián estaba situado sobre las rutas de caravanas de Arabia y sus habitantes, los madianitas, tenían la fama de ser mercaderes (ver Gén. 37:28). Eran descendientes de

Abraham por medio de su esposa Quetura (Gén. 25:1, 2), y Moisés, un levita, iba a vivir entre los suyos como hombre libre. Todavía le hacía falta aclarar algunas verdades teológicas de su herencia hebraica; y, como guía del futuro, necesitaba una orientación en el desierto. Su tiempo no había llegado todavía (comp. Heb. 11:24–26).

En círculos pastoriles como también en tierras desérticas, un pozo de agua juega un papel importantísimo, no simplemente en cuanto al agua viva, sino también en la vida social (comp. Gén. 24:11 y 29:10), y así fue para Moisés. Mientras que estaba sentado junto a un pozo, las hijas del sacerdote de la zona llegaron para sacar agua, y según el testimonio de una de ellas, *un hombre egipcio* las defendió *de los pastores* y las ayudó a sacar agua para dar *a las ovejas* (v. 19). Como resultado de su acción vigorosa en defensa de los derechos de las débiles, recibió una invitación del sacerdote de comer con él. Allí Moisés obtuvo lugar para vivir, trabajar y casarse con una hija del sacerdote. Ella se llamaba Séfora (lit., “pajarilla”). En Madián nació su primer hijo, *Gersón* (v. 22).

Semillero homilético

El clamor que Dios escucha

2:23–25

Introducción: En nuestros problemas y angustias hemos de clamar a Dios, quien atiende a su pueblo y lo saca de su condición.

El clamor que Dios escucha es el que se dirige a él sinceramente.

Los hijos de Israel gemían primero; se lamentaban para sí mismos y entre ellos.

La tendencia humana es llevar a otros hombres sus penas antes que a Dios.

En el sufrimiento el pueblo se acerca más a Dios.

El clamor que Dios escucha es el de su pueblo que sufre.

Dios se compadece de su pueblo a pesar de que éste sea infiel.

Dios es fiel a su pacto. Sus promesas abundan en la Biblia.

El clamor que Dios escucha encuentra respuesta.

Dios no ignora la condición de su pueblo, pero tiene su propio tiempo para responder.

Antes que pidamos a Dios él ya tiene la solución.

Conclusión: Llevemos al Señor nuestras cargas directamente, pues en él está la solución.

Pasaron los años y falleció el faraón tan opresivo (el oyente o lector lo sabe; Moisés no lo sabrá sino hasta el 4:19). Entretanto, seguía el gemir de Israel *a causa de la esclavitud* (v. 23), sin evidencia ninguna de recordar el propósito de su elección. A pesar de clamar a Dios, el pueblo no vivía como Dios quería: Seguía la norma de Jacob y no la de Israel (ver sobre 1:1). Parece que estuvieron al punto de olvidarse de Dios; sin embargo, Dios no se había olvidado de ellos. Aun sin haber logrado el propósito de su existencia, Dios *reconoció su condición* (v. 25). Se acercaba el tiempo de su liberación.

En los vv. 24 y 25 se cambian el énfasis, de la condición de Israel (v. 23) a la respuesta de Dios, y al hacerlo, se presenta al Señor en términos personales. Sin que Israel se diera cuenta, el Señor obraba. Antes de que Moisés supiera del cuidado histórico de Dios, el autor se lo revela a los lectores. Dios miraba al mundo y era el que lo controlaba, aunque a veces parecía que estaba ausente.

Joya bíblica

Dios oyó el gemido de ellos y se acordó de su pacto con Abraham, con

Isaac y con Jacob. Dios miró a los hijos de Israel y reconoció su condición (2:24, 25).

Sin saberlo el pueblo, *Dios oyó el gemido... se acordó de su pacto... miró..., y reconoció su condición* (vv. 24, 25). Dios obró sobre la base del pacto hecho con los patriarcas (ver Gén. 12:1-3; 17:1-14; 26:2-5; 28:13-15). La estructura del pacto requería fidelidad a sus estipulaciones de parte de todos los participantes. Dios era fiel en cumplir con sus promesas. El sabía que Israel no había cumplido su parte; sin embargo, mantuvo su acuerdo con los patriarcas.

El verbo “miró” (v. 25a) tiene un significado más profundo que simplemente ver algo; incluye conocer la situación. Además, el verbo *reconocer* es dinámico y significa más que un reconocimiento simple: lleva el sentir de estar involucrado con algo. Dios sentía personalmente la opresión del pueblo y la compartía con ellos. Era un Dios personal que oía y se acordaba de su pacto. Era un Dios que miraba, reconocía y se preocupaba por un mundo oprimido y sufriente. También sufría Dios, y aún hoy en día éste es el mensaje de la cruz. Todavía se preocupa el Señor por su mundo.

d. El llamamiento de Moisés, 3:1-4:17. El cap. 3 trata del llamamiento de Moisés. Dios tuvo que humillarlo (vv. 1-6), informarle del propósito divino (vv. 7-10), y asegurarle que la presencia divina lo acompañaría (vv. 11-22). La unidad literaria se extiende hasta 4:17, y en general trata de las dificultades que Moisés tuvo para aceptar su vocación divina.

(a) La aparición divina, 3:1-10. La tarea pastoril, 3:1. De acuerdo con el relato de Esteban (Hech. 7:30), habían pasado 40 años, y Moisés seguía apacentando las ovejas de Jetro, su suegro, cuyo nombre significa “excelencia”; sin embargo, anteriormente se le había llamado Reuel, que quiere decir “amigo de Dios” (Exo. 2:18). ¿Cómo se explican los dos nombres? Algunos han sugerido que se trata de dos documentos que usaban nombres diferentes. Otros piensan que es la misma persona que llevaba dos nombres. Una tercera opinión lo explica a través de los significados de los nombres: Reuel, “amigo de Dios,” era el nombre personal, y Jetro, o “excelencia,” era un título honorífico. Aunque la última es muy atractiva, y puede ser la explicación correcta, hay una cuarta sugerencia que parece ser la preferida: Reuel era el patriarca, el jefe del clan al cual las mujeres dieron los informes de la ayuda prestada por Moisés. Mientras él vivía era considerado el “padre” de toda la familia. Al transcurrir 40 años, y habiendo fallecido el sacerdote anciano, su hijo Jetro, el padre biológico de las siete mujeres e hijo de Reuel, lo había reemplazado como jefe y sacerdote en ejercicio. Así pues, el texto simplemente trata de la vida del clan. ¡No es problema de documentos, ni de una transmisión del texto!

Gramaticalmente, el cap. 3 comienza acentuando el nombre de Moisés. Había algo muy importante en el futuro, aunque él continuaba su labor normal de cuidar las ovejas de su suegro. Las llevó *más allá del desierto*, o literalmente *al lado occidental* de Horeb (v. 1), el nombre dado a aquel sector de un monte imponente de la zona. El lado austral era llamado Sinaí (ver Exo. 19:11, 18-20; 33:6; 34:2).

Llegó hasta *el monte de Dios* (v. 1b). No se lo llamaba así por ser lugar de veneración de alguna divinidad pagana o de algún dios madianita, sino por lo que llegaría a ser para Israel (ver la prolepsis). En la época en que se escribió la historia, ya era el lugar donde Dios se había aparecido a Moisés (v. 5), y donde se había promulgado la Ley (Exo. 19). Cronológicamente en el texto, era el lugar donde Dios se aparecería. Además, era un lugar impresionante con cordilleras y cuya cumbre frecuentemente estaba oscurecida por espesas nubes. Cuando había tormentas, los valles retumbaban y se estremecían con los truenos (ver Exo. 19:16). Para Israel, ¡era el monte de Dios! En el llamamiento, el Señor se reveló de un modo especial y en un lugar

delimitado (vv. 2, 3). La revelación de Dios vino con un acento histórico y no fue una experiencia mística para el gozo personal de Moisés. Aunque el Omnipotente se apareció en una llama de fuego, lo importante del evento no fue lo que Moisés vio y sintió, sino lo que escuchó. El encuentro fue de diálogo y el problema era la preocupación divina por la situación social y espiritual del pueblo.

Era un día como los muchos que Moisés había conocido. Llevaba el rebaño a un lugar conocido. Con Jetro había encontrado una vida segura y una vocación bajo la tutela de su suegro. Sin duda el sacerdote de Madián le había instruido en el camino de Dios revelado a Abram, aclarando enseñanzas recibidas de su madre: Su preparación teológica se había completado.

Los planes de Dios

Una joven, empleada en una de las oficinas de la asociación evangelística de Billy Graham, leía una noche en su casa cuando se sintió atraída inexplicablemente por una oferta de empleo en la sección de avisos clasificados. No necesitaba un empleo y estaba muy satisfecha con el que tenía. Sin embargo, al día siguiente, al persistir su inquietud, decidió acudir al lugar de la solicitud. Al entrevistarse con la encargada, le expresó su propia extrañeza de haber acudido, pues no deseaba cambiar de empleo. Cuando la joven le informó que era empleada de la asociación evangelística de Billy Graham, la encargada le confió que últimamente había sentido el deseo de ir a alguno de los cultos, pues se sentía vacía espiritualmente. La joven visitante le presentó a Jesucristo como su Salvador. La encargada aceptó al Señor, y prometió ir al culto con ella. Después de orar juntas, la visitante reconoció que el Señor tenía un propósito al estar dirigiéndola a que fuera a esa oficina. ¡Dios tiene sus planes!

La vocación de pastor le había enseñado la paciencia para trabajar con las ovejas, que son criaturas tontas, olvidadizas y dispuestas a extraviarse. Además, la vida solitaria de un pastor le había dado tiempo amplio para meditar y reflexionar; no se había olvidado del sufrimiento de sus hermanos en Egipto. La paciencia le vendría bien dentro de poco; Israel sería un rebaño difícil de guiar.

Además, en la preparación Moisés había llegado a conocer íntimamente el desierto de Sinaí. Sin darse cuenta, su preparación *teórica* se había terminado. Ahora Dios tomaba la iniciativa, y aunque Moisés no buscaba a Dios, Dios sí lo buscaba a él.

La zarza ardiente (vv. 2–6). *Entonces se le apareció el ángel de Jehovah en una llama de fuego en medio de una zarza* (v. 2). El v. 4 dice que el Señor mismo *lo llamó desde en medio de la zarza...* La palabra *ángel* significa “mensajero”, y puede referirse a un ser humano o a uno celestial. Antes de la época de Moisés, la revelación divina venía principalmente por medio de ángeles. Después de él, con la ley y las instituciones establecidas, no eran tan necesarios. Un análisis de Génesis indica que *el ángel de Jehovah* a veces era un enviado de Dios y en otros contextos se aplica a Dios mismo (ver Gén. 16:7–13 [Dios]; 18 [3 hombres, uno Dios]; 22:11 [ángel], 16–18 [Dios]; 24:40 [ángel]; 48:15, 16 [ambos]; Exo. 13:21 y 14:19; 33:14 [Dios]; Jos. 5:14 y 6:2).

Cuando aparece el ángel de Jehovah como una manifestación de Dios mismo, ¿es posible que sea una señal de la presencia de Jesús como Aquel que revela a Dios (Calvino), la segunda persona de la Trinidad? Lo cierto de todo es que al aparecer el ángel de Jehovah, siempre es Dios quien habla. De alguna manera el ángel es una extensión de Dios mismo. Es una teofanía.

Apareció el ángel en *una llama de fuego* (v. 2), un símbolo de la presencia de Dios. Para los hebreos el fuego no era objeto de adoración, sino que simbolizaba luz y poder. Como el fuego purificaba y consumía las impurezas, así era la santidad y pureza del Señor. Con frecuencia se emplea el fuego en la Biblia como ilustración de la presencia y el poder de Dios (ver Gén. 15:17; Exo. 13:21; 14:20, 19:18; Deut. 4:24; 9:3; Hech. 2:3; Heb. 12:29; etc.).

Moisés *vio que la zarza ardía en el fuego, pero la zarza no se consumía* (v. 2). Dios puede tomar posesión de algo, o alguien, sin destruirlo. Como lo implica su nombre (v. 14), es el ser eterno quien tiene su propia fuente de poder y energía en sí mismo y que nunca tendrá fin. Su existencia no depende de la materia física. En este sentido, el fuego no estaba en la zarza sino en Dios mismo.

La palabra hebrea para la zarza (*seneh*⁵⁵⁷²) es similar en sonido al nombre Sinaí. Sin duda la palabra fue elegida por esa razón, y aparece únicamente una vez más en Deuteronomio 33:16 donde se refiere al Señor como *aquel que moraba en la zarza*. Generalmente se la identifica como la zarzamora, una zarza espinosa. Sin embargo, no se puede hacer una identificación segura. ¡Ni es necesario!

Moisés no era un novicio en el drama del desierto, y la vista de algo extraordinario le llamó la atención. Se desvió para echar un vistazo de más cerca a la *gran visión* (v. 3b). La zarza ardía; sin embargo, no se consumía. Y son muchos los que se han desviado con Moisés en un esfuerzo por explicar el milagro. Algunos lo explican en una forma racional como el reflejo del sol sobre la zarza, que daba el efecto de arder; los colores brillantes del otoño le llamaron la atención a Moisés para que el Señor le hablara. Otros lo explican como una visión interior, la cual fue relatada usando los símbolos físicos para que la gente entendiera. Sin embargo, fue simplemente un milagro: un encuentro directo, personal y transformador con Dios. La prueba de ello se ve en los resultados en la vida de Moisés. Lo básico del milagro no estaba en la zarza. La zarza fue simplemente el medio usado por Dios para conseguir la atención del pastor. Al acercarse Moisés a la zarza, Dios puso fin a su vida pastoral y lo inició en una vida nueva como libertador.

Verdades prácticas

1. Enfrente de la zarza que ardía, Moisés tuvo dos reacciones al encontrarse con la santidad de Dios: fue atraído por lo misterioso y se asustó a la vez. Era un deseo doble de atracción hacia la santidad y a la vez de huir de ella. Dios siempre viene como demanda absoluta y socorro infinito, como ira y gracia, como terror y amor. La santidad de Dios siempre infundirá dos reacciones. Posiblemente, una de las pérdidas más grandes del mundo moderno es la falta de respeto para la santidad por haber llegado a estar familiarizado con Dios.

2. La santidad de Dios es la diferencia absoluta entre Dios y los seres humanos. La santidad pertenece a Dios exclusivamente. El designar cualquier elemento “santo” únicamente por su relación o asociación con Dios no es correcto.

3. Siempre se deben quitar las sandalias al acercarse al Santísimo. No tenemos ningún reclamo que hacer: Somos pecadores sin mérito que acudimos al trono de la gracia para recibir el perdón gratuitamente ofrecido.

4. Al librar a Israel de la esclavitud egipcia, el Señor mantuvo su propósito de salvación mundial iniciada anteriormente. Mantuvo la continuidad con el pasado, el control sobre el presente y el señorío sobre el futuro.

Dios lo llamó desde en medio de la zarza diciéndole: ¡Moisés, Moisés! (v. 4). Fue un llamado doble, con el nombre repetido, que era una fórmula usada a veces para una revelación especial (ver Gén. 22:11; 46:2; 1 Sam. 3:10). Con asombro, Moisés escuchó una voz desde la zarza que lo llamaba y lo conocía por nombre. En Israel el nombre representaba la persona. El conocer el nombre de alguien significaba tener un poder sobre él.

Verdades prácticas

1. La santidad de Dios compromete a su pueblo a la santidad. Cuando Dios llama a servirlo el carácter del hombre será dirigido a la santidad.
2. A muchos puede atraer la omnipotencia de Dios, pero no su santidad, porque evidencia la pecaminosidad del hombre.
3. Dios nos conoce y nos llama por nombre. Nadie puede confundir el llamado a otro con el suyo.
4. Dios nos llama a servirlo como un privilegio para nosotros, pues suyo es el poder para lograr la victoria en la encomienda.
5. Dios conoce de antemano el curso de los acontecimientos de la tarea que nos encomienda, pero nos revela sólo lo indispensable. Nos deja ir por fe, que nunca es defraudada.

Moisés respondió sencillamente: *Heme aquí* (v. 4b). La traducción de los LXX interpreta: *¿Qué hay?* En hebreo la respuesta es una palabra compuesta, como si el asustado Moisés emitiera un sonido entrecortado: *hinni*²⁰⁰⁹, *¡aquí yo!*

El Señor le respondió: *No te acerques aquí. Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar donde tú estás tierra santa es* (v. 5). Estaba en la presencia de Jehovah. El lugar era santo. Uno llega a ser semejante a lo que toca. Al tocar lo sucio, uno llegará a ensuciarse. Al tocar lo santo, uno será santo. Dios dijo a Moisés que él era Santo, y en efecto le dijo: “Quita tus sandalias. Toca lo Santo para que seas santo.” Las sandalias eran una capa aislante entre la tierra santa y Moisés. Tenía que quitar todo lo que impidiera la entrada de la pureza. No hay una separación entre lo físico y lo espiritual.

Moisés e Israel se habían preocupado por lo material. Ahora era tiempo de incluir lo espiritual. Toda santidad implica pureza y separación de lo profano. Moisés tendría que vaciarse y humillarse para que el Señor lo llenara. El descalzarse era símbolo de humildad y respeto por la Majestad divina. Actualmente los musulmanes entran en las mezquitas con los pies descalzos. Los samaritanos suben al Gerizim descalzos cuando van a celebrar la Pascua, y también algunas sectas cristianas mantienen tal costumbre en algunas de sus liturgias. Simbólicamente significa reverencia y humildad de parte de los adoradores.

Dios no se identificó con Moisés como un Dios nuevo, sino como el Dios del Pacto. Dijo que era el Dios de su padre (singular en el texto hebreo) y de sus antepasados. Era el mismo Dios venerado por ellos: era *el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob* (v. 6). No había olvidado las promesas hechas a los patriarcas. Ahora serían cumplidas por medio del éxodo. A la vez, su identificación como el Dios del Pacto era una llamada a la responsabilidad: las promesas eran bendiciones o medios para alcanzar el propósito redentor mundial del Señor (ver Gén. 12:1–3, etc.). Israel se había olvidado del Pacto; sin embargo, Dios se lo recordaba.

Temiendo por su vida, *Moisés cubrió su cara, porque tuvo miedo de mirar a Dios* (v. 6b, ver Exo. 33:20; Deut. 5:24, 25). Parece que se cubría su cabeza con el manto y se postraba ante al Señor.

Dios había logrado el primer paso al humillar a Moisés. En la presencia del Santísimo, Moisés confesó su humanidad. Sin embargo, quedaban tres obstáculos más: (1) Moisés tendría

que ser convencido de que fuera él el libertador del pueblo, (2) Israel tendría que ser convencido de que Moisés fuera el instrumento para librarlos, y (3) el faraón tendría que ser convencido para que dejara ir al pueblo.

Semillero homilético

El líder que Dios utiliza

2:1–4; 3:1–5

Introducción: Necesitamos entender, a la luz de la experiencia de Moisés, cómo deben ser los líderes que Dios utiliza.

Alguien llamado por Dios.

Alguien obediente a la voz de Dios.

Alguien fuerte para asumir la dirección de su pueblo.

Conclusión: ¿Quiénes están dispuestos a ser los líderes que Dios utiliza en este tiempo?

El propósito divino, 3:7–10. Ahora llega el momento cuando el Señor le indicará a Moisés la naturaleza de su llamamiento o vocación. Se encuentran tres elementos centrales en la conversación entre Dios y Moisés. El primero es la decisión firme de Dios de librar a su pueblo oprimido (v. 8). El segundo es la elección de Moisés para ser el instrumento humano para librar al pueblo (v. 10). El tercero es la reticencia de Moisés a asumir una responsabilidad tan grande y difícil (v. 11).

Había llegado el tiempo en que Dios iba a librar al pueblo. Con la aflicción, Israel pensaba que Dios lo había abandonado. No obstante, Dios había estado todo el tiempo con su pueblo; sin embargo, haría milagros en la presencia de los egipcios antes de que Israel tuviera algunos solamente para sí mismo. Los verbos empleados en el texto indican que ya era el momento decisivo: *Ciertamente he visto..., he oído..., he conocido..., he descendido...; ahora, ve, pues yo te envío...* (vv. 7–10).

Por primera vez Canaán es llamada *una tierra que fluye leche y miel* (v. 8, ver Núm. 13:27, etc.). También se indica que era *una tierra buena y amplia* (v. 8). En realidad no es tan grande; sin embargo, al compararla con Gosén es muy amplia. Además, no es tan fértil como algunas de las tierras que la rodean; sin embargo, para una gente peregrinante que vivía en el desierto arábigo, la tierra parecería un paraíso. Siglos antes los patriarcas, como una gente extranjera, habían echado sus tiendas allí como huéspedes y transeúntes. Pronto sería tierra propia de Israel como el Señor había prometido.

La frase *fluye leche y miel* es proverbial y aparece frecuentemente en la Escritura. Aún hoy en día, la leche se considera un alimento necesario para un ciclo ganadero e indica un suelo bueno para el pasto. La miel simboliza una agricultura productiva, no únicamente la de las abejas, sino también la del jugo del fruto de la tierra (ver LSE, 325–326). Además de una tierra productiva, para Israel, la mejor riqueza sería la libertad de profesar su fe salvadora y, con la ubicación céntrica en el mundo de su día, compartirla con todas las familias de la tierra (ver Gén. 12:3).

En la época de Abram, se habla de 10 pueblos moradores de Canaán (Gén. 15:19–21). El Señor indica a Moisés que una nación reemplazará a seis (v. 8; ver siete indicados en Deut 7:1; Jos. 3:10; 24:11; también Exo. 13:5). Aparentemente, se toma el texto aquí en un sentido restringido, y se trata principalmente de los habitantes de la costa mediterránea y del valle del Jordán.

Los *cananeos* eran una gente emparentada con Israel (ver Gén. 9:18), y ocupaban las llanuras marítimas y el valle del Jordán (Núm. 13:29). El nombre de la tierra se derivaba de la tintura púrpura que producían y que se utilizaba en la fabricación de telas costosas.

Los *heteos* eran una gente indoeuropea. Establecieron un imperio grande en Asia Menor con su centro en lo que ahora es Turquía. Paulatinamente conquistaron Siria e invadieron Canaán hasta llegar al sur del país (ver Gén. 23:10; 26:34; Núm. 13:29; 2 Sam. 11:3). El imperio heteo floreció hasta 1200 a. de J.C. aproximadamente, y después quedaron centros aislados del pueblo en Canaán. Nunca fueron plenamente conquistados por Israel.

Técnicamente los *amorreos* eran los habitantes de Siria y la parte norte de Palestina. El nombre vino de la cultura mesopotámica donde las llamaban los *amurru* u *occidentales*. Ocupaban la zona montañosa de Canaán (Núm. 13:29). También estaban emparentados con Israel y a veces se alternaban los términos cananeos y amorreos al hablar en general de los habitantes de Palestina. Al hacer una distinción, los cananeos eran los habitantes de las llanuras marítimas y el valle del Jordán, mientras los amorreos ocupaban las zonas más elevadas o montañosas.

No se ha podido identificar el carácter étnico de los *ferezeos*. Algunos estudiosos piensan que el nombre se refiere a una clase de paisanos que vivían en villas sin muro o barrios abiertos (ver Est. 9:19; Deut. 3:5). Por lo menos, algunos vivían en los bosques de Palestina central en la cordillera de Efraím (Jos. 17:15).

Los *heveos* se encontraban en Palestina central (Jos 9:7; 11:19) y alrededor de Siquem (Gén. 34:2). Se los identifica generalmente con los antiguos horeos, o hurrianos (ver Gén. 36:2 y 20: el padre del heveo Zibeón era un horeo), un grupo étnico importante en el Medio Oriente durante el segundo milenio antes de Cristo.

Los *jebuseos* eran los habitantes del monte Sion (lo que más tarde fue Jerusalén) antes de que David la capturase (2 Sam. 5:6–8; ver Jos. 15:8, 63; 18:28; Jue. 19:10, 11, etc.)

La culminación de la experiencia de Moisés ante la zarza ardiente se encuentra en los vv. 9 y 10. El clamor de los hijos de Israel había llegado hasta Jehovah, y él había visto la opresión de los egipcios (v. 9). Entonces, dijo el Señor a Moisés: *Vé, pues yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los hijos de Israel* (v. 10). Moisés recibió su misión oficialmente, y aunque tendría sus objeciones, nunca pudo escaparse de la realidad de su experiencia con Dios aquel día especial.

Verdades prácticas

1. Los hombres que más y mejor sirven al Señor no son los que tienen muchos talentos que ofrecer, sino los que están dispuestos, en humildad, a dejar que el Señor los use.
2. Cuando el Señor llama a su servicio, su poder está disponible para cumplir nuestra tarea.
3. No hay hombre de Dios, por inútil que crea ser, que no pueda ser utilizado por el Señor, si se somete a él.
4. El que reconoce su debilidad delante de Dios es más apto que el que es autosuficiente.
5. Una declaración de inutilidad para servir a Dios puede ser una excusa para no comprometerse en la obra de Dios y sus trabajos consecuentes.

(b) Las objeciones y respuestas, 3:11-4:17. Moisés no estuvo de acuerdo con el designio del Señor. En esto se ve su humanidad. Sus objeciones, o excusas, abarcaban varias esferas de su

vida personal. Las fundamentaba sobre una modestia genuina, sobre el miedo o temor del juicio egipcio y sobre el temor de ser rechazado otra vez por el pueblo. Moisés era un hombre obstinado; con todo, Dios lo trató con paciencia y con respeto a su personalidad. Moisés no fue tratado como un robot; Dios lo escuchó y contestó sus excusas con toda seriedad. Sin embargo, el Señor no le permitió evadir su responsabilidad ni tampoco demorar ni desbaratar el plan divino. Al fin Moisés llegó a ser el portavoz de Jehovah.

En las excusas de Moisés se ven actitudes comunes a toda la humanidad. Con frecuencia, frente al llamamiento de Dios, se presentan objeciones parecidas a las de Moisés: ¿Quién soy yo? ¿Quién eres tú? ¡No me creerán! ¡No soy elocuente! (No hablo bien en público.) ¿Por qué no mandas a otro?

El sentido de inseguridad personal, vv. 11, 12. En contraste con Isaías (Isa. 6:8), Moisés resistió el llamamiento del Señor. Su reticencia era el resultado de un miedo realista y un sentido de insuficiencia: *¿Quién soy yo para ir al faraón...* (v. 11). Era un fugitivo de la justicia egipcia. A pesar de haber sido un nieto adoptivo del faraón, temía que la obediencia le costara su vida. No había aprendido el secreto de salvar la vida por medio de perderla (Mat. 16:25); todavía el Señor no tenía el control de su vida. Sin entender el principio, quiso negociar con Dios.

Además del miedo por su vida, los años en Madián y el trabajo pastoril habían cambiado a Moisés. No era el hombre impaciente y violento de antes; ¡era un hombre transformado! No se sentía adecuado para una tarea tan monumental. A él le parecía que el llamamiento no era para servir a Dios en lo que era su fuerte, sino en lo que era su debilidad. En el v. 11, el texto hebraico indica literalmente que Moisés hacía tres referencias fuertes de sí mismo: *¿Quién soy yo, que vaya yo al faraón, y que saque yo a los hijos de Israel de Egipto?* (Trad. del autor). Se sentía inadecuado para la misión que el Señor le había asignado.

Una lucha desinteresada por la libertad

En 1814, cuando José de San Martín fue nombrado gobernador de la provincia de Mendoza, comenzó la preparación del "ejército de los Andes" para la liberación de Chile. Era un perito en la milicia y poseía un espíritu admirable de modestia, cortesía y sobriedad. En enero de 1817, con un ejército de unos 5.400 soldados, logró cruzar la cordillera por medio de cuatro pasos en un frente de ochocientos kilómetros. San Martín sorprendió y derrotó a los españoles en Chacabuco; dos días después entró en Santiago. Después de ganar la victoria de Maipú, Chile quedó libre. El libertador dijo simplemente que habían ganado la victoria y dejó que O'Higgins llegara a formar el gobierno de la nueva república. Mientras tanto, San Martín se dedicó a la tarea de planear su campaña final: la invasión de Lima, la capital de Perú.

Los historiadores han evaluado a San Martín como un hombre prudente cuyo deseo era que los países sudamericanos tuvieran libertad. Estuvo dispuesto a sacrificar su interés personal por el bienestar hispanoamericano.

Tal lucha abnegada a favor de los demás hará un impacto en todos los lugares y en todas las épocas. La lucha diaria en el lugar donde estemos tendrá la aprobación del Señor: "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mat. 25:40). La recompensa por la batalla bien luchada de parte de Jesús en su lucha contra el mal será la salvación misma de los demás: su libertad de las cadenas del pecado.

A pesar de su sentido de insuficiencia, ¿quién podía haber estado mejor preparado? Conocía el idioma egipcio, la cultura, las creencias y aun a los líderes egipcios. Era nieto adoptivo del faraón. Podía encontrar cualquier sitio en el palacio sin tener un guía oficial. Además, conocía íntimamente el desierto y los pueblos de la zona, y había tomado un curso teológico especial del sacerdote de Dios, Jetro. Dios lo había preparado bien sin que Moisés se diera cuenta. Pero tenía una cosa más que aprender: Dios es soberano, y sería él, no Moisés, el que libraría al pueblo del poder egipcio. Dios no necesitaba un hombre con el poder del *yo*, sino que buscaba un instrumento sensible y obediente.

La respuesta del Señor es uno de los textos más grandes de toda la Biblia y una promesa que da aliento a todos los llamados por él. Son varias las interpretaciones del v. 12; no obstante, parece que una traducción literal del versículo ayudará a aclarar el sentido en el contexto: *Ciertamente estaré contigo, y esto te será la señal de que yo [enfático] te he enviado; cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, serviréis a Dios sobre este monte* (trad. del autor). La señal es la presencia de Dios con él: *yo estaré contigo* (v. 12). La primera mitad del versículo contiene la promesa; la segunda mitad es una declaración de que servirían a Dios en el monte Horeb (Sinaí) después del éxodo. En efecto decía el Señor: "No debes preocuparte tanto Moisés, estoy contigo. No importa quién eres tú. Lo importante es que estoy yo, y yo sacaré al pueblo de Egipto." El versículo era una afirmación grande: Dios estaría presente con él, y la señal no descansaba sobre unas demostraciones externas de poder, sino sobre la fe misma del llamado. La señal, o el milagro fundamental, no era la zarza ardiente ni el hecho de servir a Dios en Sinaí. Los dos eran milagros, pero ninguno era la señal. El milagro fundamental era la presencia divina que le acompañaría (ver 33:14–16; Isa. 7:14; Mat. 1:23; 18:20; 28:20; etc.). El futuro confirmaría a Moisés en su tarea; sacaría al pueblo de Egipto, y lo llevaría al monte sagrado de Dios. Dios no se quedaría en Horeb; la presencia divina acompañaría a Moisés en todo el camino y a través de todos los acontecimientos. La prueba última de la señal sería en el futuro, cuando el pueblo sirviera a Dios en Sinaí.

Semillero homilético

La certeza de la presencia de Dios

3:12

Introducción: El Señor ha prometido su presencia a cada uno de sus hijos. Debemos considerar esta certeza para el servicio que él espera de nosotros.

I. La certeza de la presencia de Dios asegura el triunfo de la tarea

encomendada por él.

1. Asegura sabiduría para mantener la meta a la vista.
2. Asegura fuerza para soportar lo arduo de la tarea.
3. Asegura protección en el peligro.
4. Asegura el mensaje en nuestros labios.

II. La certeza de la presencia de Dios nos alienta en nuestro ministerio.

1. Porque sabemos que enfrentamos las fuerzas del maligno con el poder del Señor, que es omnipotente.
2. Porque tenemos que enfrentar muchos obstáculos, pero él los derriba.
3. Porque conocemos nuestra debilidad, pero sabemos que con él podemos todo.
4. Porque habrá sufrimientos, pero él estará a nuestro lado.

III. La certeza de la presencia de Dios nos enseña a ir siempre adelante.

1. Nos enseña a depender de él para emprender lo que él quiera.
2. Nos enseña a mirar a Dios y su poder, no a nuestra debilidad.
3. Nos enseña a andar en su camino.

Conclusión: No dudemos en aceptar el llamado del Señor para servirlo, porque su presencia asegura la victoria.

La misma verdad se ve en Jesús, *Dios con nosotros* (Mat. 1:23), quien nos libra de la esclavitud del pecado y nos hace instrumentos de su redención. Al salir en su nombre, tenemos la misma promesa que tuvo Moisés: *Estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo* (Mat. 28:20b). Cristo está con nosotros y el futuro dará la confirmación de nuestro llamamiento y nuestra fidelidad. Saldremos con ánimo porque Cristo en nosotros es la esperanza de gloria (ver Col. 1:27).

La incertidumbre de la identidad de Dios (3:13–22). La segunda objeción de Moisés trata del temor de un nuevo rechazo del pueblo por no conocer a la deidad que le hablaba. La pregunta no era hipotética, “¿quién eres?”, sino más bien era una pregunta bien discreta y práctica. Si fuera al pueblo en nombre del Dios de los antepasados y el pueblo le preguntara *¿cuál es su nombre?*, *¿qué les responderé?* (v. 13). Ya sabía la respuesta a “¿quién?”, porque Dios ya le

había dicho que era el Dios de sus padres. La pregunta, *¿Cuál es su nombre?* (v. 13), iba más al fondo. En Israel el nombre significaba la persona misma, es decir, su naturaleza, su carácter, sus atributos, su ser. ¿Cómo era Dios? ¿Qué hacía él?

Joya bíblica

Dios dijo a Moisés: "YO SOY EL QUE SOY." Y añadió: "Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros" (3:14).

El conocer el nombre daba alguna influencia sobre la persona. De acuerdo con el pensar de Moisés, al no tener nombre, no había existencia. Al existir y conocer el nombre de la divinidad era tener poder sobre ella o, por lo menos, apoderarse de su poder. Dios conocía a Moisés por nombre. ¿Cuál era el nombre de aquel que le hablaba? El hablar indicaba que era una persona. Decía que estaba preocupado por Israel; sin embargo, evidentemente era un Dios ausente. Por años no había estado presente para ayudarles. ¿Cómo iba el pueblo a reconocerlo?

La respuesta de Dios a Moisés no es del toda clara, y los intérpretes de la Biblia no están seguros de su significado: *YO SOY EL QUE SOY* (heb. *'ehyeh*¹⁹⁶¹ *asher*⁸³⁴, *'ehyeh*¹⁹⁶¹, v. 14). La gramática hebrea no incluye el tiempo en el sistema verbal, pero el tiempo se encuentra en el contexto. El verbo indica una acción y el contexto da el tiempo. El verbo *'ehyeh* es un imperfecto que es una acción incompleta y tiene varias traducciones: “era”, “soy”, “seré”, o “llegué a ser”, “llego a ser”, y “llegaré a ser”. La partícula *asher* tiene una variedad de significados tales como “quien”, “qué”, “que”, “el que”, “aquel que”, “lo que”, “aquel”, y “porque”.

Es evidente que hay una variedad de posibles interpretaciones de la frase; sin embargo, hay cinco que parecen ser las más aceptables a la luz del contexto: (1) Al revelar el nombre, el Señor deliberadamente se lo oscureció. En efecto, es decir, “No te importa quién soy”. El es Dios y nadie tendrá poder sobre él para manipularlo: Dios no es esclavo ni siervo del hombre: “Yo soy quien SOY.” No se puede expresar la naturaleza de Dios por medio de un nombre, ni tiene el hombre la capacidad de comprender a Dios; consecuentemente, el ser supremo quedará en el misterio. Al no revelarse el significado pleno de su nombre, significa que será conocido por medio de lo que hace. Moisés no irá a Egipto con el nombre de un Dios nuevo. Como siempre, él se revela y se esconde a la vez. El es libre y soberano, y de la misma manera, no será atado a Moisés ni a Israel contra su voluntad. El nombre misterioso tiene que ser aceptado por la fe tal como el seguirle será por la fe. (2) Se enfatiza la presencia activa y viva del Señor: en el hebreo no hay verbos diferentes para “ser” y “estar”. Se incluye la presencia y la esencia en el mismo verbo. Así que algunos sugieren que en el versículo se hace referencia a la promesa recientemente hecha a Moisés, *estaré contigo* (v. 12), la cual se puede traducir “estoy contigo” (un presente continuo). El Ser Supremo está siempre contigo. (3) Otros lo traducen, “Seré lo que seré”. Aquí el énfasis recae en la suficiencia de Dios para afrontar cualquier necesidad que surja. Moisés e Israel pueden confiar en la presencia y en el poder del Señor de cumplir con sus promesas en la historia. A la vez, él revelará su persona de acuerdo con su voluntad, no la del hombre. El será lo que quiere ser, y es independiente del hombre. (4) Albright ha propuesto una interpretación que merece consideración (*Yahweh and the Gods of Canaan*, 1968, pp. 168–172). Con un leve cambio del texto del hebreo de la forma usada, un presente simple (*Qal*), a una forma causativa (*Hiph'il*), y de la primera a la tercera persona del verbo (ser), se traduce la frase

así: “El hace (ser) lo que existe.” Según su interpretación, de este contexto se deriva el nombre divino “Yahweh” o “Jahveh”, que analizaremos luego. Esta explicación interpreta el significado del nombre revelado, “El causa ser”, lo cual subraya el papel de Dios como el ser creador del universo tanto como el libertador de Israel. (5) La última es, “Yo seré lo que era.” Es decir: “Seré siempre en el futuro lo que era en el pasado.” Dios haría en la vida de Moisés lo que hizo con Abram, Isaac, Jacob y Amram (el padre el Moisés). Dice: “Yo soy lo mismo ayer, hoy, y mañana” (ver Heb. 13:8).

De las interpretaciones, parece que la primera y la última son las más fuertes. Con todo, Dios es una persona; tiene nombre, y al darlo en una revelación especial, da a los suyos ciertos privilegios y responsabilidades. Por lo menos hay acceso directo a él.

Moisés no pudo ir a Israel y responder a la pregunta *¿Cuál es su nombre?* (v. 13) con las palabras *yo soy* (v. 14). Entonces Dios le dijo: *Así dirás a los hijos de Israel: "JEHOVAH... me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre..."* (v. 15). Jehovah viene del verbo ser y la forma es una tercera persona masculina singular. Es decir: “EL ES me ha enviado a vosotros.”

Dios llama en cualquier lugar

Un joven, arrancado del alcoholismo por una misión cristiana de rescate en los barrios bajos de Nueva York, fue llevado por otro hombre, también rescatado del vicio, para ayudar a un alcohólico hospedado en un hotelucho cercano. El borracho estaba inconsciente, echado en un camastro. El hombre mayor pidió al joven que abriera su Biblia y leyera algunos textos clave para el plan de salvación. El joven protestó débilmente, pensando que era inútil, pues el borracho no podría escuchar siquiera. El hombre insistió y el joven obedeció. Al terminar, oraron y dejaron al lado de la cama algunos folletos evangelizadores y salieron del cuarto.

Al día siguiente, mientras los dos hombres dirigían un culto para los refugiados en la misión, llegó un joven que se sentó y escuchó con atención. Al extender la invitación para recibir a Cristo el joven se puso de pie y pasó al frente. Explicó que él había escuchado la presentación del evangelio que habían hecho el día anterior. Los hombres mostraron su extrañeza, pues sólo el borracho estaba en el cuarto. El joven explicó que él estaba debajo de la cama y que estaba dispuesto a matarse ese mismo día, porque ya no soportaba su condición. Las palabras de la Biblia que escuchó le infundieron aliento y decidió ir a la dirección indicada en los folletos para saber más. ¡El Señor llama al hombre donde sea que el hombre esté!

El nombre sagrado hebreo es llamado *el tetragrammaton* porque aparece en el texto con cuatro letras YHWH (o con otra transliteración JHVH). Probablemente se deriva del verbo ser. El uso del nombre se encuentra pocas veces antes de la época de Moisés (ver Gén. 4:26; 17:1), y su pronunciación original es desconocida. El texto antiguo del hebreo no incluía las vocales. Se escribían únicamente las consonantes y se aprendía la vocalización de memoria. Pasando los años se reemplazó el hebreo con el arameo, un habla más flexible; y para preservar el texto

hebraico, unos estudiosos, los masoretas, cerca del siglo séptimo de la era cristiana inventaron un sistema de signos que representan los sonidos vocales y los intercalaron en el texto de sus manuscritos.

Desde la época de Moisés, en Israel se había considerado que el nombre de Dios era tan sagrado que no se lo pronunciaba. Cada vez que aparecía en el texto se leía otra palabra para Dios, “Adonai”, que significa “Señor”. Los traductores de la versión griega (la LXX) empleaban la palabra *Kyrios* (Señor) para el nombre sagrado. En la traducción latina, la Vulgata, emplearon la palabra *Dominus* (Señor). Los masoretas, en su tarea de colocar los signos vocálicos al hebreo, pusieron las vocales de la palabra “Adonai” en la palabra “YHWH” (JHVH). Cuando los traductores de la versión inglesa *King James* (1611) trataron del nombre sagrado, decidieron hacer la transliteración de la palabra hebrea tal como aparecía en el texto que usaron, y de acuerdo con su sistema de pronunciación, llegó el nombre “Jehovah”. Aunque el nombre no representa ninguna forma usada en el texto hebreo, en nuestra tradición ha llegado también a representar al Dios creador y redentor, y de acuerdo con el entendimiento teológico del término, el uso de Jehovah es válido y se lo emplea en la RVA y en el comentario.

Después de responder a la pregunta de Moisés, Dios le dio instrucciones más específicas: *Vé, reúne a los ancianos de Israel y diles las buenas nuevas de redención* (v. 16); *“Jehovah... ha venido a nuestro encuentro”* (v. 18). Sin embargo, el Señor le indicaba que la tarea no sería fácil: El pedido de salida no tendría éxito inmediatamente, y Dios tendría que usar *una poderosa mano* (v. 19) para obligar al faraón a responder favorablemente.

El Señor dijo que al salir de Egipto el pueblo recibiría una recompensa por los años de esclavitud cuando no había disfrutado materialmente de su propia labor. Dios daría a su pueblo gracia en los ojos de los egipcios en vez del odio y abuso, y los egipcios darían a los hebreos objetos de valor, de plata, de oro y vestidos (v. 22). Israel saldría de sus villas de miseria adornado como una gente digna: *Así despojaréis a los egipcios* (v. 22b).

El concepto aquí no es de pillaje ni de saqueo por fuerza, sino que voluntariamente, a pedido de las mujeres, los egipcios finalmente recibirían el cobro material por la estadía forzada de los israelitas en su país. Además de velar por lo espiritual, Dios también se preocupaba por el bienestar material de los suyos.

El miedo de falta de credibilidad, vv. 1–9. Moisés temía que el pueblo no le creyera (v.1). Era un problema, porque la credibilidad era esencial si Moisés iba a guiarlo en el futuro. Por cierto, Israel tuvo que guardarse de los profetas falsos (ver Deut. 18:15–22 y 13:1–5). Además, ¿cómo podría probarles Moisés que el encuentro con Jehovah había sido real y no algo subjetivo? No quería ser rechazado otra vez. ¿Cuál evidencia tenía él de la presencia prometida del Señor?

En respuesta, Jehovah le dio tres milagros de transformación que podrían ser usados como demostraciones para que creyera el pueblo que el Señor le había aparecido (v. 5). No se dieron como pruebas conclusivas que servirían de una vez y para siempre para convencer al pueblo de que Moisés era profeta de Dios. Tampoco eran pruebas finales; aun éstas tendrían que ser aceptadas con fe en el propósito divino de una liberación futura. Además, cuando los milagros

mismos eran aceptados, el significado no era claro para todos: el faraón los vio y no creía el propósito de lo que veía.

La señal de la vara, vv. 2–5. *Jehovah le preguntó: “¿Qué es eso que tienes en tu mano?”* (v. 2). Moisés tenía lo que cualquier pastor tendría: una vara común. *Tírala al suelo* (v. 3), le dijo Jehovah, y cuando Moisés lo hizo, se convirtió en una serpiente. Moisés conocía bien las serpientes que había en la zona y huía de ella. Sin embargo, no era suficiente el milagro así. *Extiende tu mano y agárrala por la cola* (v. 4). Cualquier adiestrado en manejar las culebras sabe que agarrar la cola de una víbora no es lo mejor; debe inmovilizarse la cabeza contra la tierra y agarrar la serpiente por atrás de la cabeza. Sin embargo, según la palabra de Jehovah, Moisés la agarró por la cola, *y volvió a ser vara en su mano* (v. 4b). ¡Otro milagro! El propósito era demostrar al pueblo que Dios de veras le había aparecido (v. 5).

Semillero homilético

Nuestra debilidad y el llamado de Dios a servir

4:1–17

Introducción: Sin excepción, Dios llama a todos sus hijos a servir en su obra.

- I. Nuestra debilidad se nos hace evidente ante la grandeza de la tarea que Dios nos encomienda.
 1. Nos asusta la grandeza y peligros de la tarea.
 2. Medimos nuestras fuerzas sin contar con el poder del Señor, que nos fortalecerá.
 3. Nuestras excusas para rechazar la tarea son ilógicas por causa de nuestra ignorancia.
- II. Nuestra debilidad, entregada al Señor, produce resultados maravillosos.
 1. Porque es el poder de Dios el que obra.
 2. Porque con Dios todo es posible.
 3. Porque la gloria debe ser para Dios.
- III. Nuestra debilidad es conocida por Dios, y a pesar de ello nos llama.
 1. Dios sabe lo que puede hacer mediante nosotros.
 2. Dios sabe lo que puede hacer de nosotros.

3. Dios tiene un galardón para el que lo obedece, a pesar de todo.

Conclusión: Aceptemos el llamado del Señor, porque él nos dará fortaleza y sabiduría.

La señal de la lepra, vv. 6–8. El segundo milagro fue igualmente dramático. A la orden de Jehovah, Moisés se metió su mano en su seno, *y al sacarla, he aquí que su mano estaba leprosa, blanca como la nieve* (v. 6). La mano bien bronceada por el sol caliente del desierto se había convertido en una blanca: leprosa. Era la plaga tan temida, la que aislaba al individuo de la sociedad y producía la muerte lenta pero segura con dolores agudísimos. Era una enfermedad incurable. Entonces el Señor le dijo *Vuelve a meter tu mano en tu seno* (v. 7), y la sacó sana *como el resto de su carne*.

Semillero homilético

Nuestra debilidad y el llamado de Dios a servir

4:1–17

Introducción: Sin excepción, Dios llama a todos sus hijos a servir en su obra.

Nuestra debilidad se nos hace evidente ante la grandeza de la tarea que Dios nos encomienda.

Nos asusta la grandeza y peligros de la tarea.

Medimos nuestras fuerzas sin contar con el poder del Señor, que nos fortalecerá.

Nuestras excusas para rechazar la tarea son ilógicas por causa de nuestra ignorancia.

Nuestra debilidad, entregada al Señor, produce resultados maravillosos.

Porque es el poder de Dios el que obra.

Porque con Dios todo es posible.

Porque la gloria debe ser para Dios.

Nuestra debilidad es conocida por Dios, y a pesar de ello nos llama.

Dios sabe lo que puede hacer mediante nosotros.

Dios sabe lo que puede hacer de nosotros.

Dios tiene un galardón para el que lo obedece, a pesar de todo.

Conclusión: Aceptemos el llamado del Señor, porque él nos dará fortaleza y sabiduría.

La señal del agua, v. 9. Como si estos dos milagros no fueran suficientes, Jehovah le dijo que tomase agua del Nilo y la derramara en tierra seca y se convertiría en sangre.

Dios le dio tres señales que serían suficientes para convencer al pueblo, y parecería que satisfacerían a Moisés también, pero no fue así. Todavía seguía protestando obstinadamente, buscando liberación de su responsabilidad en el plan redentor divino.

El problema de la comunicación, vv. 10–12. Moisés protestaba que nunca había sido *hombre de palabras* y que era *tardo* [lit. “pesado”] *de boca y de lengua* (v. 10). Se ha sugerido que probablemente tenía un impedimento en el habla; sin embargo, de un análisis del texto no lo parece. No tenía dificultad en presentar pronto las razones por las cuales no debiera hacer el trabajo. Según el texto hablaba bien para formular excusas y dar razones por las cuales el Señor no debía mandarlo a él al faraón. Era *tardo* en decir que “sí” al llamamiento; era presto para

decir que “no”. Parece que el problema estaba no tanto en el hablar sino en la falta de deseo de hacer lo que Jehovah le pedía.

El Señor le respondía claramente; lo conocía completamente, no solamente por nombre. Lo había creado, y no le prometió curar su impedimento para hablar, sino que le mandó ir y le prometió estar con su boca y enseñarle lo que tendría que decir (vv. 11, 12). La presencia divina no simplemente le acompañaría (3:12), sino que le daría poder de hablar o testificar eficazmente (ver Hech. 1:4, 5; 4:8, 31; etc.).

La falta de un deseo personal de ir, vv. 13–17. La última petición de Moisés, que Jehovah enviara a otra persona (v. 13), trajo el enojo del Señor; no obstante, Jehovah le dio a Moisés una válvula psicológica de escape. Dios, el soberano Señor del mundo, le avisaba que su hermano Aarón, aquel que hablaba bien, estaba en camino para encontrarlo (v. 14).

Verdades prácticas

1. El servicio en la obra del Señor mediante la iglesia no es opcional. Un cristiano de carácter maduro sabe que aunque su cuerpo se agote por la edad, todavía puede seguir sirviendo y luchando en oración.
2. El Señor nos envía a su obra, va delante de nosotros y conoce todos los obstáculos que encontraremos. El mismo es la solución para ellos, y los irá quitando conforme su plan y nuestra sumisión.
3. Si algunos cristianos emplearan la creatividad que tienen para inventar excusas para no cumplir con el Señor, y la usaran para servirlo, la obra sería más próspera.
4. Muchos quisieran poder hacer milagros para impulsar la obra del Señor. No hay milagro que conmueva más a los incrédulos que el cambio que el Señor puede hacer de una vida pecaminosa a una vida de santidad.
5. Los milagros u obras maravillosas las usa el Señor de acuerdo con su plan divino. A diferencia del AT. los cristianos somos la morada del Espíritu Santo, que va con nosotros a todas partes, y nos dirige, enseña y fortalece. No vamos menos protegidos que lo que fue Moisés a enfrentar su tarea. ¡Bendito sea el Señor!

Evidentemente Moisés por años había tenido alguna clase de contacto con la familia durante los cuarenta años de ausencia de Egipto, aunque escaso, porque el texto dice *al verte, se alegrará en su corazón* (v. 14b). Aarón sabía cómo encontrarlo y reconocería a Moisés. Frente al miedo de Moisés de hablar en público (que venció durante su ministerio), Aarón sería su vocero (vv. 15, 16).

Joya bíblica

Jehová le respondió: "¿Quién le ha dado boca al hombre? ¿Quién hace al mudo y al sordo, al que ve con claridad y al que no puede ver? ¿No soy yo, Jehovah? Ahora pues, vé; y yo estaré con tu boca y te enseñaré lo que has de decir." (4:11, 12.)

El texto aquí, en combinación con 7:1, ofrece la definición más clara de la Biblia en cuanto al trabajo del profeta. *Entonces Jehovah dijo a Moisés: “Mira, yo te he puesto como dios para el faraón, y tu hermano Aarón será tu profeta” (7:1). ¿Cuál era la función profética? Tú dirás todas las cosas que yo te mande, y Aarón tu hermano hablará al faraón... (7:2). Tu le hablarás y pondrás en su boca las palabras... El hablará por ti al pueblo y será para ti como boca, y tú serás para él como Dios (4:15, 16).*

Al final del encuentro, el Señor le mandó: *Lleva en tu mano esta vara, con la cual harás las señales* (v. 17). Enfáticamente Jehovah decía que era una vara especial, *esta vara*, no otra cualquiera. Durante toda la vida de Moisés *esta vara* iba a jugar un papel de importancia aun hasta el extremo.

Finalmente Moisés, el instrumento especial en la mano del Señor, se sometió y salió del monte llevando la vara especial de Dios en su mano. Jehovah había logrado el primer paso; quedaba todavía por convencer el pueblo incrédulo, además del faraón del corazón endurecido (4:21). No obstante, se acabaron las protestas de Moisés.

e. El regreso a Egipto, 4:18–26. Todavía le quedaba a Moisés una pequeña esperanza de escaparse del mando divino: tendría que pedir permiso de su suegro, el jefe de la tribu (v. 18). Al casarse, se identificaba con la familia de su esposa y aceptaba su gobierno. Pero aun ahí, el Señor ya había preparado el camino y *Jetro dijo a Moisés: “Vé en paz”* (v. 18b). Entonces, Dios le reveló que el regreso no significaría peligro de vida para él *porque han muerto todos los que procuraban matarte* (v. 19).

Con la bendición de Jetro y reasegurado por Dios, *Moisés tomó a su mujer y a sus hijos, los puso sobre un asno y regresó a la tierra de Egipto* (v. 20). En camino el Señor le indicó otra vez que el faraón no dejaría ir fácilmente al pueblo (vv. 21–23). En aquel momento Jehovah le explicó a Moisés su derecho para librar a Israel: *Israel es mi hijo, mi primogénito* (v. 22). El faraón, considerándose divino, pensaba que tenía derecho sobre el primogénito de Jehovah, aun hasta maltratarlos y matar a los niños varones. Jehovah afirmó que él tenía el derecho de reclamar la libertad de su primogénito. Si rehusara dejar ir al pueblo, Jehovah tendría el derecho de matar al primogénito del faraón. El veredicto ya expuesto por el faraón sobre Israel no era simplemente contra un pueblo extraño que vivía en la tierra sino era contra su propia gente. Lo que se sembrara sería lo que se cosecharía (ver Job 4:8; Prov. 22:8; Ose. 8:7; Gál. 6:7; etc.). El Señor indicó que al final de la confrontación el faraón quedaría reducido a su mortalidad; era impotente en frente a Jehovah (ver Exo. 10:1–2).

Los vv. 24–26 figuran entre los más difíciles de interpretar en el AT. Si Dios lo había llamado, ¿por qué procuraba matarlo? (v. 24) Evidentemente había otra lección para aprender antes de llegar a Egipto. El trozo bíblico es muy antiguo y repleto de modismos. La expresión *procuró matarlo* (v. 24) es una que indica que Moisés estuvo a punto de morir. En aquel entonces se creía que todo lo que pasaba era resultado de la voluntad y acción directa de Dios. No se pensaba en causas secundarias puestas en acción por Jehovah.

Verdades prácticas

1. La libertad de expresión es un derecho natural en una sociedad libre. Consecuentemente, ha de defenderse hasta para aquellos con los cuales uno no está de acuerdo.

2. El Señor es el autor de la libertad: "Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (2 Cor. 3:17). La Biblia propone libertades básicas: (1) libertad física (Isa. 61:1) y espiritual (Rom. 6:8), (2) libertad de la ignorancia (Juan 8:32), (3) libertad de palabra (Hech. 4:19, 20), (4) libertad religiosa (Miq. 4:2), (5) libertad del temor (Miq. 4:3, Isa. 2:4), (6) libertad de la necesidad (Miq. 4:4; Isa. 65:21, 22), (6) libertad económica (Isa. 65:23). La libertad es un concepto noble. ¿Es la libertad un ideal para uno solo, o para todos? ¿Estamos dispuestos como Moisés a sacrificar la ambición personal para que otros la tengan?

3. Nunca se es demasiado viejo para servir a Dios. Moisés tenía ochenta

años y Aarón ochenta y tres cuando salieron de Egipto (7:7). Moisés no se dio por vencido por su edad, y no estuvo dispuesto a dejar la tarea de luchar por la injusticia a los más jóvenes. Bajo la dirección del Señor puso su sabiduría y madurez a la disposición de los demás.

Hasta ahora, no existe ningún registro de la circuncisión de Moisés ni de sus hijos; sin embargo, era un rito antiguo hecho con Abram cuando tenía noventa y nueve años de edad. Era la señal del pacto entre el Señor y el pueblo (Gén. 17:1, 2, 10–14). Génesis 17:14 pronuncia castigo sobre el hombre no circuncidado. Al ver a su esposo tan enfermo, Séfora, su esposa (hija de un sacerdote también de la descendencia de Abram), resueltamente *tomó un pedernal afilado*, de acuerdo con el rito antiguo, *y cortó el prepucio de su hijo y tocó con él los pies de Moisés...* (v. 25). Se usaba la expresión *los pies* como un eufemismo por el órgano sexual, y Séfora, con la sangre del hijo, se aseguraba de que Moisés llevaba en su cuerpo una señal de la circuncisión. Cuando se dio cuenta de que Moisés mejoraba, ella dijo: *¡De veras, tú eres para mí un esposo de sangre!* (v. 25). Con esto se salvó la vida de Moisés y el autor agrega: *Entonces le dejó. Ella había dicho “esposo de sangre” a causa de la circuncisión* (v. 26). Era otra enseñanza acerca de la religión y práctica de Abram que Moisés aprendió en el desierto. ¿Cómo podía él ir al pueblo con un llamado a la fidelidad a la fe de los padres sin practicarla él mismo?

Verdades prácticas

1. Cuando Moisés y Aarón fueron al faraón por primera vez se dieron cuenta inmediatamente que no podrían libertar al pueblo con sus propios esfuerzos. Muchas veces en la historia bíblica los hombres aprendieron que no se hace la obra del Señor por medio de la capacidad humana. Gedeón ganó la victoria sobre los madianitas con solamente 300 hombres escogidos que llevaban teas, cántaros y trompetas. Ciertamente el Señor los guiaba (Jue. 7:2–22). Cuando el remanente volvió del cautiverio babilónico en 536 a. de J.C. y quiso reedificar el templo, encontró oposición por todos lados. Dios mandó dos profetas para dirigir la obra, Hageo y Zacarías. Ellos entendieron que el templo sería levantado únicamente con la ayuda del Señor. Zacarías dijo: "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehovah de los Ejércitos" (4:6). Estos hombres de fe no presumían de la ayuda de Dios, sino dependían de ella. La victoria final quedaba en las manos del Señor, y él obraba de acuerdo con su plan y soberanía.

2. Moisés tuvo una revelación más completa acerca de Dios que la que recibió Abraham. Los discípulos de Cristo recibieron una revelación acerca de Dios que era mejor que la que recibió Moisés. Esto no indica que la revelación más temprana era errónea, sino que no era tan completa como la siguiente. La revelación final se encuentra en el Cordero de Dios quien "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo. . . haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!" (Fil. 2:7, 8). La revelación de Dios vino por hechos históricos y en una forma progresiva que concordaba con la necesidad del momento y con la capacidad de las personas de recibir la verdad. Esto no implica que cada generación conoce más acerca de Dios que las anteriores. Algunas generaciones rechazaron la verdad de Dios y otras tuvieron que aprender las verdades básicas otra vez. La revelación progresiva no concuerda con la teoría de evolución que implica una progresión lineal desde un nivel inferior hasta uno superior. Al contrario, significa que Dios se reveló

lo necesario al momento preciso. La revelación subsecuente no anuló la anterior (en contra del concepto dialéctico), sino abrió una nueva dimensión a la verdad ya entregada. La revelación que Moisés recibió tuvo una dimensión mayor que la de Abram (6:3, 4) tanto como la de Cristo es superior a la que Moisés recibió.

3. La salvación de Dios es liberación de toda clase de servidumbre.
4. El amor de Dios es constante y continuo.

f. El encuentro con el pueblo, 4:27-31. Del enfoque sobre Moisés, el texto cambia para dar una mirada breve hacia el encuentro con Aarón. Mientras Jehovah trabajaba con Moisés en Sinaí tocaba a

Aarón también en Egipto. Al impulso divino Aarón se fue al monte de Dios buscando a su hermano menor, y felizmente lo encontró (v. 27). Moisés, ya recuperado, le relató todo a su hermano (v. 28), y los dos fueron a los ancianos de Israel (v. 29). Aarón relató todas las cosas que Jehovah había dicho a Moisés, y éste hizo las señales ante los ojos del pueblo (v. 30). Con esto el pueblo creyó; y . . . *se inclinaron y adoraron* (v. 31). ¿En qué creyeron? Pronto se olvidaron (5:21). Más tarde el texto dirá que el pueblo temió a Jehovah, y creyó en él y en su siervo Moisés (14:31). Al escuchar el relato de Aarón parece que creyó más bien en las señales (lit. "maravillas"), y Dios tendría que probar la fe para que fuera duradera. Las señales eran demostraciones del poder y de la presencia divina; no eran suficientes en sí para producir una fe que salva. Sin embargo, comenzaba el proceso, y aun con sus limitaciones, el pueblo creía. Se había logrado parcialmente el segundo paso. Ahora hacía falta persuadir al faraón.

Joya bíblica

El pueblo creyó; y al oír que Jehovah había visitado a los hijos de Israel y que había visto su aflicción, se inclinaron y adoraron. (4:31)

(3) Jehovah contra el faraón, 5:1–11:10.

a. La fe probada, 5:1–23. La primera entrevista de Moisés con el faraón se encuentra en el cap. 5. El fondo histórico egipcio se refleja bien en el ambiente, las costumbres, el conflicto y la psicología del Medio Oriente. El marco geográfico es el propio del delta egipcio, y parece que la corte faraónica estaba cerca del sitio donde trabajaban los hebreos.

La negativa del faraón al pedido de Moisés produjo el conflicto entre Jehovah y el faraón, que se consideraba una deidad y cuya palabra era la ley de su país. El faraón tenía el poder de la vida o la muerte sobre todo el territorio de Egipto. Consecuentemente, las plagas le demuestran que la palabra del faraón no era final y que Jehovah era Señor sobre toda la creación y sobre la historia.

La Biblia presenta el éxodo como un rescate divino y no como una revuelta o escape de parte del pueblo. Sin el poder de Jehovah la gente esclava nunca podría haber salido de Egipto. En aquel entonces Moisés estuvo reticente para asumir el papel de caudillo; el faraón no quería perder una fuente de labor de tanto valor y el pueblo estaba desanimado por no creer que Moisés pudiera guiarlo a la tierra prometida por Dios. En medio de todo, la fe de Moisés fue probada seriamente al iniciar su ministerio, tanto con la reacción del faraón como con la del pueblo.

Verdades prácticas

1. Muy a menudo lo que Dios nos pide hacer está en contra de las costumbres o prácticas del mundo porque Dios nos usa para enderezar al mundo.
2. Los obstáculos para adorar a Dios siguen siendo numerosos en nuestros días. Cuando un nuevo creyente quiere ir al templo a adorar, muchas

cosas y personas reclaman su atención al tiempo que él quiere ir, o encuentra la oposición de personas en su misma casa. Adorar a Dios requiere una decisión firme del adorador.

3. El trabajo, que debiera ser una bendición porque de él vienen nuestros ingresos, a menudo se convierte también en un obstáculo para adorar. El tiempo del trabajo se extiende frecuentemente horas extras, o requiere un horario que incluye los domingos y días de adoración. Al irse perdiendo la santidad del domingo los creyentes encuentran más dificultades para ir al templo. ¡He aquí otra necesidad de centrar nuestra sociedad en principios cristianos!

(a) El pedido rechazado, 5:1–5. Moisés y Aarón se presentaron ante el faraón, y con la fórmula profética característica de un mensajero dijeron: *Jehovah, el Dios de Israel, dice así: “Deja ir a mi pueblo para que me celebre una fiesta en el desierto”* (v. 1; para la fórmula ver 7:17; 8:1; 9:1, 13; 10:3). El mensaje fue claro y específico.

Debido a que los egipcios consideraban al faraón una deidad, la práctica de cualquier otra religión en su territorio era considerada una blasfemia y estaba prohibida. Así pues, Moisés pidió permiso para tener una fiesta fuera del territorio egipcio, *a tres días de camino, para ofrecer sacrificios a Jehovah...* (v. 3). Si el faraón se negaba, sería una declaración de muerte espiritual para el *primogénito* de Dios. Así se establecía paso a paso la justicia de la última plaga venidera: por la decisión del faraón, Dios finalmente apartaría los primogénitos de los egipcios de su tierra y de su dios por medio de la muerte. En todo se ve la lógica y rectitud del pedido divino y la justicia de las medidas usadas en lograr la libertad del pueblo.

El imperativo *deja ir* (v. 5) es una forma intensiva (*Pi’el, de Shema* ⁸⁰⁸⁵) que significa “libra”, “deja ser libre”, o “da permiso para marchar”. La celebración de una fiesta (heb. *hag* ²²⁸²), que suponía una peregrinación, era algo normal en la religión nómada, y más adelante los hebreos debían presentarse tres veces por año ante Jehovah (ver 23:14–17). En árabe la palabra *hagg* indica la peregrinación a La Meca que los fieles musulmanes realizan por lo menos una vez durante su vida.

La solicitud de permiso para ir al desierto *a tres días de camino* (v. 3) probablemente indica el tiempo aproximado que la peregrinación tomaría de ida y vuelta. La salida sería una prueba de que el Señor había llamado a Moisés, y el período corto de libertad sería un preludio a la libertad completa que vendría. Probablemente para Moisés la solicitud no era un subterfugio para que el pueblo saliera definitivamente en ese momento.

Semillero homilético

La impiedad del hombre incrédulo

5:2

Introducción: El faraón de la opresión de Israel, con su incredulidad, ejemplifica al hombre impío que no tiene a Dios en su conciencia.

La impiedad surge de su soberbia.

Se complace, sobre todo, de su posición en el mundo.

Menosprecia las cosas espirituales.

Es dios para sí mismo.

La impiedad lo vuelve obstinado.

Se empeña en ignorar las evidencias de Dios.

Cierra los ojos al desastre de sus acciones.

Se vuelve insensible a la condición del prójimo.

La impiedad lo dirige a un fin trágico.
Sin arrepentimiento, tendrá que enfrentarse al juicio divino.
Su ruina y su vergüenza serán grandes.
Conclusión: ¡Qué tragedia, que teniendo luz suficiente del Señor para salvarse, siga su camino de perdición!

En el texto no hay ninguna evidencia de que Moisés y Aarón se portaran servilmente o trataran diplomáticamente a faraón. Entraron en la sala de audiencias y anunciaron directamente su propósito. Moisés sabía cómo encontrar la sala sin necesidad de pedir direcciones. También conocía personalmente al faraón sentado sobre el trono de Egipto.

El faraón les respondió en una forma clásica: *¿Quién es Jehovah para que yo escuche su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehovah, ni tampoco dejaré ir a Israel* (v. 2). Es decir: “Te conozco a ti, Moisés, pero no conozco a Jehovah...” El verbo “conocer” significa “tener una experiencia con” Dios. Faraón no había tenido una experiencia con Jehovah y no admitiría que un dios de un pueblo esclavo le indicara lo que debía hacer. Además, no quería dar dignidad alguna a gente esclava al reconocer a su dios.

La pregunta, *¿Quién es Jehovah?* (v. 2) es fundamental en el desarrollo del libro. Ya que el faraón no lo conocía, o no había tenido una experiencia con él, Moisés le presentaría a Dios por medio de varias señales o plagas: *Así sabrán los egipcios que yo soy Jehovah, cuando extienda mi mano sobre Egipto y saque a los hijos de Israel de en medio de ellos* (7:5; ver 8:10; 9:29). ¡Al final el faraón conoció quien era Jehovah! Las plagas llegaron para ablandar su corazón y dar gloria al poder y la autoridad de Jehovah. Por no conocer a Dios en obediencia, el faraón llegó a conocerlo en juicio, como sucede con todos.

Moisés y Aarón respondieron con más tacto, y diplomacia: en vez de usar el nombre Jehovah, indicaron que *el Dios de los hebreos* (v. 3) los había visitado. Esta vez pidieron permiso de hacer un viaje de tres días por el desierto. Con la solicitud agregan una amenaza sutil: una *peste* y la guerra (*espada*, v. 3) podrían sobrevenirles si no obedecían la palabra de Jehovah. Aunque la amenaza es contra Israel, los egipcios serían afectados adversamente por contagio (peste) o por una invasión.

El faraón no se dejó impresionar: Acusó a Moisés y a Aarón de distraer al pueblo de su trabajo y de hacerlo suspender su labor (vv. 4, 5). Suponía que habían llegado como delegados comisionados por el pueblo para presentar una demanda subversiva. Era consciente del crecimiento numérico del pueblo (v. 5; ver 1:9, 10) y pensaba que su pedido religioso era un pretexto para suspender sus quehaceres. Con la acusación el monarca preparaba el camino para agravar el trabajo de los hijos de Israel.

(b) El trabajo agravado, 5:6–14. En vez de responder positivamente al pedido de Moisés, el faraón inmediatamente llamó a los capataces y a los vigilantes y les mandó agravar el trabajo del pueblo. Los “capataces” eran los superintendentes egipcios de brigadas de trabajo, responsables de la dirección de la labor y producción de los esclavos. Los “vigilantes” eran seleccionados de entre los israelitas para servir como intermediarios entre los egipcios y los hebreos; eran responsables de satisfacer las órdenes de sus amos. Sobre ellos recaía cualquier castigo por no cumplir las cuotas asignadas de trabajo (v. 14), y además representaban a sus conciudadanos ante el faraón (vv. 15, 16).

El faraón retiró la provisión de paja para los adobes; en adelante los israelitas tendrían que recogerla por sí mismos sin reducir la cuota de producción. Los acusó de que por ociosidad pedían permiso para tener un feriado religioso para hacer sacrificios a su Dios (vv. 7, 8). Su

respuesta fue: *Hágase más pesado el trabajo de los hombres, para que se ocupen en él y no presten atención a palabras mentirosas* (v. 9).

Desde tiempos prehistóricos los egipcios habían usado el adobe en la construcción. (Comp. el uso en muchas zonas de las Américas también.) La palabra “adobe” viene de los egipcios y llegó al idioma castellano por medio de la lengua árabiga.

Los adobes los hacían con la tierra negra arrastrada por las inundaciones anuales del río Nilo. Con ella preparaban un barro al que mezclaban pasto o paja para que tuviera más consistencia y fuerza. Después lo vaciaban en grandes moldes rectangulares y lo dejaban secar por ocho días al sol ardiente.

En unos frescos egipcios, tal como uno pintado en el siglo XV a. de J.C. en una tumba cerca de Luxor, se representa todo el proceso de fabricación de adobes hecho por prisioneros asiáticos. El relato bíblico concuerda con el escenario repleto de capataces egipcios tratando con vigilantes representantes de brigadas de obreros extranjeros.

Verdades prácticas

1. Así como los magos egipcios, los que se oponen a la obra de Dios tienen poder para hacer cosas impresionantes; no obstante, hoy, como pasó con Moisés y Aarón, las señales o milagros del Señor son superiores al poder de la oposición. Los milagros son demostraciones del poder divino; atraen la fe y pueden ser útiles para ablandar el corazón de los que se oponen. ¡El milagro más grande del Señor es salvar y transformar totalmente la vida de uno!

2. Dios se reveló a faraón utilizando la naturaleza que había creado; sin embargo, los eventos tenían que ser interpretados por Moisés, el representante divino, para que fuesen entendidos como revelación.

3. Exodo 9:16 indica con claridad el propósito misionero del libro, lo cual es fundamental para su interpretación (19:3–6). Dios mandó su palabra al faraón: “. . . te he dejado con vida para mostrarte mi poder y para dar a conocer mi nombre en toda la tierra.” El deseo divino que su nombre fuese conocido en todo el mundo daba (y da) autoridad a la obra misionera. Desde la creación la Biblia presenta a Dios como el creador de todo el universo y de todo lo que en él hay. El Señor ha obrado en el mundo para que todos lo conozcan. Desde el principio su gracia incluía al mundo entero, por lo que llamó a Israel para que el mensaje de salvación fuera anunciado a todas las naciones (Exo. 19:3–6; Gén. 12:1–3).

4. No todas las generaciones verán grandes actos justicieros de Jehovah; sin embargo, cada generación tendrá la responsabilidad de compartir la memoria sagrada del éxodo de Egipto con los suyos. Cada generación debe entregar la verdad a la que sigue. Tal confesión mantendrá viva la memoria de la salvación divina y ayudará a los hijos y a los nietos a saber quién es Jehovah. Así, la historia sagrada vendrá a ser una parte de la herencia espiritual perpetua del pueblo (10:1, 2).

Con la orden del faraón, *el pueblo se dispersó por toda la tierra de Egipto* (v. 12), es decir, por toda la zona del Delta, buscando *rastrojo en lugar de paja*. Mientras tanto, los capataces no dejaban de ejercer presión en cuanto al nivel de producción (v. 13), y cuando era imposible mantenerlo, azotaban con latigazos a los vigilantes de los hijos de Israel como castigo (v. 14).

(c) La queja contra Moisés, 5:15–21. De acuerdo con el sistema legal egipcio, los vigilantes pidieron una audiencia con el faraón buscando alivio. Con un lenguaje reverente y sumiso le explicaron el problema de la falta de paja que había reducido el nivel de producción. Consecuentemente, el castigo recibido era injusto puesto que la culpa era de los mismos egipcios, *tu propio pueblo*, por no darles paja (v. 16).

La respuesta del faraón fue corta y sin admitir ninguna clase de diálogo: *¡Estáis ociosos!... Por eso decís: “Vayamos y ofrezcamos sacrificios a Jehovah.” Id, pues, ahora y trabajad. No se os dará paja, pero habréis de entregar la misma cantidad de adobes* (vv. 17, 18). El monarca arrojaba de vuelta las palabras de Moisés y en efecto decía: “Si queréis ofrecer sacrificios, hacédmelos: Id ahora y trabajad. Os doy oportunidad amplia de servirme a mí”. Con todo, no disminuyó la cantidad requerida de adobes (v. 19).

Al salir la delegación, Moisés y Aarón estaban esperándola (v. 20). La queja era dura y los vigilantes se volvieron contra Moisés y Aarón culpándoles por sus problemas: *Jehovah os mire y os juzgue, pues nos habéis hecho odiosos ante los ojos del faraón... poniendo en sus manos la espada para que nos maten* (v. 21).

El faraón había logrado su propósito. En vez de llevar a cabo su promesa de librar al pueblo, Moisés los había metido en peores circunstancias. Ahora la delegación pedía a Jehovah que juzgara a Moisés y a Aarón y los castigara de acuerdo con su culpa. Temían que el faraón los matara si no podían mantener la cuota de producción de adobes, y la culpa era de Moisés por pedir permiso de salir y celebrar una fiesta a Jehovah.

(d) La oración de Moisés, 5:22, 23. Desanimado, Moisés llevó el desastroso problema a Dios. Era su primer contratiempo y no lo había esperado. Pero, en vez de rechazar su misión y abandonarla, buscó dirección divina. No se justificó ante los suyos, sino que acudió a Jehovah: *Señor... ¿Para qué me enviaste?* (v. 22). El sentía una vez más el rechazo del pueblo y, pensaba que había sido abandonado por Dios. (Comp. la angustia de Jesús sobre la cruz, Mar. 15:34.) Desde su entrevista con el faraón en el nombre de Jehovah las cosas habían empeorado y Dios no había librado al pueblo (v. 23).

b. El Señor de la historia, 6:1-7:13

La peregrinación de Moisés es una de fe y de hechos, y en ella se refleja la experiencia de todo ser humano. Con honestidad el siervo del Señor se acerca a su Dios en tiempos fáciles tanto como en los difíciles. Cuando se expresan las dudas honestamente a Dios (ver Habacuc, Jeremías, Job, etc.) la fe se profundiza. Moisés abrió su corazón al que lo llamó, y Jehovah le respondió con una reafirmación de su presencia y poder. Además, le hizo recordar el pacto hecho con sus antepasados. El Señor no censuró a Moisés, sino que lo animó. El faraón había respondido con autoridad y poder; ahora vería realmente lo que es la autoridad y el poder. De hecho Jehovah dice a Moisés: “¡Ahora verás lo que yo haré para cambiar el pensamiento de éste!”

(a) El llamamiento reiterado, 6:1–8. Dios le prometió a Moisés que *a causa de una poderosa mano* el faraón no solamente dejaría salir a Israel (v. 1), sino que lo echaría del país (v. 1). Por medio de los prodigios el Señor cambiaría la situación, y llegaría el momento cuando el egipcio desearía tanto que se marchasen que con fuerza los arrojaría (*garash*¹⁶⁴⁴) del país (ver Exo. 12:33, 39; 23:28; 1 Sam. 26:19; etc.). No obstante, Moisés tuvo que aceptar la respuesta con fe. Habría largos meses de lucha antes de ver la salida, y mientras tanto tuvo que afrontar el odio y el rechazo de su gente que tanto quiso ayudar.

En los vv. 2–8 hay un llamamiento que es algo similar al de 3:1–4:31. Por eso, algunos lo consideran el producto de otra fuente antigua preservada independientemente de lo ya relatado.

Aunque es posible, lo más probable es que el Señor quiso reforzar su propósito en la vida de Moisés. Era un momento crítico; Moisés estaba desalentado y vacilaba. Dios le dio una palabra nueva de revelación con una reafirmación de su llamamiento y del poder divino.

El nombre y la naturaleza de Dios, vv. 2, 3. Se conoce a Dios por medio de su nombre y de sus hechos; consecuentemente, este pasaje juega un papel importante en el estudio de la doctrina de Dios. Por primera vez desde la introducción del nombre Jehovah (3:15), aparece el uso del vocablo Dios (*'elohim*⁴³⁰): *Además, Dios dijo a Moisés: “Yo soy Jehovah”* (v. 2). El texto implica que hay etapas en la revelación de Dios a Israel. *Yo me aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Todopoderoso [*'el-shaddai*⁷⁷⁰⁶]; pero con mi nombre Jehovah [YHWH o JHVH³⁰⁶⁸] no me di a conocer a ellos* (v. 3). Primeramente se le conocía con el nombre Dios (*'elohim*⁴³⁰); después se le conocía como Dios Todopoderoso (*'el-shaddai*⁷⁷⁰⁶ ver Gén. 17:1; 35:11; 48:3), y finalmente, como Jehovah (YHWH, o JHVH³⁰⁶⁸).

El nombre Jehovah es antiguo (ver Gén. 4:26; 15:2, 8; 16:2; 18:14; 19:13; 24:31), y no es que aparece aquí por primera vez; sin embargo, ahora el viejo nombre tendrá un significado nuevo para Israel. De aquí en adelante Jehovah será el nombre usado al referirse al Dios del pacto, y será conocido especialmente como el Redentor: *Yo os libraré... Os redimiré con brazo extendido...* (v. 6). Por medio de la revelación del nombre y el hecho de la liberación, Israel llegará a conocer más completamente la naturaleza de Dios que lo que la conocieron sus antepasados. Es decir, la revelación de Dios a Moisés y a Israel es más completa que la que Abraham recibió (ver también la revelación culminante de Dios en Cristo). Entonces, el v. 3 parece ser más bien un paréntesis: se enfatiza la revelación de la naturaleza de Dios involucrada en el nombre Jehovah; se confirman las promesas hechas anteriormente a los patriarcas, y se revelan el poder y la autoridad de Jehovah.

Semillero homilético

Lo que Dios ofrece

6:1–8

Introducción: Lo que Jehovah ofreció al pueblo de Israel cuando estaba en cautividad en Egipto es un tipo de lo que ofrece ahora en Cristo.

Una gran invitación: ser su pueblo (v. 7).

La identidad más privilegiada (v. 7; Rom. 9:25, 26; 1 Ped. 2:9, 10).

Un pueblo redimido (v. 6; Col. 1:13, 14).

Un pueblo con una patria especial (v. 8; Fil. 3:19, 20).

Una gran promesa: ser nuestro Dios (v. 7).

El único Dios verdadero.

El Dios que es padre amoroso y bueno (Mat. 7:11).

El Dios que es compasivo (v. 5; 2 Cor. 1:3–5).

Una gran lluvia de bendiciones (v. 6–8).

Una gran posesión (v. 8; Rom. 8:32).

Un gran futuro (Efe. 1:18; Apoc. 2:10).

Conclusión: Si usted todavía está en esclavitud espiritual, Dios le ofrece una vida abundante.

Los nombres de Dios son importantes en el desarrollo de la teología bíblica. En la Sagradas Escrituras hay una relación íntima entre la persona y su nombre. Por ejemplo, no tener un nombre significa que uno no existe, o no es una persona. Si Dios vive, tiene que tener un nombre. Así que, hay una relación casi indivisible entre un nombre y la realidad que representa. Consecuentemente, la manera de tratar el nombre significa la naturaleza básica de la relación con

una persona (ver Exo. 20:7). También, el hecho de que el Señor tiene varios nombres no refleja un concepto politeísta, sino son más bien revelaciones de la naturaleza del mismo Dios (ver Gén. 2:4b, etc.).

En Exodo 6:2, 3 se usan tres nombres para Dios: (1) *‘el*⁴¹⁰ o *‘elohim*⁴³⁰; (la forma plural con sentido de singular cuando se trata del Dios verdadero) es el término general usado por los pueblos semíticos que significa “dios”. Puede aplicarse a los dioses paganos. El vocablo probablemente proviene de un verbo que significa “ser fuerte”, o “tener fuerza”. Es un símbolo de poder tal como se ve en Génesis 1. (2) *Shaddai*⁷⁷⁰⁶, de la combinación *‘el*⁴³⁰-*shaddai*⁷⁷⁰⁶, probablemente proviene del asirio *shadu* y significa “montaña”. Sin embargo, la LXX lo traduce con una palabra que significa “Todopoderoso”, y la Vulgata sigue usando el término “omnipotente”. Hay un verbo hebreo, *sadam*⁷⁷⁰³, que significa “tratar con violencia”, o “demostrar gran poder”. Aunque la raíz de la palabra *Shaddai*⁷⁷⁰⁶, es incierta, las dos posibilidades tratan de un sentir de potencia. Si el término proviene de *shadu*, que quiere decir “El Dios de la montaña”, indica un concepto de altura y de firmeza, e incluye un sentir de misterio y poder (por ej.: las nubes y tormentas violentas que se forman repentinamente alrededor de las montañas, 19:16; 20:18). El término aumenta el concepto de *‘elohim*⁴³⁰. (3) *JHVH* o *YHWH*³⁰⁶⁸ (ver 3:14) viene probablemente del verbo “ser” y es una forma personal. No se trata aquí de la existencia de Jehovah, sino que se concentra sobre su presencia con, o entre los que han entrado en el pacto con él.

El pacto y la promesa de Jehovah (vv. 4–8). El Señor reafirma el pacto hecho con los patriarcas (v. 4); vuelve a asegurar a Moisés que escucha el gemido del pueblo y que no se ha olvidado el pacto (v. 5). Los patriarcas eran peregrinos y forasteros en la tierra de Canaán; ahora la tierra se dará a Israel de acuerdo con la promesa hecha. El pueblo ha de vivir en su propio país con título de propiedad segura. El nombre de Jehovah es la fianza o garantía de la promesa, y les librára con *brazo extendido y con grandes actos justicieros* (v. 6).

Joya bíblica

Os tomaré como pueblo mío, y yo seré vuestro Dios. Vosotros sabréis que yo soy Jehovah vuestro Dios, que os libra de las cargas de Egipto (6:7).

Lo que Jehovah hará por el pueblo está basado en su naturaleza. Aunque la revelación nueva del nombre viejo fue el primer paso, los acontecimientos venideros la confirmarían. En el texto, y de antemano, el Señor anuncia lo que hará: (1) *Yo os libraré de las cargas de Egipto* (v. 6a), (2) *os libtaré de su esclavitud* (v. 6b), (3) *Os redimiré. . .* (v. 6c), (4) *os tomaré como pueblo mío* (v. 7a), (5) *yo seré vuestro Dios* (v. 7b), (6) *Yo os llevaré a la tierra* [prometida] (v. 8a), (7) *Yo os la daré en posesión* (v. 8b). Otra vez, el nombre de Jehovah es la garantía de lo que ha de ocurrir; la afirmación comienza y termina con la fórmula, *Yo soy Jehovah* (v. 2a, 8b).

La acción de Jehovah puede dividirse en tres categorías: (1) La redención: librar, librtar y redimir, (2) la oferta del pacto y (3) la promesa de darles una tierra *en posesión* (v. 8b).

En los vv. 1–8 se emplea el *yo* dieciocho veces. Cinco veces está escrito independientemente del verbo (nótese que en el hebreo se incluye la persona en la conjugación del verbo) lo cual hace énfasis gramaticalmente en la persona. La libertad vendrá de parte de Jehovah; él lo hará. Por esta razón los escritos bíblicos posteriores siempre se refieren al éxodo de Egipto como una liberación divina.

Verdades prácticas

1. Las promesas de Dios nunca dejan de cumplirse, aunque su tiempo no es el mismo tiempo nuestro.

2. Dios se compadece de los que sufren y escucha a los que claman a él.
3. Las situaciones difíciles y angustiosas a menudo deprimen nuestro ánimo y nos impiden escuchar al Señor, que tiene la respuesta para nosotros (v. 9).
4. Usualmente el Señor habla a los grupos o a la iglesia por medio de un "ángel" o mensajero: un predicador, el pastor, un maestro, etc. (v. 13).

Teológicamente el pacto (v. 4) se une con la redención (v. 6). En el pacto Dios se revela por medio del hecho de la redención (ver Jue. 5:4, 11), y en ello se encuentra tanto la demanda como la promesa. Jehovah demanda que Israel sea su pueblo y promete que él será el Dios de ellos (v. 7, ver Lev. 26:12). Más adelante, con la ratificación del pacto de parte del pueblo, el Señor revelará cómo cumplir con su voluntad con la entrega de la ley (ver Exo. 20 y adelante). Trágicamente la historia revelará el fracaso de Israel en cumplir con el pacto; sin embargo, Dios siempre es fiel en cumplir su palabra (v. 4).

Para que Israel fuese el pueblo de Dios, Jehovah tendría que redimirlo (v. 6). Consecuentemente, le pertenecería a él. En la época de Moisés se creía comúnmente que cada zona geográfica tenía su dios que ejercía poder sobre su dominio. Se consideraba que la gente que vivía en tal lugar automáticamente le pertenecía al dios y era pueblo de él. Pero no fue así con Israel. Jehovah no era un Dios dentro de límites geográficos y la redención no era asunto de residencia. Jehovah entró en una tierra extraña y libertó a los suyos de la opresión. Además, la redención de Jehovah y el pacto ofrecido por él requerían fe y obediencia de parte del pueblo.

El verbo “redimir” (*ga'al*¹³⁵⁰) significa “librar lo que es atado o trabado”. La revelación nueva identifica a Jehovah como el Dios Redentor. (Antes el verbo es usado en Gén. 48:16 cuando Jacob bendice a José.) Lo llamativo es que ahora Jehovah se relaciona con un término técnico antiguo: es el Redentor (*go'el*¹³⁵⁰).

En la historia de Israel antiguo, el *go'el*¹³⁵⁰ era un pariente cercano que asumía ciertas responsabilidades a favor de una persona. Por ejemplo, (1) si alguien se veía obligado a vender las tierras de sus antepasados, su *go'el*¹³⁵⁰ debía redimirlos (Lev. 25:25), (2) si por causa de la pobreza alguien era forzado a venderse a sí mismo en esclavitud, su *go'el*¹³⁵⁰ estaba obligado a comprar su libertad (Lev. 25:47–54), (3) el *go'el*¹³⁵⁰ tenía que vengar la sangre de cualquier pariente asesinado (Núm. 35:16–21), y (4) también con el casamiento de levirato, un deber particular del *go'el*¹³⁵⁰ era casarse con la viuda sin hijos de un hermano fallecido para engendrar prole que preservara el nombre del hermano (ver Gén. 38:7, 8; Deut. 25:5–10; Rut 2:20, 3:12; 4:1–12).

Al prometer redimir (*go'el*¹³⁵⁰) al pueblo, Jehovah se identificó como el pariente más cercano que rectificaría las injurias hechas a su gente. Estaba ligado con los suyos por medio del pacto con los patriarcas, e iba a rescatar a su primogénito —Israel— de la esclavitud.

(b) La respuesta del pueblo y de Moisés, 6:9–13. De acuerdo con la palabra de Jehovah, Moisés habló a los hijos de Israel; pero no le escucharon, pues había decaído su ánimo a causa de la dura opresión (v. 9).

Moisés también volvió a reiterar su reticencia de hablar otra vez con el faraón: *Si los hijos de Israel no me escuchan, ¿cómo, pues, me escuchará el faraón, siendo yo falto de elocuencia?* (v. 12). Otra vez el Señor dio instrucciones a Moisés y a Aarón para Israel y para el faraón (v. 13).

(c) La tabla genealógica, 6:14–27. La narración abre un paréntesis para incluir el linaje de Moisés y Aarón. Es una tabla genealógica seleccionada de las casas paternas de Rubén, Simeón y Leví sin incluir a todas las generaciones nacidas en Egipto. El trozo sirve para varios propósitos: (1) Se trata más bien del linaje de Aarón, quien ahora es puesto en prominencia y

cuya descendencia ha de jugar un papel de importancia como sacerdotes en Israel. Probablemente se preservaba muchos de estos informes en círculos sacerdotales, y siempre se procuraba mantener el linaje puro. (2) Se demuestra cómo Jehovah estaba trabajando paulatina y silenciosamente para librar al pueblo. Había preparado a sus instrumentos para el momento propicio. (3) Además, se hace una conexión con el pasado certificando a Moisés y a Aarón como descendientes auténticos de Jacob.

Los hijos de Israel (Jacob), 6:14–17. No se presentan los doce hijos de Israel, sino los tres mayores nacidos a Lea: Rubén, Simeón y Leví (ver Gén. 46:8–25; Núm. 3:1–37). El autor quiere unir históricamente a Moisés y a Aarón con los que entraron originalmente en Egipto y, de acuerdo con el texto, los dos son de la cuarta generación desde Leví. Basándose en este trozo algunos sugieren un período más corto para la permanencia del pueblo en Egipto que lo sugerido en este estudio; sin embargo, parece que aquí se trata más bien de una genealogía seleccionada en vez de una completa. (Comp. Rut 4:18–20 y 1 Crón. 2:4–10 con Exo. 6:23; Elisabet parece ser de la sexta generación.) De los tres nombrados, se indican únicamente los nombres de sus hijos de la primera generación. Con esto se cumple el fin orientador.

Verdades prácticas

1. El Señor tomó al pueblo de Israel tal como estaba, y le reveló su verdad. Israel no entendió todo el significado de tal revelación.

Trágicamente, en el mundo de hoy todavía no hemos podido aplicar las enseñanzas de Cristo a las relaciones mundiales.

2. Frente a la opresión del hombre por el hombre, en todo tiempo y lugar, la voz del Señor continúa reclamando una y otra vez, dejad ir a mi pueblo.

3. La Biblia enseña que el hombre no puede hacer la voluntad de Dios si confía solamente en el poder humano. Los grandes hombres de la fe en el AT ganaron sus victorias con la ayuda de Dios; sin embargo, no la suponían solamente, sino contaban con ella. Creían en la victoria final de Jehovah y en su justicia (ver Jue. 7:2–22; Amós 2:14–16; Isa. 30:15–17; 31:1–5, etc.)

La casa de Leví: la genealogía de los líderes nuevos, 6:17–27. De los hijos de Leví, se enfoca a Amran quien *tomó por mujer a Jocabed su tía, quien le dio a luz a Aarón y a Moisés* (v. 20). Más tarde se prohibirán tales casamientos (ver Lev. 18:6, 12); sin embargo, los dos líderes son del linaje levítico. Los dos que Jehovah seleccionó son auténticamente descendientes de Jacob. Debido al papel que desempeñarían en el culto de adoración, se incluyeron los nombres de los hijos de Aarón: Nadab, Abihú, Eleazar e Itamar. Nadab y Abihú, por introducir ritos ilegales en el culto, murieron consumidos por un fuego sin dejar descendencia (ver Lev. 10:1, 2; Núm. 3:4; también Exo. 24:1, 9). Eleazar sucedió a Aarón como sumo sacerdote (Núm. 20:23–29), y el tabernáculo del testimonio fue construido bajo la dirección de Itamar (Exo. 38:21).

También aparecen los nombres de los hijos de Coré que llegarían a ser los porteros del tabernáculo (1 Crón. 9:19) y del templo (1 Crón. 26:1–9). Los hijos se libraron del castigo divino cuando su padre se rebeló contra Moisés y Aarón (ver Núm. 26:9–11; 16:1–35). Los coreítas son reconocidos también por sus salmos incluidos en el salterio.

El texto no explica la razón por la que se omitió la descendencia de Moisés. Es posible que el autor inspirado simplemente quería dar las credenciales de Aarón, que jugó un papel importante como portavoz (profeta, ver 7:1) de Moisés en la liberación y como el padre de la línea sacerdotal.

No obstante, hay otra razón que pudiera haber influido en la consideración. Trágicamente, la historia indica una herejía de la línea de Moisés: *Jonatán hijo de Gersón, hijo de Moisés, él y sus*

hijos fueron sacerdotes de la tribu de Dan hasta el tiempo de la cautividad de la tierra. Así tuvieron instalada para ellos la imagen tallada que Micaías había hecho... (Jue. 18:30, 31). Si la línea de Moisés estuvo incluida originalmente, la eliminaron en la transmisión del texto por la herejía cometida por sus descendientes.

Semillero homilético

La ética de las plagas

Cap. 6

Introducción: Se ha cuestionado la ética del uso de las plagas contra los egipcios. En respuesta se hacen las siguientes observaciones:

Las plagas fueron necesarias. Fueron necesarias para conseguir la libertad de Israel del poder represivo de Egipto. El faraón rechazó repetidamente la petición justa hecha por Dios de dejar ir al pueblo. Al final de cuentas lo que cosechó el faraón fue lo que había sembrado.

Las plagas tuvieron un valor didáctico. Glorificaban la autoridad, el poder y el propósito de Dios; no exaltaban una nación, ni a un caudillo personal, ni a un partido político. Tanto Israel como los egipcios necesitaban la enseñanza.

Las plagas mostraron el propósito redentor universal de Dios. Para combatir el error filosófico de que el fin justifica los medios, el AT enseña que el propósito redentor de Dios incluía tanto a Israel como a los egipcios y al mundo entero (ver. Gén. 12:1–3; Isa. 19:23–25; etc.) Las plagas no llegaron como una venganza de Dios; él vio con tristeza la necesidad de que llegaran.

Cada plaga fue precedida por un llamado al arrepentimiento. No había llegado todavía la revelación suprema de Dios hecha en Jesús. Se ve el proceso de la revelación progresiva hacia el ideal de la victoria por medio del amor: una resistencia pasiva.

Conclusión: Las plagas no fueron injustas ni presentan un problema real para la ética bíblica. El mismo faraón admitió su culpabilidad. Las señales son demostraciones de la naturaleza de Dios y de su propósito salvador. Todavía son invitaciones a la reflexión y al arrepentimiento.

La genealogía concluye en una forma extraña: *Estos son aquel Aarón y aquel Moisés...* (v. 26); sin embargo, vuelve la narración nombrando a Moisés primero. Tratándose de una tabla genealógica, la posible explicación es que usaron el orden de edad (7:7) en vez del de dignidad.

(d) La comisión renovada, 6:28–7:7. Después de la tabla genealógica se reanuda la narración. En tierra egipcia el Señor habla otra vez con Moisés y recalca su misión (v. 29); sin embargo, Moisés todavía se siente inadecuado para la tarea: *yo soy un hombre falto de elocuencia...* (v. 30). El Señor le responde indicando más específicamente el papel que Aarón ha de jugar en el proceso de la liberación: *Mira, yo te he puesto como dios para el faraón, y tu hermano Aarón será tu profeta. Tú dirás todas las cosas que yo te mande, y Aarón... hablará al faraón...* (7:1, 2).

Estos dos versículos ilustran aspectos vitales de la inspiración y la función de un profeta (*nabi*,⁵⁰³⁰) de Dios: (1) El profeta, en primer término, no era tanto uno que predecía el futuro, sino uno que “hablaba en lugar de otro”. Por cierto, si Jehovah quería proyectar un mensaje hacia el futuro, el profeta lo anunciaría. Normalmente tales oráculos indicaban las consecuencias últimas de desatender el mensaje inmediato. (2) El profeta era el portavoz de Dios que entregaba el mensaje divino a quienes el Señor le indicaba. Por ejemplo, a pesar del valor eterno del

mensaje, la tarea de Aarón en aquel momento no era la de entregar un mensaje cuyo valor entraría en vigor en una época futura, sino que era decir al faraón en aquel tiempo que dejara *ir de su tierra a los hijos de Israel* (v. 2b). La palabra profética anunciada demandaba una respuesta inmediata de parte del faraón. (3) La inspiración profética no nacía del profeta mismo, sino del Señor. La inspiración divina abarcaba tanto las actividades intelectuales y emotivas del profeta como los elementos prácticos de la entrega del mensaje. (4) El Señor que creó al hombre conoce a los suyos y utiliza los dones propios del elegido para su gloria. Con la capacidad de Moisés y la elocuencia de Aarón, el Señor formó un equipo humano para librar a Israel.

La elocuencia

Moisés insistía en que era hombre falto de elocuencia, y que por eso el faraón no le escucharía. Esto revela nuestra tendencia humana de enfocar una debilidad que percibimos, pero que es problema más bien para nosotros y no para otros. No hay referencia que indique que el modo de hablar de Moisés era obstáculo para el faraón. La consagración completa a la tarea que Dios le había encomendado es cualidad más evidente en la Biblia que su falta de elocuencia. Dios espera que cada uno sea fiel a su llamado y él proveerá lo necesario para el cumplimiento de esa misión.

Una vez más el Señor les indicó que endurecería el corazón del faraón, y que multiplicaría las señales y los prodigios en la tierra de Egipto antes de lograr la libertad del pueblo (vv. 3, 4). A la vez, les reveló un propósito adicional en la confrontación con el faraón: *Así sabrán los egipcios que yo soy Jehovah, cuando extienda mi mano sobre Egipto y saque a los hijos de Israel de en medio de ellos* (v. 5). El propósito divino era más que simplemente guardar el pacto hecho con los patriarcas y librar a Israel; Jehovah quería, además, que por la experiencia los egipcios conocieran personalmente que él es el Dios Soberano de todo el mundo. La demostración de su naturaleza y poder sería un testimonio de su redención no únicamente a Israel, sino a todos. El quería que los egipcios lo conociesen también como Salvador.

Antes, cuando Dios llamó a Moisés en la tierra de Madián, le había dicho que endurecería el corazón del faraón y que éste no dejaría ir fácilmente al pueblo (4:21). Nueve veces repitió en el libro que lo haría (ver 7:3; 9:12; 10:1, 20, 27; 11:10; 14:4, 8, 17). Basándose exclusivamente en estos textos, algunos han sugerido que Dios predestinó al faraón para que fuese una víctima en el drama del éxodo. Consecuentemente, proponen una doctrina extrema de la predestinación que parece eliminar el libre albedrío del hombre. Un estudio más detallado de todos los textos que tratan del tema no concuerda con esta interpretación.

Además de indicar que el Señor lo endureció, también se indica nueve veces en el texto que el faraón se endureció a sí mismo (ver 7:14, 22; 8:15, 19, 32; 9:7, 34, 35; 13:15), lo cual indica resistencia a la voluntad de Dios por parte del egipcio. En cuanto al texto hebraico, se emplean tres verbos diferentes que se traducen “endurecer”, y un análisis de ellos ayudará a aclarar la naturaleza de la confrontación entre Jehovah y el faraón y las implicaciones teológicas.

El verbo usado con más frecuencia, *hazaq* ²³⁸⁸ significa “ser fuerte”, “ser firme”, “hacerse obstinado”, “apretar”, “exprimir”, y “aplicar presión”. El uso significa “el agarrar a alguien, y sostenerle, o aplicarle presión”. Jehovah aplicó presión sobre el faraón por medio de las plagas para que le obedeciera.

El segundo verbo, *cavad* ²⁵¹³, significa “ser pesado”, o “embotado”. En este sentido, al ponerse obstinado el faraón, el Señor hacía más pesada su situación. Al rechazar el pedido de Jehovah, le era cada vez más difícil tomar la decisión de obedecer a Dios; mientras tanto, Dios

descargaba sobre los egipcios una plaga tras otra, hasta que el faraón, sobrecargado con el peso de todo, mandó a Israel salir de su país.

La medida de un líder

Tres líderes se mencionan aquí: (1) El faraón, líder máximo de los egipcios, está tambaleando en su dirección de los súbditos porque está oprimiendo a los esclavos. Su soberbia no le permite ceder para dar libertad a los israelitas. (2) Aarón, el líder que ejecuta las órdenes de Dios y Moisés. Como profeta recibe el mensaje de Dios y lo transmite al faraón. Sigue las órdenes de Moisés en las varias responsabilidades diarias. (3) Moisés es el caudillo que está cumpliendo una misión encomendada por Dios. Tiene que soportar la rebeldía del faraón y a la vez la vacilación del pueblo que vino a liberar. La clave de su éxito está en su confianza con Dios y su disposición de acudir a él para cada necesidad y en cada crisis.

La tercera palabra, *qashah*⁷¹⁸⁵, significa “endurecer”, “hacer rígido”, “hacer difícil”, o “hacer oneroso”. Tomar algunas decisiones es fácil, mientras que otras son más difíciles. El faraón era un monarca orgulloso. Su palabra era ley, no admitía oposición a su voluntad y no quería perder un recurso económico de tanto valor como el que tenía en Israel. Jehovah no violó el libre albedrío del faraón. El faraón tuvo que decidir; pero era un hombre insensible y obstinado. Dios conocía su vanidad y que cada vez que tomaba una decisión le era más difícil volverse atrás. Al correr el proceso el faraón llegó a ser más oneroso y más rígido en su posición, aun frente al pedido de sus consejeros de que dejara ir a Israel. Cada paso le hacía más difícil el próximo, y el Señor seguía insistiendo.

Dios pudo haberle quitado la vida al faraón en cualquier momento; sin embargo, siguió el proceso hasta que el faraón tomó la decisión de dejar ir a Israel. Dios no violó el libre albedrío del egipcio; sin embargo, conocía de antemano lo que éste haría, y se lo dijo a Moisés. No obstante, el autor demuestra cómo Jehovah cooperaba en el proceso; lo presionaba, lo cargaba y le hacía cada vez más difícil la decisión. Lo endureció Dios, y el faraón se endureció a sí mismo.

Hay varias observaciones más que ayudarán en una evaluación del contexto: (1) El faraón endureció su corazón antes de que Dios obrara. (2) No se trataba de la salvación del faraón, sino de una decisión política de dejar ir a Israel. (3) El Señor usó múltiples medios para que el faraón se rindiera: Hizo amonestaciones antes de enviar las plagas; demostró su misericordia repetidas veces al hacer cesar las plagas al pedido del faraón; y dos veces el faraón confesó la supremacía de Jehovah antes de la muerte de los primogénitos. (4) El pedido era justo. (5) El propósito era didáctico: Dios quería enseñar a las futuras generaciones de su poder y redención (ver 10:1, 2; Deut. 6:20–25; Rom. 6:17). (6) El corazón, en el pensar del AT, no representaba el centro de las emociones, sino de la voluntad: se trataba de una decisión de la volición. (7) En la época de Moisés, no había un concepto de causas secundarias. Se pensaba que el Señor era responsable directo de todo lo que ocurría; entonces, cuando el Señor endureció el corazón del faraón, fue para producir una situación en la cual Jehovah podía obrar con sus señales y prodigios. En realidad, para Israel no había un problema teológico con el endurecimiento del corazón del faraón.

Generalmente, el AT se refiere a las plagas como *señales y prodigios* (7:3; ver Deut. 4:34; 6:22; Sal. 78:4; 105:27; etc.). Se incluyen fenómenos naturales y hechos históricos que inspiran temor, misterio y asombro. Siempre están relacionados estrechamente con la palabra de Dios y tienen el propósito de enseñar algo. Nunca vienen simplemente para asustar o asombrar a la gente. Las plagas tenían la misión de convencer al faraón que dejara ir al pueblo y hacer recordar

a Israel que su liberación no vino por el poder de ellos sino por medio de la mano poderosa de Jehovah.

Las plagas eran milagros de Dios; eran hechos divinos maravillosos. Los hebreos no pensaban, como los griegos, que la naturaleza era un orden controlado por leyes naturales. Para Israel, un milagro era romper el orden normal de la vida en una manera extraordinaria; ni aun tenían en su vocabulario una palabra que significaba “naturaleza”. Ellos veían la mano de Dios en todas las cosas, aun en aquellas que hoy en día se consideran el resultado de leyes naturales. Por ejemplo, para Israel el sol y la luna eran señales (Gén. 1:14, 15), o “milagros” de Dios: Cada día y cada noche eran señales de su poder y bondad.

Para entender mejor el concepto de milagros en el AT, se hacen las siguientes observaciones: (1) Los milagros eran hechos interpretados por la fe. (2) Los hebreos tenían el concepto de que Dios estaba involucrado en todo. El era todo; no había una diferencia entre leyes naturales y hechos sobrenaturales o milagros. (3) Los milagros no eran tantos acontecimientos extraordinarios (o poco comunes), sino que eran hechos predichos para momentos particulares con significados especiales. (4) Se empleaban tres términos diferentes en Exodo que se puede traducir *milagros*: ‘*oth*²²⁶ o *señal*, significa un acontecimiento o algo común en la vida ordinaria que, en circunstancias especiales, tiene un significado excepcional. El segundo término, *mopeth*⁴¹⁵⁹ se traduce frecuentemente “prodigios”, y representa algo extraordinario. Pueden ser acontecimientos o elementos de la vida que son comunes; sin embargo, se encuentran en situaciones excepcionales que son llamativas. Por ejemplo, si un rayo cae sobre un árbol cerca, la interpretación de fe podría llamarlo un *mopeth*⁴¹⁵⁹. La tercera palabra, *niphle’oth*⁶³⁸¹ representa algo muy especial y puede traducirse con la palabra “maravilla”. Es algo no acostumbrado, y se acerca más al concepto griego de milagro. Por ejemplo, el sanar a un leproso o el cambiar agua en sangre serían “maravillas”. (5) Los milagros no son pruebas del poder divino, sino que son demostraciones de su poder y de su propósito. No son conclusivos en sí; tienen que ser aceptados por la fe. El faraón los vio y no creía. Israel los vio y creía; sin embargo, aun ellos, se olvidaron pronto de la experiencia. (6) Los milagros señalan a un significado más allá del hecho mismo; se pierde su valor si no se los entiende. Entonces, son indicaciones del propósito salvífico del Señor. Dan evidencia de la presencia y propósito del Dios soberano. (7) Tras lo milagroso de las plagas se ve un problema moral: la opresión y esclavitud de un pueblo. Antes de las demostraciones de su poder, el Señor dio amplia advertencia y oportunidades al faraón para que librase a Israel y así evitara las plagas. (8) La fe de Israel se basa en los milagros y el más grande de ellos es la redención (la salvación) cuya prueba se encuentra en la libertad.

La historia de las plagas es un relato de acontecimientos vistos por medio de los ojos de la fe. Varias de ellas incluían fenómenos naturales que solían ocurrir entre los egipcios (por ejemplo las ranas, los piojos, las moscas, las úlceras, el granizo, etc.) Sin embargo, se ve lo milagroso en la rápida sucesión de los acontecimientos; en su intensidad y severidad; en que fueron predichos por Moisés, y en que ocurrieron precisamente en el momento histórico que resultó en la liberación de los hebreos. La gente de fe afirma que estas señales y prodigios eran milagros producidos por la mano de Dios.

La sección que tanto interesaba a los sacerdotes termina dando las edades de Moisés y Aarón: 80 y 83 años respectivamente. Nunca se llega a una edad demasiado avanzada para servir al Señor, y en realidad se enseña que era Jehovah quien dio a Israel los dos líderes del éxodo. La historia no se dirige por la casualidad. Al morir, Moisés tenía ciento veinte años (Deut. 31:2; 34:7). Así que, se puede dividir su vida en tres etapas de cuarenta años cada una: en Egipto (Hech. 7:23), en Madián, y como el libertador y caudillo.

(e) La señal ignorada, 7:8–13. Conforme a las costumbres de la época, el Señor les indicó a Moisés y a Aarón que el faraón desearía ver las credenciales de ellos, o las señales de la deidad que les envió (v. 9). En aquel entonces Jehovah dijo que demostraría su poder triunfante sobre los egipcios.

En cuanto a la función literaria del trozo, sirve como una introducción a la sección de las plagas; fue simplemente cuestión de tiempo que los egipcios reconocieran la autoridad de Jehovah.

La relación íntima entre la palabra de Jehovah y el milagro se ve en los vv. 8–12. Dios no manda milagros solamente para diversión popular ni para satisfacer una curiosidad escéptica. El milagro siempre tiene un propósito redentor e instructivo. Cuando el faraón pidió que le mostrasen "señales", o prodigios (heb. *mopeth*⁴¹⁵⁹ v. 9), el milagro de la vara tuvo dos propósitos: Uno fue el de convencer al faraón que Jehovah había enviado a Moisés para librar a su primogénito; el segundo fue el de convencer a Israel de que la liberación vendría por medio del poder divino y no por su propia capacidad.

La vara

La vara era un objeto indispensable para el pastor. Tenía varios usos: (1) Servía para suplementar la fuerza y el equilibrio del pastor cuando tenía que escalar montañas o saltar piedras en busca de algún animal extraviado. (2) Servía para separar a unas ovejas de otras en ocasiones necesarias. Se utilizaba la curva para detener a una oveja rebelde, y el palo servía como una pared para encerrar a varias. (3) Servía de arma de defensa o de agresión. El pastor podría defenderse de los animales silvestres con su vara, y podría utilizarla para matar víboras o animales agresivos. (4) Servía como símbolo de autoridad. Se alzaba sobre el mar para partir las aguas y permitir el paso de los israelitas en terreno seco (Exo. 14:16). Se utilizaba para señalar el momento de ataque para el ejército de Israel (Exo. 17:9). (5) Servía de instrumento de preservación de los israelitas, cuando Moisés utilizó la vara para golpear la roca y salió agua para todos (Exo. 17:6).

A petición del faraón Aarón echó su vara delante de él y ésta se convirtió en una serpiente (v. 10). El prodigio en sí llegó a tener un significado más allá del simple hecho de la transformación; cuando el faraón llamó a los hechiceros, ellos con sus encantamientos hicieron lo mismo (vv. 11, 12). Sin embargo, la vara de Aarón se tragó las varas de ellos (v. 12b). El milagro tuvo un sentido doble; la vara se convirtió físicamente en una serpiente y, al tragarse las varas de los magos, declaró el poder victorioso de Jehovah sobre los egipcios y sobre sus dioses.

El texto masorético cambia la palabra serpiente usada anteriormente (4:3, *nahas*⁵¹⁷⁵) por un término más genérico (*tannin*⁸⁵⁷⁷) que incluye el concepto de un reptil en el sentido de un “monstruo marino” o hasta un “cocodrilo”, el símbolo de Egipto (ver Eze. 29:3). En 7:15 se vuelve a emplear otra vez la primera palabra (*nahas*⁵¹⁷⁵) cuando se refiere al incidente. Evidentemente el autor usó deliberadamente el término genérico en la introducción al relato de la plagas para asegurarse de que su auditorio israelita entendiera el doble significado del milagro: el poder de Jehovah sobrepasaba al de Egipto e iba a tragarlo.

La magia tenía gran acogida en la vida egipcia (ver Gén. 41:8), pero en Israel era combatida estrictamente (ver Exo. 22:18; Deut. 18:10; Jer. 27:8–10; etc.). Cuando la vara de Aarón se convirtió en una serpiente, aparentemente los magos egipcios hicieron algo similar. Todavía en muchos países hay encantadores de serpientes venenosas. Pueden producir rigidez en un reptil aplicando presión en el cuello, la que cesa al soltarlo, por lo que deben recogerlo en tal caso por

el cuello y no por la cola (ver 4:4). Al tirar los magos sus *varas* (¿serpientes rígidas?) al suelo, *se convirtieron en serpientes* (v. 12), y la vara verdadera (de Dios) *se tragó las varas de ellos* (v. 12).

A pesar del milagro, *el corazón del faraón se endureció (hazaq²³⁸⁸)*, y no los escuchó, tal como Jehovah había

(v. 12), y la vara verdadera (de Dios) *se tragó las varas de ellos* (v. 12).

A pesar del milagro, *el corazón del faraón se endureció (hazaq²³⁸⁸)*, y no los escuchó, tal como Jehovah había dicho (v. 13).

c. Las plagas: El señorío de Jehovah, 7:14–11:10. La trama o tema central de los caps. 7–11 trata de los eventos que llevaron a la liberación del pueblo. Simultáneamente, en una forma magistral, se desarrollaron tres tramas secundarias que aumentan el drama de los encuentros y ayudan a mantener el interés en el relato: (1) El conflicto entre Jehovah y los dioses (o la teología) de los egipcios. Fue más bien una confrontación teológica y no tanto una demostración de poder divino. (2) El cambio de actitud de los líderes egipcios hacia Jehovah y su siervo Moisés. De despreciarlos, ponerlos en ridículo y divertirse con ellos, poco a poco fueron llegando a tomar en serio a Moisés y a la autoridad de Jehovah. (3) La presión constante de faraón para negociar con Moisés para reducir las demandas de Jehovah. El egipcio buscó un arreglo con Moisés para no perder su prestigio ni a Israel. Quiso regatear con Dios. En todo esto se ve a Dios ablandando el corazón endurecido de un tirano cruel.

Se ha hecho notar que las primeras nueve plagas vinieron en tres ciclos de tres plagas cada uno (ver Cassuto, *Exodus*, 92–93). La primera, la cuarta y la séptima vinieron después de una advertencia hecha por Moisés al faraón en encuentros al aire libre. El segundo ciclo, o sean la segunda, quinta, y octava plagas, vino después de advertencias en encuentros con faraón en el interior del palacio. La tercera, sexta, y novena plagas vinieron sin aviso previo. En la siguiente tabla se ilustran los ciclos:

Primer ciclo

(Advertencia fuera de palacio)

1. Sangre
4. Moscas
7. Granizo

Segundo ciclo

(Advertencia en palacio)

3. Ranas
5. Ganado
8. Langostas

Tercer ciclo

(Sin advertencia)¹

3. Piojos
6. Ulceras
9. Tinieblas

En el esquema se nota el crecimiento dramático de la intensidad de las plagas: Comienzan como molestias; progresivamente, por la terquedad del faraón, afectan la vida económica del

¹Carro, Daniel ; Poe, José Tomás ; Zorzolia, Rubé O.: *Comentario Bíblico Mundo Hispano Tomo 2: Exodo*. Editorial Mundo Hispano, 1994; 2003, S. 66

país, y finalmente vienen las tinieblas, el preludio a la muerte de los primogénitos de los egipcios.

En el AT hay listas de las plagas también en los Salmos 78:43–51 y 105:28–36; sin embargo, no concuerdan en todo con los detalles que se dan en Éxodo. Ninguna explicación de las diferencias presentadas hasta ahora es completamente satisfactoria. Posiblemente la respuesta está en reconocer el estilo poético de los Salmos, que procura más bien el ritmo para acompañar la verdad teológica presentada en vez de seguir el orden estrictamente cronológico de Exodo.

En cuanto al NT, hay referencias a las plagas solamente en Apocalipsis 8 y 16. Aquí también se encuentran en una forma modificada. En Apocalipsis 16 se trata de siete copas de juicios, y se repite la frase *pero no se arrepintieron* (Apoc. 16:9, 11) como un recuerdo de la resistencia obstinada del faraón a la obra de Jehovah. Con la literatura apocalíptica vale la pena recordar el significado hebraico de los números. Estos juegan un papel importante en lo que un autor inspirado quiere enseñar. El uso teológico de los números a veces puede explicar la razón de las modificaciones encontradas en los textos: Tres es el símbolo de deidad; cuatro representa el mundo; seis es el número de la maldad o lo imperfecto; siete es el número perfecto; diez representa lo completo; y doce es el número ideal.

Los egipcios y los cananeos consideraban la creación unida inextricablemente con la naturaleza de sus dioses. Israel veía la naturaleza como la creación de Dios. Así pues, los hebreos evitaban el peligro del panteísmo, el cual iguala a Dios y la creación, y el deísmo, que niega el control de Dios sobre el mundo que ha creado. Las Escrituras enseñan que Jehovah mantiene su señorío sobre la historia y la creación. Las plagas (mejor entendidas en Éxodo como “aflicciones” en vez de “enfermedades”) son demostraciones de esto y reflejan claramente el conflicto teológico entre la fe bíblica y la egipcia.

Las siguientes características de las creencias egipcias (ver Honeycutt, *Exodus*, pp. 334, 335) muestran la diferencia entre el concepto de Dios en el AT y el que tenían los egipcios: (1) Los egipcios consideraban al faraón como un dios poseedor de poderes sobrenaturales. Lo identificaban con Horus, el señor de los cielos, en su autoridad absoluta, y con Re, el dios del sol —el dios creador—, en su poder. (2) Con el clima prácticamente sin lluvia, el río Nilo era lo que hacía posible la vida. Consecuentemente, los egipcios lo veían como la fuente de su existencia y lo hacían objeto de adoración. (3) Además, los egipcios reverenciaban toda vida animal (incluyendo los insectos). La veían como algo sobrehumano y la deificaban.

Las plagas fueron *actos justicieros contra todos los dioses de Egipto* (12:12b): fueron más que simples juicios contra un rey obstinado. Sin embargo, las señales y prodigios (v. 3) atacaron la teología errónea de los egipcios acerca del faraón como un ser divino, de las creencias acerca del sol y del río Nilo y de la reverencia (deificación) de toda vida animal. Las plagas fueron demostraciones históricas de la soberanía de Jehovah sobre la historia, sobre la creación y sobre todos los hombres (ver Honeycutt, *Exodus*, p. 335).

(a) El agua hecha sangre, 7:14–24. El faraón siguió su camino obstinado (v. 14); por tanto, el Señor ordenó a Moisés que encontrara al faraón de mañana a la orilla del Nilo (v. 15). Dramáticamente, Moisés demandó otra vez en nombre de Dios que el faraón dejara ir al pueblo (v. 16). Para que se conociera que era Jehovah el que lo mandaba, Moisés golpeó el agua del Nilo con la vara y la convirtió en sangre, que apestó el río (vv. 17, 18). El Nilo, la fuente de la vida para los egipcios, llegó a ser un instrumento de juicio, caos y muerte; fue contaminado y los peces murieron.

Además, Aarón, por orden de Jehovah, alzó la vara sobre las aguas del Nilo y se convirtieron en sangre todas las aguas de Egipto (v. 20), incluyendo las de los brazos naturales del río, las de

su red artificial de canales usados con fines de irrigación agrícola, las de sus estanques, y las de sus depósitos (v. 19a).

El texto masorético indica literalmente que *habrá sangre en toda la tierra de Egipto, hasta en la madera y en la piedra* (v. 19b; Tr. del autor). El original no contiene las palabras interpretantes “los baldes de” ni “las vasijas de”. Parece mejor traducir el versículo sin agregar las palabras adicionales; es decir, la sangre llegó hasta la savia de los árboles (*madera*) y salió de las fuentes (*piedras*). Los dos, árboles y fuentes, eran elementos considerados sagrados en los lugares apartados o designados para la adoración (ver *los oasis sagrados*). Si se acepta esta interpretación, se evitará el problema acerca de dónde consiguieron los magos su agua cuando *hicieron lo mismo con sus encantamientos* (v. 22).

Verdades prácticas

1. V. 9: "Mostrad señales". La gente quiere ver señales de Dios en nuestra vida. Es fácil presentar un concepto nuevo de la salvación para la gente que sigue tradiciones religiosas, pero la gente quiere pruebas, señales, evidencias de la legitimidad de nuestro evangelio. Vidas cambiadas y en continuo poder son señales que no pueden ser refutadas.

2. Ante la predicación cristiana la gente opone sus propios dioses, los que le producen alguna forma de placer, bienestar y poder. Ellos muestran las señales del poder de sus dioses. ¿Qué señales muestra usted del poder de su Dios?

3. Hay iglesias que están ansiosas de milagros para atraer a los perdidos. Lo triste es que mucha gente busca los milagros sin interés en el Dios todopoderoso que los realiza. Otros quieren manejar a Dios como al genio de la lámpara, que está a su disposición para servirles, y no al contrario.

4. Los milagros no son infalibles para abrir el corazón de los impíos. Muchos se convencen de los milagros, pero no se convierten, porque eso significa sumisión, y la soberbia de su corazón no se dobllega.

La plaga duró siete días (v. 25). El faraón volvió al palacio y *no quiso prestar más atención al asunto* (v. 23) ¿Tenía agua sin sangre en casa? La respuesta sería que no, si se agrega al texto *hasta en los baldes de madera y en las vasijas de piedra*. La gente común *hicieron pozos alrededor del Nilo para beber...* (v. 24): encontraron agua filtrada a través de la arena. Probablemente de ahí los magos consiguieron el agua pura para obrar su arte de encantamientos.

Algunos autores han sugerido que posiblemente el Nilo no se convirtió en sangre literalmente, sino que el uso de la palabra *sangre* indica lo que parecía el agua (comp. 2 Rey. 2:16–23). Dice Bartina: "No se trata de la conversión del agua nilótica en sangre humana o animal, sino en una coloración parecida a sangre" (LSE, p. 363).

Anualmente, cuando crece el río (en julio o agosto), unos microcosmos conocidos como “flagelados” dan con sus bacterias un tinte rojizo, o a veces púrpura a las aguas. En el verano, con el sol caliente, el agua en el Delta puede parecer sangre; por eso los nativos lo llaman el Nilo Rojo. En la interpretación de Bartina y otros, se sugiere que el milagro no consiste tanto en el color sanguíneo, sino en el hecho de ser predicho precisamente y en su intensidad.

De acuerdo con esta interpretación se desarrolló una teoría interesante acerca de las plagas: Con la contaminación severa del agua del Nilo llegó la mortandad de los peces. Las ranas, la plaga segunda, se multiplicaron en el sedimento de las inundaciones; después llegaron los insectos y se multiplicaron debido a la mortandad de los peces y de las ranas; y los insectos producidos por las pestes atacaron al ganado y a los hombres. Se sugiere que las tormentas y el

granizo de febrero destruyeron el lino y la cebada, dejando el trigo y la espelta para las langostas. Las tinieblas, a su vez, serían el producto de una polvareda intensa (ver el polvo depositado por la inundación) levantada por el viento (*khamshin* ²⁸²²) de marzo. Así, nueve de las plagas se relacionan con el control que Jehovah tiene sobre la naturaleza. ¡Jehovah es Señor, no los dioses egipcios!

De todos modos, independientemente de las varias maneras de interpretar las plagas, las conclusiones acerca de ellas son evidentes: (1) Ocurrieron en momentos oportunos escogidos, (2) produjeron aflicciones severas en Egipto, (3) afectaron a lugares específicos y (4) lograron el propósito de librar a Israel de la esclavitud egipcia.

Con todo, no existe ninguna duda de lo que el autor enseña en cuanto a la primera plaga; el Nilo quedó bajo el poder soberano de Jehovah. Sin embargo, el hecho de que los magos aparentemente también convirtieron agua en sangre dejó una duda en la mente del faraón acerca del dominio absoluto de Jehovah sobre todo Egipto. No obstante, los magos únicamente pudieron aumentar la plaga; no pudieron quitársela.

Una vez más el faraón *se endureció, y no los escuchó* (v. 22), y esto era lo que Jehovah había dicho que pasaría (4:21; 7:3). Dios no lo endureció sino hasta la sexta plaga (9:12). Dios conocía de antemano lo que ocurriría. Sabía que el corazón del faraón estaba endurecido desde el principio y que lo endurecería aun más y más. Conoció Dios que últimamente se fijaría el corazón del faraón en el camino que el monarca ya había elegido. *¿Quién es Jehovah?* (5:2) La pregunta llegaría a molestarle al faraón durante toda su vida. Sin embargo, de acuerdo con el cap. 7, Dios no lo hizo obstinado. Ya era hombre endurecido de antemano y por su propia voluntad.

(b) Las ranas, 7:25-8:15. Siete días después de azotar a Egipto con la primera plaga Jehovah mandó a Moisés volver y anunciar una plaga de ranas si el faraón rehusaba dejar ir a Israel. Aunque no eran comunes en Palestina, las ranas eran una parte de la vida egipcia. Se las asociaba con la diosa Heqt, quien, según la creencia, ayudaba a las mujeres durante el parto; consecuentemente, las ranas eran consideradas la personificación de un poder que daba vida.

La plaga no representó una amenaza a la vida de los egipcios, sino que era una molestia y una gran inconveniencia. El faraón no prestó mucha atención a la primera plaga (7:23); sin embargo, las ranas sí llamaron su atención. El Nilo se llenó de ranas y la casa del faraón se llenó con ellas; estaban en su dormitorio y en su cama. Se metían en las casas de sus siervos y hasta en los hornos bien secos y en sus artesas de amasar. Al sentarse el faraón se le subían, y lo mismo ocurría a todos los habitantes del país (vv. 3, 4, 6). No había manera de escaparse de las ranas. ¡De veras el Señor consiguió la atención del faraón!

Una vez más los magos egipcios mostraron que ellos también tenían poder y produjeron ranas (v. 7); sin embargo, el problema no era producir más de ellas, sino quitárselas, y los sabios egipcios no pudieron hacerlo. Según el parecer del faraón, ¡simplemente aumentaron la plaga y la molestia! ¿Qué clase de sabios son éstos? Con esto entra en el estilo literario una nota de humor irónico.

El dedo de Dios

Un autor hizo una observación buena acerca de la revelación de Dios por medio del uso de la frase el dedo de Dios. La expresión se encuentra cuatro veces en las Escrituras. El uso aquí resultó en la liberación del pueblo de la esclavitud egipcia. En Exodo 31:18, la ley de Sinaí fue inscrita en tablas de piedra por el dedo de Dios. El Salmo 8:3 indica que los cielos son obra de los dedos de Dios, y en Lucas 11:20 se dice que Jesús echó fuera demonios por el dedo de Dios. Al poner las cuatro referencias en conjunto, se ve la

manifestación de Dios a través de su dedo en la creación, en el éxodo (la libertad), en la dádiva de la ley en Sinaí y en la encarnación. ¡Qué grande es el dedo de Dios!

Tal como sucedería con muchos de los profetas futuros (ver Amós 7:2; Jer. 27:18, etc.), el faraón llamó a Moisés y a Aarón y les pidió que intercedieran ante el Señor: *Rogad a Jehovah para que quite las ranas de mí y de mi pueblo, y dejaré ir al pueblo para que ofrezca sacrificios a Jehovah* (v. 8).

Con la petición entra un cambio en el relato; lentamente comienza a disminuir la resistencia del faraón ante la presión de Jehovah. Por cierto, el propósito principal de las plagas es el de glorificar el poder y la autoridad del Señor al lograr la libertad de Israel; sin embargo, se indica ahora que las plagas tendrán una dimensión adicional al lograr la victoria de Jehovah sobre la teología egipcia.

Además del conflicto con la teología egipcia se inicia el tema de las negociaciones. El faraón era un político astuto: hizo su primera oferta, aunque pronto se retractó (vv. 8, 15). Posteriormente volvería a repetir la oferta interpretándola por medio de condiciones que la calificaban (8:25, 28; 10:11, 24). Astutamente, la primera vez no indicó ninguna condición en cuanto al lugar para servir a Jehovah ni quienes podrían ir. Las condiciones las reservó para negociar más tarde.

Semillero homilético

El corazón endurecido del hombre

7:3, 13, 22; 8:15, 19, 32; 9:7, 12, 34, 35, 10:20, 27; 11:10; 14:4, 8

Introducción: ¿Endureció Dios verdaderamente el corazón de faraón para desobedecerlo? Si fue así, ¿cómo puede culparse a faraón por su resistencia a Dios? ¿Que es lo que realmente hace Dios con un hombre que se obstina en ser impío?

El hombre endurece su propio corazón.

Faraón ya era corrupto; Dios lo abandonó a su propia corrupción (Stg. 1:13).

Faraón endureció su propio corazón porque no temía a Dios (9:30).

El que no teme a Dios se enfrenta a su ira (Deut. 28:58–60).

El que teme a Dios lo obedece al fin (Gén. 22:12).

Faraón endureció su corazón porque Dios le retiró su influencia.

Faraón llegó al colmo de sus pecados (1 Tes. 2:16).

Faraón colmó la paciencia de Dios (2 Ped. 3:9, 14, 15).

Faraón llegó al punto sin retorno (Prov. 6:12–15).

Faraón endureció su corazón ante la prueba de Satanás que Dios le permitió.

Dios había permitido esa prueba, como en el caso de Job (Job 1:6–12).

Faraón ya había dado cabida al poder de Satanás directamente en su vida. Sus hechiceros, magos y encantadores usaban el poder de Satanás (7:10–13; 7:22; 8:7).

Faraón era culpable de sus malas acciones.

El faraón estaba en autoridad porque Dios mismo lo había puesto (Rom. 13:1–4), y estando en el deber de hacer el bien, decidió hacer lo malo.

Conclusión: El hombre mismo es el que endurece su corazón contra Dios al rechazar las oportunidades que él le da, la influencia de que lo ha rodeado, y

las invitaciones y advertencias que le ha enviado.

Por su parte, Moisés se mostró igualmente astuto en su participación en las negociaciones; conocía bien al faraón. Aunque Moisés era el mensajero de Jehovah, el Señor no le quitó la libertad para negociar. Por cierto, Dios lo guió en el trato (ver la promesa de estar con él siempre en 3:12); no obstante, se ve el principio claramente en la respuesta de Moisés al pedido del faraón: *Dígnate indicarme cuándo he de rogar por ti... para que las ranas sean quitadas... y solamente queden en el Nilo* (v. 9). El texto masorético es un poco más explícito. Literalmente dice: *Te doy la ventaja. Fija el tiempo necesario para ti, para tu siervos y para tu pueblo, para que saque las ranas de ti y de tu casa, para que queden solamente en el río* (tr. del autor). Al ofrecer al faraón la ventaja, Moisés le pidió que le indicara cuándo debieran ser quitadas las ranas. El faraón señaló el día, pero no pidió que las ranas fueran devueltas al río. Moisés clamó a Jehovah, y sucedió tal como el faraón pidió (vv. 12, 13). El autor demuestra cómo Moisés salía ganando en las negociaciones, aun dando la ventaja al faraón: *Jehovah hizo conforme a la palabra de Moisés. Murieron las ranas... Las juntaron en muchos montones, y la tierra apestaba* (vv.13, 14). Irónicamente, de acuerdo con la palabra del faraón, se quitaron las ranas, dejándolas muertas en el lugar donde estuvieron. ¡El faraón recibió un dividendo inesperado! No obstante, al terminar la plaga se escucha un informe familiar: con el alivio, el faraón *endureció su corazón y no lo los escuchó* (v. 15).

(c) Los piojos 8:16–19. Sin anunciarlo de antemano, Jehovah dijo a Moisés que mandara a Aarón que extendiera la vara y golpeará el polvo para que se cubriera la tierra de Egipto con insectos pequeños. Esta vez los magos no fueron capaces de duplicar la señal por medio de sus encantamientos y admitieron ante el faraón que la plaga era del *dedo de Dios* (v. 19). Sin embargo, el faraón endureció su corazón *y no lo escuchó, tal como Jehovah lo había dicho* (v. 19b).

La palabra hebrea *kinnim*³⁶⁵⁴ se refiere a un insecto pequeño que no ha sido identificado con exactitud. La palabra ha sido traducida como “piojos”, “jejenes”, “mosquitos”, “pulgas”, y hasta “antojos”. De todos modos, con su clima caluroso y seco, Egipto siempre ha sido víctima de muchas clases de insectos pequeños. Probablemente el vocablo “piojos” es el más adecuado y llena bien los requisitos textuales.

Semillero homilético

Los términos medios

8:25, 28; 10:11–24

Introducción: Así como Satanás tentó a Jesús para acomodarse al mundo (Mat. 4:1–11), el faraón hizo un esfuerzo por desviar a Moisés del propósito divino por medio de ofrecerle arreglos más cómodos. Todavía es el sistema clásico de Satanás: Está bien ser religioso; sin embargo, no debes ser fanático. Hay cuatro términos medios ofrecidos a Moisés que son instructivos.

Está bien adorar a Dios; sin embargo, quédense en Egipto (8:25). Egipto era la tierra de esclavitud, de duro trabajo servil y de pecado.

Está bien adorar a Dios; sin embargo, no vayan demasiado lejos (8:28). El arreglo es ser creyentes marginales. No deben preocuparse del crecimiento espiritual, ni de estudiar la Palabra de Dios. Es mejor no asociarse demasiado con los de la iglesia ni preocuparse de las necesidades de los demás. No deben comprometerse demasiado: hay cosas lindas que hacer que son más divertidas fuera de la iglesia.

Está bien adorar a Dios; sin embargo, váyanse los varones (10:11). No deben preocuparse por la alimentación de la familia. Los hijos aprenden bien del sexo y de las drogas por su propia iniciativa; aprenderán lo necesario acerca de Dios de la misma manera. Es más divertido salir con los hombres para algunos retiros de pesca y juegos de naipes sin tener que cuidar a los niños. Además, será más económico salir sin ellos.

Está bien adorar a Dios; váyanse todos; sin embargo, dejen atrás sus ganados (10:24). No deben preocuparse de la mayordomía de los bienes. Dios es rico; no necesita lo poco que ustedes tienen. Además, hay muchas cosas que ustedes podrían adquirir con los diezmos.

Conclusión: Ante tales tentaciones se debe estar dispuestos a decir con Moisés: Hemos de ir con nuestros niños y con nuestros ancianos, con nuestros hijos y con nuestras hijas; hemos de ir con nuestras ovejas y con nuestras vacas, porque tendremos una fiesta de Jehovah (10:9). La vida cristiana es una dedicación total: es todo o nada.

Esta plaga es otro de los milagros de transformación. Tal como con el agua del Nilo, se empleó la vara, y al golpear el polvo de la tierra el país se llenó de piojos. No significa que literalmente todo el polvo del país se convirtió en piojos (v. 17b), sino que las grandes nubes de ellos parecían brotar del suelo como las tormentas de polvo que solían llegar con los vientos fuertes del desierto.

Joya bíblica

Entonces los magos dijeron al faraón: "¡Esto es el dedo de Dios!" (8:19a).

Los magos, al no poder reproducir nada similar con sus encantamientos, esta vez tuvieron que admitir que la plaga era obra del *dedo de Dios* (v. 19). Por primera vez el autor explica cómo se puede distinguir entre un milagro verdadero y un milagro falso. La verdad finalmente eliminó el engaño, y los magos mismos lo confesaron. Es dudoso aquí que los magos hayan reconocido a Jehovah como el Dios único; más bien se refieren al milagro como la obra de un dios poderoso, que no podría ser otro que Jehovah, a quien Moisés representaba. Además, es posible que pensarán de la vara como el dedo de Dios, porque era un símbolo para ellos, y para Israel más tarde, del poder divino.

(d) Las moscas, 8:20–32. Jehovah mandó a Moisés que se presentara ante el faraón cuando éste saliera al río. Esta vez el Señor le amenazó con una nube de moscas si no dejaba salir al pueblo. Al desatender él la palabra de Dios, vinieron tantas moscas que *la tierra quedó devastada* (vv. 20–24).

El faraón llamó a Moisés y a Aarón y, para quitar la plaga, ofreció permiso para que el pueblo ofreciera sacrificios a Dios dentro del país. Moisés rechazó la oferta diciendo que esto sería una abominación para los egipcios. Entonces el faraón concedió permiso para que fueran al desierto a ofrecer sacrificios, con tal de que no fueran demasiado lejos. Moisés oró a Jehovah y el Señor quitó la plaga de moscas. Sin embargo el faraón se endureció otra vez y no dejó ir al pueblo (vv. 25–32).

El texto hebreo dice que la cuarta plaga era de *'arob* ⁶¹⁵⁷. La palabra significa “un enjambre”, o una “multitud”, o “una nube de insectos” (ver Sal. 78:45). No se especifica qué clase de insectos era; sin embargo, el griego de la LXX traduce como “mosca de perro”. Esta era un mosquito feroz que atacaba a sus víctimas hasta sacar sangre de ellas. En muchos lugares de las

Américas la llamarían “tábano”. Parece bien la identificación (el tábano); concuerda con la evidencia del texto que se refiere a la molestia extrema de ellas, su llegada como *una densa nube* (v. 24) y su devastación de la tierra.

Por primera vez Jehovah hace una distinción entre Israel y los egipcios; el pueblo de Dios no sería víctima de la plaga. Los hijos de Israel habían sufrido las consecuencias de las primeras tres plagas. Ahora Jehovah haría una excepción de la tierra de Gosén, donde habitaban los hebreos, *a fin de que sepas que yo, Jehovah, estoy en medio de la tierra* (v. 22). El Señor estaría con su pueblo. Se conocería que Jehovah es el Señor de todo el mundo, incluyendo la tierra de los egipcios. El Señor puede dividirla, azotarla y controlar toda la vida que en ella habita. ¡El es Jehovah! La magnitud del milagro se ve en la cantidad des acostumbrada de las moscas, en su limitación geográfica, en el anuncio preciso del tiempo de la llegada y la salida y en su propósito teológico.

El faraón reanudó su esfuerzo por negociar con Moisés y Aarón; los llamó y les dijo que el pueblo podía ir a ofrecer sacrificios a Jehovah dentro del país (v. 25). Moisés sagazmente rechazó la oferta diciendo que su sacrificio sería una abominación a los egipcios y podría producir represalias contra ellos (v. 26). No explicó la razón por su observación (ver Gén. 46:34), pero pudiera ser la de que los egipcios consideraban sagrados a los animales, o consagrados a sus dioses, aunque ocasionalmente los ofrecían como holocaustos en sus cultos. Es posible que el faraón, reflexionando sobre la respuesta de Moisés, pensara que el sacrificio de animales por los hebreos podría provocar el enojo de los dioses egipcios y producir mayores calamidades que las que habían recibido de la mano de Jehovah. Sea como sea, aceptó el argumento de Moisés y le ofreció otra alternativa: *Yo os dejaré ir para que ofrezcáis sacrificios... en el desierto, con tal que no os vayáis demasiado lejos. Rogad por mí* (v. 28; comp. 8:8). Evidentemente Moisés estuvo de acuerdo en salir al desierto, y prometió rogar a Jehovah para que quitara la plaga de moscas la mañana siguiente. Al mismo tiempo advirtió al faraón que no fallara en el trato, *no dejando ir al pueblo para ofrecer sacrificios a Jehovah* (v. 29). Sin embargo, al encontrarse aliviado de la plaga, el faraón endureció su corazón otra vez, *y no dejó ir al pueblo* (v. 31).

(e) La peste, 9:1-7. Moisés, por orden de Jehovah, se presentó nuevamente ante el faraón para pedirle que permitiera ir al pueblo o, en caso contrario, tendría que enfrentar una terrible peste que acabaría con todos sus ganados. Le especificó un plazo para responder y le indicó que habría una distinción entre el ganado de Israel y el de Egipto, pues sólo el de los egipcios moriría. Al día siguiente murió el ganado de Egipto. A pesar de todo, el corazón del faraón se endureció otra vez y no dejó ir a Israel.

La plaga cayó sobre el ganado doméstico en general. El caballo fue introducido en Egipto por los hiksos. El camello no era tan común en aquella época como lo es hoy en día en Egipto; sin embargo, lo usaban los mercaderes en sus caravanas tanto como los nómadas que habitaban los desiertos adyacentes. Gradualmente llegó a ser un animal importante en la vida económica de Egipto. Los asnos, las vacas y las ovejas eran comunes.

Semillero homilético

La religión de conveniencia

8:28-32

Introducción: Para algunos la religión sirve fines utilitarios, o sea, sirve para favorecerles en una forma personal, sea en su negocio o su egoísmo. El faraón pidió que Moisés orara por él, por si acaso el Dios de los israelitas era el verdadero. Esto ilustra cómo personas utilizan la religión de conveniencia.

Es religión determinada por las circunstancias temporales y no basada en la revelación divina.

Cedió permiso con limitaciones, v. 28.

Pidió la intercesión divina por si acaso.

Es religión basada en el egoísmo y no el altruismo.

El faraón tenía interés en lograr el favor divino para sí, y no una consideración de los esclavos.

El faraón quería aliviarse de las moscas y no hacer lo justo para los israelitas.

Es religión adaptada a la situación externa y no las eternas.

El faraón volvió a endurecer su corazón, v. 32.

El faraón rehusó dejar salir a los israelitas.

Conclusión: La religión verdadera tiene premisas eternas que no cambian con las personas o las circunstancias. Dios no demuestra preferencia ni para el rico ni para el que está en puesto alto de autoridad. Busca a las personas que se sometan a sus normas divinas, sin considerar la conveniencia personal o sin buscar un favor especial.

La plaga tocó dos elementos vitales de Egipto: (1) La teología egipcia que adoraba la vida animal, y (2) la economía nacional. Hasta ahora las plagas habían sido más bien molestias para los egipcios. Con el quinto azote Jehovah los apretó económicamente. Las plagas anteriores eran más bien golpes emocionales que afectaban la vida particular. Esta tocaba el nervio económico nacional, que era más sensible. Lentamente el Señor intensificaba su severidad.

Por medio de esta señal el autor demostró otra vez la humanidad del faraón: no había nada que podía hacer para evitar la plaga sin dejar ir a Israel. Además, no había posibilidad de entrar en ninguna clase de negociación con Moisés, porque la plaga llegó repentinamente y se murió *todo el ganado de Egipto* (v. 6) que estaba *en el campo* (v. 3). Esta vez no hubo necesidad de fijar un plazo para quitarla, pues se terminó con la muerte de los animales. Lo único que el faraón pudo hacer fue verificar la distinción hecha entre el ganado de los israelitas y el de los egipcios (vv. 4 y 7). No había duda en cuanto a la palabra de Dios entregada por medio de Moisés: Era un milagro.

No es posible especificar la naturaleza de la plaga. El texto dice simplemente que era *una terrible peste* (v. 3). El uso de la palabra en el AT significa una pestilencia en general. La sugerencia de que la plaga era de ántrax es interesante, pero no puede ser probada. El texto dice simplemente que Jehovah lo hizo *al día siguiente... y murió todo el ganado de Egipto* (v. 6). Parece que los animales murieron aquel día por causa de una plaga sobrenatural y no por una infección contagiosa que acabara paulatinamente con ellos. Se entiende mejor la muerte de *todo el ganado de Egipto* (v. 6) a la luz de lo que estaba *en el campo* (v. 3). La séptima plaga caería también sobre el ganado (9:13–27). Además, se debe recordar que la psicología semítica tendía a emplear expresiones hiperbólicas. *Todo* aquí indicaba la magnitud del hecho en comparación con lo que quedaba; los animales sobrantes eran pocos en comparación con la cantidad original. Para ellos, al ser afectada una zona por una calamidad, “todo el mundo” (de la zona) era víctima. De todos modos, el texto incluye todas las especies nombradas del ganado de los egipcios en el campo (v. 3) sin entrar en una computación matemática.

(f) Las úlceras, 9:8-12. La sexta plaga también fue de transformación. Otra vez por orden de Jehovah, Moisés esparció hacia el cielo puñados de hollín de un horno, el cual se convirtió en polvo que produjo úlceras en los hombres y en los animales en toda la tierra de Egipto.

Nuevamente los magos fueron impotentes para duplicar el milagro, y ellos también fueron heridos como todos los demás egipcios. Esta vez Jehovah fue el que endureció el corazón del faraón, tal como lo había dicho.

Aunque el relato es breve, incluye varios elementos críticos en el desarrollo teológico del conflicto entre Jehovah y los dioses egipcios. (1) Se demuestra el poder del Señor por medio de un milagro de transformación doble: el hollín es convertido en polvo y el polvo causa sarpullido que produce úlceras; (2) se termina el conflicto de Moisés (Jehovah) con los magos; (3) la estabilidad económica y religiosa del país se deteriora profundamente; y (4) se dice por primera vez que Jehovah endurece el corazón del faraón, tal como dijo que lo haría.

El hollín era de la clase que se encontraba en los grandes hornos para cocer cal o cerámica. Una vez esparcido en el aire por Moisés y Aarón, se convirtió en polvo fino. Al caer sobre los hombres y los animales producía ampollas, las cuales al reventarse producían úlceras (v. 11).

En Deuteronomio 28 se indica que el Señor advertía al pueblo de las consecuencias de la desobediencia con un recuerdo de la experiencia de los egipcios. Entre otras aflicciones, serían víctimas de úlceras malignas en las piernas y en las rodillas, y desde la planta de pie hasta la coronilla (Deut. 28:35). *Jehovah te afligirá con úlceras de Egipto, con tumores, con sarna y con comezón, de los que no puedas ser sanado* (Deut. 28:27).

Al tener úlceras (*shechin*⁷⁸²² ver Job 2:7; Isa. 38:21), existía la posibilidad de que fuera lepra (comp. Lev. 13:18–23); si no fuera, podrían ser contagiosas, lo que requería que el enfermo fuera aislado por algún tiempo (ver Lev. 13:4–6). Consecuentemente, la plaga no sólo produjo una situación física incómoda para los egipcios, sino que resultó en una desorganización total del gobierno, de la vida económica y de la vida religiosa. Todos se pusieron en cuarentena, y no había quienes verificaran la sanidad de los demás. ¡Ninguna clase de huelga podía haber paralizado el país más completamente que la plaga de úlceras!

Se han propuesto varias posibles enfermedades que pueden explicar una infección de esta naturaleza, pero no es posible determinarla con exactitud. Algunos la relacionan con el ántrax, mientras que otros sugieren que la plaga tiene mejores indicaciones de ser un brote de viruela, la cual da fiebre, produce ampollas y comezones y afecta tanto los animales como al hombre (ver LSE, p. 373).

Por primera vez el texto dice que *Jehovah endureció el corazón del faraón* (v. 12). Los hebreos no trataban con causas secundarias; todo lo que pasaba lo relacionaban finalmente con Dios. Además, reconocían que la acción de Dios era consistente con la naturaleza malvada del faraón y que Dios obraba con él dentro del contexto de su libre albedrío. Por lo tanto, el propósito aquí, según la interpretación de Honeycutt (BBC, p. 342), era demostrar la soberanía de Jehovah hasta para influir directamente en la voluntad obstinada del faraón.

Según el AT, esta verdad no viola la libertad del hombre; la tensión nunca produce un determinismo que niega la responsabilidad del hombre por sus decisiones y acciones. El v. 12 hace resaltar que el Señor es soberano, y ningún ser humano, aunque fuese un rey egipcio que se había deificado a sí mismo, puede desbaratar finalmente la voluntad divina. Dios conocía al faraón y podía obrar en él aunque el faraón no lo reconociera (comp. 2 Sam. 17:14; 1 Rey. 12:15; Isa. 44:28; etc.).

(g) El granizo, 9:13-35. Con la séptima plaga se inicia el tercer ciclo de azotes divinos. Es el más largo de los relatos, y en ella se demuestra la habilidad artística del autor: Se prepara al lector para la intensidad creciente de las plagas; se explica teológicamente el significado de las mismas, el cual está implícito; se demuestra con claridad la misericordia de Dios, aun hacia los

egipcios; se demuestra el pecado y el proceso gradual del ablandamiento del corazón duro del faraón; y se indica la duración de la plaga, la cual se la relacionará con la que sigue.

Una vez más Moisés entrega la palabra de Dios al faraón. Anuncia el envío de todas las plagas (*maggefah*⁴⁰⁴⁶) sobre el monarca, sus siervos y el pueblo (v. 14). Por primera vez en el libro emplea como sustantivo esta palabra, la cual significa “un golpe”, “una matanza”, “una pestilencia”, o “una plaga”. Gráficamente, la plaga sería un golpe para todo el país. En otros lugares la palabra es empleada para una matanza de la guerra (1 Sam. 4:17), para castigos divinos sobrenaturales (ver Núm. 14:37, 25:8, 9, 25; Zac. 14:12), y para un golpe de muerte (Eze. 24:16). Moisés dice que este golpe será tan intenso como muchos juntos: está aumentando la intensidad del conflicto. El desarrollo del tema indica la mano de un artista literario que prepara a su auditorio para el juicio final de Jehovah sobre el faraón. El egipcio había dicho que no conocía a Jehovah (5:2); entonces, el Señor se presentó a sí mismo por medio de las plagas (7:5, 17; 8:10, 22; 9:29). El propósito de ellas era demostrar la unicidad de Jehovah: *No hay otro como yo en toda la tierra* (v. 14). El Señor podía haber quitado la vida al faraón (v. 15), pero no lo hizo para mostrarle al egipcio su poder y para que su nombre fuera conocido en todo el mundo (v. 16). Aun el juicio de Jehovah era redentor, y su trato con el faraón era una demostración de su misericordia.

A pesar del propósito y la gracia del Señor, el faraón siguió en su camino obstinado; consecuentemente, Moisés le advirtió que una tormenta de granizo *como nunca lo hubo en Egipto* azotaría al país el día siguiente, precisamente a *estas horas* (v. 18). Se agregó un elemento nuevo en el encuentro; por compasión hacia los egipcios y su ganado sobreviviente, Jehovah les indicó cómo salvarse del granizo (v. 19). A pesar de la incredulidad del faraón, algunos de sus servidores temieron a Dios y creyeron en su palabra; consecuentemente, hubo algunos que salvaron a sus criados y su ganado (v. 20).

El autor llama la atención a la influencia creciente de Moisés entre los egipcios en general, y el respeto que tienen ellos para la palabra divina. Antes se había indicado una división entre Gosén, la tierra que ocupaba Israel, y la de los egipcios. Ahora se nota una división entre los egipcios mismos: los temerosos de Dios son eximidos de las consecuencias fatales de la tormenta, mientras que los incrédulos sufrirían los daños totales (vv. 21–26).

Con la plaga el Señor oprime más al faraón y le hace más difícil su resistencia a la palabra divina. El granizo no es común en Egipto y el faraón queda impresionado. Al milagro de la rareza del granizo en Egipto se agregan su severidad y el anuncio previo del tiempo preciso de su llegada. Con este golpe se nota en el faraón un leve cambio de actitud personal y un deseo de negociar a un nivel más serio. Entonces llama a Moisés y Aarón, confiesa que ha pecado *esta vez*, admite que él y los egipcios son *culpables*, y reconoce que *Jehovah es el justo* (v. 27). Por tanto, pide que rueguen *a Jehovah para que cesen los truenos... y el granizo, y yo os dejaré ir...* (v. 28). Ofrece dejar ir al pueblo sin condiciones.

La plaga tocó profundamente tres aspectos de la vida egipcia: (1) La teología egipcia (sus dioses no pudieron proteger ni a las personas ni a la siembra), (2) la vida de algunos incrédulos que ignoraron la advertencia divina, y (3) la economía nacional (cada vez más afectada).

Por causa del prodigio, el faraón admitió el control de Jehovah sobre la naturaleza; sin embargo, no estuvo dispuesto a aceptar el control del Señor sobre su vida personal. Aun reconociéndolo así (vv. 29, 30), Moisés rogó a Jehovah y el Señor cesó la tormenta (v. 33). Con esto, una vez más *el corazón del faraón se endureció, y no dejó ir a los hijos de Israel...* (v. 35).

El paréntesis de los vv. 31, 32 es preparatorio para la siguiente plaga y ayuda para estimar el tiempo razonable para las plagas. El lino y la cebada se cosechan a fines de enero y al comienzo

de febrero. Los cereales tardíos, el trigo y el centeno, maduran en marzo. Así pues, el granizo no destruyó los últimos, mientras que los primeros se perdieron totalmente. Si se acepta la posibilidad de relacionar la primera plaga con la inundación anual del Nilo y que existe una relación de causa y efecto entre algunas de las otras plagas con la primera, se puede calcular un período de unos ocho meses desde el comienzo de las señales en el verano hasta la del granizo en enero.

(h) La langosta, 10:1–20. La estructura narrativa básica continua con unas leves variantes: (1) Se explican otra vez las razones teológicas de las señales (vv. 1, 2), (2) se pide permiso de salir con la amenaza de una plaga de langosta (vv. 3–6), (3) como elemento nuevo, los cortesanos aconsejan al faraón que permita salir a Israel (v. 7), (4) se realiza la plaga (vv. 12–15), (5) el faraón pide a Moisés y a Aarón que rueguen a Jehovah por él (vv. 16–18), y (6) con el alivio, el faraón no deja salir al pueblo (vv. 19–20).

De acuerdo con 9:32, parece que la plaga vino unas cuatro a ocho semanas después de la del granizo. Esta plaga tuvo dos propósitos: el primero fue *para manifestar* las *señales* a los egipcios (v. 1). De acuerdo con la enseñanza bíblica, una señal tiene un significado más allá de sí misma. Jehovah no únicamente demostraba su poder por las señales, sino que proclamaba su soberanía universal por medio de ellas. El segundo propósito fue que Israel conociera por experiencia la soberanía de Jehovah, y testificara de ella a las generaciones futuras (v. 2).

Algunos han interpretado que la frase *las cosas que yo hice en Egipto* (v. 2) es una expresión irónica que significa: “cómo me he comportado con los egipcios, o cómo me he divertido...” (ver Bartina, LSE, p.378). La Biblia de Jerusalén traduce: *para que puedas contar a tu hijo,... cómo jugué yo con Egipto....* No es que Jehovah se burlara de los egipcios. Era un conflicto en serio; sin embargo, los esfuerzos de los egipcios a favor de sus dioses eran inútiles. La expresión es algo similar a la encontrada en los Salmos: *El que habita en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos* (Sal. 2:4).

Joya bíblica

Entonces Moisés y Aarón fueron al faraón y le dijeron: "Jehovah, el Dios de los hebreos, ha dicho así: '¿Hasta cuándo rehusarás humillarte ante mí?' " (10:3a).

Audazmente, Moisés entrega al faraón la palabra de Dios: ¿Hasta cuándo rehusarás humillarte ante mí? (v. 3). Dios había mandado siete plagas, y para el hebreo el número siete representaba el número perfecto. Siete señales debieran haber sido suficientes; sin embargo, el faraón seguía su camino obstinado y traía sobre su pueblo más y más dificultades. El problema del egipcio era su orgullo y, como todos los tiranos de la historia, tendría que aprender la lección de su humanidad. ¡Era hombre y no dios!

La amenaza de una invasión de langostas era terrible para los egipcios. Joel 1–2 ofrece una descripción de la calamidad que representa una plaga así. Las langostas se multiplican rápidamente, son gregarias y, como insectos voladores, forman grandes nubes que suelen oscurecer la luz del sol, tal como una tormenta de polvo (ver Joel 2:10). Son muy voraces y causan daños tremendos, aun hasta quitar la corteza de los árboles. En sus vuelos muchas veces son arrastradas por el viento, y pueden ser llevadas a grandes distancias. Además del daño pueden ser una molestia a los seres humanos (v. 6). Joel dice que corren como valientes; como hombres de guerra escalan la muralla. Cada uno sigue su camino, y no abandonan sus sendas... no rompen su formación en la ciudad. Van saltando por el muro, corren por las casas, suben por las ventanas y entran como ladrones (Joel 2:7–9).

Semillero homilético

El llamado al arrepentimiento

10:3, 4

Introducción: Dios nos llama al arrepentimiento por medio de sus mensajeros.

El llamado al arrepentimiento es insistente ("¿hasta cuándo?").

El llamado al arrepentimiento implica humillación (v. 3).

El llamado al arrepentimiento advierte de la ira venidera de Dios (v. 4).

Conclusión: Porque nos ama, Dios quiere que todos procedamos al arrepentimiento.

Por primera vez los servidores del faraón trataron de persuadirlo a dejar ir a los hombres de Israel *para que sirvan a Jehovah su Dios* (v. 7). Se dieron cuenta de la situación económica y psicológica del país causada por la actitud obstinada del monarca.

Moisés y Aarón fueron traídos otra vez ante el faraón, y por primera vez el rey intentó negociar con Moisés *antes* de la llegada de la plaga anunciada (v. 8–12). Por lo menos no dudaba del poder de Jehovah para cumplir con su palabra, y creía que Moisés era su profeta.

La escena está repleta de intriga diplomática del medio oriente. Se nota por lo que se dice entre las líneas y por lo que no se dice. El faraón habla con cautela esperando que Moisés agregue términos más favorable sobre sus ofertas vagas. Al no encontrar lo esperado acusa a Moisés de *malas intenciones* (v. 10). Con todo, se ve el creciente valor de Moisés y el respeto que le dan los servidores del faraón.

El faraón dijo que podían ir y servir a Jehovah, y luego preguntó: *¿Quiénes son los que han de ir?* (v. 8) Moisés le respondió que todos irían con sus animales. No hubo cambios en sus demandas: *porque tendremos una fiesta de Jehovah* (v. 9). Sarcásticamente el faraón le dijo: *¡Sea Jehovah con vosotros, si yo os dejo ir a vosotros y a vuestros niños!* (v. 10). Estaba dispuesto a dejar ir a los hombres; sin embargo, se proponía retener a las mujeres y niños como rehenes, para asegurarse de que los hombres volverían (v. 11).

Moisés había pedido permiso de ir y adorar a Dios en el desierto. El faraón sabía que sólo los hombres participaban en los sacrificios oficiales. ¿Para qué querían llevar a sus familias? El faraón vio el pedido como una trampa para escapar. Aunque era justo el pedido de libertad, acusó falsamente a Moisés de planear algo subversivo: *¡... vuestras malas intenciones están a la vista! ¡No será así! Id vosotros los varones y servid a Jehovah, pues esto es lo que vosotros habéis pedido* (vv. 10, 11).

Moisés no tenía malas intenciones contra Egipto. El faraón inventó una razón para justificar su decisión de dejar ir solamente a los hombres; pues no quería perder el valor económico que le representaban los israelitas. Mientras tanto, el Señor lo estaba azotando con golpes económicos para convencerlo de la conveniencia de dejarlos ir.

Verdades prácticas

(Acerca de las plagas, naturales y sociales)

1. No debemos esperar a que el desastre toque nuestra vida para examinar la calidad de nuestra realidad con Dios. Esto debemos hacerlo cada día. Al dormir cada noche debemos hacerlo con la seguridad de que nuestra vida está en el centro de la voluntad de Dios.

2. Las plagas naturales conmocionan a las comunidades por los daños que dejan a su paso. Hay otras plagas sociales, más dañinas todavía que las naturales, y las comunidades las toleran hasta que empiezan a devorar la sociedad. La pornografía, el tráfico de drogas, la prostitución, el aborto, la

corrupción en todos los niveles de la administración pública, el abuso a los niños, etc., son plagas que no se anuncian como el circo que llega a la ciudad.

3. A veces deseamos que nuestros enemigos sean destruidos, pero Jehovah envió las plagas no para destruir a los egipcios y a faraón, sino para llamarlos al arrepentimiento y convertirlos a él, el Dios verdadero. De haberse convertido hubieran obedecido a Dios dejando ir a los hebreos en paz, sin tener que enfrentar tanto sufrimiento, consecuencia de su rebeldía.

Evidentemente Moisés rechazó la oferta porque *los echaron de la presencia del faraón* (v. 11). Entonces, a la indicación de Jehovah, Moisés extendió su mano *sobre la tierra de Egipto* y vino un fuerte *viento del oriente* que trajo una plaga devoradora de langostas sobre el país *como nunca antes hubo... ni la habrá después* (vv. 12–15).

Con el azote de las langostas, el faraón llamó apresuradamente a Moisés y a Aarón y confesó que había *pecado contra Jehovah vuestro Dios y contra vosotros* (v. 16). Pidió perdón, pero sin arrepentirse; se sentía afligido por la plaga y los daños, mas no hubo un cambio de su vida ni de su voluntad. Pidió otra vez que rogasen a Jehovah para que se apartara la mortandad de sobre él (vv. 16, 17).

Moisés salió de la presencia del faraón y oró a Jehovah (v. 18), y el Señor hizo soplar un viento fuerte del occidente que llevó todas las langostas de la tierra y las *arrojó al mar Rojo* (v. 19). No obstante, el faraón tuvo un cambio de parecer y no dejó salir a los hijos de Israel (v. 20).

(i) Las tinieblas y el anuncio de la muerte de los primogénitos, 10:21-29; 11:4-8. Sin previo aviso al faraón, Jehovah ordenó a Moisés que extendiera su mano hacia el cielo, y al hacerlo vinieron densas tinieblas sobre la tierra de Egipto por un espacio de tres días. Otra vez el faraón llamó a Moisés y le ofreció otra concesión, la cual Moisés rechazó. Enojado el faraón echó a Moisés de su presencia con una amenaza de muerte, y Moisés le respondió igualmente indignado, dando al faraón el anuncio previo de la muerte venidera de los primogénitos de los egipcios. Moisés salió indignado de la presencia del faraón.

Como en los dos ciclos anteriores de plagas, la última plaga llegó sin previo aviso. Fue de tinieblas tan densas que, dice el texto, hasta se podían palpar (vv. 21, 22). No fue casualidad que la penúltima plaga fuera de tinieblas: la teología egipcia le daba prioridad al dios del sol, Re, y consideraba al mismo faraón como la encarnación de éste.

Antes de resolver el tema de la liberación, hay que resolver los temas secundarios que se han presentado. El primero de estos es la confrontación teológica entre Jehovah y los dioses egipcios. Por tres días la oscuridad venció el sol, y así el dios principal egipcio quedó en nada, así como su encarnación en la persona del faraón.

Semillero homilético

Luz en las moradas del pueblo de Dios

10:23

Introducción: La luz que había en las moradas hebreas cuando en todo el país había tinieblas es un ejemplo de la luz especial que Dios es para su pueblo.

La luz de la presencia salvadora del Señor (Isa. 9:1, 2. Juan 8:12).

Los redimidos andamos en su luz (1 Jn. 1:7).

Los impíos aman las tinieblas (Juan 3:19).

La luz de su cuidado especial (Salmo 4:6–8).

Nos dirige por el bien (v. 6).

Nos da un gozo especial (v. 7).

Nos da paz y seguridad (v. 8).

La luz de su Palabra (Salmo 119:130–133).
 Nos da sabiduría (v. 130).
 Hace seguro nuestro andar (v. 133).
 Nos libra del mal (v. 133).
Conclusión: Andemos en la luz verdadera, que es el Señor (1 Juan 1:8).

Además de demostrar la soberanía absoluta de Jehovah sobre el mundo, las tinieblas prepararon la última y trágica escena de muerte. No era necesario que la confrontación llegara a tal extremo; sin embargo, el faraón había decretado la muerte de los hijos varones de Israel, el primogénito de Jehovah (1:22). Dios, en vano, le había dado oportunidad tras oportunidad de dejar ir al pueblo, pero él había endurecido su corazón. El silencio de las tinieblas de esta plaga era como un presagio de la siguiente plaga, en la que el silencio de la noche sería roto por el llanto, el *gran clamor* (12:30), de los egipcios y los gritos de júbilo de los hebreos al escuchar el decreto de *Id y servid a Jehovah, como habéis dicho* (12:31).

Posiblemente la expresión *tinieblas que hasta puedan ser palpadas* (10:21) es una manera figurativa de indicar la intensidad de la oscuridad. No obstante, el contexto sugiere que era producida por una fortísima tempestad de arena. Tales tempestades ocurren en Egipto comúnmente durante la primavera. Se las conoce como *khamisin*, y arrastran consigo grandes cantidades de arena proveniente del desierto. Suelen durar dos o tres días y producen obscuridad cuando la nube de tierra llevada por el viento cubre una localidad. El texto indica que *no se podían ver unos a otros, ni nadie se movió de su lugar durante tres días* (v. 23a). Sin embargo, *los hijos de Israel tenían luz en sus moradas* (v. 23b).

Si fue una tempestad de arena, fue una como nunca se había visto en aquellas regiones. De todos modos, las tinieblas eran más que una molestia para los egipcios: eran ocasión de espanto, porque ellos creían que la oscuridad era el imperio de los espíritus malignos que producían cualquier clase de maldad, aun hasta la muerte.

El faraón llamó a Moisés con urgencia y le hizo su cuarto ofrecimiento. Todavía trató de negociar una solución a su problema: *Id y servid a Jehovah. Vayan también vuestros niños con vosotros. Solamente que sean dejadas vuestras ovejas y vuestras vacas* (v. 24; ver 8:25, 28; 10:11, 24 con 12:31, 32). Si no llevaban sus bienes con ellos, pensaba el faraón, volverían al país.

Quiero venir al Señor primero

Un soldado de 42 años regresó a su hogar después de participar en la guerra en el golfo Pérsico. Regresó cansado de la guerra y abatido, pues su matrimonio estaba a punto de terminar en divorcio. Pocos días después de regresar a su hogar en Tacoma, Washington, asistió a la primera reunión de una cruzada evangelizadora de Billy Graham. Allí respondió a la invitación de recibir a Cristo. Cuando pasó al frente dijo a su consejero que muchos soldados de la operación "Tormenta en el Desierto" estaban recibiendo a Cristo.

Este soldado comprendió bien lo que Cristo puede hacer, pues dijo: "Quiero venir al Señor primero y luego dejar que Dios se haga cargo de mis problemas maritales." ¡Para el hombre que busca a Dios, los desastres no son obstáculos!

Probablemente con una risa, Moisés le contestó irónicamente: *Entonces tú nos tendrás que dar animales para sacrificar...* Y añadió con toda seriedad: *¡También nuestro ganado irá con nosotros!...* (vv. 25, 26). Enfurecido el faraón le mandó salir de su presencia y lo amenazó con

pena de muerte si volvía a verle (v. 28), y Moisés le respondió: *Bien has dicho. ¡Jamás volveré a ver tu cara!* (v. 29).

En la estructura literaria del libro, el cap. 11 prepara el escenario para la institución de la Pascua (12:1–28), la cual precederá el relato de la décima plaga. En su función, el capítulo mira adelante mientras que ata lo venidero con lo ya relatado. Los vv. 1–3 son una introducción, e interrumpen el relato histórico de la plaga novena. Para mayor claridad, estudiaremos el contexto en el siguiente orden: 10:29 y 11:4–8; después 11:1–3 y 11:9, 10.

Después de “felicitar” al faraón por su percepción (10:29), Moisés, con ardor, le informó del trágico futuro, aunque no le precisó la fecha cuando ocurriría. En realidad fue la última vez que el faraón lo vio antes de llamarlo para decretar la salida del pueblo. Moisés anunció la muerte de todo primogénito en la tierra de Egipto (11:4, 5), y dijo: *habrá un gran clamor en toda la tierra. . . como nunca lo hubo ni lo habrá* (v. 6). Sin embargo, entre los hebreos, *ni un perro les ladrará... para que sepáis que Jehovah hace distinción entre los egipcios y los israelitas* (v. 7). Entonces, Moisés dijo al faraón que éste lo llamaría en aquel entonces para mandarles salir. Además, añadió que los servidores del faraón se postrarían delante de él pidiéndole que se fueran. Con esto Moisés salió *muy enojado* (v. 8; ver 4:23 y 12:29).

(j) El anuncio de la última plaga, 11:1–3, 9, 10. Jehovah anunció a Moisés que habría una sola plaga más; después, el faraón iba a echarlos del país (v. 1). La palabra traducida *plaga* significa literalmente “golpe”. Todo estaba listo para el poderoso golpe final que resultaría en la libertad.

Por varias razones esta plaga se distinguiría de las otras: (1) Toda la actividad sería exclusivamente de Jehovah. No habría ninguna intervención de parte de Moisés ni de Aarón. (2) Sería de calidad diferente. Las primeras cuatro plagas habían sido más bien molestias para los egipcios; las cuatro que siguieron causaron daños económicos y tocaron a algunas personas; la novena, las tinieblas, produjo terror en toda la gente; sin embargo, la décima trastornaría toda la población egipcia y haría que el faraón expulsara a Israel *por completo* de sus dominios (v. 1). (3) El pueblo recibiría un pago justo por sus años de maltrato como esclavos. El v. 2 no trata de un despojo engañoso o injusto de los egipcios (ver 2:21, 22; 12:35, 36).

El texto indica que *Jehovah dio gracia al pueblo ante los ojos de los egipcios* (v. 3a).

De acuerdo con la ley semítica expresada después en el pacto de Israel, un esclavo librado después de seis años de servir no debía ir *con las manos vacías. Le proveerás generosamente... con que Jehovah tu Dios te haya bendecido. Te acordarás de que fuiste esclavo en la tierra de Egipto, y que Jehovah tu Dios te rescató* (Deut. 15:12–15). El librado tenía el derecho de participar en los beneficios que resultaron de su labor.

En cuanto a Israel, había estado 430 años en Egipto (12:40); por lo tanto, tenía el derecho de la libertad y de los obsequios que lo acompañaban. Dios no permitió que los suyos saliesen con sus manos vacías; fue justo en su acción.

La décima plaga fue el clímax de una lucha de vida o muerte. Como dice Kelley: “La muerte vendría al primogénito del perdedor. La vida sería otorgada al primogénito del vencedor (ver 4:22, 23). Por medio de estos hechos poderosos de Dios los hebreos hallaron esperanza en medio de la desesperanza, vida en medio de la muerte y libertad en medio de la esclavitud” (Exodo, p. 54).

Antes de resolver el tema principal de esta unidad literaria, concluye otro de los temas secundarios, que trata del respeto creciente por Moisés entre los egipcios. Al final, lo consideraron *un gran hombre en la tierra de Egipto, tanto a los ojos de los servidores del faraón, como a los ojos del pueblo* (v. 3).

Otra vez Jehovah explicó la razón teológica de las maravillas y los prodigios hechos delante del faraón (vv. 9, 10). Al preparar al pueblo para el paso próximo, el Señor quiso que no quedara ninguna duda respecto al origen de su libertad. Sin la acción de Jehovah, el Dios soberano, no hubiera alcanzado la liberación: el faraón *no dejó ir de su tierra a los hijos de Israel* (v. 10). Fue el poder de Jehovah el que los rescató.

En una forma solemne se acerca el clímax del tema principal de la primera sección del libro: el conflicto entre los dioses de Egipto y el Dios Soberano. Los dos temas secundarios se han resuelto: Moisés se mantuvo firme y no redujo las demandas absolutas de Jehovah en el trato con el faraón. No habría más esfuerzos de parte del monarca para negociar con él, y Moisés había sido aclamado un *gran hombre* (v. 3) por los egipcios.

Antes del golpe final, faltaba un paso más; era necesario preparar al pueblo para la noche decisiva y establecer las condiciones para la Pascua, la fiesta recordatoria perpetua. El ángel de la muerte pasaría sobre las casas de los obedientes, los que tenían fe en la palabra divina. Los incrédulos sufrirían las consecuencias fúnebres de la desobediencia. Se salvarían las vidas de los primogénitos de los fieles, fuesen de Israel o de los gentiles, y el pueblo hallaría su libertad por medio de la gracia divina.

2. EL ÉXODO Y EL VIAJE AL MONTE SINÁI, 12:1-18:27

(1) El éxodo, 12:1–15:21.

a. La institución de la Pascua, 12:1–13, 21–28. El cap. 12 contiene cuatro temas: el sacrificio pascual, la fiesta de los panes sin levadura (ácimos), la décima plaga, y la salida triunfal de Egipto. Estos temas giran en torno al cumplimiento de la promesa de libertad hecha por Jehovah a su pueblo elegido: La palabra de Dios es fiel; ¡en él se puede confiar!

En este capítulo, se enfoca la Pascua de dos maneras: al principio, es proyectada al futuro, en anticipación de la liberación, y con una fe obediente, se instituye la primera Pascua. Después, proyectada al pasado, es establecida como una fiesta anual conmemorativa para mantener viva la memoria de la actividad divina realizada para redimir al pueblo de la esclavitud egipcia.

(a) Establecimiento de la Pascua, 12:1, 2. La narración de las plagas es interrumpida para dar atención detallada a la institución de la Pascua. Evidentemente el tema era de suma importancia, no únicamente por lo que significaba para la salvación de los primogénitos de Israel, sino también por lo que significaría para el futuro.

La Pascua, la fiesta más antigua de Israel, y el éxodo, el momento del nacimiento de la nación, están ligados inseparablemente. Cada vez que se celebra la Pascua, se recuerdan los poderosos hechos divinos que iniciaron la historia nacional. Al pensar en la constitución nacional, se recuerda la Pascua inicial.

Se ha sugerido que posiblemente los israelitas ya conocían una fiesta religiosa de la primavera antes de la institución de la Pascua. Moisés pidió permiso del faraón de dejar ir al pueblo para que celebrara una fiesta a Jehovah en el desierto (5:1). Posiblemente hubiera tal fiesta; sin embargo, la primera Pascua se celebró en Egipto en las casas, y el propósito no tenía nada que ver con ritos primaverales de un pueblo nómada. El tema y propósito de la Pascua inicial estaban basados sobre la esperanza de la salvación de los primogénitos y sobre la esperanza de la liberación de la esclavitud egipcia. La fe se concretó con la realidad histórica, y después se formalizó la institución de la Pascua como fiesta anual.

Entre algunas tribus de Arabia celebraban una fiesta de la primavera en la que aplicaban sangre a sus tiendas para protegerlas de la entrada de los demonios. Si Israel conocía aquel rito pagano, lo cambió totalmente. De todos modos, la Pascua era un rito practicado exclusivamente por Israel en la época del AT, y lo llevó consigo al entrar en la tierra prometida. El concepto de

Israel de la revelación histórica era único, y el recuerdo de los hechos salvíficos mantuvo la pureza de la fe revelada frente al subjetivismo del paganismo contemporáneo.

El principio de los meses (v.2). De aquí en adelante, como otra gente semítica, Israel tendría un calendario civil que comenzaba en el otoño (ver Exo. 34:22; 1 Sam. 1:21), y otro calendario religioso en el principio de la primavera: *Este mes... será para vosotros el primero de los meses del año* (v.2). La palabra mes significa “una luna llena”, y era el plenilunio del equinoccio de la primavera.

En Exodo, el nombre del mes de Abib (13:4; 23:15; 34:18), o “espigas de granos”, evidentemente se refiere a la cebada que abre en la primavera en Palestina. Años más tarde, durante el exilio babilónico, se cambió el nombre del mes a Nisán (ver Neh. 2:1; Est. 3:7) para concordar con el calendario de sus vencedores. El mes corresponde a un período que cae entre abril y mayo del calendario nuestro.

En efecto, Moisés dice que el año comenzará en aquel mes, cuando su existencia real comience, es decir, el 14 de Abib con el éxodo de Egipto. Desde aquella noche, se ha celebrado la Pascua anualmente, y, de los festivales religiosos conocidos en el mundo de hoy, es el más antiguo que se practica sin interrupción.

(b) El cordero pascual, 12:3–5. Cada familia debía escoger un cordero o un cabrito el día décimo del mes (v. 3). El animal debía ser *sin defecto, y macho de un año* (v. 5), lo que posiblemente significa que podría ser nacido dentro del año. El animal debía ser guardado cuatro días, para verificar que fuese perfecto: siempre se ha de ofrecer lo mejor a Dios. (Nótese que no dice nada acerca de que sea primogénito.)

Una fiesta familiar. En contraste con las otras fiestas principales de Israel, la Pascua fue establecida como un festival familiar que se celebraba en el hogar (v. 3). Si la familia era demasiado pequeña, podía compartir el cordero con el vecino inmediato, de acuerdo con el número de personas (v. 4). Parece que el propósito de la ley era tener un número de gente suficiente para consumir el cordero. Posteriormente, las autoridades judías estipularon que el número mínimo que podía reunirse para celebrar la pascua eran 10. Sin embargo, habitualmente los participantes eran mucho más numerosos, por lo que se estableció que la porción mínima del cordero asado podría ser del tamaño de una aceituna.

(c) La preparación para la Pascua, 12:6, 7. El cordero debía ser sacrificado el día 14 del mes, *al atardecer* (v. 6). Para los judíos el día empezaba por la tarde; así que, el sacrificio ocurrió el día 14, y la cena se celebró aquella noche, cuando ya era el 15 de Abib (Nisán), la fecha de iniciar la fiesta de los panes sin levadura (v. 18). La palabra *atardecer* es una traducción del hebreo que significa literalmente, “entre las luces”. Probablemente se refiere al período entre la puesta del sol y la oscuridad (ver Deut. 16:6), y así lo entendían los samaritanos; sin embargo, algunos lo interpretaban como el período entre el mediodía y la puesta del sol, mientras que los fariseos, en el tiempo de Jesús, evidentemente lo tomaban como el tiempo entre la media tarde y la puesta del sol.

Semillero homilético

El significado de la observancia de la Pascua

12:3–10; Lucas 22:7, 8

Introducción: Relato de la institución de la Pascua. Esbozo de la manera de observarla. ¿Qué hacía la Pascua?

Mostraba el hecho del pecado y sus consecuencias.

La necesidad de la observancia estaba en el hecho del pecado en todo Israel.

"Porque todos pecaron..." (Rom. 3:23).

Indicaba que las consecuencias del pecado eran el extravío y la separación de Dios. Algunos ejemplos: Adán, Caín, David, Judas, Pablo.

Mostraba la necesidad de la expiación.

Necesidad de que algo "cubriera" el pecado del hombre, que expiara por el pecado.

Necesidad de que algo transformara la vida de los hombres para que pudieran ser vencedores sobre el pecado.

Necesidad de que algo juntara a Dios y al hombre, algo que cubriera la brecha.

Señalaba a Jesús.

Todo el intento del sacrificio señalaba al único sacrificio adecuado: Dios-hombre.

La idea del sacrificio del cordero pascual era típica del sacrificio del cordero de Dios.

La fiesta del pan sin levadura era típica de Jesús.

Conclusión: Todos tenemos necesidad de la expiación hecha por Cristo. A menos que aceptemos al expiador, todavía estamos en nuestros pecados.

No se hace referencia a la presencia de ningún sacerdote. El rito de inmolar al cordero era responsabilidad de cada familia, y era un acto de fe y obediencia. Parece que el sacrificio se hizo a la puerta de la casa (v.22), y con *un manojo de hisopo* empapado en la sangre untaron *el dintel y los postes de la puerta* de las casas en donde comerían el asado (vv. 7, 22). La sangre simbolizaba la vida (ver Gén. 9:4, Lev. 17:11); la plaga que iba a venir era la de la muerte, la cual amenazaba también a Israel. Por medio de la sangre del cordero, el símbolo de la vida, puesta sobre los postes y los dinteles, las entradas a las casas, Dios prohibió la entrada del destructor (ver 12:22, 23). Para Israel, tanto como para los países vecinos, la entrada de la casa, se consideraba un lugar sagrado (ver Deut. 6:9; Isa. 57:8), por lo que buscaban medios para evitar la entrada de espíritus malignos. La gracia divina se ve en la sangre, la dádiva de la vida del cordero. Y todavía es así para el creyente: por medio de la sangre de Jesús, el cordero de Dios, se impide la entrada de la muerte espiritual y se encuentra la vida eterna.

(d) La comida pascual, 12:8–11. Hubo tres elementos en la comida de Pascua: la carne asada al fuego, panes sin levadura y hierbas amargas (v.8). Después de inmolar y limpiar el cordero, fue *asado al fuego, con su cabeza, sus piernas y sus entrañas* (v. 9).

El comerlo era un acto de identificación con el animal sacrificado: llegaba a ser parte de la vida del participante. Debían comerlo todo, o quemar en el fuego lo que quedara (v. 10). Al ser dedicado al Señor, el cordero participaba de santidad, y lo santificado nunca debía ser profanado. El principio se aplicaba tanto al animal sacrificado al Señor como a las personas que se identificaban con él en su comunidad de fe.

El cordero debía ser preparado lo más rápidamente posible. No debía ser comido crudo ni pasado por agua, pues los dos métodos tomarían demasiado tiempo. Debían comerlo apresuradamente, para salir inmediatamente (v. 11). El pueblo de Dios debía ser un pueblo peregrino, preparado siempre para marchar en cualquier momento.

Verdades prácticas

1. (12:2) La fecha del éxodo era el principio del año calendario para los israelitas. Para los cristianos, nuestra verdadera vida comenzó cuando Cristo entró a nuestra vida personal y fuimos liberados de la esclavitud del pecado.

2. La enseñanza bíblica correcta es esencial para que la celebración de la

Cena del Señor y el bautismo no pierdan su sentido evangelizador. Sin enseñanza bíblica la gente se queda con el rito y le concede poder salvador, ignorando a Cristo, quien, con su sacrificio, representado en los ritos, es el que da la salvación.

3. La liberación de la esclavitud en Egipto era voluntaria. Cada israelita, de acuerdo con su decisión, podía o no cumplir con las instrucciones pascuales de Jehovah y ser liberado o permanecer en Egipto. Nuestra aceptación de la salvación ofrecida por la gracia del sacrificio expiatorio de Cristo es también voluntaria. Cada persona ha de decidir individualmente si recibe a Cristo o lo rechaza.

Por razón de la prisa, el pan debían ser sin fermentar y de fácil preparación. El pan era símbolo de la aflicción sufrida en Egipto (ver Exo. 1:13, 14; Deut. 16:3). Las *hierbas amargas* (v. 8) también representaban la vida amarga que pasaron. Más tarde se identificaron cinco hierbas que podían ser usadas para cumplir con el requisito de guardar para siempre la Pascua (vv. 24, 25): menta, serpentaria, lechuga, achicoria y diente de león.

Con esperanza y un sentir de urgencia, debían comer con las sandalias puestas, el *bastón en la mano*, y los *cintos ceñidos* (v. 11). Los *cintos ceñidos* era una expresión idiomática tomada de la vida diaria de la época. Cuando los hombres descansaban en casa llevaban una túnica larga y suelta sobre su ropa interior. Sin embargo, cuando tenían que moverse rápidamente, o trabajar, o ir de viaje, la túnica les estorbaba. Entonces, se recogían las orillas del manto y las metían bajo una faja ceñida alrededor de la cintura. Así podían moverse libremente sin enredarse en los extremos sueltos de las túnicas. Se decía que alguien listo para trabajar, o para la batalla, o para emprender viaje, tenía los lomos ceñidos.

Así lo habréis de comer:...es la Pascua de Jehovah (v. 11). La palabra pascua (*pasach* ⁶⁴⁵³) proviene de un verbo bastante debatido; sin embargo, parece que quiere decir “pasar de largo” o “pasar por alto”. En el v. 13, se emplea el verbo: *Yo veré la sangre y en cuanto a vosotros pasaré de largo....* No se usa el mismo verbo en el v. 12, *pasaré por la tierra de Egipto....* Cuando Jehovah pasó por Egipto pasó de largo, o por alto, las casas de los israelitas.

(e) Los actos justicieros de Jehovah, 12:12, 13. Se repite la advertencia de la venida de Jehovah para ejecutar sus *actos justicieros contra todos los dioses de Egipto* (v.12). Esta vez parece que la palabra está dirigida a Israel con el propósito de reforzar la gravedad y la finalidad del anuncio divino. Se acercaba el último golpe y la única esperanza para Israel era la fe obediente en Dios. Aquella misma noche, el Señor ejecutaría los *actos justicieros*.

Con el aviso finaliza el tema principal de esta sección del libro: Jehovah salió victorioso sobre los dioses de los egipcios. Irónicamente, los egipcios verán demasiado tarde la impotencia de sus dioses. Como una afirmación y garantía de lo dicho, se encuentran las palabras *Yo, Jehovah* (v. 12b). Otra vez se encuentra en el estilo literario oral lo que representa la firma del que envió el mensaje (ver Job 31:35).

Por medio del mensaje y la firma se ve la naturaleza única del Señor: es un ser viviente cuya presencia y poder son activos en el mundo; además, se revela a sí mismo en la historia (ver 7:17; 8:22; 10:2). Honeycutt sugiere que la frase *Yo Jehovah* se encuentra principalmente en los textos que tratan del éxodo de Egipto, y del período del exilio babilónico (nótese la esperanza, en aquella época, de un *éxodo nuevo*; ver Isa. 40–45); consecuentemente, parece que era una forma característica para afirmar la naturaleza única de Jehovah en el contexto de otros deidades. (Honeycutt, BBC I, p. 352).

Más que las otras plagas, la décima sería el clímax y revelaría con más claridad la naturaleza única de Dios con su poder incomparable. Demostraría que Jehovah es soberano sobre la naturaleza y la historia, y es el que libraría a su pueblo del poder obstinado del faraón. Suya sería la victoria, y por medio de ella, su nombre sería conocido en todo el mundo (9:16).

(f) Detalles nuevos, 12:21–28. Después de dar instrucciones acerca de la fiesta de los panes sin levadura (15–20), Moisés volvió al tema de la Pascua. Agregó varios detalles nuevos: El uso del hisopo, la actividad del destructor y la Pascua establecida perpetuamente como un rito recordatorio.

El *hisopo* (v. 22) era una planta matosa muy pequeña. Probablemente es la planta que hoy conocemos como “mejorana”. Hay una referencia a ella en 1 Reyes 4:33, donde dice *que crece en la pared*. Era usada con frecuencia en las ceremonias de purificación (ver Lev. 14:6–7; Núm. 19:6, 18; Sal. 51:7).

Semillero homilético

La fiesta de la pascua

12:3–20

Introducción: El señor instituyó la pascua como una fiesta nacional judía que conmemoraba la libertad de los judíos de la esclavitud egipcia y que profetizaba la libertad de los pecadores de la esclavitud del pecado por medio del sacrificio redentor de Cristo.

Era una fiesta conmemorativa de la libertad israelita.

Exaltaba a Jehovah que los había libertado (vv. 12, 14).

Reconocía el favor de Dios para los israelitas (v. 13).

Conmemoraba la formación de Israel como una nación apartada para Dios (v. 15).

Recordaba los detalles de la liberación dada por Dios.

Era una fiesta sacrificial.

Cada familia sacrificaba un cordero perfecto y limpio.

La sangre en los dinteles les recordaba que la muerte había pasado por alto esa casa.

Era un sacrificio que afirmaba la obediencia, pues seguían instrucciones precisas de Dios.

Era el sacrificio de un animal inocente y manso.

Era una fiesta profética.

Profetizaba el sacrificio verdadero de Jesús, el cordero de Dios (Juan 1:29; 1 Ped. 1:18, 19).

Profetizaba la libertad del hombre, del pecado (Juan 8:36; Rom. 6:17, 18).

Profetizaba la formación del Israel espiritual (1 Ped. 2:9, 10).

Profetizaba otra conmemoración: la cena del Señor (1 Cor. 11:23–26).

En la que pueden participar todos los salvos por la fe en Cristo.

En la que no hay diferencias raciales, nacionales o sexuales.

Otra conmemoración que es definitiva: "hasta que él venga".

Conclusión: La Pascua es una conmemoración que encontró su cumplimiento en Cristo, el cual vino a liberrar a todo el mundo del pecado.

El destructor es identificado como otro que no es Jehovah (v.23); sin embargo, se le atribuye a Jehovah lo que hace. Evidentemente se relaciona el ángel destructor con el de 2 Samuel 24:16

y 2 Reyes 19:35 (ver Isa. 37:36). El destructor aparece como un mensajero o agente de Jehovah con la tarea de matar a los primogénitos en las casas que no fueron marcadas con sangre.

La Pascua conmemorativa (vv. 24–27). La primera Pascua fue celebrada como un rito que miraba hacia la misericordia divina que los libertaría (vv. 21–23). Al establecerla *como ley...para siempre* (v. 24), fue convertida en un rito conmemorativo de la salvación obrada por la mano poderosa de Jehovah. Debían celebrarla *en la tierra que Jehovah os dará* (v. 25). El Señor también ordenó instruir a los hijos acerca de los principios básicos de la salvación y de la libertad. La celebración era una conmemoración (ver 1 Cor. 11:23–26), y los padres eran los responsables de dar la instrucción religiosa a sus hijos (ver Deut. 4:9; 6:7, 20–25; Jos. 4:6, 7, 20–24).

La adoración y obediencia (27b–28). El pueblo, al escuchar las palabras de Moisés, *se inclinó y adoró* (ver 4:31), e hizo de acuerdo con las instrucciones divinas. Se destaca la nota de sumisión, y la escena está preparada para la noche triste de la décima plaga; sin embargo, antes de tratar de ésta, hay que mirar a la fiesta de los panes sin levadura, que es una extensión de la Pascua.

b. La fiesta de los panes sin levadura, 12:14–20; 13:3–10. Originalmente la fiesta de los panes sin levadura era una fiesta agrícola a la cual fue agregada la de la Pascua. Técnicamente, la Pascua era más bien un rito de tipo pastoral, y aunque se hizo la preparación para ella el día 14 de Abib (Nisán), se la celebró aquella noche, el 15 de Abib. Así pues, la fecha de la Pascua coincidió con el comienzo de la fiesta de los panes sin levadura (ácimos). La fiesta de los panes sin levadura duraba siete días (ver Exo. 12:15–20; Lev. 23:6–8; Núm. 28:17–25).

Semillero homilético

La primera Pascua

12:11b

Introducción: El significado de la primera Pascua explica la conmemoración anual de ella para los judíos.

Significaba ser librado de la muerte. Solamente los que rociaban los dinteles con la sangre del cordero eran librados de la muerte en el hogar.

Requería una víctima cuidadosamente seleccionada y preparada.

Requería una cuidadosa preparación de los participantes.

Conclusión: La Pascua señalaba el futuro sacrificio expiatorio de Cristo.

La expresión *este día* en 12:14 es una referencia al 15 de Abib, la noche de la Pascua y el día del éxodo. Los vv. 1–13 tratan de un orden cronológico, mientras que los vv. 14–20 tratan de la duración de la celebración. El trozo entero, vv. 1–20, interpreta las dos fiestas como un evento que celebra el rescate de Israel de la opresión egipcia. Las partes tienen enfoques diferentes: La Pascua era una fiesta familiar, mientras que la fiesta de los panes sin levadura era para la comunidad en asamblea (v. 16), o una fiesta de peregrinación.

Las instrucciones detalladas para la fiesta y para quitar la levadura de las casas, parecen referirse a una práctica futura. Por lo menos, no pudieron observarlas por siete días en Egipto: salieron aquella noche apresuradamente. Además, se trata de leyes de una sociedad agrícola, y por 40 años, desde la salida de Egipto, Israel vivió como seminómada. Tan pronto entraran en la tierra prometida podrían cumplir con las indicaciones. Probablemente durante la peregrinación en el desierto solamente observaron la Pascua, y una vez establecidos en Palestina pudieron poner en práctica la ley de los ácimos.

Los panes sin levadura (*massot* ⁴⁶⁸²) son similares a tortillas hechas de cereal nuevo (cebada especialmente) sin la levadura de una masa vieja. Probablemente la fiesta se originó para

celebrar el fin de la cosecha de la última estación y el comienzo de la cosecha nueva. Era una fiesta celebrada también por los cananeos en Palestina antes de la conquista de la tierra por Israel.

La gente consideraba la levadura como un poder misterioso y vivo. Debido al poder que tienen los cereales para fermentarse y contaminar una cosecha buena, se la miraba como un elemento destructivo, o maligno, y en la Biblia llegó a ser a menudo un símbolo de corrupción (ver Mat. 16:11; 1 Cor. 5:6–8). Además de este festival, se usaba el pan sin levadura en otras comidas sagradas (ver Lev. 2:4, 5; 29:2, 23; Núm. 6:15). Evidentemente, el pan simbolizaba quitar lo perverso de la vida.

El texto hebraico dice literalmente, *Habréis de conmemorar este...* (v. 14a; se entiende la palabra *día*). Lo que era el memorial no era el día, sino el quitar la levadura de las casas y la celebración abarcaba la semana entera. Para mantenerse viva la fe producida por el rescate, se ayudaba a la memoria por medio de una celebración anual dedicada a recordar el evento.

Durante la semana de la celebración no debían comer pan con levadura, y debían quitar la levadura totalmente de la casa (v. 15). La pena de desobedecer la ley era que la persona era *excluida de Israel* (v. 15b), o ser excomulgado. Más tarde los rabinos especificaban los elementos producidos por cereales que debían ser sacados de la casa: cerveza, vinagre, potaje, almidón, cosméticos de las mujeres, la pasta usado por los escribas, etc. (ver, Honeycutt, I, 360).

Era una semana de descanso (un sábado) del trabajo normal. Sin embargo, se permitía la preparación de la comida necesaria (v. 16). Específicamente, el pan sin levadura simbolizaba el éxodo real de Egipto (v. 17), mientras que la Pascua recalcaba más bien la liberación efectuada por medio de la plaga de muerte que azotó a los egipcios.

Al repetir las instrucciones en 13:3–10, Moisés agrega a la prohibición de no comer pan con levadura la frase, *no comeréis nada que tenga levadura* (v. 3). Se deriva la palabra *levadura* de un verbo que quiere decir, *ser agrio*.

La fiesta recordatoria sería de suma importancia una vez que la gente llegara a la tierra de Palestina para enfrentar a pueblos con prácticas religiosas diferentes (vv. 5, 6). Debían recordar su raíces para no ser llevados por los cultos paganos. El sincretismo siempre fue una amenaza para Israel. En Egipto Israel sobrevivió como una subcultura. A partir de la formación nacional en el desierto, se desarrolló una cultura sencilla, de un pueblo nómada con una fe monoteísta y una ética elevada. Al llegar a Canaán, esa cultura simple y elevada chocó con una vida pagana y sensual. Además, el problema se agravaba el problema por encontrarse el pueblo en contacto con una cultura más desarrollada técnica y económicamente. La fe de Israel iba a ser puesta a la prueba, y la semana conmemorativa de su salvación era de suma importancia (v. 8). El Señor, en su sabiduría, dio a Israel, por medio del culto, el camino que preservaría y extendería su fe.

La tradición oral jugaba un papel importante en la transmisión de las verdades espirituales. Los israelitas debían contar a los hijos la historia de la fe para que la aceptasen también, *esto ha de ser para ti como una señal sobre tu mano y como un memorial entre tus ojos* (v. 9). La verdad debía formar parte integral de cada persona. Era *para ti*, *para tu mano*, y *para ser entre tus ojos*.

En aquellos tiempos muchas tribus se identificaban con un tatuaje en la frente. Además, los esclavos eran marcados para que los fugitivos pudieran ser reconocidos. Jehovah lo prescribió en un sentido figurativo que los suyos se identificaran con la marca de su amo. De este texto y del de 13:16 (ver 12:24), nacieron las filacterias que llevaban los fariseos (ver Mat. 23:5; también Deut. 6:8; 11:18). Estos hicieron cajitas cúbicas dentro de las cuales metían trozos pequeños de pergamino en los cuales estaban escrito Exodo 13:1–10, 11–16, Deuteronomio 6:4–9 y 11:13–21. Los fariseos llevaban puestas las filacterias especialmente a la hora de la oración matutina.

Lo que el Señor quería al dar las instrucciones no era una demostración externa de religiosidad, sino una vida de fe dinámica y evidente por la que el mundo lo reconocería a uno como ciudadano del Reino. La premisa atrás de la identificación no era la elevación orgullosa de uno mismo para que el mundo pudiera ver un modelo de piedad y virtud, sino la de magnificar a Jehovah por medio del cual vino el rescate por su *mano poderosa* (v. 9b). La vida personal debiera reflejar en todo sentido lo que hizo él (ver 15:1 y 6; Isa. 9:12, etc.).

c. La décima plaga: la muerte de los primogénitos, 12:29-32. La historia de la muerte de los primogénitos egipcios se trata dentro del material relativo a la Pascua. Se relata con simpatía, no con un sentido de jactancia racial. Se duelen los hebreos con el sufrimiento de los egipcios. La estructura literaria es solemne y dramática; muchas de las palabras hebraicas son cortas y simples de entender.

Finalmente llegó el golpe culminante. Fue una noche dramática e inolvidable para Israel. En tres versículos seguidos se hace referencia a la noche (vv. 29, 30, 31): *a la medianoche Jehovah mató* a los primogénitos de los egipcios, desde el mayor, del faraón, hasta los menores, los presos, y *todo primerizo del ganado* (v. 29; ver 4:23). Sólo los israelitas escaparon; aquella noche se levantó un gran clamor en todo el país (v. 30), e inmediatamente, el faraón llamó a Moisés y Aarón (v. 31). Con temor y pavor, retirando su amenaza anterior (10:28), les ordenó salir, tal como ellos habían pedido (v. 32), echándoles por completo de la tierra, tal como Jehovah había dicho (6:1; 11:1). El golpe final llegó con un milagro que está más allá de cualquier explicación, y quedaron derrotados todos los dioses de los egipcios. Jehovah había demostrado sin duda que era soberano en todo el mundo.

La entrevista terminó con el pedido del faraón, *bendecidme a mí también* (v. 32b). Esta vez no era una súplica sarcástica, sino la manifestación del orgullo derrotado del monarca. Sin darse cuenta, el pedido del rey llevaba un significado más allá de aquel momento: siglos antes, cuando Jacob llegó al país, el patriarca bendijo al faraón aquel (Gén. 47:7-10). Los tiempos eran muy diferentes: José y su familia habían encontrado el favor del monarca y Egipto prosperó con tal relación. Sin embargo, Israel había caído del favor del faraón y la historia egipcia también reflejaba tal acontecimiento.

Además de la bendición de Jacob, hubo una palabra más antigua aún que Dios había dicho a Abram: *Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré. Y en ti serán benditas todas las familias de la tierra* (Gén. 12:3). La palabra de Dios era fiel, y para Israel el pedido del faraón era un desafío a que la nación renovara su fidelidad a la palabra del Señor, no únicamente la que les había librado de su esclavitud, sino también a la del propósito histórico para el cual el Señor los había elegido (ver Exodo, p. 62, para algo similar).

d. La salida de Egipto, 12:33-42. La hora tan esperada había llegado. Los egipcios, incluido el faraón, temiendo que la suerte de los primogénitos sería la de todos, apremiaban a los hebreos, *apresurándose a echarlos del país* (v. 33). Llevaba *la masa que aun no tenía levadura y sus artesas envueltas en sus mantos* (v. 34). Además, los israelitas pidieron de los egipcios vestidos y objetos de oro y plata (v. 35; ver el comentario sobre 11:2 y 3:21, 22). En cuanto a los egipcios, Jehovah, el Dios de Israel les había demostrado su poder supremo en el mundo; sería un insulto si dejaran salir a su pueblo con las manos vacías. En cuanto a Israel, con la ley semita de indemnización, no veía ningún problema de ética en pedir de los egipcios. Más tarde los obsequios serían de bendición y de maldición: serían una fuente para la ofrenda para el tabernáculo (25:1-8), y también para hacer el becerro de oro (32:1-3).

La salida fue triunfal; lo tenían todo preparado, y con regocijo, partieron *los hijos de Israel* de Ramesés a Sucot. (Para la discusión de la ruta que tomaron, ver la introducción al libro.)

Childs hace notar que Israel no huyó de Egipto, sino salió como un ejército victorioso que había despojado a sus opresores (ver *The Book of Exodus*, p. 201).

Nuestra versión indica el número de israelitas *de a pie* que dejaron Egipto: como 600.000 hombres sin contar las mujeres y los niños (v. 37; ver también Núm. 1:46 y 11:21). En un sentido matemático parece ser exorbitante: con mujeres y niños serían como unos tres millones de individuos los que salieron aquella noche. Tal número presenta algunos problemas: (1) La cifra sería más que la población de Palestina durante el reinado de David, (2) sería difícil acomodar tal población en el desierto de Sinaí, o acamparla enfrente del monte Sinaí, (3) parece que cruzaron el mar de noche, lo que sería improbable con un número tan elevado (14:20–24), (4) la Biblia indica que no podían ocupar la tierra prometida por ser pocos (23:29, 30), y (5) Ramsés II tenía un ejército de 20.000 hombres en su batalla más grande contra los hititas en Kadesh; Israel tendría 30 hombres contra cada egipcio.

Honeycutt ha sugerido una interpretación basada sobre las investigaciones de George Mendenhall (ver BBC, pp. 350, 351). El texto hebraico dice literalmente que partieron *unos 600 (eleph)* *de a pie* (v. 37). La palabra ‘*eleph*⁵⁰⁵’ se traduce “mil”, “clan”, o “familia”. Se trata de una subdivisión de un grupo tribal con el propósito de servicio militar (ver Núm. 1:20–46). Tradicionalmente los traductores optaron por el uso de la cifra *mil*: era más impresionante. Sin embargo, con frecuencia el contexto indica que se trata del clan o de la familia: *Ahora pues, presentaos delante de Jehovah por vuestras tribus y por vuestros millares* (‘*eleph*⁵⁰⁵’, 1 Sam. 10:19). Los vv. 20–24 tratan de la tribu y de la familia. Parece mejor traducir ‘*eleph*’ entonces como “familias” y no con la cifra máxima “millares”.

A la luz del análisis, se sugiere que la lista era para el propósito de servicio militar: Moisés tuvo a su disposición 600 unidades militares, o posiblemente había 600 “clanes” en el éxodo. Probablemente, hubo unos 2.500 hombres o un total de hasta 25.000 personas en el éxodo.

Si se aplica el mismo análisis a Números, los resultados concuerdan con lo sugerido arriba. Como ilustración, la tribu de Simeón tenía 59 unidades militares (‘*elephim*⁵⁰⁷’) con 300 hombres (Núm. 1:23); Gad tenía 45 unidades con 650 hombres (Núm. 1:25), y Benjamín tenía 35 unidades con 400 hombres en vez de 35.400 soldados (Núm. 1:37).

Con los israelitas salió también *una gran multitud de toda clase de gente* (v. 38). Entre ellos había elementos étnicos diferentes. Había egipcios casados con israelitas (Lev. 24:10), una mujer cusita casada con Moisés (Núm. 12:1), un *populacho... entre ellos* (Núm. 11:4), madianitas que se les juntaron (Núm. 10:29), queneos (Jue. 1:16), calebitas (Jos. 15:13), y probablemente otros esclavos y fragmentos de grupos étnicos sojuzgados por los egipcios. El pertenecer a Israel no era asunto de raza, sino de fe: Cualquiera que aceptara el señorío de Jehovah podría ser incluido en la lista de los que salieron libres de Egipto. No había una separación rígida sobre las líneas étnicas.

El tiempo que los hijos de Israel habitaron en Egipto fue de 430 años (v. 40). Sin duda es difícil presentar una cronología precisa cuando los datos son escasos y muchas veces generales. Hay dos posibles maneras de interpretar los años: (1) Génesis 15:13 indica que el período de esclavitud sería 400 años (ver Hech. 7:6); probablemente se lo expresa en términos redondos. Exodo 6:16–20 (ver Gén. 15:16) implica un período más corto de cuatro generaciones; sin embargo, es posible que se presenta una genealogía seleccionada y no una completa. La LXX de Génesis 12:40 lee *en la tierra de Egipto y en la tierra de Canaán*, que implica tal vez la inclusión de la época patriarcal en los 430 años. (2) Génesis indica 215 años desde la salida de Abram de Harán hasta la llegada de Jacob (Israel) a Egipto: Abram tenía 75 años cuando salió (Gén. 12:4); 25 años más tarde nació Isaac (Gén. 21:5); Isaac tenía 60 años al nacer Jacob (Gén. 25:26), y

Jacob tenía 130 cuando tuvo su entrevista con el faraón (Gén. 47:9; 25+60+130=215). Tomando los 430 años como el tiempo de la permanencia en Egipto, y la fecha del éxodo acerca de 1280 a. de J.C., indicaría la época de 1710 para la entrada en Egipto; el llamamiento de Abram sería cerca de 1925. Las fechas concuerdan bien con los datos arqueológicos y son los preferidos para este estudio. No implica errores de parte de la primera posibilidad, sino que su perspectiva es de genealogías seleccionadas para propósitos teológicos y no cronológicos.

La noche de la salida fue una *noche de guardar en honor de Jehovah* (v. 42). Lo dicho anteriormente de la salida daba una esperanza para un rescate futuro. La Pascua egipcia ocurrió antes de la muerte de los primogénitos (miraba hacia el futuro), y aunque se anticipó el establecimiento de una celebración *para siempre*, se la confirmó como una fiesta recordatoria después del hecho (miraba hacia el pasado). Esto se subrayó en el versículo: *a través de sus generaciones, deben guardar esta noche en honor de Jehovah* (v. 42b). En el futuro, siempre habrá una tensión: el redimido esperará su redención final en el futuro; sin embargo, el rescate (pasado) dará esperanza de la victoria final.

e. Los participantes en la Pascua, 12: 43–51. La Pascua egipcia fue una celebración familiar para los hijos de Israel. Puesto que salió con ellos una gran multitud de toda clase de gente (v. 38), hubo la necesidad de reglamentar la práctica futura de la celebración. Los esclavos y los extranjeros residentes podían participar de la Pascua después de identificarse personalmente con la comunidad de pacto: cada varón de la familia tendría que ser circuncidado. En esto, la ley era igual para los naturales tanto como para los extranjeros (v. 48). Los dos estaban sujetos a las mismas reglas y gozaban de los mismos derechos (ver Lev. 19:34; 22:18; 24:16; Núm. 35:15). Se establecía la participación sobre una base religiosa y no sobre la de raza.

La prohibición en cuanto a los extranjeros trataba de tres categorías de personas: *extranjero y mercenario* (*toshab*⁸⁴⁵³ v. 45) era más bien un transeúnte; *extranjero que reside* (*ger*¹⁴⁸¹, v. 48), y *esclavo comprado por dinero* (v. 44). Se excluía únicamente al *toshab* por ser transeúnte y no un residente permanente.

La prohibición de no quebrar ningún hueso del cordero (v. 46; ver Núm. 9:12; Sal. 34:20) trataba posiblemente de la creencia primitiva en la acción simbólica: el animal sacrificado simbolizaba a todos los animales y dañarlo más allá de su muerte vicaria sería un presagio de aflicción para los demás animales durante el año entrante. Sin embargo, en la historia de la salvación, la prohibición llegó a tener un sentido mucho más amplio. Juan, en su Evangelio, observa que no se le rompieron las piernas a Cristo, el Cordero de Dios, para hacerle morir antes del "gran sábado". Juan escribió: *Porque estas cosas sucedieron así para que se cumpliese la Escritura que dice: 'Ninguno de sus huesos será quebrado'* (Juan 19:36; ver 1 Cor. 5:7). Jesús fue el Cordero de Dios que llenó en todos sentidos los requisitos de la ley pascual, y aún los sobrepasó: el cordero pascual era una víctima involuntaria e inocente escogida para ser sacrificada; El Cordero inocente se dio voluntariamente como sacrificio para el pecado del mundo. No se rompieron sus piernas y esto quedó como un símbolo y promesa a todos los del rebaño humano, de la salvación posible por medio de él. Su sacrificio era perfecto aún en la manera en que cumplió con la regla pascual.

f. La consagración de los primogénitos, 13:1, 2, 11–16. Los israelitas creían que el primogénito, fuera de los hombres o de los animales, debía ser ofrecido a Dios (ver 22:29b, 30; 34:19, 20; Deut. 15:19–23; Núm. 3:11–13, 40–51; 8:16–18; 18:15–18). La vida era don de Dios, y era propiedad suya en una manera única. Algo similar se expresaba también en cuanto a las primicias de la cosecha (ver Exo. 22:29; Deut. 26:1–11). El sacrificio del primogénito, y también las primicias, expresaban el principio de *pars pro toto*; la parte puede representar el total.

Hay evidencia de que antes del éxodo algunos pueblos en Asia Menor practicaban el sacrificio de los primogénitos en honor de sus dioses. En la época de Moisés entre los cananeos todavía practicaban este sacrificio, y aún fue rechazado entre los descendientes de Abram (ver Gén. 22:1–14 donde se sustituyó un animal, un carnero, por Isaac). La legislación vino para prevenir cualquier abuso cuando hubiera contacto con los pueblos de Canaán (ver 2 Rey. 16:3; Eze. 20:31).

Para Israel esta celebración se asociaba con la salvación de la vida de sus primogénitos aquella noche de la Pascua egipcia. La consagración de los primogénitos fue la última de las celebraciones recordatorias relacionadas con el éxodo: el motivo principal de la Pascua era recordar la noche cuando Jehovah pasó de *largo las casas de los hijos de Israel* (12:27); el de los ázimos era recordar el día cuando Jehovah los sacó de Egipto (12:17), y el de los primogénitos era recordar la matanza entre los egipcios (13:15).

Conságrame (v. 1), es decir “sepárame”, o “dedícame”, significa una dedicación para el uso del Señor, en vez del concepto de algunos de una separación del mundo. El aspecto negativo de separar, o apartar los primogénitos, es secundario a la fuerza positiva de una dedicación para servir al Señor. El es creador de todo; todo le pertenece.

Ya que los israelitas no sacrificaban a sus hijos, era menester establecer medidas para la redención de los suyos. Esto se hizo mediante el pago de un precio especial (v. 13). En este pasaje no se especifica el precio; sin embargo, en épocas posteriores se consideró la separación de los levitas a Jehovah como un sustituto, una ofrenda por todos los primogénitos israelitas (ver Núm. 3:11–13; 8:14–18).

En algunos pueblos cercanos se ofrecía el asno en sacrificio a sus dioses (ver Ugarit y Mari); sin embargo, el asno se consideraba en Israel un animal impuro: no es animal que *tiene pezuñas partida* (Lev. 11:1–8; Deut. 14:3–8). Aunque impuro, era animal útil; entonces, se lo rescataba sustituyéndolo con un cordero. Si el asno no era rescatado se le daba muerte rompiéndole la nuca (v. 13); es decir, rompiéndole la columna vertebral en la base del cráneo. Así se evitaba el derramamiento de sangre. En épocas posteriores podía ser rescatado con el pago de un precio (véase Núm. 18:14–16).

En el pasaje se incluyen tres categorías de primogénitos: se ofrecerá en sacrificio el primogénito de los animales limpios (posteriormente se lo ofrecerá al sacerdote como una parte del sostén de éste); se rescatará con un cordero el primogénito de un asno, un animal impuro, o se le dará muerte, y finalmente, se rescatará por obligación el primogénito humano sin especificar el precio. (Muchos años más tarde se dará cuenta del precio que pagó Jehovah para rescatar a la humanidad pecadora.) Todo esto es *una señal* como *un memorial* de lo que hizo Jehovah para librar a Israel de la esclavitud (v. 16 con vv. 14, 15). Tal como las instrucciones para los Azimos, la verdad debía llegar a ser una parte vital de la vida misma *como una señal sobre tu mano y como un memorial entre tus ojos* (v. 16; véase 13:9 y el comentario).

g. La dirección divina, 13:17–22. Si la cronología sugerida en relación con 9:31, 32 tiene razón, las plagas habrían cubierto un período de unos diez meses desde su comienzo. Aparte de la especulación en cuanto al tiempo transcurrido, lo seguro es que las plagas lograron su propósito. Dios rescató a Israel de la esclavitud y desde aquel momento en adelante, Israel tuvo una experiencia histórica sobre la cual basar su fe. Sin embargo, la actividad divina no terminó con la salida del pueblo de Egipto; Dios todavía siguió guiándolos en el camino hacia la tierra prometida.

Israel tuvo una experiencia histórica sobre la cual basar su fe. Sin embargo, la actividad divina no terminó con la salida del pueblo de Egipto; Dios todavía siguió guiándolos en el camino hacia la tierra prometida.

(a) La ruta, 13:17, 18. Tal como Jehovah rescató a los israelitas de la mano del faraón, así los llevó en el camino hacia la tierra prometida. No los guió por el camino más corto, el *de la tierra de los filisteos* para que no se desalentaran por la guerra que tendrían que enfrentar con el pueblo de ese territorio (v. 17). Este era el camino de la costa controlado por los egipcios. Los filisteos eran un pueblo en proceso de entrar a la zona del Egeo por el mar. Poco después de 1200 a. de J.C. se establecieron en las llanuras costeras de la parte sudoeste de Canaán, después de un frustrado esfuerzo de invadir a Egipto. A la tierra de Canaán le dieron el nombre de Palestina, y por su ubicación en la ruta costera llegó a ser llamado *el camino de los filisteos*. No era prudente que Israel, recién librado de la opresión egipcia, tuviese contacto con elementos tan fuertes como el ejército egipcio y los invasores filisteos. Por cierto, la ruta militar que cruzaba el territorio de los filisteos les hubiera costado unos diez o doce días de viaje para llegar a su destino. Sin embargo, no era la hora.

Israel no estaba en condición de asumir la responsabilidad de la libertad. Todavía tenía lecciones que aprender, y una fe débil que debía ser fortalecida. Además, el Señor había instruido a Moisés para traer al pueblo a Sinaí, el monte sagrado, para un encuentro especial allí. La gente quería su libertad; sin embargo, no había logrado la madurez suficiente para mantenerla. Por tanto, Jehovah la llevó por las rutas de las caravanas del desierto. Era una zona menos poblada, con pocas guarniciones egipcias, si aun hubiera, y era un lugar propicio para lo que tenía que enseñar al pueblo.

Es imposible hoy identificar con precisión la ruta del éxodo, y cualquier identificación geográfica es tentativa; sin embargo, el propósito teológico del texto es claro y no hay duda de lo que Dios hizo para defender a su pueblo y para satisfacer sus necesidades básicas durante sus peregrinaciones. (Ver la discusión de la ruta en la introducción al libro.)

Más bien, Dios hizo que el pueblo diese un rodeo por el camino del desierto hacia el mar Rojo (v. 18). La frase *mar Rojo* no proviene del texto hebraico sino de la Septuaginta. El hebreo dice *yam*³²²⁰ *suph*⁵⁴⁴⁸ es decir, “mar de juncos”, o “mar de los cañaverales”. Probablemente éste no era el Mar Rojo mismo, sino un brazo o una extensión del mismo más al norte (ver la introducción al libro). La identificación exacta del mar carece de importancia. La verdad es que Dios libró a los israelitas del ejército egipcio abriendo paso por el agua (mar) cuando parecía que no había ninguna escapatoria posible.

Verdades prácticas

1. Para seguir la guía de Dios hay que mirarlo a él; los que equivocan el camino son los que apartan su vista de Dios.
2. Dios nos da la guía necesaria cada día; cada día hemos de buscarlo.
3. En su dirección, Dios provee luz para el tiempo de oscuridad y su refugio para el tiempo de calor.

La última parte de 13:18 es traducido, *Los hijos de Israel salieron de la tierra de Egipto armados*. El termino *armados* (*hemushim*²⁵⁶⁷) significa “equipados”, u “ordenados para la batalla”. Otra palabra de la misma raíz, *hemishi*²⁵⁶⁸ significa “la quinta” y se refiere al orden de días, meses, hijos, generaciones, etc. Algunos comentaristas sugieren la traducción: *Los hijos de*

²Carro, Daniel ; Poe, José Tomás ; Zorzolia, Rubé O.: *Comentario Bíblico Mundo Hispano Tomo 2: Exodo*. Editorial Mundo Hispano, 1994; 2003, S. 93

Israel salieron de la tierra de Egipto en la quinta generación. Los traductores que optan por la teoría de una estadía de cuatro generaciones, prefieren esta traducción. Sin embargo, no hay problema con la frase “ordenados para la batalla”, o “armados”. Tenían armas que consiguieron de los egipcios; sin embargo, no estaban preparados en el arte militar: Jehovah peleó contra los egipcios (14:13, 14; 15:3) e intervino contra los de Amalec (17:8–13).

(b) El pasado honrado, 13:19. Al salir de Egipto, Israel llevó los huesos de José, de acuerdo con la promesa hecha al patriarca moribundo muchos años antes (ver Gén. 50:24, 25; Jos. 24:32). La fe de éste fue justificada: *Dios ciertamente os visitará con su favor y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró dar a Abraham, a Isaac y a Jacob* (Gén. 50:24). Por su parte, los descendientes honraron la palabra de sus padres.

(c) La columna que guía, 13:20–22. Son varias las explicaciones ofrecidas para la columna de nube de día y la de fuego de noche: (1) Jehovah iba delante de ellos por medio de un brasero ardiente cuyo humo guiaba de día y el reflejo alumbraba de noche. Esta era la costumbre de un ejército o caravana de la época para señalar la línea de marcha; (2) era el resultado de una actividad volcánica en la zona (ver 19:16–18; 24:15–18); (3) era el resultado de nubes y relámpagos asociados con el monte Sinaí, y (4) era el resultado de una presencia especial de Jehovah para guiar y proteger a los suyos.

Se entiende que *Jehovah iba delante de ellos* (v. 21) por medio de su representante Moisés, y hasta con su presencia demostrada con la nube. Así que, la interpretación mejor es la de la nube como la presencia especial de Jehovah con los suyos. La nube juega un papel importante en el desarrollo de la historia desértica (ver Exo. 33:7–11; 40:34–38; Núm. 9:15, 16; 11:25; 12:5, 10; Deut. 31:15). Es un testimonio de la presencia única del Dios en una forma viva y dinámica con Israel.

Semillero homilético

Dios guía a su pueblo

13:20–22

Introducción: El pueblo de Dios puede estar seguro de la dirección de Dios.

Dios es el que conoce el camino.

Dios guía a su pueblo continuamente ("tanto de día como de noche").

Dios guía a su pueblo con absoluta seguridad. Dios guía a su pueblo a la tierra prometida.

Conclusión: Sigamos la dirección siempre segura del Señor.

h. El cruce de mar, 14:1–31. El cap. 14 es una continuación de la historia de la salida iniciada en 13:17, y sigue el tema del éxodo de Egipto con un renuevo del conflicto entre Jehovah y el faraón. (Los episodios del desierto comenzarán después del cántico de la victoria en el cap. 15.) El capítulo trata del viaje desde Etam hasta la orilla del mar, de la persecución del ejército egipcio, del cruce en seco del mar por Israel, de la destrucción de los seguidores y de la fe israelita. Este capítulo ha sido de gran influencia en el desarrollo de la fe bíblica (ver Sal. 106:6–12; Isa. 42:13; 62:7–14; 1 Cor. 10:1, 2, etc.).

(a) La estrategia divina, 14:1–9. En el primer día de viaje Israel llegó a Sucot (12:37), un lugar todavía dentro del territorio de Egipto. El segundo día llegó a Etam, que probablemente era una fortaleza egipcia situada en la frontera al este de Sucot. Desde este punto es imposible trazar la ruta con certeza, aunque se sabe que dejaron a Egipto desde el norte y fueron al desierto de Shur (13:18; 15:22).

Por primera vez el texto indica que el Señor reveló su estrategia a Moisés (v. 1). Jehovah mandó que el pueblo diera vuelta y acampara cerca de Pi-hajiroth. Evidentemente no lograba salir

por causa de la defensa fronteriza de Etam. Por lo menos fue el informe que el faraón recibió de su agencia de información (la tropa de reconocimiento): "*Andan errantes por la tierra; el desierto les cierra el paso*" (v. 3).

Con el cambio de dirección de la marcha se preparó el escenario para la confrontación final entre Jehovah y el faraón. Una vez más el Señor endureció (*hazak*²³⁸⁸ "apretar") el corazón del monarca para que persiguiera a Israel; sin embargo, Jehovah mostró su gloria en lo que fue en realidad una última plaga, o el undécimo golpe (v. 4). La tentación económica de mantener a Israel esclavizado era demasiado grande para el faraón. Todavía no se daba cuenta de que su adversario era Jehovah y no Israel. Israel en su debilidad andaba errante todavía en tierra egipcia; sin embargo, Dios no era débil, y con su poderío iba a darle a Israel, y al mundo, una demostración más de su gloria que sería inolvidable. Por medio de sus hechos el Señor reveló su propósito redentor, aun para los egipcios. Trágicamente, el faraón nunca quiso admitir su humanidad frente al Señor. A pesar de su superioridad abrumadora en fuerza militar, el rey de Egipto no pudo evitar que los hijos de Israel escapasen al desierto.

El campamento nuevo (vv. 1, 2). No es posible identificar *Pi-hajiro*t (v. 2). La palabra *Migdol* significa "torre" o "fortín fronterizo." Se hacen referencias a Migdol en los libros de Jeremías (44:1; 46:14) y Ezequiel (29:10; 30:6); sin embargo, no se sabe si representa el mismo lugar. No se ha podido ubicar a Baalzefón ("Señor del Norte", un sitio nombrado en honor de una deidad de Siria), aunque el nombre aparece en correspondencia del siglo sexto a. de J.C.

Los lugares eran bien conocidos por los israelitas y marcaban las pautas geográficas e históricas del nacimiento de su nación. Para nosotros se aclaran el drama y la grandeza del milagro hecho por Jehovah cuando luchó a favor de Israel contra el ejército egipcio. Lo claro es que Israel dio vuelta, volvió al nordeste, y quedó acampado junto al mar (v. 2b). Desde el punto de vista de la estrategia humana, su situación pronto sería insostenible.

Semillero homilético

Buenas resoluciones que nunca se cumplen

14:5

Introducción: Hay un paralelo entre la buena resolución de faraón de dejar ir al pueblo de Israel después de las diez plagas, de lo que después se arrepintió, y las buenas resoluciones de los impíos o de los cristianos mundanos.

No se cumplen cuando están basadas meramente en las circunstancias del momento.

Las circunstancias cambian. Al terminar las diez plagas, faraón se preguntaba: "¿Cómo hemos hecho esto de haber dejado ir a Israel, y que no nos sirva?"

Las emociones que impulsan a la buena resolución, también se desvanecen. Egipto perdió de nuevo el temor a Jehovah.

Estas buenas resoluciones no buscan verdaderamente hacer el bien.

No se cumplen cuando no están basadas en principios de Dios.

Son resoluciones tomadas por impulsos. Los impulsos no son duraderos.

Los principios de Dios son eternos, completamente firmes. Son una base absolutamente sólida para sostenerse en una resolución.

No se cumplen porque son promesas a uno mismo, no a Dios.

Pueden ser hechas por un temor irracional a Dios, pero no para agradarlo.

Buscan su propia conveniencia, no la obediencia amorosa a Dios, ni su

gloria.

Conclusión: ¿Deja usted de cumplir sus buenas resoluciones?

El seguimiento del faraón (vv. 3–9). Al recibir el informe de que Israel andaba errante y que el desierto lo tenía acorralado, *el corazón del faraón y de sus servidores se volvió contra el pueblo* (v. 5). No era su intento luchar contra ellos, sino recapturarlos. Se preparó para una acción más bien policial y los persiguió con su caballería, con carros y jinetes. Desde los días de los hiksos los egipcios habían empleado caballos y carros de guerra; sin embargo, el elemento fundamental de su ejército seguía siendo la infantería. El faraón no quería un ejército de marcha lenta, sino que buscó el elemento más móvil y rápido que tenía entre sus fuerzas. Entonces, *unció su carro* (v. 6), y *tomó 600 carros escogidos* con sus oficiales y gente (v. 7). El texto hebreo dice literalmente que "tomó 600 carros selectos, aun todos los carros [de los selectos] de Egipto". Los "escogidos" eran los más ligeros y eran relativamente pocos. Se dice que iban dos guerreros en cada uno de los carros. Con razón este elemento del ejército egipcio, tan bien equipado y entrenado, iba a causar pánico entre los israelitas (vv. 10, 23).

Aunque los israelitas habían salido desde hacía varios días, debido al tamaño del movimiento de todo el pueblo y al cambio de dirección de la marcha, no habían salido del territorio egipcio. Al acercarse el ejército enemigo podía encontrarlos acampados junto al mar y atraparlos allí (v. 9).

(b) El temor de Israel, 14:10–12. Cuando los israelitas se dieron cuenta de que *los egipcios venían tras ellos...* *temieron muchísimo y clamaron a Jehovah* (v. 10). El verbo "clamar" siempre indica una queja a causa de una gran angustia. No era una petición de salvación, sino era más bien una queja culpando a Dios por ponerles en tal situación. La debilidad de su fe se hacía evidente. Mientras todo iba bien *salieron osadamente* (v. 8b); sin embargo, con el cambio aparente de la suerte, culparon a Dios y a Moisés su mensajero. Era más fácil sacar la gente de la esclavitud que sacar la esclavitud de la gente. Los largos años de servidumbre en Egipto habían dejado su marca psicológica sobre la personalidad israelita. En el momento les preocupaba más la seguridad que habían gozado en Egipto (v. 11).

Mientras vivían la gloria de la salida triunfante, Moisés era un héroe, pero ahora, con el terror, el pueblo lo culpaba por la crisis. Lo culpaba por traerles al desierto para morir. Con amarga ironía le preguntaron: *¿Acaso no había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para morir en el desierto?* (v. 11) La respuesta era evidente: ¡Claro que había sepulcros en Egipto! No había otro país en el mundo tan preocupado con la muerte como Egipto; el país era famoso por sus tumbas y pirámides gigantescas. *¡Mejor nos habría sido servir a los egipcios que morir en el desierto!* (v. 12) Querían volver a la seguridad de la vida servil en vez de morir en el desierto, y no se daban cuenta de que los egipcios se acercaban para recapturarlos en vez de matarlos. Con todo, no fue la fe de Israel la que produjo el milagro del éxodo. Fueron el milagro del éxodo y la victoria del mar las que produjeron la fe de la gente (ver 14:31). Con claridad el texto enseña que la victoria y el crédito de la liberación pertenecían solamente a Jehovah.

(c) La fe de Moisés, 14:13, 14. Moisés hizo uno de los desafíos de fe más grandes de la Biblia: *¡No temáis! Estad firmes y veréis la liberación que Jehovah hará a vuestro favor. A los egipcios que ahora veis, nunca más los volveréis a ver. Jehovah combatirá por vosotros...* (vv. 13, 14).

No temáis es una exhortación (ver Gén. 26:24; Isa. 40:9; 41:10; etc.); *estad firmes* significa "estacionarse", "tomar la posición de uno", o "quedarse quieto". Moisés les dijo "estad firmes" o "estad quietos" para ver la liberación del Señor (ver 2 Crón. 20:17; Isa. 30:15). La esperanza no

está en estar inmóvil, sino en el significado psicológico; *veréis*, es decir con los ojos, *la liberación* de este enemigo.

La liberación también lleva consigo otro sentido; puede significar una salvación espiritual siendo que es Dios quien la hace. Los dos significados requieren "quedarse en silencio" (v. 14b), o "quedarse quieto," ante el Señor, con confianza. En el contexto de Exodo 14 las palabras de Moisés probablemente significan además que "dejen de clamar" o "quejarse".

El versículo revela un gran cambio en la vida de Moisés desde el encuentro con Jehovah en Sinaí; en este momento su fe está basada en experiencias personales, y confía en la fidelidad de Dios para cumplir con su palabra. ¡Dios los salvaría!

Verdades prácticas

1. Dios ayudó a su pueblo a escapar de la tiranía del faraón. ¿Se preocupa todavía por el mundo hoy? Si se lee la historia contemporánea con ojos de fe, se dirá que "sí, se preocupa." El Señor está activo poderosamente en el mundo entero.

Al empezar la década de 1990, el mundo se conmovió con la caída inesperada de gobiernos tiránicos frente a movimientos populares de la gente que buscaba libertad. En países antes cerrados a la predicación libre del evangelio, hay avivamientos espirituales de grandes escalas. Se esperará la evaluación de los historiadores futuros, y se han de esperar los resultados permanentes; sin embargo, se enfrenta una de las oportunidades más grandes jamás vistas para la extensión del reino de Dios. Dios está activo en el mundo moderno; todavía las señales y los prodigios de él nos toman por sorpresa.

2. Hubo algo profético en la obra de Moisés: un hombre común, aunque bien preparado, se enfrentaba directamente a un rey y le reprendía con la palabra y con las señales de Dios. Las palabras eran de admonición, de instrucción, de advertencia y de esperanza.

3. El Señor, el creador del universo, ha advertido al mundo que los desastres naturales pueden azotar a las personas o a las naciones pecaminosas.

4. El juicio del Señor es justo y, mientras haya vida, el juicio tiene un propósito redentor; sin embargo, Dios no violará el libre albedrío individual. Cada uno tendrá que responder personalmente a las señales de Dios mientras que haya oportunidad. No obstante, tal como en la experiencia de faraón, vendrá la noche cuando se ha de acabar la paciencia divina y el juicio final llegará sin otra oportunidad de arrepentirse.

(d) La respuesta divina, 14:15–18. Evidentemente Moisés, aun con su fe, había llevado alguna queja al Señor. Dios le respondió: *¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que se marchen* (v. 15). A veces es más fácil proclamar la fe que practicarla, y a veces molesta la respuesta que Dios da a las inquietudes. Para Israel, ponerse en marcha sería entrar en el mar. No había salida; los egipcios se acercaban por atrás y el mar quedaba en frente.

Entonces el Señor le mandó a Moisés que alzara la vara y extendiera su mano sobre el mar y lo dividiera para que el pueblo lo pasara en seco (v. 16). Cuando quedaron cerrados todos los caminos de escape, el Señor abrió uno nuevo (ver Zac. 4:6). Dios hizo lo imposible: no mostró un camino para rodear la dificultad, sino que abrió uno nuevo que la atravesaba (ver Isa. 43:1, 2). Sin embargo, el pueblo y Moisés tendrían que confiar y obedecer a Dios. El pueblo tendría que

marchar hacia el mar, y Moisés tendría que dividir el agua. Al seguirles los egipcios en el camino, Dios mostraría su *gloria en el faraón, en sus carros y en sus jinetes* (v. 18).

(e) La protección divina, 14:19, 20. El uso de la frase *ángel de Dios* (v. 19) no es tan común (ver 32:34; Gén. 21; 17; 31:11; Núm. 20:16; Jue. 6:20; etc.) como la expresión "el ángel de Jehovah"; sin embargo, las dos frases son intercambiables (ver Jue. 13:6, 9 con 13). *El ángel de Dios* era una teofanía (una aparición de Dios) en la cual la presencia de Dios era una realidad evidente (ver 3:2). La columna de nube no únicamente servía como guía, sino también como protección para el pueblo. El ángel de Dios que iba delante del pueblo se trasladó en la forma de la columna de nube y se puso detrás, entre el campamento de Israel y los egipcios (v. 19). Para éstos era *nube y tinieblas* (v. 20) mientras que para Israel servía de iluminación, y toda aquella noche no hubo contacto entre los dos (v. 20). La nube demoraba a los egipcios para lograr su objetivo de capturar los fugitivos; a Israel le daba tiempo para que Moisés obedeciera al Señor y dividiera las aguas.

Hasta ahora el capítulo ha tratado de dos planes: el del faraón y el de Dios. Para lograr el de Dios, se pusieron en acción dos elementos: *Di a los hijos de Israel que se marchen* (v. 15), y el ángel de Dios se puso detrás de campamento. Ahora se acercaba el clímax de la historia del éxodo. El Señor ha de poner en acción los elementos finales e Israel saldrá un pueblo nuevo, con una fe nueva y con una libertad no amenazada por el poder faraónico.

(f) El cruce del mar en seco, 14:21, 22. Moisés hizo de acuerdo con la palabra de Dios y *extendió su mano sobre el mar, y Jehovah hizo que éste se retirase con un fuerte viento del oriente que sopló toda aquella noche...* (v. 21). Eran dos los elementos del milagro: la mano levantada y el fuerte viento del oriente. Se combinaron dos cosas: lo sobrenatural y lo natural; lo maravilloso y lo ordinario; por la vara y por el viento.

Es imposible reconstruir los detalles del cruce del mar. El texto se preocupa mayormente del significado teológico del hecho y poco de la explicación de los aspectos físicos. Sin embargo, hoy en día muchos buscan explicaciones racionales que concuerden con las "leyes naturales". Así, se han propuesto varias teorías, aunque todas presentan problemas: (1) Un fuerte viento occidental abrió un paso amontonando las aguas a la derecha y a la izquierda. La objeción mayor a esta teoría es la dificultad que Israel tendría en marchar directamente de cara a un viento tan fuerte. (2) Un fuerte soplo del viento hizo retirar las aguas de la cabecera del golfo. Existe la misma dificultad. (3) Hubo una actividad sísmica o volcánica que produjo una baja del agua que permitió pasar al pueblo. Al entrar los egipcios hubo un aguaje que los destruyó. (4) Los israelitas cruzaron por un vado de la cabecera del golfo con bajamar mientras que los egipcios se extraviaron en la nube y fueron destruidos al crecer la pleamar.

(g) La destrucción del ejército egipcio, 14:23–29. En el momento más desesperado, Jehovah abrió un paso con un fuerte viento del oriente e Israel entró en medio del mar (v. 22). Con la luz de la madrugada los egipcios vieron a los israelitas huyendo y *los persiguieron, y entraron en el mar tras ellos...* (v. 23), y el camino de escape para Israel llegó a ser uno de destrucción para el ejército egipcio. En una forma antropomórfica, *Jehovah miró... desde la columna de fuego y de nube, y sembró confusión en el ejército de los egipcios. Trabajó las ruedas de sus carros, de modo que se desplazaban pesadamente* (vv. 24, 25).

Aquí y en 5:9 hay un juego con la palabra *pesadez*. Cuando Moisés pidió permiso de salir al desierto en un viaje de tres días para celebrar una fiesta a Jehovah, el faraón hizo más *pesado el trabajo* (5:9) de los hombres de Israel. Cuando los egipcios trataron de cruzar el mar persiguiendo a Israel, el Señor trabajó las ruedas de sus carros de modo que *se desplazaban*

pesadamente (v. 25). La LXX lo interpreta diciendo que las ruedas *se enlodaban*. El faraón cosechó lo que había sembrado.

Demasiado tarde los egipcios trataron de retirarse: *¡Huyamos... porque Jehovah combate por ellos... !* (v. 25b). Lo triste es que conocían el nombre de Jehovah; habían pasado por las plagas anteriores. (¡Que fácil es pensar que el responder a las admoniciones del Señor es para otras personas y para otro tiempo!) Otra vez el Señor mandó a Moisés que extendiera su mano sobre el mar, y al hacerlo, volvieron las aguas y quedó atrapado lo mejor del ejército de Egipto. Casi se puede sentir la angustia y frustración del faraón y el alto mando al ver desde la orilla la destrucción de la unidad selecta que habían mandado a perseguir a los hebreos: *Las aguas... cubrieron los carros y los jinetes, junto con todo el ejército del faraón que había entrado en el mar tras ellos. No quedó de ellos ni uno solo* (v. 28).

En cuanto al conflicto entre Jehovah y los dioses de Egipto, se cerró el capítulo. Jehovah había demostrado que era Señor de la historia tal como lo era de la naturaleza. Ahora era tiempo de que Israel se diera cuenta de esta verdad.

(h) La fe israelita, 14:30, 31. Con la liberación hecha por Jehovah, *Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar* (v. 30) —el lado este, su lado— el que apenas habían alcanzado, y se dio cuenta de la *gran hazaña* realizada por Jehovah (v. 31). Finalmente llegaron al punto de temer a Jehovah y *creer en él y en su siervo Moisés* (v. 31b).

Teológicamente el texto interpreta la hazaña: Jehovah *libró* o *salvó* a Israel aquel día. Es la primera vez que el verbo aparece en la Biblia con Dios como el sujeto. El verbo *salvar* quiere decir "ser ancho", "ser espacioso", o "ser libre". En el contexto quiere decir que Jehovah libró a Israel de la mano del faraón y de la esclavitud. Aquel día brotó en Israel un *temor* que era reverencia hacia Dios, y creyó en él. El verbo *creer* aquí significa "quedarse firme" (estar firme), o "confiar en ..." (ver Isa. 7:9; Jer. 40:14). La raíz del verbo significa "apoyarse sobre algo o alguien" o "poner su peso sobre algo" (ver Gén. 15:6). Esta vez la experiencia era diferente de la indicada en 4:31, cuando el pueblo creyó al oír que Dios había visto su aflicción. A la orilla del mar nació la fe del pueblo, que iba a durar a pesar de las muchas dificultades venideras.

i. Las alabanzas de Moisés y María 15:1–21. Después de la victoria en el mar, Moisés y los hijos de Israel elevaron su alabanza a Jehovah por medio de un cántico. Los énfasis de los caps. 14 y 15 son claros al señalar que no fueron salvados por una fe creada por ellos. Lo cierto es que ellos habían tardado en confesarla. En realidad la fe era un don de Dios, pues Israel creyó después de haber sido librado por la mano fuerte de Dios. Sin embargo, al darse cuenta de la grandeza de la hazaña, los redimidos prorrumpieron en alabanzas a aquel que les había librado.

Los cánticos de Israel trataban de muchos eventos de la vida cotidiana (por ejemplo: del trabajo, Isa. 16:10; de los pozos de agua, Núm. 21:17, 18; del amor, Cantares; de la viña, Isa. 5:1–7, etc.); además, cantaban en las celebraciones religiosas (ver los Salmos). El canto triunfal de Moisés era uno de victoria del género popular. Dramatizaba el evento histórico en una forma poética que hacía más fácil transmitir la verdad generación tras generación a través de las familias y en el culto. Probablemente llegó a formar una parte vital en la celebración de la Pascua.

A pesar de opiniones en contra, parece que la evidencia es suficiente para atribuir la composición del cántico a Moisés; el estilo concuerda con el de otros pueblos del Medio Oriente de su época, los arcaísmos encontrados en el himno favorecen una composición antiquísima, y la última parte del cántico indica la confianza de heredar la tierra de Canaán en vez de considerarla ya conquistada. La primera sección del poema mira hacia atrás a los hechos históricos inolvidables de Jehovah, mientras que la segunda expresa la confianza de la victoria suya en el

futuro. El pasado y el futuro están en las manos de Jehovah quien *reinará por siempre jamás* (v. 18).

(a) La alabanza por la victoria en el mar, 15:1-10.

La alabanza a Jehovah por su persona (vv. 1-3). En el cántico del pueblo se emplea el verbo singular colectivo (v. 1). La alabanza vino después de haber tenido la experiencia con el Señor que produjo la fe. Había encontrado vida y libertad cuando todo parecía perdido. El resultado fue una fe nueva que brotaba en cantos a Jehovah. No se exaltaba el pueblo a sí mismo por la victoria, sino alababa al Señor, al que llamaba *Jehovah, Dios, padre y guerrero* (vv. 2, 3). Además, con júbilo, lo aclamaba con las frases *mi fortaleza, mi canción, y mi salvación* (v. 2). Con reverencia y gratitud empleaba tres verbos distintos para expresar su gozo: *cantaré, alabaré y ensalzaré* (vv. 1, 2). En la alabanza, Jehovah era el objeto de la adoración y del honor; el pueblo quería honrarlo con su devoción. Lo alababan por sus hazañas, especialmente por la de arrojar al ejército enemigo en el mar.

La palabra *fortaleza* (v. 2) se emplea en el sentido de "fuerza material" o "seguridad" (ver Sal. 61:3. "torre fortificada"; Isa. 26:1), de "poder físico" (ver 2 Sam. 6:14), y de "fuerza personal, social, o política" (ver Isa. 12:2, 45:24; Sal. 118:14). Llegó a ser una palabra usada con frecuencia en la adoración de Israel.

El vocablo *salvación* (v. 2) significa "bienestar" o "prosperidad" (ver Job 30:15), "liberación" (ver 2 Sam. 10:11, "auxilio"), "salvación" de angustia o males externos (ver Isa. 33:2; Jon. 2:9) y "redención" o "salvación" espiritual (ver Isa. 42:6, 52:7, 59:11). Aunque el contexto de la destrucción del ejército egipcio (v. 1) indica la alabanza por la "liberación" (ver Hab. 3:8; Sal. 20:6, 7) no debe olvidarse el contexto más amplio de 14:31 donde el pueblo hace su manifestación de fe pública en Jehovah. El cántico incluye los dos aspectos de la palabra: la liberación física y la salvación espiritual.

Joya bíblica

Jehovah es mi fortaleza y mi canción;

él ha sido mi salvación.

¡Este es mi Dios! Yo le alabaré.

¡El Dios de mi padre! A él ensalzaré.

(15:2)

Al usar la frase *el Dios de mi padre* (v. 2b), Moisés identificó a Jehovah, el redentor, con el Dios de los patriarcas (ver 3:6; 18:4); la frase también se usó en Génesis, durante la época de los patriarcas (ver Gén. 31:5, 42; 32:9).

Las expresiones, *Jehovah es un guerrero* (v. 3) y *Jehovah combatirá por vosotros* (14:14), se refieren al concepto de "la guerra santa" que aparece con frecuencia en los primeros libros del AT. Existen pautas en los caps. 14 y 15 que se formalizarán más adelante. Kelley presenta seis de estas en un estudio de Exodo (*Exodo*, p. 75): (a) Israel estaba amenazado por un ejército superior y clamaba a Dios en su angustia (14:5-12; comp. Jue. 4:1-3), (b) se aseguró al pueblo que Jehovah era capaz de librarlos (14:13, 14; comp. Jue. 4:14), (c) se mandó al pueblo que marchase (14:15; comp. Jue. 6:14), (d) Jehovah intervino en favor del pueblo (14:21-25; ver Jue. 4:15), (e) el enemigo se aterrorizó ante Jehovah (14:24, 25; comp. Jue. 7:20-22), (f) el pueblo dio crédito a Jehovah por la victoria (15:1-21; comp. Jue. 5:1-31).

A las pautas indicadas en los caps. 14 y 15, se agregan otras: la "guerra santa" tenía que ser sancionada por Dios (ver Núm. 31:3); era en defensa del territorio del pueblo o era para protegerles contra algún agresor, a menos que el Señor le hubiera enviado al ejército como castigo por la infidelidad de otros; los soldados tenían que ser dedicados a la tarea (ver Deut.

20:5–9; Jue. 7:3–6), y mantenerse limpios conforme a los ritos (ver Deut. 23:10–14); Jehovah peleaba por los suyos empleando la naturaleza y dándoles una capacidad sobrenatural en la actuación (ver Deut. 20:4; Jos. 10:12, 13; Jue. 5:4, 20, 21; 9:19–22).

La "guerra santa" no era un fin en sí, sino un medio para alcanzar la paz (ver Deut. 20:10–20); tenía el propósito de librar al pueblo del pacto de alguna amenaza y de preservarlo. Su fin no era la conquista, ni siquiera la de Canaán: Israel consideraba que la tierra era suya por medio de la promesa de Dios a Abram. La fe de Israel no negaba a otros pueblos el derecho de juntarse con ellos, si lo hacían aceptando el señorío de Jehovah como su Dios único y ligándose por medio de las estipulaciones del pacto (ver Exo. 19 y 20).

Semillero homilético

La adoración a Dios

15:1–18

Introducción: El cántico de Moisés por la liberación maravillosa del pueblo israelita en el mar Rojo es ejemplar de lo que hace la adoración.

La adoración exalta lo que Dios es.

Exalta sus atributos naturales: eterno, omnipotente, omnisciente, omnipresente.

Exalta sus atributos morales: Salvador, misericordioso, redentor, guiador, santo, maravilloso.

La adoración exalta lo que Dios hace.

Dios salva a los oprimidos.

Dios deshace las obras de los malos.

Dios tiene poder sobre la creación.

La adoración exalta la soberanía de Dios sobre el adorador.

El adorador reconoce a Dios como Señor porque ha sido creado y redimido por él.

El adorador se somete a la voluntad de Dios.

El adorador se goza en él.

El adorador se fortalece en él.

La adoración exalta el futuro glorioso con él.

En la santa morada de Dios.

En el lugar especial preparado por él.

Conclusión: La gratitud nos mueve a la adoración. Adoremos a Dios cada día, tanto socialmente en el templo o en el hogar, como individualmente, en privado.

Por cierto, los guerreros de aquella época no tenían las enseñanzas del Señor Jesucristo para guiarles, y a través de la historia de Israel se encuentran algunos excesos de parte de los que empleaban mal el concepto de la "guerra santa." Moisés no la presentaba como un desafío para desenfrenados actos de hombres radicales que hubieran perdido el respeto por la vida de otros. Por medio del concepto se infundía en el pueblo recién librado la fe y la perseverancia en defensa de los derechos justos de su causa; al mismo tiempo, se evitaban los excesos de pasiones sin freno para con los demás. La "guerra santa" del AT no era la misma a la que se aferran los terroristas hoy en día, aun cuando los motivos de su queja sean justos.

La alabanza a Jehovah por la victoria (vv. 4–10). En una forma poética se dramatiza el relato del cap. 14. *La diestra* (v. 6) era un símbolo de poder en el pensamiento del AT (ver Sal.

20:6; 48:10; etc.). Además, con ella se bendecía (ver Gén 48:17; Sal. 16:11), y con ella se fortalecía (ver Isa. 41:10, 13).

Por medio del *soplo de tu aliento* (v. 8), o por medio de la tormenta del Señor, se abrió paso por el mar. Dijo el salmista: *Con tu brazo has redimido a tu pueblo... Las aguas te vieron y temblaron... Los nubarrones vertieron sus aguas; tronaron las nubes; también se desplazaron tus rayos... la tierra se estremeció y tembló. Tu camino estaba en el mar... Como a un rebaño has conducido a tu pueblo por medio de Moisés y de Aarón* (Sal. 77:15–20).

(b) La alabanza por la victoria futura en Canaán, 15:11-18. Jehovah es alabado por la grandeza de su ser, por los hechos ya realizados, y por la victoria futura sobre los habitantes de Canaán.

La alabanza a Jehovah, el Dios supremo (vv. 11, 12). "¿Quién como tú, oh Jehovah, entre los dioses?" (v. 11) 'elohim⁴³⁰ (palabra plural, "Dios" o "dioses") es el vocablo que se emplea con más frecuencia en el AT para el Dios verdadero (ver Gén. 1:1; aparece unas 245 veces y en 217 de ellas se refiere a Dios). Por medio del contexto no hay problema en distinguir entre Dios y los dioses. El término se usa para indicar hombres destacados (2 Rey. 24:15 "los poderosos"), ángeles (ver Sal. 89:6), e ídolos (Isa. 44:9, 10, 15, 17). Entre todos los dioses, de Egipto o del mundo, no hay ninguno como Jehovah. Con frecuencia se habla en el AT de otros dioses como si existieran.

Dios es *majestuoso* (v. 11) o "glorioso" (ver Isa. 33:21). La palabra viene de un verbo que quiere decir "ser amplio", "ser grande", "ser exaltado", o "ser noble". *Es majestuoso en santidad* (v. 11). Dios no es hombre; él es *qodesh*⁶⁹⁴⁴, es "santo", "diferente", o "separado" del hombre. No implica que sea inaccesible, sino incomparable.

Después de describir a Dios (cómo es), se declara lo que hace. Con maravillas extendió su diestra y *la tierra los tragó* (v. 11b, 12). Esta es una referencia simbólica al Seol, el lugar de los muertos debajo de la tierra, como si se hubiera abierto y tragado a los egipcios (ver Núm. 16:30–33).

La alabanza a Jehovah por la victoria futura en Canaán (vv. 13–17). De repente se cambia el simbolismo de Dios guerrero al del pastor, y en su misericordia el Señor guía al pueblo redimido a la *santa morada* (v. 13). Aquí la *santa morada* es la tierra de Canaán en vez de Jerusalén, o Sion. De acuerdo con las promesas de Dios, llegarán a la tierra prometida por medio de la misericordia (*hesed*²⁶¹⁷) de Jehovah que les ha redimido (*ga'al*¹³⁵⁰).

El destino del pueblo al cruzar el mar no era la orilla opuesta, sino Canaán. Dios iba a introducirlos y plantarlos en el lugar preparado para su habitación: *en el monte de tu heredad* (v. 17; ver Deut. 3:25; Sal. 78:54)). Con un destino asegurado, serían establecidos como un pueblo que adoraba a Dios.

La *misericordia* (v. 13) es una palabra central del pacto. Significa el "amor de Dios" que se caracteriza como su "amor leal". Refleja la gracia de Dios y despierta en el recipiente fidelidad y lealtad hacia su benefactor. Cuando la palabra se refiere al hombre, se espera una fidelidad (lealtad) que concuerde con la fe del pacto (ver Ose. 6:4–6). Cuando la palabra se refiere a Dios, como en el v. 13, sugiere el amor bondadoso e inmerecido que viene de él. Se incluye la redención de pecado, la dirección en la vida y la fidelidad de cumplir con lo pactado. Su amor es fiel.

Verdades prácticas

1. La adoración es un fin en sí misma, no un medio. No adoramos a Dios para obtener bendiciones, sino para agradecer las que ya nos ha concedido.
2. La adoración no se cumple si el adorador no se presenta ante Dios con

la completa disposición de cumplir su voluntad.

3. La alabanza, como el cántico de Moisés, es una parte muy importante de la adoración. Se puede alabar con cantos, con poesías, con lecturas bíblicas, con testimonios de gratitud, con exclamaciones espontáneas y con otras diversas manifestaciones.

4. La adoración sincera y atenta produce en el adorador una nueva o renovada disposición de consagración al Señor.

5. En la adoración nos ocupamos de Dios mismo, no de su obra, si bien ésta se fortalece como resultado de la adoración.

Dios redimió a los esclavos. El verbo se refiere a una liberación por medio del pago de un precio de compra. Dios los compró, y de una manera especial le pertenecían a él (ver 1 Cor. 6:19, 20). El verbo *ga'al*¹³⁵⁰ ("redimir") significa "hacer la función del pariente más cercano". Eran varias las funciones de redención estipuladas en el AT: (a) Rescatar una propiedad vendida por un pariente pobre (Lev. 25:25), (b) ser el vengador de la sangre inocente derramada de un pariente (Núm. 35:19; Deut. 19:6–10), (c) casarse con la viuda del pariente más cercano para que hubiera prole para continuar el nombre de la familia (Rut 3:12, 13). Dios era el pariente más cercano que redimió al pueblo (ver Isa. 43:1; 41:14).

Los hebreos se habían librado de un enemigo; sin embargo, habría más (vv. 14, 15). A éstos también pasarán: en cuanto a los filisteos, a los edomitas, a los moabitas, y a los habitantes de Canaán, *sobre ellos caen terror y espanto; ante la grandeza de tu brazo* (v. 16). El primer enemigo se hundió *como piedra* (v. 5), y los otros *enmudecen como la piedra* (v. 16).

La alabanza a Jehovah por su reino eterno (v. 18). Como clímax al cántico, se proclama el señorío perpetuo de Jehovah: *Jehovah reinará por siempre jamás* (v. 18). El es Señor de los señores; es Señor de la creación, es Señor de los hombres y es Señor de la historia (ver Honeycutt, BBC, p. 377). El tema del reinado de Jehovah corre a través del AT (ver Sal. 9:7; 29:10; 93:1; Isa. 24:23; Eze. 20:33; etc.)

(c) La alabanza de María, 15:19–21. A María se la llama aquí *hermana de Aarón* (v. 20). No se incluye el nombre de Moisés posiblemente por ser Aarón el mayor de los dos hermanos (ver Núm. 12:1–15). Era costumbre que las mujeres celebraran una victoria con cantos y danzas (ver Jue. 11:34; 1 Sam. 18:6, 7; también Sal. 87:7; 149:3; 150:4). La frase *enaltecido grandemente* (v. 21) en el hebreo enfatiza la intensidad de la victoria y glorifica a Jehovah; la victoria en el mar le glorificó.

(2) El viaje a Sinaí: la fe probada, 15:22–18:27. En esta sección del libro se narra el viaje desde el mar Rojo hasta Sinaí. Es una parte de la historia de las peregrinaciones que continua en Números 10:17. El tema principal es la preservación del pueblo por medio de la providencia divina; sin embargo, no es una providencia que viene de la tierra misma por medio del trabajo de los hombres. Es una providencia que llega por medio de las provisiones milagrosas de Dios.

Al parecer de los recién librados esclavos, el desierto llegó a ser un capataz más cruel que los egipcios. Por causa de la servidumbre habían desarrollado una mentalidad servil y siempre se quejaban de las situaciones difíciles. Kelley observa: "La esclavitud deshumaniza, y sus víctimas pronto pierden la voluntad para resistir" (*Exodo*, p. 87). Sus amos egipcios les habían provisto el sustento diario, y con las durezas del desierto añoraban la seguridad que habían conocido en Egipto. Al olvidarse de los duros años de servidumbre comenzaron a pensar en el pasado como algo lindo; era necesario que aprendieran la lección de confiar en la providencia de Jehovah.

En el desierto no había panaderías ni carnicerías y el hambre los amenazaba. Era un lugar inhospitalario, y corrían el peligro de ser atacados por fieras y por feroces tribus aguerridas.

Había poca agua, y siendo la gente tan numerosa, enfrentaban el peligro constante de morir de la sed. Las dificultades apagaron el ardor por la libertad que ardía tanto cuando estaban en Egipto y muchos no estuvieron dispuestos a pagar el precio por ella.

Con todo, Dios demostraba una y otra vez su amor hacia el pueblo. No se anticipaba a sus necesidades; sin embargo, al enfrentarlas, aun con sus quejas, les daba lo necesario. Ross dijo: "Deseaba que aprendieran a depender de él completamente; deseaba probar su fe en él y hacerla crecer" (Estudios, p. 137). En el desierto se probó su fe. Tuvieron que usar la que tenían: Israel "tenía que probar su fe y hacerla crecer. El desierto era un gimnasio donde los músculos espirituales de Israel se estaban fortaleciendo" (*ibid*).

¿Por qué llevó Dios al pueblo por medio del mar y a través del desierto? Son varias las razones: (a) No era fácil volverse atrás. El mismo mar que los protegía de los egipcios era un obstáculo que les impedía volver con facilidad. (b) No serían amenazados por las tropas egipcias ni podrían ser sorprendidos fácilmente por ataques de tribus hostiles. (c) Era para enseñarles a confiar completamente en Dios: tal como la libertad, el sustento vendría de él (Deut. 8:3), y tendrían que aprender a caminar por fe y no por vista. (d) Era para probar la fe (15:25). (e) Era para usar la fe (16:4). (f) Era para que Jehovah les demostrase su amor bondadoso y su poder por medio de su presencia con ellos.

Se debe notar la triste tendencia del pueblo de murmurar y rebelarse contra Moisés y el Señor. Es un tema que corre por el libro de Exodo tanto como por Números y Deuteronomio (ver 15:24, 25; 16:2, 3, 8; 17:1-7; también 14:10-12; Núm. 11:1-6; 14:2, 3; 16:13, 14; 20:2-13; 21:4, 5; Deut. 1:26-46). Childs observa que hay dos patrones evidentes en las narraciones que tratan de las murmuraciones: El primero se relaciona con una necesidad legítima que el Señor suple milagrosamente (ver 15:22-25; 17:1-7; Núm. 20:1-13); el segundo se presenta como una queja ilícita sin una base de necesidad real (ver Núm. 11:1-3; 17:6-13; 21:4-9; OTL, p. 258).

De igual manera, los autores subsiguientes en el AT, al referirse al período formativo nacional, presentan los dos lados. A veces miran el lado positivo como si fuera un período ideal (ver Ose. 2:14; Jer. 2:2; Sal. 105:11-45); sin embargo, otras veces se refieren a las murmuraciones como rebeliones que profanaban el nombre de Jehovah (ver Eze. 20:13; Sal. 78:8-17; 106:6-33).

Semillero homilético

Dos cánticos de victoria

Cap. 15 y Apocalipsis 15:1-4

Introducción: Dos veces en la Biblia se hace hincapié en el cántico de Moisés, el siervo de Dios (Exo. 15 y Apoc. 15:1-4). En ambos textos se refiere a la libertad efectuada por la obra magnífica de Jehovah: el Señor libró a Israel al derrotar al ejército egipcio, y en el Calvario realizó una libertad más grande al derrotar a Satanás y a la muerte. ¿Cuáles son los elementos comunes principales en los dos cánticos?

Los redimidos alaban a Dios al lado de un mar.

Israel canta al lado del mar Rojo por la victoria de Jehovah recientemente lograda sobre el ejército del faraón. En Apocalipsis los redimidos glorifican a Dios al lado del mar de vidrio mezclado con fuego por la victoria final por realizarse sobre la bestia. Dios vence a las tiranías físicas y a las espirituales. Dios es el autor de la libertad.

Dios es alabado con panderos (15:20), y con arpas de Dios (Apoc. 15:2). Con alabanza y gozo los redimidos glorifican a Dios. La redención o la

libertad de la opresión es tema que merece alabanza.

Moisés y los hijos de Israel elevan un "cántico a Jehovah" (15:1). Los vencedores elevan "el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero" sobre la bestia (Apoc. 15:2, 3). La gran victoria del mar Rojo fue superada únicamente por la victoria del Cordero en el Calvario.

Exodo y Apocalipsis alabaron a Dios por sus maravillosas obras y santidad.

El Santísimo demuestra quién es por medio de lo que hace. El Santo de Israel rescata de la opresión física y espiritual ofreciendo a los redimidos una nueva vida. Su pueblo ha de guardar su pacto y será "un reino de sacerdotes y una nación santa" (19:6). Por sus obras y su santidad Dios merece la alabanza de los suyos.

En Exodo, Israel alababa a Dios por su misericordia al guiarlo como pueblo suyo (15:13).

En Apocalipsis lo glorificaban todas las naciones porque sus juicios fueron manifestados para todos en la obra del Cordero (15:4). En Exodo los pueblos sobre la ruta a la tierra prometida y a Canaán se aterraban al recibir los informes de la victoria sobre los egipcios (15:14, 15). En Apocalipsis los pueblos del mundo se regocijarán por la victoria del Cordero por ser incluidos entre los redimidos.

Conclusión: La primera alabanza celebra la victoria de Dios por medio del cántico de Moisés. El cántico segundo celebra la victoria de Dios por medio del Cordero. El primer cántico anuncia que Jehovah reinaría sobre Israel "por siempre jamás" (15:18). El segundo proclama al Señor como el "rey de las naciones" (Apoc. 15:3). Por medio de la primera victoria, Israel creyó en él, y por medio de la segunda todo el mundo llegará a adorarlo (Apoc. 15:4). Son dos cánticos de victoria: el primero era un preludio y está incluido en la melodía gloriosa y universal del segundo. Todos los redimidos, Israel y las naciones, cantarán "el cántico de Moisés" y "el cántico del Cordero." ¡Load a Dios todos los seres humanos!

Algunos comentaristas consideran que los dos patrones indican diferentes autores o fuentes literarias; sin embargo, en vez de sugerir autores diferentes parece que son testimonios de la realidad histórica de la lucha interna del pueblo y son típicos de la vida humana. Israel, como pueblo, estaba psicológicamente en su "jardín de infantes nacional". Había momentos de gloria y momentos de fracaso. A través de todo, el autor hace énfasis en la actividad divina en elegir, librar, proteger e instruir a un pueblo para ser instrumento de la salvación universal.

Como ilustración del principio, la tragedia del fracaso del *Israel físico* no excluía a los descendientes de Jacob de formar parte del *Israel nuevo*. La fe neotestamentaria comenzó con un remanente de la nación física que aceptó a Cristo como el Mesías prometido; poco a poco se dio cuenta del divino propósito universal de incluir a todos los que creyeran en el Nuevo Pacto. Tal como había fe e incredulidad en la época cristiana, de la misma manera había dos pautas en el éxodo mismo. Un relato honesto sirve para inspirar y amonestar a las generaciones futuras. De acuerdo con el propósito divino, los autores inspirados eligieron de las pautas históricas la que ilustraría el mensaje que presentaban.

a. La fe probada por la sed, 15:22-27; 17:1-7. Dos veces se narra el problema causado por la falta de agua. Las dos se tratarán en esta misma división del libro.

(a) El agua amarga, 15:22–27. Después de un reposo, *Moisés hizo que Israel partiese del mar Rojo* hacia el interior del *desierto de Shur* (v. 22; ver Gén. 16:7; 20:1; 25:18; 1 Sam. 15:7; 27:8). Aunque existen varias posibilidades para la ubicación del desierto, es imposible identificarlo con exactitud.

La palabra *Shur*⁷⁷⁹¹ significa "muro" o "pared" y algunos intérpretes la traducen con el vocablo "torre", indicando así alguna clase de fortificación fronteriza egipcia. No obstante, en virtud de la ubicación más allá del mar, parece mejor considerar el término como algo geográfico que indicaba el aspecto del terreno precordillera que formaba una especie de acantilados que separaban el corazón del Sinaí de la zona del mar.

Un camino de tres días indicaría un viaje de unos 40 o 50 km. (ver 3:18; 5:3). Con el ganado y la gran cantidad de gente, se hubiera acabado el agua que llevaban consigo. Al llegar a los pozos con sed y esperanza, se encontraron con que las aguas no eran potables (v. 23).

La palabra *Mara* (v. 23) significa "amargura" y en la actualidad todavía hay terrenos ricos en sales en Sinaí, cuyos oasis contienen aguas ligeramente salobres. El pueblo tenía mala memoria; fácilmente se olvidaron de las obras maravillosas que Dios había hecho. En su preocupación murmuraron contra Moisés diciendo, *¿Qué hemos de beber?* (v. 24; ver Mat. 6:31–33). La situación era crítica: Al problema de la falta de agua potable se agregaba el de la rebelión contra Dios que les había mandado a su siervo Moisés. A Moisés no se le presentó solamente una crisis física de falta de agua, sino también una cuestión fundamental de autoridad.

La primera acción abordó la crisis de sed. Moisés, de acuerdo con su fe ya madura, clamó a Jehovah (v. 25) quien le dio un remedio: *Jehovah le mostró un árbol* que endulzó el agua una vez arrojado en ella (v. 25; ver 2 Rey. 2:21). Algunos árabes hoy en día dicen que existen árboles que pueden fijar las sales y endulzar temporalmente las aguas salobres. Nunca sabremos si Moisés usó algo de la sabiduría ganada por sus largos años en el desierto, o si fue simplemente otro hecho sobrenatural del Señor a favor del pueblo. Si fue un árbol el que endulzó las aguas, fue un milagro de anticipación. Años antes de la necesidad, el Señor había comenzado la preparación para que estuviera listo en el momento preciso. No obstante, ambos, Moisés e Israel, quedaron bien seguros que Dios les había provisto el agua necesaria para salvarles de la muerte.

En segundo lugar, el Señor se ocupó del problema de la autoridad. Dios había probado la fe de Israel (v. 25b) y el pueblo no salió bien en la prueba. Entonces, Jehovah les dio *leyes y decretos* (v. 25b). No esperó el Señor hasta la llegada a Sinaí para iniciar la reglamentación de la vida del pueblo. Su intervención era cuestión tanto de autoridad como de convivencia. No hay indicaciones en el texto del contenido de este cuerpo legal; sin embargo, podría haber estado relacionado con indicaciones sanitarias y éticas. Lo que es claro era la importancia de confiar en la legislación divina y de obedecer los mandamientos (v. 26). Dios prometió que si prestaban atención a ellos no sufrirían las enfermedades o plagas con las cuales fueron azotados los egipcios (v. 26). Lo más importante era que Dios mismo sería su sanador (ver Núm. 21:4–9; Deut. 7:15; Sal. 103:3). Las leyes servían de base para acciones preventivas; la presencia del Señor constituía el poder sanador (ver Ose. 6:1; Isa. 57:18; Sal. 30:2). El obedecer significaría la vida; el desobedecer resultaría en la muerte. La autoridad quedaba en manos de Jehovah y la obligación de obedecer era responsabilidad del pueblo.

De Mara fueron a Elim, donde encontraron manantiales de agua suficientes para sus necesidades (v. 27). *Elim*³⁶¹ se relaciona con el nombre Dios (*'el*⁴¹⁰) y en su forma plural significa un lugar de cultos donde había un terebinto o árbol grande. Se lo identifica con *Wadi Garandel*, un fértil oasis ubicado a unos 95 km. de la ciudad moderna de Suez. Era un lugar de descanso sobre la ruta caravanera entre Egipto y Sinaí. En esa época, los árboles y el agua

podrían haber sido interpretados como un lugar favorecido por un dios. Los *doce manantiales* y las *setenta palmeras* podrían haber sido los números exactos de lo que el pueblo encontró; no obstante, siendo que estos números significaban para Israel algo ideal o perfecto, puede haber sido su manera de decir que el Señor había provisto lo necesario en Elim. La tradición judía posterior vio una correspondencia entre estos números y las doce tribus y los setenta ancianos de Israel (ver Núm. 11:16).

Semillero homilético

El agua que produce milagros

17:1-7

Introducción: La necesidad de agua manifestó la debilidad espiritual del pueblo de Dios y la omnipotencia de Dios. Dios proveyó el agua de la peña en aquel día.

Agua de la peña para un pueblo ingrato.

Un pueblo que olvidaba fácilmente los milagros pasados.

Un pueblo que no conocía bien la naturaleza de su Dios. Dudaba de que Dios estuviera entre ellos.

Un pueblo que necesitaba aprender a depender de Dios.

Un pueblo que flaqueaba fácilmente en su fe.

Agua de la peña por medio de un milagro.

Un milagro innegable (la peña era el lugar menos probable para encontrar agua).

Un milagro de Dios por medio de instrumentos conocidos por el pueblo.

La vara que había sido usada para grandes prodigios: enviar las plagas, abrir el mar.

Las palabras de Dios que Moisés hablaba al pueblo.

Un milagro seguro ante el testimonio seguro de ancianos del pueblo.

Un milagro que no debiera dejar dudas del poder y de las intenciones de Dios para ellos.

Agua de la peña provista por un Dios amoroso.

Un Dios que es fiel a su pacto.

Un Dios paciente con ellos. Pasó por alto la mala actitud del pueblo y proveyó para su necesidad sin reproche.

Un Dios interesado no sólo en proveer para las necesidades materiales de su pueblo, sino también en dirigirlo a un carácter espiritualmente maduro.

Un Dios interesado en tener comunión con los suyos.

Agua de la peña para nuestra edificación espiritual (1 Cor. 10:1-6, 11, 12).

Para fortalecernos en Cristo.

Para procurar agradar a Dios.

Para estar firmes en la fe.

Conclusión: La vida de los hijos de Dios debe ser de fe en el Señor y de dependencia en su voluntad.

(b) La falta de agua, 17:1-7. La primera ocasión de la sed era por razón de no encontrar agua potable. La segunda era por falta completa del líquido. Desde Elim el pueblo entró en el desierto de Sin que se ubica en la parte sur de la península de Sinaí cerca del lugar tradicional del monte Sinaí, o Jebel Musa. De allí se movió por etapas hasta Refidim (v. 1) que se ha identificado con el *Wadi Refayid*. La ubicación está cerca de Horeb, o el monte Sinaí.

Joya bíblica

He aquí, yo estaré delante de ti allí sobre la peña de Horeb. Tú golpearás la peña, y saldrá de ella agua, y el pueblo beberá (17:6).

Según el mandato del Señor, el pueblo acampó *en Refidim donde no había agua para que el pueblo bebiese* (v. 1). Por eso, el pueblo *altercó con Moisés* pidiendo que les diera agua (v. 2). Altercar viene del verbo *rib*⁷³⁷⁹ que significa "criticar", "disputar", o "litigar", y se lo relaciona con el nombre *Meriba* (v. 7b) o "altercado".

¿Por qué ponéis a prueba a Jehovah? (v. 2b) La palabra *prueba* viene de la raíz *nasah*⁵²⁵⁴ y quiere decir "probar", "poner a prueba", o "tentar". Aparece en el nombre *Masá* (v. 7b; ver 15:25), o "prueba". Moisés condenó al pueblo por poner a Jehovah a prueba. Era Dios quien debía poner a Israel a prueba, no al revés.

El pueblo acusó a Moisés de traerlo al desierto para matarlo de sed (v. 3) y estaba tan enojado con él que hasta quiso apedrearlo (v. 4; ver 1 Sam. 30:6; 1 Rey. 12:18; Mat. 21:35; Juan 10:31–33).

Semillero homilético

Una estrategia eficaz

17:8–15

Una estrategia eficaz toma en cuenta la voluntad divina, vv. 8, 15.

Era guerra defensiva y no agresiva, v. 8.

El uso de la vara de Dios implica el favor divino, v. 15.

Era atento a la voluntad divina, v. 15.

Una estrategia eficaz planifica bien los detalles, vv. 9, 10, 12.

El uso de la vara.

El uso de las manos de Moisés.

El apoyo de Aarón y Hur, v. 12.

Una estrategia eficaz cuenta con otros para ayudar, v. 12.

Porque las energías se agotan.

Porque muchos perduran más tiempo que uno solo.

Una estrategia eficaz asegura lecciones positivas para las generaciones futuras, vv. 14–16.

Escribió en libro como memorial.

Edificó altar con testimonio en la bandera: "Jehovah es mi bandera".

Moisés clamó a Jehovah pidiendo dirección y el Señor le indicó que fuese a la peña de Horeb tomando consigo algunos ancianos del pueblo y la vara con la cual golpeó el Nilo (vv. 5, 6; ver 7:20). El Señor le dijo que estaría delante de él sobre la peña (v. 6), y que, al llegar, golpeará la roca con la vara y saldrá agua de la peña para que el pueblo bebiera (v. 6b). Dios es la fuente de agua que da vida (ver Juan 4:10–15). Los ancianos tuvieron la responsabilidad de informar al pueblo de la provisión nueva hecha por el Señor para ellos.

La tradición judía dice que el agua de la peña seguía a Israel durante sus peregrinaciones en el desierto hasta su llegada a la tierra prometida. Parece que el apóstol Pablo se refería a esta tradición cuando dijo: *Todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo* (1 Cor. 10:4).

Al lugar se le dio un nombre doble, *Masá* y *Meriba* (v. 7a), para que el pueblo recordara su tonta pérdida de fe en el Señor y el altercado con Moisés. Sin embargo, más allá de la provisión de agua, la lección mayor de la prueba fue la demostración de que el Señor estaba con ellos (v. 7b).

Con experiencias tan grandes era de esperar que la gente creciera en su fe y madurez espiritual. Sin embargo, tal como sucede con el resto de la humanidad, para Israel era difícil recordar las victorias de ayer cuando se enfrentaba a crisis nuevas en el camino.

Una vez más el Señor proveyó providencialmente lo que el pueblo necesitaba. Es inútil buscar una explicación racional del acontecimiento sugiriendo que Moisés pegó justamente a un manantial o vena cegada de agua de la roca. Si hubiera sido así, sería tanto un milagro de Dios utilizando la naturaleza como un hecho sobrenatural.

b. La fe probada por el hambre, 16:1–36. Este capítulo trata de la provisión del Señor cuando el pueblo se enfrentó al hambre. Antes el Señor los había librado de los egipcios y les había provisto agua para apaciguar la sed. Ahora el pueblo se encaró con otro peligro del desierto: la falta de comestibles. Hacía un mes que habían salido de Egipto (v. 1; 12:17, 18) y se habían terminado las provisiones que llevaron consigo. De acuerdo con el propósito divino, el Señor no había satisfecho las necesidades de antemano, sino que, para probar la fe, les daba conforme a la urgencia del momento oportuno (ver el principio en Mat. 6:11). Su providencia se demostró al cuidarlos y, a la vez, al desarrollar la confianza del pueblo utilizando la situación didácticamente (vv. 4, 5; Sal. 78:22–25; 105:40; Neh. 9:14–17). Al proveer el maná les enseñó que *no sólo de pan vivirá el hombre, sino que el hombre vivirá de toda palabra que sale de la boca de Jehovah* (Deut. 8:3, 16; ver Juan 6:25–31; Apoc. 2:17). No obstante, cada uno tuvo que confiar en que el Señor le supliera lo necesario, y aprender la importancia de obedecerlo.

En el capítulo aparecen tres elementos nuevos: el maná, las codornices y el sábado. El capítulo se divide en cuatro secciones: la murmuración (1–3); la promesa divina de pan y carne (4–8); la provisión de codornices y maná (9–22) y la introducción del sábado (23–30).

(a) La murmuración, 16:1–3. El desierto de Sin probablemente está en la parte sur de la península de Sinaí cerca de Jebel Musa, el monte Sinaí, en una llanura arenosa llamada Debbet al-Ramleh (v. 1; 17:1, Núm. 33:11). No debe ser confundido con el desierto de Zin (Núm. 13:21, 20:1) que se ubica más al norte en la península al sudoeste de Palestina.

Con frecuencia Israel murmuraba contra Moisés y Aarón (v. 2; 14:11, 12; 15:24; 17:3, etc.; ver el comentario previo). Con la desesperación provocada por el hambre, el pueblo volvió a pensar en la comida de Egipto, y aun más, a desear la muerte allí en vez de morir de hambre en el desierto; por lo menos, decían, había carne y pan en el país de sus amos (v. 3). Con el olvido de la pena de la esclavitud y por el estado psicológico del momento, acusaron a Moisés y a Aarón de haber planeado su muerte en el desierto (v. 3b).

En el AT se usa la palabra "pan" frecuentemente como un vocablo sinónimo de comida en general. Parece que es su significado en este contexto. Otra vez se evidencia en el pueblo una memoria muy corta y el afán por una libertad gratis. No querían afrontar el precio de ella.

El precio de la libertad

Se cita en un informe de *The Baptist Program*, que de las 56 personas que firmaron la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, cinco fueron capturadas por los británicos y torturadas antes de darles muerte; a doce les incendiaron sus hogares; dos de ellas perdieron sus hijos en la guerra y nueve de ellas perdieron sus propias vidas como soldados durante la guerra de independencia. Todas firmaron la declaración sabiendo la posibilidad de recibir la pena de muerte si eran atrapadas por las autoridades. El precio de la libertad era caro; sin embargo, su valor era incalculable. ¡El precio que Cristo pagó por la libertad (salvación) nuestra fue caro; sin embargo, el valor de ella es incalculable!

(b) La promesa de pan y carne, 16:4–8. Dios respondió a la necesidad legítima y les prometió *pan del cielo* diariamente (v. 4), y para aquella tarde *carne para comer* (v. 8). Por medio de la providencia del Señor serían saciados; no obstante, serían puestos a prueba para ver si andaban en la ley divina o no (ver Deut. 8:3). Diariamente saldrían para recoger el pan suficiente para cada persona para aquel día (ver Mat. 6:11); sin embargo, en el sexto día el Señor les ordenó que recogiesen una porción doble (vv. 4, 5). Moisés prometió que el pueblo vería nuevamente *la gloria de Jehovah* (v. 7) por medio de la milagrosa provisión de alimentos.

En realidad la murmuración no era contra Moisés y Aarón, pues ellos eran insignificantes, sino contra Jehovah mismo (v. 8). Tal actitud era peligrosa por cuestionar la integridad de Dios.

(c) La provisión de codornices y maná, 16:9–22. Moisés hizo acercar de tarde al pueblo a *la presencia de Jehovah* (v. 9), y mientras que les hablaba, miraron hacia el desierto y *la gloria de Jehovah se apareció en la nube* (v. 10; ver 40:34–38; Núm 9:15, 16) y *vinieron las codornices y cubrieron el campamento. Y al amanecer había una capa de rocío alrededor del campamento* (v. 13; ver Núm. 11:31–33) que dejó *una sustancia menuda, escamosa y fina como la escarcha sobre la tierra*. (v. 14). *Al verla, los hijos de Israel se preguntaron unos a otros: ¿Qué es esto?* (lit. *man hu'* ⁴⁴⁷⁸ v. 15; ver v. 31; Núm. 11:7, 8).

El nombre hebraico para pan es *man* ⁴⁴⁷⁸; la palabra *maná* ⁴⁴⁷⁸ se deriva de la traducción de la LXX de Números 11:6, 7. La palabra *gloria* (*kabod* ³⁵¹⁵) viene de la raíz que significa "ser pesado," e indica el peso, honor, o dignidad de uno. Cuando se usa la palabra con respecto a Jehovah, se refiere a la revelación de su santidad y poder. Se revela su gloria lo suficiente para confirmar la fe, y se oculta lo suficiente para producir reverencia y devoción de parte de los hombres. El Señor, al proveer el pan y la carne, revelaba una vez más su gloria.

Números 11:31 dice: *Entonces de parte de Jehovah salió un viento que trajo codornices desde el mar y las dejó caer junto al campamento, hasta la distancia de un día de camino de este lado y un día de camino del otro lado, hasta la altura de dos codos sobre el suelo*. Las codornices son una especie de perdiz chica del orden de las gallináceas. En el otoño emigran de Europa a Africa y en la primavera regresan en grandes bandadas. Después de su largo vuelo se posan agotadas y no se mueven. En ese momento son fáciles de capturar.

Aunque se trata probablemente de un fenómeno de la naturaleza, no obsta para que sea un milagro de la providencia divina. Jehovah es Señor de la creación, que le obedece. Con todo, en este capítulo se presta más atención a la provisión del maná y al sábado que a las codornices. No comieron codornices todos los días por cuarenta años, sino que esta fue una ocasión excepcional.

Semillero homilético

El maná del cielo

16:13b–15

Introducción: El maná del cielo en el desierto nos da oportunidad y base para estudiar la providencia general de Dios y el cuidado especial que él tiene de sus hijos.

El maná en el desierto es un tipo de cuidado general que Dios tiene del hombre.

Dios ama a todos, buenos y malos.

Todos, buenos y malos, tenían el maná a su disposición (ver Mat. 5:45).

La creación es favorable a toda la humanidad.

Las leyes de la naturaleza funcionan igual para todos los hombres (2 Tim. 2:6; Stg. 5:7b).

Jesús es el verdadero pan del cielo y nos asegura su cuidado especial (Juan

6:31–35).

Por Cristo dejamos de ser meras criaturas de Dios y nos convertimos en sus hijos (Juan 1:12).

Dios tiene un cuidado especial de sus hijos (Mat. 6:31–33).

Dios promete cosas especiales a sus hijos (Rom. 8:28–32).

Fortaleza especial (Fil. 4:13).

Consuelo especial (2 Cor. 1:3–5).

Lo necesario para vivir (Sal. 37:25).

Prosperidad en sus obras (Sal. 1:3).

El Espíritu Santo y su dirección (Rom. 8:9, 14).

Conclusión: Dios ha prometido que la vida de sus hijos será más rica (Juan 10:10).

Las características del maná: (1) Llegaba de noche con el rocío (v. 13), (2) al evaporarse la capa de rocío, quedaba *una sustancia menuda, escamosa y fina como la escarcha* (v. 14), (3) se echaba a perder rápidamente (v. 20), (4) se derretía con el calor del sol; debía ser juntado por la mañana temprano (v. 21), (5) podía ser preparado de diversas maneras (v. 23; Núm. 11:8), (6) era como semilla de cilantro (v. 31; Núm. 11:7), (7) era blanco (v. 31), (8) el sabor *era como de galletas con miel* (v. 31), (9) estaba limitado geográficamente a la península de Sinaí (v. 35), y (10) duró cuarenta años hasta la llegada a Palestina (v. 35; ver Jos. 5:12). Con todo, parece que el maná llegó a ser una comida bastante monótona (ver Núm. 11:6), y aunque era suficiente, pronto el pueblo se cansó de él.

Muchos intérpretes se refieren a lo que los árabes hoy en día llaman "maná (*mann*) del cielo." Es un producto resinoso que produce el taray, un arbusto tamarisco, durante los meses de junio y julio. Hay insectos cóccidos que se alimentan de la savia del taray y producen algo semejante a la miel. El producto cae sobre el suelo principalmente de noche y con el calor del sol vienen las hormigas para limpiar el lugar. Antes, temprano en la mañana, vienen los beduinos para recogerlo, y después de hervirlo y colarlo, lo usan como miel. Se dice que la cosecha anual no excede unos pocos kilos.

A pesar de algunos aspectos similares entre lo que dice la Biblia y el maná de los árabes, parece improbable que sean el mismo. Las diferencias son más llamativas que las similitudes: Israel recogía una cantidad suficiente para el pueblo cada día con la excepción de los sábados; se lo recogía todos los días por cuarenta años; lo recogido en exceso se echaba a perder con facilidad; e Israel usaba el maná como la base para su dieta y no como un dulce ocasional. Es mejor entenderlo como una provisión especial del Señor, mandada para cuidar a los hijos de Israel.

Después de la libertad

Después de cuarenta años de control soviético los países de Europa oriental gozaron de la libre expresión política y religiosa durante el otoño del año 1989. Con gozo y excitación salieron a las calles, y en la Navidad, con mucha emoción, se elevaron cultos al Señor libres de restricciones estatales.

Con profunda expectación miraron hacia el año nuevo. Al llegar la primavera la dura realidad económica y las dificultades para efectuar los cambios sociales habían templado la euforia inicial. Habían aprendido por experiencia que la libertad ganada por un precio requiere una respuesta responsable de parte de los que gozan de sus privilegios. No todos estuvieron de acuerdo con los cambios; sin embargo, la marcha hacia una "tierra

prometida" los guiaba en el camino.

Al mirar la historia contemporánea se ve un reflejo de la vieja experiencia de Israel, y con simpatía se entiende un poco mejor la lucha de Moisés por moldear la mentalidad de un pueblo que había sido esclavo a la mentalidad de un pueblo ahora libre.

(d) La introducción del sábado, 16:23–36. El sábado (lit. "reposo" o "descanso"), como día especial de descanso, es una institución distintivamente israelita. Es el séptimo día de la semana. El día fue dado por Dios providencialmente en el desierto juntamente con la dádiva del pan. Llegó como una demostración de la gracia divina; era un día libre del trabajo cotidiano cuando no había necesidad de salir para buscar la comida, y era un día de gozo y gratitud por la bondad del Señor. Originalmente el sábado no era un día de pesadas cargas religiosas (en contraste, ver la época del Señor Jesús); por el contrario, era un día de descanso y renovación (ver Gén. 2:2, 3; también Exo. 20:8–10; 23:12; 31:14–16; 35:1, 2).

El Señor mandó a Moisés guardar un gomer de maná en una vasija y colocarla delante del Testimonio para que fuera un memorial para el futuro (vv. 32–34; comp. Heb 9:1–5). El Testimonio, otra designación para el Arca del Pacto, no había sido construido todavía (ver 30:36). Entonces, el orden de colocarla ahí fue en anticipación al establecimiento del culto formal.

Con esta orden el Señor continuó la enseñanza didáctica: La vasija con el maná servía como un recordatorio para Israel de la preservación divina de su vida en el desierto. A la lección de la Pascua se agregó otro elemento al depósito de memorias sagradas. La historia era la arena donde el Señor hacía sus grandes obras redentoras, y por medio de la historia Israel las conservaba para la memoria y las relataba a las generaciones futuras.

Semillero homilético

La victoria del pueblo de Dios

17:8–16

Introducción: Hay un paralelismo entre esta batalla de Israel y la guerra que el pueblo de Dios tiene que librar hasta que el Señor venga. ¿Cuáles son los pasos que siguió Israel para la victoria?

La dirección de Dios (v. 9 "la vara de Dios").

Planes definidos (v. 9).

Delegación de responsabilidades (v. 9 "escoge algunos de nuestros hombres").

Apoyo al líder (vv. 11, 12).

Coordinación en el cumplimiento de los planes.

La victoria total (v. 13).

I. Acción de gracias (vv. 15, 16).

Conclusión: No podemos tener "corona de victoria" sin participar en la guerra.

c. La fe probada por la guerra, 17:8-16. De repente Israel enfrentó una crisis diferente. Antes su fe había sido probada por el seguimiento de un enemigo de atrás y después por la vida dura del desierto. Ahora los amalequitas presentaron otra clase de dificultad: un enemigo armado en frente de ellos que les impedía su avance hacia Sinaí. Era el primer conflicto armado de Israel después de la partida de Egipto. Aunque es imposible identificar precisamente la localidad de la batalla, la victoria en la zona de Refidim formó una parte vital de la memoria de la Providencia

divina. Merece señalarse que, por primera vez frente a una crisis, el pueblo no murmuró contra Jehovah y sus dirigentes.

Los amalequitas eran descendientes de Esaú (ver Gén 36:12). Eran una gente nómada que se había establecido en la península de Sinaí; ocupaban la zona norte de la península, que incluía el Néguev, Seir y el sur de Canaán. Ejercían el control de las rutas caravaneras entre Arabia y Egipto, y evidentemente pensaban que no había suficientes pastos y aguas para que dos pueblos ocupasen el terreno tradicional de sus peregrinaciones. Ellos, juntamente con los cananeos, trataron de impedir la entrada de Israel en la tierra prometida (Núm. 14:43–45). Balaam los llamó *la primera de las naciones* (Núm. 24:20) por su gran antigüedad. Más tarde Saúl (1 Sam. 15) y David (1 Sam. 30) lucharon contra ellos. Finalmente fueron destruidos como pueblo en la época de Ezequías (1 Crón. 4:43). En el libro de Ester, Amán, el enemigo de los judíos, era un agageo (Est. 3:1), un descendiente de Agag, el rey de los amalecitas que fue matado por Samuel (1 Sam. 15:32, 33). A través del AT los descendientes de Amalec fueron enemigos de Israel y la batalla en Refidim fue un presagio del porvenir.

Por primera vez en la historia aparece Josué (v. 9), y se lo presenta en el texto como alguien ya conocido por el pueblo. El es el conductor de las fuerzas israelitas, aunque en realidad es Moisés quien dirige la batalla. Normalmente identifica a Josué como el ayudante de Moisés (ver 24:13; 32:17; 33:11; Núm. 11:28). En Números 27:18–23, se le nombra sucesor del gran profeta y líder de Israel.

En la batalla (vv. 9–13) no es del todo claro el papel que jugaba la vara de Dios. Moisés dijo a Josué que estaría sobre la cumbre de una colina durante la batalla con la vara de Dios en la mano (v. 9). Cuando alzaba la mano (singular, v. 11), Israel prevalecía; se presume que tenía la vara en la mano levantada, aunque el versículo simplemente indica el éxito militar cuando la mano estaba levantada. Pudo haber tenido la vara en la otra mano. Cuando a Moisés se le cansaron las manos (plural, v. 12), Aarón y Hur buscaron una piedra para que se sentara y *sostenían sus manos, el uno de un lado y el otro del otro lado* (v. 12). Posiblemente Moisés alternaba las manos alzando la vara en una y después en la otra antes de cansarse totalmente. De todos modos, los dos ayudantes fueron fieles en su servicio al profeta y fueron instrumentos vitales en la victoria ganada aquel día.

Verdades prácticas

1. ¿Cuál fue la lección principal de la batalla de Refidim? Con el relato, el Señor enseñó a todas las generaciones que tiene el poder de salvar a su pueblo peregrino de cualquier exigencia, aún la de la guerra.

2. Aun los más grandes líderes se cansan. ¡Benditos son los fieles hermanos y colaboradores que mantienen en alto las manos cansadas! Sin ellos no habría victorias. Nunca se debe dejar de apoyar y orar por aquellos que el Señor ha puesto en lugares de responsabilidad. Sin la firmeza de Aarón y Hur se hubiera perdido la batalla de Refidim.

3. Deje que el altar suyo tenga inscrito el nombre Jehovah-nisi, y que sea él quien sea el estandarte de su vida.

En cuanto a Hur, se lo nombra como si fuera un hombre bien conocido; sin embargo, fuera de la referencia aquí, su nombre aparece únicamente una vez más en el libro de Exodo (24:14). La tradición judía relata que era el esposo de María y el abuelo de Bezaleel (ver 31:2).

Hay varias interpretaciones posibles del texto: (1) Con una vista simple al texto, parece haber sido una obra milagrosa, como de magia. Con la mano levantada, de alguna manera misteriosa el ejército de Israel avanzaba contra el enemigo. Cuando se cansaba Moisés y bajaba la mano, los

amalequitas prevalecían. Únicamente con la ayuda de Aarón y Hur podían los israelitas vencer. (2) Desde la cumbre de la colina Moisés dirigía a los soldados israelitas con señales convenidas por medio de la vara alzada. Mientras que los hombres de Israel veían las indicaciones de Moisés, prevalecían; pero, al no verlas, fracasaban. (3) Moisés tenía sus manos alzadas en oración; sin embargo, nada del relato indica que Moisés alzaba sus manos con este propósito. No hay duda en cuanto a su preocupación y oración; sin embargo, no se encuentra en el texto ninguna palabra de súplica al Señor. (4) Posiblemente la mejor interpretación sea la siguiente: El levantar la mano era un hecho simbólico y profético que indicaba a las tropas que el Señor había entregado al enemigo en sus manos. Mientras que podían ver a Moisés, seguían el ataque con vigor y confianza. Al no verlo, se desanimaban y se retiraban.

El AT habla del poder de la mano extendida del Señor (ver 3:19, 20; 7:19; 13:8; 14:16; Isa. 9:12, etc.), y la vara de Dios era el símbolo del poder divino en la mano de Moisés. Con todo, probablemente hay dos factores en juego aquí: Uno psicológico, está relacionado con la acción simbólica de un profeta (ver Eze. 3:22--5:17), y el otro se refiere al hecho de librar misteriosamente un poder divino por medio de levantar la vara. Es difícil interpretar precisamente el papel que juega la vara en las plagas, en el cruce del mar y en la batalla de Refidim. Sin embargo, la acción de levantar la vara siempre fue acompañada de una demostración de la gracia y poder divinos y de la palabra profética entregada.

Después de la derrota decisiva de los amalequitas (v. 13), el Señor dijo a Moisés que escribiese el relato de la victoria como un *memorial* histórico (v. 14). Es la primera vez que se indica algo acerca del trabajo literario de Moisés (ver 24:4; 34:27; Núm. 33:2; Deut. 31:9, 24; 31:22). No es de extrañarse de su habilidad con la pluma; había sido enseñado en las artes de los egipcios y se daba cuenta de la importancia de una crónica fiel.

Verdades prácticas

1. Es necesario confiar en el Señor y no permitir que los contratiempos y necesidades no satisfechos de inmediato nos hagan pensar y actuar como si Dios no estuviera con nosotros. Si hablamos con Dios y esperamos su respuesta, sabremos lo que Dios espera que hagamos y tendremos fe en que él hará.

2. Cuando estamos en conflicto, hablemos con el Señor primero. Nuestra relación con él debe ser tan íntima que su voluntad sea lo primero que busquemos, y tan real que su consuelo sea el que más anhelemos. Nuestra fe debe estar en el Señor, no en los hombres.

3. A menudo algunos miembros de las congregaciones cristianas proyectan al pastor sus resentimientos con Dios, por lo que el pastor representa. El líder espiritual debe buscar la sabiduría del Señor para interpretar las reacciones de sus ovejas para enseñarles a relacionarse sanamente con el Señor.

El texto hebraico dice que el Señor le indicó que escribiese en el libro; no era en cualquier libro. El artículo significa un libro específico. ¿Cuál fue? El texto no lo indica. No parece ser el libro de Exodo por la simple razón de la cronología; el pueblo apenas había iniciado su largo peregrinaje hacia la tierra prometida. El libro indicado sería una de las fuentes utilizadas más tarde en la confección de Exodo. Posiblemente podría ser una referencia al *libro de Jaser* (ver Jos. 10:13; 2 Sam. 1:18), o al *libro de las batallas de Jehovah* (ver Núm. 21:14). Los dos son escritos perdidos que existían en la época de Moisés y ahora aparecen únicamente como fuentes literarias citadas por algunos escritores del AT.

Al concluir la batalla, *Moisés edificó un altar y llamó su nombre Jehovahnisi* (v. 15), es decir, *Jehovah es mi estandarte*. La palabra "estandarte" (de *nes*⁵²⁵¹) también significa "bandera" o "señal". Se la usa raramente en el AT. (ver Núm. 21:8, 9 *asta*; 26:10, *escarmiento*; Sal. 60:4, *bandera*; Isa. 5:26, *bandera*; 11:12, *bandera*; ³³:23, *vela*; etc.). Isaías 49:22 dice: *Así ha dicho el Señor Jehovah: "He aquí, yo alzaré mi mano hacia las naciones, y levantaré mi bandera [nes⁵²⁵¹] a los pueblos..."*. ¡La mano misma de Jehovah era la bandera divina a las naciones!

Verdades prácticas

1. Israel acentuaba el contenido o significado del tiempo más bien que el aspecto cronológico o la duración de él. Las fiestas agrícolas recordaban la providencia divina, mientras que otros hacían hincapié en los hechos históricos del Señor. Para Israel, el tiempo era creado, tenía un propósito y terminará, es decir, será absorbido en la eternidad de Dios (Isa. 60:19, 20). Evidentemente Israel fue la primera nación en usar una semana de siete días para determinar el tiempo cronológico y para establecer un programa regular de adoración sobre la base de ella (16:22–26).
2. La pascua fue establecida como un rito de adoración hogareña. La familia debía encontrar su centro de estabilidad y unidad en la adoración a Dios.
3. La acción de faraón para resistir y aflojar en medio de una crisis parece ser una reacción psicológica común aun hoy en día. Es fácil prometer fidelidad a Dios en medio de las dificultades y olvidar la promesa al pasar la crisis. Esto es a lo que, durante la guerra, se le llama "arrepentimiento de la trinchera individual". Después del peligro muchos tienden a olvidar el voto hecho por el susto.
4. Moisés, un hombre común, enfrentó a todos, hasta a faraón, con palabras y señales divinas de reproche y esperanza. En esto fue un profeta fiel. Hoy en día se necesitan más voces proféticas que anuncien con fidelidad la Palabra a todos.

En Refidim, la implicación del nombre *Jehovah-nisi* (v. 15) es que Dios mismo era la bandera, o estandarte, alrededor del cual se reunió el pueblo. Moisés con su mano levantada hacia el cielo (probablemente con la vara) servía como un símbolo, o estandarte, de la verdad e inspiraba al pueblo a luchar con fidelidad como ejército de Dios. Ya con la victoria ganada, se erigió un altar sobre el campo de batalla para dar gloria al Señor. Sirvió como un testimonio y memorial para las generaciones venideras del poder y fidelidad de Jehovah.

Moisés resintió profundamente el ataque de los amalequitas. No había sido simplemente un ataque contra Israel, sino contra Jehovah mismo: *alzó la mano contra el trono de Jehovah* (v. 16). Esto era el pecado de Amalec; consecuentemente, Jehovah, no Israel, tendría *guerra contra Amalec de generación en generación* (v. 16), y la nación atacante sería cortada de la faz de la tierra.

d. La fe probada por una organización deficiente, 18:1–27. Después de los acontecimientos tumultuosos de los capítulos anteriores, la visita de Jetro al campamento israelita ofrece un intervalo agradable. Por medio del arreglo literario, el autor aclara que no todas las tribus de la península de Sinaí se oponían a Israel como lo hizo Amalec, y refleja la gracia oriental al sellar un pacto entre dos pueblos, Israel y Madián. A la vez, el intervalo prepara al pueblo, y al lector, para la constitución formal de la nación con la entrega de su ley moral (ver Exo. 19–20). Mientras tanto, se ve el desarrollo de la jurisprudencia civil y moral por medio de la

actividad legislativa de Moisés, y se ofrece una mirada íntima a la persona de éste. El capítulo se divide en dos partes: La visita de Jetro (vv. 1–12) y la institución de un sistema judicial (vv. 13–27).

(a) La visita de Jetro, 18:1–12. Jetro oyó lo que estaba pasando a favor del pueblo de Dios (v. 1); entonces, tomó a Séfora, la esposa de Moisés, y a los dos hijos de ellos, y fue a verle al campamento cerca del monte de Dios (vv. 2–5; ver Hech. 7:29).

Verdades prácticas

1. La historia demuestra que la palabra de Dios sembrada fielmente ha sido influyente en la formación de los pueblos libres. A la inversa, la historia afirma trágicamente que el descuido de la palabra de Dios por los pueblos libres ha resultado en la pérdida de la libertad.
2. El pueblo de Dios debe recordar constantemente los grandes hechos de Dios a favor de la salvación y celebrarlos gozosamente en los cultos de adoración.
3. Lo opuesto de la confianza es la ansiedad o intranquilidad. Un amigo dijo: "El preocuparse debe tener mucho valor. De la experiencia mía, noventa y cinco por ciento de lo que me preocupa ¡nunca ocurre!" Israel se preocupaba de muchas cosas en el desierto. El fondo de su problema era la falta de confianza en Dios. Si hubiera confiado más en el Señor se hubiera preocupado menos de los posibles contratiempos futuros de la vida.
4. Cuando el pueblo de Dios enfrenta dificultades suenan con claridad dos exhortaciones bíblicas: "¡No temáis! Estad firmes..." (14:13, 15). Ninguna situación es demasiado difícil para Dios. El miedo y la oposición pueden inmovilizar al creyente. La fe en Dios lo hace a uno capaz de afrontar los problemas personales, superarlos y marchar hacia una vida mejor de servicio en el nombre del Señor.
5. Es imposible vivir en el pasado. Es mejor trabajar para mejorar el presente y el futuro en vez de lamentar la imposibilidad de volver a las experiencias de ayer.

El texto dice que Moisés *había enviado* a su mujer (v. 2; ver 4:20). Por el uso de la frase, algunos comentaristas piensan que se había divorciado de ella; sin embargo, parece mejor considerar que Moisés envió a la familia de vuelta a Madián para su protección. Ahora, con el cambio en la situación política, Jetro sabía que no había peligro en que ellos estuvieran juntos otra vez. La tradición judía lo explica indicando que Aarón, al encontrar a Moisés antes de volver a Egipto (4:27), lo persuadió para que enviara a su familia de regreso a Madián para no aumentar el número de los desafortunados en Egipto.

El relato del encuentro de Moisés y Jetro refleja bien las costumbres orientales. Jetro mandó a decir a Moisés de la visita (v. 6). Moisés salió a recibirlo y expresó su afecto familiar al estilo oriental clásico; *se postró ante él y lo besó* (v. 7). Hubiera sido impropio que Moisés besara a su esposa en público. La frase no significa homenaje de un inferior a un superior, sino refleja la manera de indicar el respeto para uno que servía como sacerdote, que era jefe de una tribu importante, y además, era su amo y suegro.

La cultura y la cortesía también están bien presentadas: después de inquirir del bienestar mutuo, Moisés invitó a Jetro a su tienda (v. 7) y le contó con entusiasmo todas las cosas que Jehovah había hecho desde su regreso a Egipto hasta el momento del encuentro (v. 8). A pesar de ser instrumento de Dios, todavía Moisés era siervo de Jetro y había recibido permiso de él para ir

a Egipto. Para continuar su tarea con Israel, sería necesario tener la aprobación de su suegro. Al contárselo todo, le dio los informes correspondientes.

Jetro tuvo tres reacciones al testimonio de su yerno:

Alabanza: *Se alegró Jetro de todo...* y dijo: *¡Bendito sea Jehovah, que os libró de mano de los egipcios...* (vv. 9, 10). Bendecir significa más que una simple alabanza. El verbo indica arrodillarse o postrarse ante el Señor (ver Gén. 24:48; Rut 4:14); indica reconocer con gratitud el cuidado y la dirección divina (ver Deut. 8:10; Jue. 5:2).

Confesión: *Ahora reconozco que Jehovah es más grande que todos los dioses...* (v. 11). Algunos comentaristas sostienen que Moisés llegó a conocer la fe jehovista por medio de su contacto con Jetro y los madianitas (o queneos, ver Jue. 1:16). Así que, para ellos, estas palabras de Jetro se interpretan como un reconocimiento de que Jehovah era más grande aun de lo que había pensado previamente. Otros consideran que la confesión significa su conversión a la fe jehovista. Por lo menos, Jetro tuvo un entendimiento nuevo de Dios por el testimonio de Moisés.

Es posible que, como descendiente de Abram, este fuera el momento en el que llegó a conocer a Dios como el Señor Jehovah. Su reconocimiento de otros dioses refleja el concepto común entre la gente de su época. No implica que los adoraba, ni quita el valor tremendo de la entrega de su vida totalmente a Jehovah (ver Sal. 77:13; 86:8). El hecho de ofrecer inmediatamente un sacrificio a Jehovah da fuerza a la interpretación de la confesión como una de conversión a la fe jehovista.

Sacrificio (v. 12): son dos partes del culto ofrecido: holocausto y sacrificios a Dios. Jetro identificó su nueva fe jehovista con la revelación antigua de *'elohim*⁴³⁰ (ver Gén. 17:1–8 con Gén. 15:1–6); en vez de ser un culto de iniciación de Aarón y los ancianos en la adoración de Jehovah, parece más bien la aceptación formal de Jetro de la fe jehovista sin rechazar las verdades de la revelación de *'elohim*⁴³⁰.

El holocausto era una ofrenda totalmente quemada sobre el altar dedicado a Dios. El sacrificio, en contraste, tenía dos partes; una parte del animal se quemaba y con la otra se hacía una comida sagrada o comunal que se celebraba en la presencia de Dios, como un medio de establecer comunión entre dos grupos (ver Gén. 31:54; Exo. 24:5, 11; Sal. 50:5). Aarón y los ancianos participaron (v. 12) en lo que evidentemente era una comida de pacto, un pacto entre iguales. No hay mención de la presencia de Moisés, pues no había necesidad de que estuviera (aunque pudo haber estado) porque ya había participado previamente en una comida de pacto con Jetro. En la presencia de Dios, los dos pueblos sellaron solemnemente sus relaciones amistosas (ver Jue. 1:16; 5:24–26; 1 Sam. 15:6; 30:29).

Según Kelley (Exodo, p. 97), es de notar que no había ningún espíritu de sectarismo en el culto: no vacilaron los israelitas en participar en un culto oficiado por un sacerdote de Madián (comp. Gén. 14:17–20), ni trataron a Jetro como un intruso en el campamento israelita. *Aarón y todos los ancianos de Israel fueron a comer con el suegro de Moisés delante de Dios* (v. 12b).

Verdades prácticas

1. En el desierto Dios dio a los suyos la satisfacción de las necesidades de la vida. No les dio una vida lujosa ni les proveyó de antemano lo necesario. Tuvieron que aprender a confiar en la providencia divina por medio de la experiencia personal.
2. El juicio crítico es inevitable en la vida. Al recibirlo, debe ser evaluado para ver si es válido, y, en tal caso, responder positivamente para corregir lo necesario. Si no es válido, no debe tomarse personalmente; no obstante, es conveniente buscar las razones de ese concepto erróneo y buscar medios para

mejorar la percepción. Al recibir una crítica no debe uno buscar venganza ni procurar pagar en la misma moneda. Tampoco se debe criticar a los líderes cristianos sin razón. Dios tomó personalmente las quejas elevadas contra Moisés y Aarón (16:8).

3. El que trata de complacer a todos no complacerá a nadie. Debido a la naturaleza corrompida de la humanidad, no existe un líder perfecto, ni es posible que todos estén satisfechos con todos los hechos de los demás. Sin embargo, el amor cristiano respaldará, ayudará y rectificará cuando sea necesario. En tales casos todo se hará sin rencor y sin un espíritu de juicio; positivamente, se lo hará con ternura y en el vínculo del amor encontrado en Cristo.

4. Una preocupación crónica puede dañar el cuerpo humano: reduce la resistencia del cuerpo a la enfermedad, afecta negativamente el sistema digestivo y el corazón, y, si afecta al descanso, puede producir desánimo y problemas emocionales.

(b) La institución de un sistema judicial, 18:13–27. Al día siguiente Jetro observó a Moisés sentado administrando justicia mientras que el pueblo estaba de pie delante de él todo el día (v. 13). Al preguntarle qué hacía (v. 14), Moisés respondió que el pueblo venía *para consultar a Dios* y para *cualquier asunto* (vv. 15, 16a). Dijo que era juez entre ellos y les hacía *conocer las leyes* (*hukkai* ²⁷⁰⁶) y las *instrucciones* (*toroth* ⁸⁴⁵¹) de Dios (v. 16b). Servía como mediador entre el pueblo y Dios. No confiaba solamente en su propia sabiduría; les daba enseñanzas divinas en cuanto a las necesidades.

Hukkai ²⁷⁰⁶ son prescripciones o decretos legales, y en este contexto tratan de aspectos civiles de la vida (ver Jer. 32:11, *términos*; Isa. 10:1). *Toroth* ⁸⁴⁵¹ significa aquí el concepto de direcciones o estatutos religiosos (ver 12:49; 13:9; 16:4; Deut. 17:11, etc.). La palabra "ley" (*torah* ⁸⁴⁵¹) viene del verbo que significa "dirigir" o "señalar la dirección". La ley primeramente señalaba la dirección en el sentido oral; luego llegó a ser codificada y fue considerada como un cuerpo de normas (leyes) escritas. Para Israel, la ley, con sus estatutos y prescripciones, llegó a tener una influencia triple: gobernaba la vida civil, ceremonial, y moral.

En el AT, se emplea la palabra "ley" de varias maneras: (1) Para instrucciones humanas y divinas dadas para casos particulares; (2) para el decálogo o los diez mandamientos; (3) para el Pentateuco como la ley de Moisés (ver Neh. 8:2; Mat. 5:17; Luc. 24:44), y (4) para el cuerpo total de normas que gobiernan las actividades humanas, es decir, el AT mismo (comp. Juan 12:34; 1 Cor. 14:21). Exodo 18 arroja luz sobre el comienzo del proceso: Moisés funciona como juez en la creación de un núcleo primitivo de la ley hebrea (ver 20:23–23:33) y el proceso de jurisprudencia. En esto le sirve su preparación legal egipcia, su conocimiento de las tradiciones patriarcales y su experiencia con los madianitas en el desierto. A la sabiduría legal vigente se le agregarán las leyes fundamentales reveladas en los capítulos venideros.

Semillero homilético

Un consejo justo a tiempo

18:13–26

Introducción: Uno de los problemas más grandes para ministros es el estrés que resulta de demasiado trabajo durante varias semanas sin oportunidad para relajarse. Jetro observó los síntomas en Moisés y su horario que produce "burnout". Le ofreció un consejo de mucho valor, y que puede ser provechoso para todos.

El consejo se basa en un análisis objetivo de las circunstancias.
 Jetro observaba el procecer del trabajo de Moisés, v. 14.
 Jetro diagnosticaba el mal, según su parecer, vv. 17, 18.
 El consejo tomaba en consideración toda faceta de la situación, vv. 13–21.
 La naturaleza de la tarea era para juzgar por Dios, v. 13.
 La población que buscaba el consejo era grande, v. 14.
 El potencial de Moisés solo era limitado, v. 21.
 El consejo brindaba una solución adecuada al problema, vv. 21–26.
 Trajo una organización eficiente para el pueblo, v. 21.
 Incluyó un entrenamiento del personal, v. 20.
 Estableció una jerarquía de autoridad en juzgar, v. 22.
 Distinguió entre los grados de seriedad de problemas, vv. 21, 22.
 Afirmó una dependencia sana sobre el poder divino, v. 19.
Conclusión: A los ministros les gusta menos la administración que cualquier otra responsabilidad, según las encuestas hechas. Por eso, muchos ministros no saben administrar. Algunos tienen temor de delegar responsabilidades a otros, porque piensan que su autoridad disminuye. Pero el ministro sabio seguirá el consejo que Jetro dio a Moisés.

En la estructura literaria del libro, así como en Exodo 2, el anuncio del nacimiento del niño Moisés sirve como preludio a la liberación del pueblo, Exodo 18, con el nacimiento de la legislación, sirve como preludio de la dádiva de la ley constitucional que establecerá la naturaleza del verdadero pueblo de Dios (Exo. 20).

Cuando Jetro vio que la responsabilidad era demasiado pesada para un hombre solo (v. 18), le ofreció a Moisés un consejo paternal: (1) Que fuese Moisés el mediador entre Dios y el pueblo, y (2) que fuesen seleccionados hombres fieles para juzgar los asuntos comunes entre la gente (vv. 20–22; comp. las tareas de los apóstoles y diáconos en Hech. 6:1–7). Le aconsejó a Moisés que se ocupara de las tareas de intercesión y enseñanza, y juzgara únicamente los asuntos difíciles. La enseñanza de las leyes incluiría los decretos civiles (*hukkim*²⁷⁰⁶) y las instrucciones religiosas (*toroth*⁸⁴⁵¹).

Para mejorar la organización deficiente, Jetro sugirió que Moisés seleccionara subordinados para dirigir el trabajo menos difícil, poniendo jefes sobre grupos de mil, de cien, de cincuenta y de diez. Indicó cuatro cualidades esenciales para los hombres nombrados oficiales públicos (v. 21):

Semillero homilético

El ministerio de la palabra

18:13–27

Introducción: La manera en que Moisés, con el consejo de su suegro, organizó la tarea de ministrar la Palabra al pueblo en el éxodo nos ofrece principios de organización para ministrar la Palabra del Señor con eficacia.

El ministerio de la Palabra es de importancia esencial.

La tarea es instruir y dirigir a los hombres con la Palabra de Dios (v. 16, 20).

La tarea es muy grande y el tiempo es corto.

El ministerio de la Palabra requiere una organización eficiente.

Se requiere un ministerio expedito para satisfacer la urgencia y magnitud de las necesidades.

La tarea es muy pesada y requiere muchos obreros (v. 13).
 El ministerio requiere de la sabiduría del Señor para ser eficiente (v. 19).
 El ministerio requiere de oración constante (v. 19: "lleva los asuntos a Dios").
 El ministerio de la Palabra requiere buenos obreros.
 Los obreros deben ser bien seleccionados (v. 21).
 Los obreros deben ser escogidos con criterios bien definidos y probados.
 El ministerio de la Palabra debe delegar responsabilidad y autoridad de acuerdo a la responsabilidad (vv. 21, 22).
 El ministerio de la Palabra necesita atención constante.
 Atención constante para satisfacer las necesidades cuando se presenten y para anticiparlas (vv. 21, 22, 26).
 Para mantener a los obreros preparados (vv. 22, 26).
 Para supervisar a los obreros y mantener eficiente la organización.
Conclusión: Dios está con los que le sirven (v. 19), y procura hacerlo con sabiduría: Ellos ven el fruto de sus esfuerzos y el agrado de Dios.

Que fuesen capaces. La palabra viene de una raíz que significa fuerza o potencia, y se refiere normalmente a la fuerza física. En este sentido indica a hombres de valor, o héroes (ver Jos. 1:14; Jue. 6:12). También se la emplea para los hábiles o experimentados y así indica a los competentes o aptos. Frecuentemente la palabra se refiere a una calidad moral (ver Gén. 47:6; Prov. 12:4; 31:10). La LXX la traduce como hombres *potentes*. Parece bien interpretarla en el contexto como los "capaces, física y moralmente", para la tarea.

Que fuesen temerosos de Dios. Son los que tienen respeto y reverencia para Dios; son dedicados a él y firmes en su fe.

Que fuesen hombres íntegros (lit. "hombres de verdad"). Hombres de la verdad cuyas palabras podrían ser aceptadas al pie de la letra. La palabra también significa "firmeza" y "fidelidad". Se deriva de un verbo que significa "confirmar", "sostener", o "creer". Así que, un "hombre íntegro" es uno de confianza sobre el cual se puede apoyar con confianza; es confiable; es firme en palabra y hecho.

Que aborrezcan la avaricia o las ganancias deshonestas. El soborno, la coima y el testimonio falso son temas de constante preocupación bíblica; son elementos que destruyen la justicia y hacen fallar el sistema judicial.

Habiendo hecho sus recomendaciones, con autoridad Jetro animó a Moisés a llevar a cabo el programa si fuese la voluntad de Jehovah (v. 23). Para él era importante que su consejo estuviera de acuerdo con el propósito divino. Evidentemente, como sacerdote de Dios y suegro de Moisés, tenía el derecho de hablar así con él.

Joya bíblica
Escogió Moisés hombres capaces de entre todo Israel... ellos juzgaban al pueblo en todo tiempo (18:25, 26).

Moisés aceptó el consejo de su suegro y el capítulo termina con el feliz cumplimiento de la organización (vv. 24–26; ver Núm. 11:16, 17, 24–30; Deut. 1:9–18). Después, Moisés despidió a su suegro y lo acompañó a la frontera de su tierra (v. 27). Jetro no acompañó a Israel a la tierra prometida, aunque algunos de sus hijos lo hicieron (Jue. 1:16). Con el cap. 18 se terminan los temas de la opresión, la liberación y el viaje a Sinaí.

II. EL PACTO ESTABLECIDO, 19:1–24:18.

1. EL PACTO CONFIRMADO EN SINAÍ, 19:1-25.

Jehovah había demostrado su soberanía sobre los dioses de los egipcios y sobre la naturaleza. Había librado a Israel de

³

1. EL PACTO CONFIRMADO EN SINAÍ, 19:1-25.

Jehovah había demostrado su soberanía sobre los dioses de los egipcios y sobre la naturaleza. Había librado a Israel de la esclavitud y los había llevado con seguridad por las aguas del mar. En el desierto les había satisfecho las necesidades básicas de la vida y los había protegido contra el enemigo. Los había conducido a Sinaí y ahora les enseñaría que era también Señor de la vida cotidiana del hombre.

Dos importantes temas teológicos con los cuales el autor ha tratado son la elección y las promesas (especialmente la de la presencia divina con los suyos, ver 3:12). En esta sección nueva del libro se agregan dos más, el del pacto y el de la ley. Los cuatro temas vienen a ser vitales en la enseñanza del AT.; las promesas acompañan la elección y la ley acompaña el pacto. Las promesas no deben interpretarse independientemente del propósito de la elección divina del pueblo, ni tampoco debe separarse el propósito de la ley del contexto del pacto.

Dios eligió al pueblo para ser un instrumento de su redención del mundo; las promesas son medios para cumplir con el propósito de la elección. Los elegidos fueron libres de aceptar o rechazar la oferta de Dios. Al aceptarla, entraron en un pacto con el Señor, el Gran Rey, como vasallos, y le prometieron obedecerlo con toda fidelidad; la ley fue dada para indicar las estipulaciones del pacto y cómo obedecer a Dios. El propósito de la elección no era enriquecer al elegido por medio de promesas garantizadas por el Señor. Tampoco era el propósito de la ley mostrar la manera de establecer el pacto, o relacionarse, con el Señor; la ley no salva. El pacto se basa sobre la gracia de Dios y la respuesta libre del hombre en aceptar por fe la oferta divina. La ley explica cómo vivir en la comunidad del pacto.

Los caps. 19–24 forman el eje, o el centro teológico, del libro, y en realidad son el núcleo principal del Pentateuco mismo. (El pacto con Abraham había sido entre Dios y una persona; el pacto de Sinaí sería entre Dios y el pueblo, los descendientes del patriarca). Los caps. 1–18 son un preludio a la formación del pacto entre Jehovah y el pueblo, y los capítulos que siguen son un postludio al tema central. Como céntricos, los caps. 19–24 merecen un estudio cuidadoso.

Durante la estadía de casi un año en Sinaí (ver 19:1 con Núm. 10:11, 12), sucedieron tres hechos de suma importancia: (1) Dios apareció al pueblo como había aparecido antes a Moisés; sin embargo, esta vez la revelación sería por convulsiones naturales (ver 3:1–6 y 19:16–19); (2) Dios estableció un pacto con Israel; (3) Dios dio la ley para indicar la naturaleza del pacto y para guiarles en el cumplimiento de sus obligaciones. El pacto llevaba consigo un compromiso; era una demanda que requería obediencia, y era una entrega a Dios que exigía una vida limpia, o santificada.

Antes de estudiar el texto, conviene analizar brevemente el concepto del pacto en el AT. Muchos estudios recientes indican su importancia para comprender mejor la relación de Israel con Dios. Además, los hallazgos arqueológicos modernos arrojan luz sobre la forma del pacto bíblico.

Por siglos los comentaristas pensaban que el pacto entre Dios e Israel era único. No conocían ninguno similar en el Medio Oriente; entonces, siendo que el pacto divino no era uno entre otros

³Carro, Daniel ; Poe, José Tomás ; Zorzolia, Rubé O.: *Comentario Bíblico Mundo Hispano Tomo 2: Exodo*. Editorial Mundo Hispano, 1994; 2003, S. 128

iguales, lo consideraron como uno totalmente diferente. En contraste, hoy se ha documentado, de entre 1500 a 700 a. de J.C., una forma de pactos hechos entre un rey grande y sus súbditos o vasallos; se los llama pactos de soberanía. En la época de Moisés los empleaban los reyes hititas y la forma es similar a la usada al establecer el pacto entre Jehovah e Israel. Lo analizaremos después de estudiar el uso bíblico del concepto del pacto.

La palabra “pacto” (*berith*¹²⁸⁵) aparece por lo menos 262 veces en el AT. Ocurre unas 12 veces en Exodo, 27 veces en Deuteronomio y se encuentra con frecuencia en Jeremías (23 veces), Ezequiel (17 veces) e Isaías (12 veces). También juega un papel importante en los libros de Oseas (5 veces) y Malaquías (6 veces).

*Berith*¹²⁸⁵ tiene dos posibles raíces verbales: (1) “comer” y de allí “tener comunión con”; (2) “ligarse”, “atar”, “unir”, o “vincularse con”. Las dos raíces son similares y provienen de Asiria, donde eran usadas en los cultos; posiblemente la palabra hebrea incluye las dos ideas. De todo modos, el significado de “vínculo”, o “grillete” parece ser el significado básico.

Un pacto era un contrato o un tratado que ligaba a dos partes en vínculos estrechos. Así se ve la importancia del concepto especialmente en los libros proféticos; por infidelidad de parte de Israel se había anulado el pacto, o lo que vinculaba a Israel con Dios. Los profetas soñaban en el día cuando hubiera un nuevo pacto y un nuevo Israel para que fuese ligado, o unido, una vez más el pueblo con el Señor. Las buenas nuevas del NT anuncian el advenimiento de ese día con el nacimiento del Señor Jesucristo.

Con frecuencia se habla en el AT de “cortar un pacto”. Parece que la expresión vino de la costumbre de matar un animal sacrificial y cortarlo en dos partes, las cuales se separaban dejando espacio entre ellas. Los que entraban en el pacto tenían que pasar en medio de las mitades (ver Gén. 15:17, 18; Jer. 34:18, 19). El ritual era simbólico: si uno quebraba el pacto o dejaba de cumplir con sus obligaciones, sufría una suerte similar a la del animal sacrificado.

El AT tiene una variedad de pactos: un pacto individual entre iguales, llamado pacto de paridad, como en el caso entre David y Jonatán (1 Sam. 18:1–4; ver Gén. 31:44); un pacto entre tribus o naciones (ver Jos. 9:3–27), y el pacto de soberanía que aparece en Exodo (19:3–8, 20:1–17; ver también Deut. y Jos.).

En los pactos de soberanía fuera de la Biblia, el soberano se llamaba a sí mismo el “rey de reyes” y el “señor de señores” (ver el uso de los términos en Apoc. 17:14 y 19:16). Por medio de estos títulos pretendía tener autoridad absoluta sobre los demás reyes. Se notan las pretensiones al comparar la forma de un tratado, o pacto, de los hititas con el de Exodo.

1. Se identifica el gran rey dando su nombre, títulos y atributos (ver 20:2).
2. Se relatan los hechos históricos que preceden al tratado recalcando las actividades benévolas del gran rey a favor del vasallo (ver 19:4; 20:2).
3. Se prohíben, en la mayoría de los tratados, alianzas con otras potencias (ver 20:3).
4. Se indican las estipulaciones u obligaciones del vasallo, lo que debe hacer y lo que está prohibido hacer (ver 20:4–17).
5. Se indica el lugar donde se guardará el tratado y se especifica que será leído anualmente al pueblo (ver 24:3; Deut. 31:9–11).
6. Se nombran a los dioses del gran rey y del vasallo como testigos del tratado. En cuanto al Exodo, no se encuentra esta cláusula; sin embargo, se invocan los profetas, los cielos y la tierra como testigos contra Israel por profanar el pacto (ver Isa. 1:2; Jer. 2:12).
7. Concluyen normalmente con una lista de las bendiciones por obedecer el tratado y una de maldiciones por desobedecerlo (ver 23:20–33; Deut. 27, 28).

El tratado de soberanía no era desconocido en la época, y Moisés, preparado para el servicio diplomático egipcio, entendía su significado. Dios lo había preparado de antemano. Sin embargo, el pacto de Jehovah iba más allá del tratado de soberanía. No obstante, el empleo de una fórmula corriente reforzaba el significado del pacto: Jehovah era Rey Soberano, Rey de reyes y Señor de señores. Por su gracia había elegido a una gente débil y le había ofrecido su protección como un pueblo vasallo. Sin embargo, su oferta no era un contrato, sino que era entrar en una relación personal con él. El establecer el pacto significaba la obligación de Israel de obedecer las estipulaciones de ello; el pacto era condicional. El no cumplirlas significaba perder el derecho de recibir las promesas del pacto. El pacto con Jehovah era más que un tratado de soberanía; sin embargo, empleaba mucho de la fórmula de uno para clarificar la relación de Israel con el Señor.

El AT tiene una palabra especial para el compromiso personal de ser un miembro de la comunidad del pacto. La palabra es *hesed*²⁶¹⁷, un término que no puede traducirse fácilmente con una sola palabra. Lleva en sí las ideas de amor, lealtad y una compasión activa a favor de una necesidad. Se la traduce de varias maneras: “amor”, “misericordia”, “amor leal”, “bondad” y “fidelidad”.

*Hesed*²⁶¹⁷ es una de las palabras más ricas del AT y se la emplea (1) en relación con la actividad de Dios para con el hombre, (2) como la respuesta del hombre al *hesed*²⁶¹⁷ de Dios, y (3) en las relaciones de los hombres entre sí. Del lado divino es su misericordia la que indica un amor inmerecido y fiel siempre; del lado humano hacia Dios es una fidelidad expresada por un amor leal; del lado humano hacia los semejantes indica un amor bondadoso que es fiel a los principios del pacto. *Hesed*²⁶¹⁷ es la palabra magna del pacto; se relaciona con el pacto y sus implicaciones se derivan del pacto.

Es importante notar los pactos principales del AT. El primer pacto fue hecho con Noé y no se indica ninguna condición para ello (Gén. 6:18; 9:8–17). El segundo fue hecho con Abram y tampoco se indica una condición (Gén. 12:1–3; 15; 17:1–14). El tercer pacto fue hecho con Israel en Sinaí y era condicional (Exo. 19–20). El cuarto fue hecho con David y no incluye una cláusula condicional (2 Sam. 7:8–16). Al interpretar la palabra de Dios, siempre es importante que se la entienda a la luz del contexto en el cual se encuentra. La Palabra de Dios es fiel; nunca falla. La palabra del interprete es falible; siempre se debe buscar reverentemente la dirección del Espíritu Santo en la interpretación.

Semillero homilético

El pacto con Dios

19:3–8

Introducción: El pacto que Dios hizo con el pueblo de Israel tiene los principios del Nuevo Pacto en la sangre de Cristo que Dios ofrece ahora a todos.

El pacto es propuesto por Dios (v. 3).

El toma la iniciativa para buscarnos y acercarnos a él (v. 4; Luc. 19:10; Juan 4:23).

El propósito de su pacto es salvarnos (v. 4; Jer. 31:31–34).

Su buena voluntad se manifestó antes del pacto (v. 4).

El pacto trae privilegios incomparables.

Cuidado especial de Dios (v. 4).

Nos convierte en reyes (v. 6).

Nos convierte en sacerdotes (v. 6).

Representantes de Dios ante el pueblo.

Todos iguales delante de Dios.
 Con acceso directo a Dios.
 Nos hace parte del pueblo de Dios (v. 6).
 Un nación santa (v. 6).
 Una nación con una patria celestial.
 El pacto requiere obediencia del hombre.
 La obediencia es para nuestro propio bien.
 Lo que se espera de nosotros es ínfimo, en comparación a las bendiciones.
 La obediencia es coherente con nuestro papel de sacerdotes, e indispensable para cumplirlo.
Conclusión: El pacto que Dios hizo con Israel, aunque lleno de bendiciones, es inferior al Nuevo Pacto que ofrece a todo el mundo por medio de Cristo. A este Nuevo Pacto se entra individual y voluntariamente. ¿Has entrado ya al pacto con Dios?

(1) La llegada a Sinaí, 19:1, 2. Después de viajar por casi tres meses, el pueblo llegó al *desierto de Sinaí* (v. 1). La palabra “desierto” se refiere generalmente a un lugar sin habitación, y aunque era un lugar inhóspito no carecía de toda vida vegetal. Aunque incierto, parece mejor identificar el monte Sinaí con Jebel Musa (“Monte de Moisés”) que está a ochenta y ocho kilómetros al norte del extremo sur de la península de Sinaí. Alcanza una altura de 2.275 m. sobre el nivel del mar y se eleva unos 790 m. sobre la meseta que lo rodea. Es un lugar aislado, silencioso, árido y rocoso. Los visitantes hablan de un macizo de granito rosado con el pico de Sinaí elevándose majestuosamente. Por todos sus lados corren valles angostos y al nordeste está situado el monasterio de Santa Catalina. Desde este lugar hay un caminito por el que se puede subir al monte con comodidad en aproximadamente una hora u hora y media.

(2) El pacto ofrecido, 19:3–9. El momento era dramático. Moisés, de regreso de Egipto, había traído al pueblo consigo para acampar *en el desierto frente al monte* (v. 2). La misión estaba cumplida (ver 3:10–12) por lo que subió el monte, al lugar donde todo comenzó, para encontrarse una vez más con Dios (v. 3). Sin duda pensaba que su tarea había terminado y que podía dejar al pueblo en manos de Jehovah. Era hombre mayor y recientemente se había reunido con su esposa e hijos. La misión había sido ardua y, con la libertad de Israel lograda, soñaba en días tranquilos cuando pudiera relajarse y gozar de un trabajo felizmente terminado. No se daba cuenta de los largos años que todavía le esperaban tratando de dirigir a una gente indisciplinada a constituirse en una comunidad de fe ligada a su Redentor.

Una vez más Dios le habló, dándole un mensaje para los hijos de Israel. El mensaje tenía dos partes: En primer término, como en los tratados hititas, les recordaba sus grandes hazañas hechas a favor del pueblo y el cuidado que les había dado durante el camino desértico, *cómo os he levantado a vosotros sobre alas de águilas y os he traído a mí* (v. 4). La meta de la liberación no era una montaña distante y misteriosa, sino que era traer al pueblo a Dios mismo para que tuviera una relación personal con él. Años más tarde Moisés empleaba la metáfora en Deuteronomio 32:10, 11: *Lo halló en tierra desértica,... Lo rodeó, lo cuidó,... como el águila que agita su nidada, revolotea sobre sus polluelos, extiende sus alas, los toma, y los lleva sobre sus plumas.*

Semillero homilético

Las promesas seguras

19:4; Deuteronomio 32:10–12; 24:27

Introducción: El Señor nunca promete una vida fácil y libre de sufrimientos; sin embargo, sí promete una vida victoriosa por medio de su presencia con

los suyos. Esto se ve en la vida de Israel, y también en las promesas a Aser (Deut. 33:24, 25): habría bendiciones en una vida dura ("de hierro y bronce sean tus cerrojos" v. 25).

"Y tu fuerza sea como tus días" (Deut. 33:25b).

Dios no siempre provee lo necesario de antemano, sino lo hace cuando aparece la necesidad. (Ver las experiencias de Israel en el viaje del mar hasta Sinaí.)

"El eterno Dios es tu refugio" (Deut. 33:27).

Con un refugio (nido) tan seguro y fuera del alcance de las fieras de este mundo, "no temeré mal alguno" (Sal. 23:4). La preocupación se transforma en victoria. ¡El es nuestro refugio!

"Abajo están los brazos eternos" (Deut. 33:27).

Siempre los fuertes brazos eternos están cerca para agarrar a cualquiera que se lanza en fe para hacer la voluntad del Señor.

Conclusión: Son tres las promesas seguras del Señor para todos los que aceptan su oferta de participar con fe y obediencia en la comunidad del pacto. ¿Quiere usted ser miembro de la familia de Dios? ¡Acéptelo ahora mismo!

Después le dio la parte principal del mensaje: Dios les ofrecía la oportunidad de entrar en pacto con él. La oferta se introdujo con palabras, *Ahora pues, si...* (v. 5). La entrada de Israel en el pacto sería el resultado de su propia y libre elección. Para poder elegir, era necesario escuchar la voz de Dios (v. 5: ver Rom. 10:13–15; nótese que en el hebreo el verbo “escuchar” [lit. *oír*] significa también “obedecer”. El oír verdaderamente a Dios significaba obedecerle.). No obstante, una vez elegido, el pacto tenía que ser observado de acuerdo con las condiciones establecidas por Dios. Debe notarse que la liberación de Israel no era el resultado de su obediencia, sino que su obediencia era el resultado de la liberación.

Por medio de aceptar y guardar el pacto, Israel tendría una relación única con Dios. “Guardar” significa cuidar o estar encargado de algo (ver Gén. 2:15 [el jardín]; 1 Sam. 7:1 [el arca]; 22:7 [una propiedad]; Gén. 41:35; etc.). Aquí significa cuidar, o guardar el pacto del Señor (ver Deut. 29:9; 1 Rey. 11:11). Esto implica una responsabilidad doble: guardarlo en el sentido individual de obedecer sus enseñanzas en la vida personal, y estar encargado de él para compartirlo con los demás.

Semillero homilético

El pacto ofrecido y sellado

19:3–8; 24:1–11

Introducción: El pacto era central en la fe de Israel. Dios tomó la iniciativa para dárselo al pueblo, e Israel lo aceptó libremente sellándolo con una ceremonia especial en el monte Sinaí.

El pacto ofrecido (19:3–8).

El Dios del pacto (19:3, 4).

El pueblo del pacto (19:5).

El propósito del pacto (19:6).

El pacto aceptado voluntariamente (19:7, 8).

El pacto sellado (24:1–4).

El pacto repasado (24:1–4).

La sangre del pacto (24:5, 6, 8).

La presencia del Dios del pacto (24:10).
La comida (cena) de comunión del pacto (24:11).
Las estipulaciones del pacto (24:12–14; 20:1–7).

Conclusión: Los requisitos del pacto tienen que ser obedecidos. No se salva uno por obedecerlos; sin embargo, los salvos por la fe quieren ponerlos en práctica por el amor que tienen para con Dios y por el valor que éstos representan para la vida espiritual y social. Dios, el creador del universo y redentor del ser humano rebelde, tiene la capacidad y el derecho de instruir a los suyos sobre cómo andar en su reino. Tal como el padre humano enseña a su hijo a caminar, así también el Padre celestial enseña a sus hijos a andar con él en el camino de la vida.

Tres características entran en esta singularidad y están relacionadas con el propósito divino de elegir a Israel: Debía ser un pueblo especial, debía ser un reino de sacerdotes y debía ser una nación santa (vv. 5, 6). Debido a su importancia teológica, las examinaremos más detalladamente.

Un pueblo especial es la traducción de la palabra *segullah*⁵⁴⁵⁹, que puede significar un tesoro especial de un rey (ver 1 Crón. 29:3; Ecl. 2:8), o puede referirse simbólicamente a Israel como un tesoro especial (ver Deut. 7:6; 14:2; 26:18; Sal. 135:4; Mal. 3:17). En la antigüedad, el rey era considerado dueño de todo de su país; sin embargo, a él le daba poco placer poseerlo en una forma abstracta. Entonces, tenía en su palacio un cuarto, o tesorería, donde guardaba los tesoros más preciosos para él. Allí podía tocarlos y satisfacerse al tenerlos a mano. Ese lugar era su *segullah*.⁵⁴⁵⁹ En cuanto a Dios, dijo que Israel sería para él *un pueblo especial entre todos los pueblos. Porque mía es toda la tierra* (v. 5). El Señor no renunciaba su derecho sobre las otras naciones. El llamamiento de Israel era más bien porque toda la tierra le pertenecía. Dios tenía un propósito universal en elegir a un pueblo para ser su tesoro especial. Se había declarado el mismo propósito a Abram al llamarlo: ... *Y en ti serán benditas todas las familias [naciones] de la tierra* (Gén. 12:3b). Por medio de Israel, el pueblo elegido, Dios quiso bendecir a todas las demás naciones. Israel iba a ser un medio o un instrumento en las manos de Dios para la redención de todas las naciones.

Un reino de sacerdotes (v. 6). Esta frase aparece sólo aquí en el AT (ver Isa. 61:6 para algo similar). La LXX la traduce “un sacerdocio real”, y 1 Ped. 2:9 sigue esta traducción (ver también Apoc. 1:6; 5:10; 20:6). Dos posibles interpretaciones de la frase son: (1) Todos los israelitas iban a ser sacerdotes. Así que todos tendrían derecho al acceso directo a Dios. Con la madurez espiritual, no necesitarían más tener intermediarios para que lograsen comunión con Dios. Después de Martín Lutero, cuando los protestantes hablan del “sacerdocio de cada creyente”, se refieren a este principio. (2) Israel misma iba a ser una nación sacerdote. No es que Israel iba a ser una nación compuesta totalmente de individuos que eran sacerdotes, sino que la nación colectivamente iba a servir como una nación sacerdotal. Un sacerdote servía como un intermediario entre los individuos y Dios y viceversa. Lo que hacía un sacerdote individualmente entre las personas, la nación de Israel iba a hacerlo entre las naciones. La nación debía ejercer un papel sacerdotal en beneficio de todas las naciones; debía hacer intercesión por ellas, debía instrirlas en el camino del Señor, y debía indicarlas el camino de la salvación. En este sentido, el propósito divino era que Israel fuese una nación misionera al mundo. De las dos posibles interpretaciones, la segunda parece la más indicada.

Una nación santa (v. 6). La misión de Israel estaba fundada en el carácter moral. Un pueblo especial para Dios y una nación sacerdotal-misionera tendría que reflejar la naturaleza del Rey que representaba. Israel debía ser separada o apartada porque pertenecía a Dios.

Por ejemplo, un día es santo cuando se lo aparta de los demás días y se dedica al servicio de Dios. Un lugar llega a ser santo cuando está relacionado con una revelación especial de Dios. Una persona llega a ser santa cuando se consagra a Dios. En este sentido, la santidad es un concepto positivo más bien que uno negativo; es decir, es por lo que se hace en vez de por lo que no se hace. El ser separado no hace que una cosa sea santa; el pertenecer a Dios y participar de su naturaleza lo hace.

Para Israel el privilegio de pertenecer a Dios y vincularse con él por medio del pacto llevaba una responsabilidad de ser santo. La santidad y el llamamiento a la vocación redentora eran inseparables. El ser una nación especial y una nación sacerdote requería una entrega total a Dios. La entrega implicaba responsabilidad, y para cumplir con ella la nación tendría que vivir una vida santa.

Sobre alas de águila

Las águilas construyen sus nidos en precipicios escarpados de las montañas, en lugares libres del peligro de animales rapaces. Al crecer los aguiluchos, los padres agitan la nidada empujándolos al vacío, fuera de la seguridad del nido, para obligarlos a intentar volar. Antes que el aguilucho, chillando y batiendo las alas caiga sobre las rocas, la madre, en una bajada repentina lo recibe sobre su espalda y, con la fuerza de sus alas enormes, lo lleva de vuelta a la seguridad del nido. Sin embargo, repite la experiencia una y otra vez hasta que el aguilucho aprende a extender sus alas y a volar sobre las corrientes de aire con serenidad. Así es como aprende a elevarse por encima de las tormentas que suelen abatir los picos y valles abajo.

Muchas veces el Señor tiene que trabajar así con los suyos. Agita la nidada para que salgamos de la seguridad del hogar o del compañerismo de la iglesia y vayamos al mundo para servirlo. Protestamos y resistimos; sin embargo, abajo están sus brazos eternos (Deut. 33:27).

Dios no forzó el pacto y la misión sobre Israel. Dijo a Moisés: *Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel* (v. 6b). Moisés *volvió y llamó a los ancianos* y les repitió las palabras del Señor (v. 7). Los ancianos eran libres de aceptarlas o rechazarlas. Con entusiasmo, *todo el pueblo respondió a una, y dijo: ¡Haremos todo lo que Jehovah ha dicho!* (v. 8; ver 24:3, 7) El pacto fue ofrecido libremente y aceptado libremente.

Aunque el Señor lo sabía, Moisés le informó de la decisión del pueblo. Entonces, Dios dijo que iba a acercarse al pueblo en una densa nube para que el pueblo escuchase mientras hablaba con Moisés. Por medio de la teofanía, el oficio de Moisés como el mediador divinamente elegido sería confirmado (v. 9).

(3) La purificación del pueblo, 19:10–15. Dios es santo y mandó que el pueblo se santificara y se preparara para el tercer día, cuando él descendería sobre el monte. El pueblo debía prepararse espiritual y físicamente para el encuentro; debía prestar atención al corazón y a la apariencia física. El Santo de Israel debía recibir el respeto que le correspondía.

En primer término, debía lavar su ropa (v. 10). La orden significaba llevar ropas limpias y dignas en el ejercicio de lo sagrado (ver Gén. 35:2; Lev. 11:25, 28, 40). En el desierto, con la escasez de agua, no era fácil mantener los vestidos limpios; sin embargo, para presentarse ante el Señor, aun con sacrificio, se debía hacerlo de la mejor manera posible.

Completa seguridad

Una niña de tres años, parada sobre el mostrador en la sección de venta de telas, hablaba con la empleada. De repente, vio que su abuelo, el dueño del negocio, se acercaba. Con un grito de alegría comenzó a correr hacia él tan rápido como pudo. Al llegar a la orilla del mostrador se lanzó a los brazos de su querido abuelo, que la rodearon con seguridad y ternura.

Ella tuvo fe en el amor y cuidado del abuelo.

Si hay una confianza así en un ser humano, ¿no habrá una mayor para el creador, que ama y promete sostenernos en el camino? Sin embargo, para conocerlo hay que lanzarse en fe y en obediencia a su voluntad. Al hacerlo, tenemos la seguridad de encontrar extendidos los brazos eternos para salvarnos y sostenernos en la vida.

En segundo lugar, no debía sobrepasar los límites puestos por Dios: *no subáis al monte ni toquéis su límite* (v. 12). En el día del encuentro del pueblo con Dios, el monte Sinaí se convertiría en un recinto reservado para la divinidad (ver más tarde el lugar santísimo del tabernáculo). Dios era santo; no debían ser demasiado familiares con él, tratando de llegar demasiado cerca de su presencia. No debían ser demasiado curiosos, tratando de verlo de cerca, ni debían buscar reliquias religiosas del lugar santo.

El ser humano prefiere vivir por vista en vez de por la fe, y está dispuesto a transferir la devoción debida a Dios hacia objetos materiales. Además, la tendencia humana es a ceder fácilmente a la tentación de comercializar lo religioso con la venta de supuestas reliquias santas. *Guardaos. . . cualquiera que toque el monte, morirá irremisiblemente* (v. 12).

Finalmente, en cuanto a la preparación, Moisés mandó que se abstuviesen de relaciones sexuales (v. 15; ver Lev. 15:18). No era que el sexo fuera considerado malo o un pecado; al contrario, se lo miraba como una función buena creada por Dios (ver Gén. 1:28, 31). El pecado del sexo no era su uso debido, sino su abuso. El pueblo debía tener un propósito singular en prepararse para el encuentro con Dios; consecuentemente, debía hacer a un lado cualquier distracción que lo impidiera. Dios era santo; el acercarse a él era asunto serio y debía cumplirse con reverencia.

(4) La venida del Señor, 19:16–25. El relato se carga de drama, de emoción, de asombro y de terror. El día esperado llegó y el Señor descendió al monte. La descripción del acontecimiento da la impresión de una fuerte tormenta montañesa acompañada por acción volcánica. Había una densa nube sobre el monte con relámpagos y truenos; además, había humo y temblores (vv. 16, 18; ver Jue. 5:4, 5; 1 Sam. 12:17; Sal. 18:7–15; 29). A los truenos que retumbaban por los valles se agregó el sonido misterioso de la corneta, *y todo el pueblo que estaba en el campamento se estremeció* (v. 16).

En la época bíblica el toque de la corneta significaba el llamado al culto, la advertencia de algún peligro, o el arribo o la presencia de la realeza. No se indica en el texto cuál de los tres significaba. Tal vez el autor quiso incluir los tres. Con todo, el pavor y el terror sobrecogían a la gente en el campamento (v. 16), y Moisés les hizo salir al encuentro de Dios. Entonces, se detuvo el pueblo *al pie del monte... y todo el monte se estremeció en gran manera* (vv. 17, 18).

Verdades prácticas

1. El Señor demuestra quién es por lo que hace. Por medio de la naturaleza de sus hazañas, tiene el derecho de hacer demandas morales como estipulaciones del pacto.
2. Las estipulaciones morales del pacto demuestran el amor de Dios hacia

su pueblo: desea lo mejor para los suyos.

3. Por medio de librar a Israel y de exigir que fuera una nación santa, Jehovah mostró la naturaleza de su plan misionero. El es creador de todo el universo y a él le pertenecen todas las naciones del mundo. El no quiso obligarlas a reconocerlo como Señor por medio del poder, sino que optó por formar al pueblo de Israel para revelar su santidad reflejándola en la vida de la nación. Así entonces, eligió a Israel para ser una nación santa, es decir, una nación misionera. La santidad refleja la naturaleza de Dios, y, a la vez, es un poder activo en la redención mundial.

Mientras tanto, se intensificaba el sonido de la corneta y *Moisés hablaba, y Dios le respondía con truenos* (v. 19), y le llamó *a la cumbre del monte* y *Moisés subió* (v. 20). Dios le dijo a Moisés que bajase para advertir a la gente que no se acercara demasiado al monte (v. 21); sin embargo, Moisés disintió de la necesidad de tener mayor protección. Decía que el pueblo había sido instruido; ya sabía que el monte era santificado (v. 23). Moisés, el profeta de Dios, había llegado a ser un gran intercesor del pueblo ante Jehovah; llevaba la causa del pueblo a Dios y la defendía ante él. Su ministerio iba aumentando, y a los papeles de profeta y legislador se agregó el de sacerdote.

La indicación de santificar *también los sacerdotes* (v. 22) probablemente se refiere a los cabezas de las familias, o a los líderes de los clanes, que cumplían tal función en aquella época (ver Gén. 15:9, 10, etc.). No se había designado todavía a Aarón y sus hijos como sacerdotes (ver 28:1).

Después del intercambio, Jehovah le indicó a Moisés que descendiera y trajera de vuelta a Aarón consigo. No obstante, los demás del pueblo, incluyendo a los sacerdotes, no debían traspasar el límite establecido para la zona de seguridad (v. 24).

Finalmente, todo estaba preparado para la gran revelación del Señor, y Moisés volvió al pueblo *y se lo dijo* (v. 25). ¿Qué fue lo que dijo? De acuerdo con el estilo literario, parece que hace falta en el texto precisamente lo que Moisés dijo a ellos; sin embargo, se supone que era la información de lo que el Señor le había dicho en el encuentro. Con todo, se ha preparado el escenario para la revelación del Decálogo.

2. EL DECÁLOGO: LA CONSTITUCIÓN MORAL DEL PUEBLO, 20:1-20

Semillero homilético

Tres verdades acerca de Dios

20:1–17

Dios vive y es persona. Se afirma su existencia y se declara su nombre: "Yo soy Jehovah tu Dios. . . " (20:2; Deut. 6:4).

Dios habla a los hombres. Moisés oyó su voz: Dios se revela a sí mismo.

Dios guía en la vida diaria. Los diez mandamientos muestran que Dios se interesa en la vida total de cada persona. Los diez mandamientos son aplicables para la vida particular, social, comercial y religiosa.

Los diez mandamientos, o las diez palabras, son principios fundamentales para la vida y ética del AT, y forman la base para la legislación de Israel. Después de la Pascua, el decálogo constituye el segundo de los dos enfoques fundamentales del libro de Exodo, y se repite en Deuteronomio 5:6–21 con unas pocas variaciones.

¿Cómo debía vivir la nación santa (19:6)? El pueblo elegido necesitaba una constitución y el Señor se la dio en la forma del decálogo (vv. 2–17). El capítulo describe, además, el temor del

pueblo ante la presencia y la revelación de Jehovah (vv. 18–21), e introduce la división del escrito conocido como *Libro del Pacto* (20:21–23:33).

Los Diez Mandamientos tratan dos temas: La relación correcta entre el pueblo y Jehovah y la relación buena entre los miembros de la comunidad. A pesar de que algunos consideran que la división incluye cinco reglas para cada sección, parece mejor dividir las en cuatro (vv. 2–11) y seis (vv. 12–17; ver Mat. 19:18, 19).

La constitución moral de Israel es positiva en su expresión y en su empuje. La expresa de dos maneras: (1) Por el uso de tres verbos positivos y (2) por el empleo de las formas negativas. Los verbos positivos, *yo soy* (v. 2), *acuérdate* (v. 8) y *honra* (v. 12), introducen tres principios positivos: La relación correcta con Dios (vv. 2–7), la manera correcta de adorar a Dios (vv. 8–11) y la manera correcta de vivir en la comunidad del pacto (vv. 12–17). Las expresiones negativas explican lo que significan los conceptos positivos e indican en sí elementos positivos. Una prohibición veda la acción en una área solamente, dejando otras áreas sin restricciones. Un mandamiento positivo es más inclusivo: Se puede hacer únicamente lo especificado y se dejan áreas más grandes totalmente excluidas. Un mandamiento positivo no permite contemplar experiencias fuera de la cultura o tecnología de aquel momento. Las prohibiciones anuncian principios y no formulan un código legal. Cada generación y cultura tendrán que aplicar los principios eternos a su época.

Lo negativo también indica que hay limitaciones puestas sobre la libertad absoluta. Las reglas son dirigidas al individuo (notar el uso de la segunda persona singular) que vive en la comunidad del pacto. Son individuales en forma; sin embargo, son colectivas en aplicación. El individuo está relacionado estrechamente con el grupo. Israel, como nación, estaba en el jardín de infantes. Tal como un niño tiene que aprender la obediencia antes de entender por qué hacerlo, el pueblo tuvo que pasar por la etapa del temor, la falta de sazón, antes de poder comprender una lealtad que resulta en el amor (ver Juan 14:15). Los Diez Mandamientos son leyes que contrarrestan la tendencia del ser humano hacia un comportamiento egoísta, y ponen freno sobre el comportamiento antisocial. Las reglas éticas sirven de guía para el individuo y de protección para la comunidad contra abusos particulares; favorecen el bienestar del pueblo sobre la libertad del individuo.

La palabra hebrea para ley es *torah* ⁸⁴⁵¹, que proviene de una raíz que significa "arrojar", "tirar", o "disparar". El significado derivado es "señalar", "enseñar", o "mostrar el camino". Así pues, la ley significa instrucción, dirección, o revelación divina. Como tal, la ley es una parte fundamental de la revelación del pacto que enseña al pueblo de Dios cómo vivir diariamente.

Para los fieles de Israel, la ley era una bendición (ver Sal. 1:2; 19:7–11; 119, especialmente v. 97; Gál. 3:19–25; Rom. 3:19, 20; 5:13, 20; 7:7). Jesús dijo de ella: *No penséis que he venido para abrogar la Ley o los Profetas. No he venido para abrogar, sino para cumplir* (Mat. 5:17). Por supuesto, se debe hacer una distinción entre la ley del AT y las tradiciones orales de los rabinos derivadas de la ley. En la época de Jesús los fariseos habían dejado al lado los principios de la ley y habían instituido un sistema legal, detallado y complicado, de cómo cumplir con todas las categorías identificadas de ella.

Una vez le preguntaron a Jesús por qué sus discípulos no andaban de acuerdo con la tradición de los ancianos, sino que comían pan con las manos impuras. Jesús les respondió que ellos, los que hacían la pregunta, habían dejado los mandamientos de Dios y se habían aferrado a la tradición de los hombres (Mar. 7:5–8). Jesús no asignaba igual validez a la tradición oral de los rabinos que a la Torah del AT. Estaba dispuesto a hacer a un lado una ley particular en obediencia a una ley superior (Mat. 5:17–48).

	A	B	C
	(Judía)	(Evangélica)	(Católica)
I	v. 2	vv. 2–3	vv. 2–6
II	vv. 3–6	vv. 4–6	v. 7
III	v. 7	v. 7	vv. 8–11
IV	vv. 8–11	vv. 8–11	v. 12
V	v. 12	v. 12	v. 13
VI	v. 13	v. 13	v. 14
VII	v. 14	v. 14	v. 15
VIII	v. 15	v. 15	v. 16
IX	v. 16	v. 16	v. 17a
X	v. 17	v. 17	v. 17b

Entre las diferentes tradiciones religiosas hay varias opiniones en cuanto a la manera de dividir los Diez Mandamientos. Todos están de acuerdo con el número diez; sin embargo, se presentan diferentes caminos. Usted puede identificarlas por medio del esquema anterior con los versículos que corresponden: "A" representa la posición de los judíos en general; "B" indica la interpretación de Josefo, los padres de la iglesia y los evangélicos en general; "C" corresponde a la división católicorromana y luterana.

De estas divisiones, la mejor parece ser la de los evangélicos (B) y será la empleada en la discusión del texto.

La forma literaria de los Diez Mandamientos es la de la ley apodíctica, o incondicional. Esta forma significa una ley categórica y absoluta. Son breves mandamientos o prohibiciones sin especificar cómo deben ser cumplidos. Son leyes fundamentales entregadas por Dios y deben ser cumplidas. No admiten discusión ni aprobación popular. Son irrevocables; son mandamientos divinos que deben ser obedecidos.

Semillero homilético

El único Dios

20:3

Introducción: En los vv. 1 y 2 Dios principia declarando su autoridad para darles la serie de mandamientos que enseguida va a promulgar por medio de Moisés. "Yo soy Jehovah tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud" (v. 2).

El primer mandamiento afirma la existencia y el gobierno de Dios.

No discute el asunto: simplemente lo declara.

Sus atributos naturales: omnipotencia, omnisciencia, omnipresencia, lo hacen digno de gobernar nuestra vida.

El primer mandamiento niega el politeísmo, el ateísmo y el materialismo.

Politeísmo:

Griegos y romanos.

Chinos.

Ateísmo.

Materialismo.

Prohíbe que haya lealtad y obediencia a cualquier persona o cosa antes que a él. En ese tiempo creían en el henoteísmo; aceptaban la existencia de

muchos dioses, pero a un grupo pequeño de dioses daban su lealtad, según la "especialidad" de cada dios.

Conclusión: La lealtad a Jehovah es absoluta. Además de dioses otras cosas pueden ocupar el primer lugar que sólo le corresponde a Jehovah.

Otro estilo legal, empleado en el Libro del Pacto (20:22–23:33), es el de la ley casuística, que es condicional. Es una forma que se emplea frecuentemente en pleitos legales. Las cláusulas condicionales se introducen con las palabras *'im*²⁰⁰⁵, "*si*," y *ki*³⁵⁸⁸, "cuando," para cláusulas principales (ver 22:1, 7, 10; también 21:2–6). Son leyes seculares, similares a las encontradas en varios códigos legales del Medio Oriente, especialmente el de Hamurabi.

Desde un punto de vista, el capítulo no trata de mandamientos, sino de palabras: *y Dios habló todas estas palabras...* (20:1). Son más bien declaraciones que aclaran la naturaleza de Dios y su voluntad para el pueblo. Muchos las llaman el Decálogo. Primeramente las palabras fueron habladas por Dios (20:1, 22; Deut. 4:22) y, para que no fuesen olvidadas, fueron escritas por el dedo de Dios mismo (32:16). Finalmente fueron escritas por Moisés para reemplazar las tablas rotas por él (32:33; 34:1, 27–28). Ninguna otra revelación de Dios en el AT ha recibido un testimonio tan amplio en cuanto a su valor e importancia.

(1) La relación correcta con Dios, 20:1–7.

El primer mandamiento (vv. 2, 3). Aunque forma una parte del primer mandamiento, el v. 2 es más bien una revelación de Jehovah y sirve como un preámbulo para todo el decálogo. Se demuestra quién es Dios por lo que hace; además de ser Creador y Señor, es Redentor y Autor de la libertad. Entonces, no se presentan los Diez Mandamientos como un código legal, sino como una manera en que el pueblo puede afirmar su fe (ver también Deut. 5:1–5; 10:12, 13). Dios quiere que Israel recuerde su liberación y que le obedezca con amor. Su propósito es establecer una alianza con el pueblo por medio de la fe e indicar las estipulaciones de ella. Jehovah es el Dios del pacto, y la primera división hace énfasis en que es único, es infinito, está más allá del control humano, y es Dios personal que debe ser adorado. Como tal, el v. 2 introduce la primera división de los mandamientos que tratan de las obligaciones del pueblo para con Dios.

Semillero homilético

No harás imágenes

20:4–6

Introducción: Solemos ver la intolerancia como algo negativo e irrazonable. Este es un mandamiento de Dios, necesariamente intolerante y completamente razonable: no harás imágenes.

La prohibición (v. 4). Prohíbe la representación y adoración de la deidad.

En forma angelical (v. 4a).

En forma humana o animal (v. 4b).

En forma de pez o de mamífero acuático (v. 4c).

Las razones para la prohibición. (v. 5, 6).

La razón lógica: Dios es espíritu y debemos adorarlo en espíritu (Juan 4:24).

La razón ética: es maldad adorar ídolos ("castigo la maldad", v. 5).

La razón del bienestar futuro de las familias ("muestra misericordia por mil generaciones..." v. 6).

Aplicación a nuestro tiempo.

Sigue siendo un mandamiento de Dios. Ninguno de los diez mandamientos ha sido quitado. Dios que nos creó conoce nuestra naturaleza y sabe de lo que tenemos que abstenernos.

La mente humana tiende a localizar el poder y la influencia de Dios en la representación. El cristiano debe ser consciente de la presencia constante de Dios en todo lugar con él, sin necesidad de una representación.

La historia judía debe servirnos de advertencia, pues sólo después de enfrentar repetidas veces consecuencias tremendas de su idolatría lograron repudiarla.

Podemos usar representaciones gráficas de historias y situaciones de la Biblia para la enseñanza, pero sin conceder a las representaciones ninguna veneración o respeto: siguen siendo objetos materiales nada más.

Conclusión: Un poco de levadura leuda toda la masa. Este mandamiento es intolerante, es cierto. Siendo el único Dios verdadero y el único camino de salvación, no puede haber tolerancia, porque ésta significa perdición.

El primer mandamiento (v. 3) indica que Dios es único y que sólo él debía ser adorado en Israel. Si entraban en pacto con él, no debían entrar en pacto con dioses falsos. El mundo de Israel estaba lleno de tales dioses. Recientemente habían salido de Egipto en donde había multiplicidad de dioses, e iban a entrar en Canaán donde abundaban los cultos corrompidos. Iban a encontrar el culto de Shamash, el dios-sol, así como el culto de Baal, el dios de la fertilidad, y el de su consorte, Astarte. Era importante que Israel entendiese el significado de este mandamiento.

El no tener *otros dioses delante de Jehovah* (v. 3) significa no tener otros dioses ajenos a él, al lado de él, o además de él. No niega la existencia de otros dioses; esto vendrá más tarde (ver Isa. 44:6); puede significar "arrastrar con todos los otros dioses". De todos modos, para Israel no habrá otro. Sólo Jehovah será Dios del pacto, y él es el verdadero. No presenta aquí un monoteísmo filosófico, sino un monoteísmo práctico. (Es mejor no identificarlo como una monolatría o un henoteísmo; aunque no se niega precisamente la existencia de otros dioses, tampoco se admite.) Es un monoteísmo que niega el poder de otros dioses. Jehovah es el Dios único, y solamente él tiene el poder de obrar. Es un monoteísmo funcional. (Véase Bright, *La Historia de Israel*, pp. 158, 159.) Al aceptarlo a él, Israel tendría que aceptar su señorío total.

Semillero homilético

La reverencia al nombre de Dios

20:7

Introducción: Este es un mandamiento que ha sido muy descuidado.

La prohibición (7a).

El nombre de Dios lo define. Por tanto, el nombre de Dios debe ser respetado.

Es una prohibición contra la profanación o blasfemia.

Hay reproche sobre Cristo y su iglesia cuando los cristianos profanan.

La advertencia (7b).

El que rompe este mandamiento es culpable sin atenuantes.

La urgencia de recapacitar.

Condenan, pero no hacen nada por evitar el quebrantamiento del mandamiento.

La gente común, y hasta muchos cristianos, se han acostumbrado a tomar en vano el nombre del Señor. Es necesaria la convicción y un sentido de urgencia para dejar ese pecado.

No hay un cambio del modo de vida. Una fe vacía y sin significado, que no

es tomada en serio, puede ser realmente peor que ninguna fe.
Esta actitud es un enemigo muy poderoso para el cristianismo.
Conclusión: Debemos desarraigar esta actitud de nuestra vida.

El segundo mandamiento (vv. 4–6). Jehovah es diferente de toda su creación. Prohíbe el hacer o adorar cualquier imagen de él. Las imágenes, labradas de madera o cortadas de piedra, no pueden representarlo, ni tampoco las hechas de metales preciosos (ver v. 23; 34:17; Deut. 27:15; Juan 4:24).

En esa época no creían que una imagen era una deidad, sino que era la manera por la cual una deidad se manifestaba a los suyos. Los que hacían y adoraban imágenes pensaban que era la manera de controlar a sus dioses y usarlos para fines personales. Jehovah no se manifestaba por medio de imágenes, sino que lo hacía por medio de su palabra (ver Deut. 4:11–16; Sal. 115:3–8)) y en la historia.

No hay nada arriba en los cielos, ni tampoco en las aguas debajo de la tierra, es decir en las aguas subterráneas (ver Gén. 49:25; Sal. 24:2; 136:6), que pueda representarlo. Dios es infinito, ilimitado, y es espíritu (Juan 4:24). Es *celoso* (v. 5) de sí mismo y por su obra (ver 34:14; Deut. 4:24; 6:15; Jos. 24:19). El texto hace énfasis en el celo de Dios por medio de sus acciones y no en el aspecto emocional de encelamiento: Dios será activo en velar por el cumplimiento del pacto (vv. 5, 6).

El primer mandamiento limitaba la adoración de Israel a sólo un Dios, y el segundo decía que debían hacerla sin imágenes. No era una prohibición contra una obra artística, sino contra cualquier cosa que tomara el lugar de Dios.

Hoy es fácil condenar el uso de imágenes en un culto religioso y no ver en uno mismo la facilidad de pasar la devoción suprema a otros dioses. ¿Es posible hacer un ídolo de la casa de Dios? ¿De credos humanos? ¿De posición de autoridad eclesiástica? ¿De bienes materiales? ¿De la Biblia misma? ¿Del estado? ¿Del sexo? ¿De la ciencia? ¿De la cultura de uno?

El tercer mandamiento (v. 7). *No tomarás en vano el nombre de Jehovah tu Dios.* Hoy en día un nombre es un medio de identificación. Para los del AT un nombre representaba al individuo mismo con toda su naturaleza y sus atributos. Pensaban que conocer el nombre de alguien le daba a uno poder sobre la persona (ver Gén. 32:29). Muchos pueblos empleaban encantos mágicos contra los adversarios; creían en un supuesto poder sobre aquellos cuyos nombres eran maldecidos.

En primer lugar, el tercer mandamiento se debe entender en su contexto original y entonces aplicar el principio a la época nuestra. Una falta de reverencia o respeto para el nombre de Dios significa un desprecio para su persona. El mandamiento tiene un mensaje para hoy; posiblemente es la regla más descuidada y mal entendida del decálogo.

Verdades prácticas

1. Al tomar el nombre de Jehovah, el creyente le pertenece, lo representa y lo refleja: No tomarás en vano el nombre de Jehová tu Dios.
2. ¿Qué significa hoy en día tomar el nombre de Dios en vano? Se refiere al pastor que lo emplea para realizar sus propias ambiciones; al maestro de escuela dominical que quiere impresionar a sus alumnos con sus conocimientos bíblicos; al teólogo estudioso que deja que el nombre de Dios llegue a serle demasiado común; al comerciante que lo emplea para atraer clientes; a las sectas no cristianas que emplean el nombre de Cristo para conseguir adherentes, pero no siguen la doctrina bíblica; al cristiano que canta alabanzas a Dios sin tener un sentir verdadero de lo que canta; a los

creyentes (aun pastores) que emplean el nombre de Dios para conseguir dinero para fines egoístas; a aquellos que dicen que aman al Señor, pero no tienen tiempo para leer la Biblia y participar fielmente en la obra de la iglesia; a todos los que han perdido el sentir de reverencia para Dios, y Jehovah no dará por inocente al que tome su nombre en vano (ver Mat. 6:9; 7:21).

3. El corazón humano no es un departamento doble: hay lugar para un Dios, no para dos. La diferencia fundamental entre uno y dos no es de grado sino de esencia: con dos se deja lo singular por lo plural. El paso entre uno y dos es enorme y fundamental. De la misma manera se trata de la lealtad; tanto como es imposible jurar obediencia a dos países, "no tendrás dioses ajenos delante de mí," es imposible servir a dos señores . . . No podéis servir a Dios y a las riquezas (Mat. 6:24).

4. Si es la voluntad de Dios, es importante afirmarla. Sin embargo, hay expresiones que son peligrosas: "Si Dios quiere, lo haré." "Si Dios quiere, estaré en la iglesia el domingo que viene." Son peligrosas si hay reservas implícitas: si no vienen los tíos, o si no llueve. No debe usarse el nombre de Dios para esquivarse de un compromiso con alguien cuando se sabe que no va a cumplirse.

Además de blasfemar, la palabra "tomar en vano" significa algo vacío o inútil, y algo falso o una mentira. El verbo traducido "tomar" significa literalmente "levantar" o "llevar". Entonces, se puede traducir la frase, *No llevarás el nombre de Jehovah en una mentira (o inútilmente, o falsamente)*; es decir, *No llevarás el nombre de Jehovah para sacar una ventaja propia* (tr. del autor). El mandamiento tiene por lo menos cinco implicaciones: (1) No blasfemar; no maldecir utilizando el nombre divino, (2) no jurar falsamente en nombre de Dios, es decir, en perjurio, (3) no usar el nombre de Dios para fines propios; no debe usarse el nombre de una manera manipulante, ni en encantamientos, brujería y magia, (4) el nombre de Dios no debe ser usado en vano; no debe pronunciarse el nombre de Dios livianamente en chistes ni en cantos: debe ser usado con reverencia; no debe rebajárselo al nivel humano, y (5) como creyente, no debe llevar el nombre de Dios con doblez; al profesar fidelidad a Dios y a su Reino y no vivir de acuerdo con su voluntad revelada es tomar en vano el nombre, la persona, de Jehovah.

(2) La adoración correcta, 20:8–11.

El cuarto mandamiento, 20:8, 9. El sábado, el día séptimo de la semana, ya había recibido un significado especial para Israel en el desierto de Sin (16:22–24).

Semillero homilético

Un mandato balanceado

20:8–11

Introducción: Algunos regímenes de gobierno han intentado acabar con el "Sabbath" porque se oponen a la religión bíblica. El propósito de Dios es claro al establecer los diez mandamientos. El cuarto es uno que afecta toda la sociedad. ¿Qué significa este mandamiento?

Es un mandato de trabajar.

Dios es una persona de trabajo (Juan 5:17).

Adán trabajaba aun antes de la caída (Gén. 5:17).

La Biblia alienta al hombre a trabajar diligentemente (Prov. 13:11; Ecl. 9:10; 2 Tes. 3:10).

El mandamiento abarca lo necesario (v. 9):
 No prohíbe 40 horas de trabajo semanales.
 Prohíbe el ocio, la holganza, la inercia que desperdicia los dones dados por Dios sin contribuir al bienestar y beneficio de uno mismo, de la familia y de la sociedad.
 Lleva advertencia: no crear una sociedad en la que el ocio sea exaltado sobre el trabajo.
 Un mandato de descansar.
 El descanso es necesario.
 Impide "quemarse" físicamente.
 Mejora la condición física.
 El descanso fue ejemplificado por el Señor (v. 11).
 El descanso es un anticipo del cielo (Heb. 4:9).
 Un mandato de adorar.
 Dónde adorar: en el lugar apropiado.
 Adorar con la actitud apropiada.
Conclusión: Usemos bien la semana y aprovechemos el día de descanso.

El mandamiento comienza con un verbo positivo, *Acuérdate* (v. 8); sin embargo, en el hebreo no es un imperativo, sino que es un infinitivo absoluto que corresponde a una acción continua, como un participio en español. Como tal, no es un mandamiento estrictamente, sino una declaración de una verdad magnífica: Es un placer adorar a Jehovah quien ha hecho tanto para uno. Para concordar con la gramática española, los traductores optan por el imperativo; no obstante, una traducción literal sería, *Acordándote del día del sábado para santificarlo*, es decir, *Acordándote del día del sábado, lo santificarás* (tr. del autor).

Semillero homilético

El respeto por los padres

20:12

Introducción: La vida familiar era muy importante para los hebreos. Hay necesidad de restaurar esta importancia en nuestras familias hoy y de dar a los padres el lugar debido.

Un mandato para los hijos.

Honrar a los padres. Ellos han derramado bienes en nuestra vida.

Cómo honrarlos:

Encomiarlos, agradecerles, mostrarles afecto.

Hablar bien de ellos con los demás.

Nunca causarles dolor con una mala manera de vivir.

Estar preparados para proveer para ellos en su vejez.

Obedecerlos siempre. La única excepción sería cuando su orden fuera una clara violación a la ley de Dios.

Encomendarlos siempre a Dios. Orar por ellos.

Implicaciones para los padres.

Los padres deben ser merecedores de la honra de los hijos.

Otras Escrituras que respaldan el tema: Efesios 6:4; Colosenses 3:20, 21.

La recompensa de hogares estables.

Para el individuo:

Largura de días.

Una vida más rica y hermosa.
Seguridad personal por un sentido de pertenencia.
Para la nación:
Buenas familias y buenos hijos significa buenos ciudadanos.
Familias fuertes son una nación fuerte.
El hogar terrenal es un símbolo del celestial.
Conclusión: Exhortación a ser buenos hijos y a ser buenos padres.

Hay dos verbos en la oración inicial: acordar y santificar. El día está apartado para descansar y recordar lo que Dios ha hecho a favor de la salvación. Cada séptimo día debía ser santificado o apartado para Dios. No era que aquel día era santo y los demás no lo eran. Todos los días son santos; son dones de Dios e Israel era responsable por el uso debido de ellos. La dedicación de un día especial simbolizaba la consagración de todos los días, tal como la entrega de los primeros frutos a Dios simbolizaba la bendición de toda la cosecha venidera.

El día de reposo es muy significativo. El trabajar es digno, y el descanso físico da dignidad al trabajador y renueva el vigor y ánimo del espíritu mientras que el recordar da sustento al espíritu humano. El hombre debe recordar las verdades aprendidas para no olvidarlas y, a la vez, el cuerpo físico del hombre necesita descanso para mantenerse. Sobre todo, el redimido debe dar gracias a Jehovah por la redención. Con razón Jesús dijo que *el sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado* (Mar. 2:27; comp. Juan 5:17, 18).

En el v. 11 se explica la razón por trabajar seis días y descansar el séptimo: ... *en seis días Jehovah hizo los cielos, la tierra y el mar... y reposó en el séptimo día* (ver Gén. 2:2). También se indica en Exodo 31:17 que Jehovah hizo todo en seis días *y en el séptimo día cesó y reposó*.

Semillero homilético

El respeto por la vida

20:13

Introducción: Los homicidios y la violencia aumentan día a día en nuestras ciudades y en el mundo entero. Hoy más que nunca este mandamiento es necesario.

Variedades de homicidio

Homicidio deliberado.

Aborto. Es homicidio bajo otro nombre.

Linchamiento por una turba violenta.

Casos especiales.

Eutanasia.

Pena capital.

Guerra.

Suicidio.

La perspectiva de Jesús.

Jesús respetaba profundamente la vida humana.

Lo mostró en sus enseñanzas.

Lo mostró en su vida y en su muerte.

Jesús usó el poder del amor.

Nunca usó armas y sin embargo su reino perdura hasta hoy y perdurará por siempre. Los reinos y gobiernos fundados en la guerra se han derrumbado.

Venció al mal con el bien.

Conclusión: Debemos pugnar por el respeto a la vida humana y traer esas

vidas al dador de la vida eterna.

El verbo "reposar" significa "tomar aliento" o "refrescarse", y la palabra dada por Dios incluía a todo ser viviente en el descanso, sea humano o animal (ver v. 10; 23:12). Jehovah se identificó con los seres humanos creados y a la creación suya le ofreció una manera por la cual podría identificarse con él.

El día de reposo para los cristianos se ha transferido al primer día de la semana en celebración de la resurrección de Cristo. La razón teológica se basa en Deuteronomio 5:15 que explica otra razón para guardar (otro leve cambio, comp. Deut. 5:12 con Exo. 20:8) el sábado: *Acuérdate de que tú fuiste esclavo en la tierra de Egipto y que Jehovah tu Dios te sacó de allí con mano poderosa y brazo extendido. Por eso Jehovah tu Dios te ha mandado que guardes el día del sábado.* La razón para el sábado es recordar la redención hecha por Dios. En Cristo se ve, en su muerte y resurrección, la liberación de la esclavitud del pecado, y en el NT cada primer día de la semana los fieles recordaron lo que él hizo para salvarles.

En un sentido, el hecho de tener un día de reposo incluye los otros mandamientos; hay que acordarse de ellos al detenerse y recordar lo que Dios ha hecho. Entonces, el cuarto mandamiento está relacionado con la vida religiosa y la vida social. Como tal se lo ubica como un puente entre la relación correcta con Dios y la vida correcta con los semejantes. Es el último de la primera división de los Diez Mandamientos y sirve de transición para la segunda sección.

(3) La vida correcta con los semejantes, 20:12–17.

El quinto mandamiento, v. 12. El mandamiento, como el cuarto, comienza con un verbo positivo, *honra* (*kabed*³⁵¹³) que también es un infinitivo absoluto (*Pi'el*, una forma intensiva). Denota una acción continua, *honrando a tu padre y a tu madre...*

La unidad básica de la sociedad era la familia. Con la introducción de este mandamiento se notan las relaciones horizontales entre los miembros de la comunidad del pacto. La familia tenía la función de proveer lo necesario para sus miembros y enseñarles cómo vivir en la sociedad. Por lo tanto, el mandamiento trata desde los menores hasta los ancianos de la familia. Los padres eran los representantes inmediatos del Señor para los niños, y la familia era la base para el cuidado social de los mayores de edad.

El mandamiento comienza con la palabra *honrando* (lit.) a los padres, es decir, "dando peso" o "valor" a ellos, o "prestando atención" a ellos. Por cierto, el mandamiento proyecta el bienestar nacional por el respeto y honra que tal enseñanza engendrará para los demás. Trágicamente, cuando se ignora este mandamiento, se derrumba la estructura social.

Hay varios elementos notables en el mandamiento: (1) Da igual valor político a la madre como al padre (ver Lev. 19:3). Esto lo distingue radicalmente de otras culturas de la época, que negaban los derechos femeninos. (2) El mandamiento estaba dirigido originalmente a los mayores de la comunidad. En una época de descuido de los ancianos, el mandamiento les daba seguridad (ver Prov. 19:26; 20:20; 28:24; además Exo. 21:15, 17; Deut. 21:18–21). (3) Reconoce el valor de los padres para la sociedad. (4) Es el único mandamiento que promete una recompensa explícita por cumplirlo (ver Ef. 6:2). Debido al concepto de que el individuo era un representante de la nación, probablemente la promesa de prolongar la vida sobre la tierra fue hecha a la nación. (5) Pablo aplica el principio al cuidado de los hijos (ver Ef. 6:1–4; Col. 3:20, 21). (6) Jesús condenó a los fariseos por una piedad externa que invalidaba el espíritu o propósito del mandamiento de cuidar a los padres (Mar. 7:9–13).

El sexto mandamiento (v. 13). *No cometerás homicidio.* Los mandamientos sexto y séptimo tratan de la santidad de la vida. El sexto prohíbe al individuo quitar la vida, y el séptimo guarda

la situación de la cual se concibe la vida. Los dos son fundamentales para el bienestar de la sociedad.

No asesinarás. La libertad individual ofrecida en el pacto no era ilimitada. Cada participante era responsable por el bienestar de los demás en la comunidad. Los otros miembros del pacto también tenían sus derechos inalienables. Consecuentemente, cada persona tenía el derecho inherente de vivir. Israel creía que la vida era don de Dios y nadie debía quitarla premeditadamente. La vida era sagrada y únicamente Dios tenía el derecho de determinar entre la vida y la muerte. El hombre no debía usurpar la prerrogativa de Dios. La vida era misteriosa (ver Gén. 9:4; Lev. 17:11), y era el producto de la creación: *Creó, pues, Dios al hombre a su imagen... hombre y mujer los creó* (Gén. 1:27).

A pesar de la naturaleza sagrada de la vida, la prohibición no excluye todos los casos de quitarla. El AT indica la pena de muerte por agravios civiles y religiosos (ver 21:12, 15–17, 23; Gén. 9:6), y bajo ciertas circunstancias se mira favorablemente a la guerra (ver Deut. 20). Lamentablemente, en el mundo egoísta es necesario guardar el orden público y los derechos de la sociedad. Sin embargo, el sexto mandamiento quita el asunto de la vida o la muerte de una decisión individual y la deja en manos de la comunidad, o pueblo del pacto.

El verbo "asesinar" (*ratsah*⁷⁵²³) indica generalmente un homicidio premeditado (ver Ose. 4:2; Jer. 7:9; 1 Rey. 21:19) y hay una distinción entre éste y un homicidio impremeditado (ver 21:12–14; Núm. 35:9–15; Deut. 19:1–13). El mandamiento enseña la naturaleza sagrada de la vida y que nadie tiene el derecho de quitar la vida dada por Dios. Más tarde la ley indicará que no habrá rescate por la vida de un asesino condenado a muerte (Núm. 35:31–33).

Jesús lleva el mandamiento a un nivel superior (ver Mat. 5:21–25). Las emociones desordenadas son la raíz de los asesinatos. Jesús enseña el valor de la vida, las limitaciones de la venganza (Mat. 5:38–42), el peligro del odio (Mat. 5:43, 44), y lo positivo del amor y el perdón (Mat. 5:45–48; 6:12, 14, 15). A pesar de un mundo inmoral, ¿no conviene trabajar para el concepto más elevado? Idealmente, ¿no hay algo mejor que el quitar la vida de un criminal condenado a muerte o a un enemigo en el campo de la batalla? (Ver Isa. 2:2–5; Miq. 4:1–5.) ¿Es posible que el amor de Cristo podría cambiar a los criminales y hacerlos ciudadanos responsables? ¿Es posible que el amor de Cristo podría acabar con todas las hostilidades entre las naciones? ¿Sería posible eliminar la hostilidad con el amor cristiano de tal manera que se ame al enemigo a muerte?

Sin embargo, aceptando la realidad del amor de Cristo, ¿dónde queda la responsabilidad de la sociedad de protegerse contra los abusos de los desadaptados? No son fáciles las respuestas a las preguntas y deben mantenerse las dos verdades en tensión para evitar extremos de ambos lados. No es fácil hacer reglas que contemplen todas las situaciones y todos los casos; sin embargo, recordando las dos verdades expuestas en las Escrituras, se buscará la manera de seguir con justicia y amor, con juicio y perdón, con ley y con gracia para el bienestar de la comunidad de fe y de los individuos que la componen.

El séptimo mandamiento, v. 14. *No cometerás adulterio.* Este mandamiento reconoce el derecho de cada pareja de mantener la santidad de su matrimonio. Desde la creación la Biblia enseña que el ideal de Dios en la unión matrimonial es la monogamia, o la unión en la familia de un hombre y una mujer (ver Gén. 2:24; Mar. 10:2–9). El adulterio daña las relaciones puras y deja sus marcas sobre las personas comprometidas (ver Prov. 5:3–6).

Semillero homilético

La fidelidad en el matrimonio

20:14

Introducción: En nuestro derredor vemos las consecuencias del libertinaje sexual: hogares deshechos, niños maltratados, niños callejeros sin hogar, enfermedades venéreas, SIDA. Dios dio los diez mandamientos para todo tiempo, y el séptimo es de una candente actualidad.

Este mandamiento guarda la castidad del matrimonio.

El matrimonio es una institución de origen divino.

Implica unidad esencial de la pareja (Gén. 2:20–24; Mat. 16:6).

Implica el complemento esencial natural de la relación.

La infidelidad simboliza el rompimiento completo del contrato de matrimonio.

La infidelidad es un sacrilegio.

La infidelidad es destructiva.

Este mandamiento defiende la santidad del hogar.

El hogar es la unidad básica de la sociedad, el baluarte de la democracia.

El hogar tiene un efecto profundo en los hijos.

La fidelidad santifica el hogar.

El séptimo mandamiento obra para la edificación de la humanidad.

El énfasis sexual puede ser particularmente degradante. El cine y la televisión presentan una clase de "amor" que glorifica el sexo.

La tentación debe resistirse.

La aplicación correcta del mandamiento resultará en edificación para la humanidad.

Énfasis en la actitud correcta (Mat. 5:27, 28).

La prohibición viene por lo sagrado de la personalidad.

Conclusión: El adulterio no es una evidencia de una vida moderna. El adulterio es tan antiguo como la raza humana. Dios pone el remedio a muchos males sociales modernos con el séptimo mandamiento.

Para el hebreo antiguo el adulterio era la relación sexual voluntaria de una mujer casada o desposada con un hombre que no era su esposo (ver Lev. 18:20; Job 31:9–12). La pena por el adulterio era la muerte para los dos participantes: *Si un hombre comete adulterio con una mujer casada, si comete adulterio con la mujer de su prójimo, el adúltero y la adúltera morirán irremisiblemente* (Lev. 20:10; ver Deut. 22:22–24; Juan 8:5). El adulterio no incluía relaciones sexuales de un hombre con mujeres no casadas, aunque había penalidades para casos así (ver 22:16; Deut. 22:28, 29). En suma, el adulterio era considerado una violación de la santidad del matrimonio, y era una ofensa contra el esposo, quien tenía el derecho exclusivo a los favores sexuales de su esposa.

Otra palabra bíblica que también se refiere a la perversión sexual es "fornicación". En el AT significa "prostitución", o "hacerse ramera" (ver Eze. 16:26–30), y en el NT se refiere a toda relación sexual fuera del matrimonio (ver 1 Cor. 5:1; Gál. 5:19).

La enseñanza de Cristo ensancha la interpretación del adulterio (Mat. 5:27–32), y el NT no limita la aplicación del séptimo mandamiento únicamente a una relación ilícita con una mujer casada; se refiere a una relación sexual de una persona casada, sea hombre o mujer, con una persona que no es su cónyuge.

Semillero homilético

No robarás
20:15

Introducción: Hay necesidad de profundizar el pensamiento acerca del robo y corregirlo. La propiedad es esencial para el orden del mundo. Es natural en el hombre.

¿Qué roba la gente?

Cosas materiales.

Artículos.

Información.

Influencia.

Felicidad del hogar.

¿Cómo roba la gente?

Robo directo.

Engaños o artimañas.

El caso de la viña de Nabot.

El caso de David y Betsabé.

¿Por qué roba la gente?

Énfasis excesivo en las cosas materiales.

Deseo de emociones.

Aparente necesidad.

Pereza para trabajar.

Conclusión: Enseñar acerca del desagrado de Dios en cuanto al robo.

La Biblia afirma la pureza de la capacidad sexual dentro del matrimonio. Es un don de Dios, y el casamiento es divinamente ordenado. El amor entre el hombre y la mujer unidos en matrimonio es sagrado. Los dos deben guardar celosamente la pureza de su unión y no permitir que el adulterio entre para lastimar la relación. La palabra es categórica: No cometerás *adulterio* (v. 14).

El octavo mandamiento, v. 15. *No robarás.* Dios da al hombre el derecho a poseer propiedad como un mayordomo suyo. Así que, el Señor dice: *La tierra no se venderá a perpetuidad, pues la tierra es mía...* (Lev. 25:23; ver Sal. 24:1). Este derecho concedido al hombre por Dios es la base teológica más grande contra el comunismo y el socialismo absoluto.

La palabra "robar" quiere decir tomar algo a escondidas, o furtivamente, como si estuviera bien hacerlo mientras que nadie lo sepa. El objeto del verbo robar, o hurtar, puede ser tanto una cosa (22:1, 2) como una persona (21:16; Deut. 24:7). Dios dijo: *No robarás, o no tomarás nada de nadie a escondidas.* Isaías dijo: *¡Ay de los que juntan casa con casa y acercan campo con campo, hasta que ya no queda más espacio...!* (5:8; ver Amós 3:10). El hurtar incluía el robo, el rapto, el fraude y la usura. Pablo dijo que el trabajo honesto era el remedio mejor para aquellos que roban (Efe. 4:28).

El noveno mandamiento (v. 16). Este mandamiento da el derecho a los miembros de la comunidad del pacto de tener un buen nombre: *No darás falso testimonio contra tu prójimo* (v. 16). El nombre simboliza la persona, y es todo lo que un individuo posee en realidad. El mandamiento va junto con el octavo: *No hurtarás el buen nombre de una persona dando testimonio mentiroso bajo juramento, ni chismeando.* El principio es: *Hablarás la verdad.*

Como castigo, se aplicaba la ley del talión para el testigo falso en litigio: *Le haréis a él lo que él pensó hacer a su hermano. Así quitarás el mal de en medio de ti* (Deut. 19:19). Sin embargo, seguía el problema como una preocupación de los profetas de Israel (ver Jer. 7:8–10; Ose. 4:2), y lo será para cualquier sociedad que quiere sobrevivir. No hay nada que destruya una nación más rápidamente que el falso testimonio, o la mentira, en la sociedad y en el sistema judicial.

Semillero homilético

La veracidad en el testimonio

20:16

Introducción: Se dice que las palabras dichas contra la reputación de una persona son como las plumas de una almohada: una vez lanzadas al viento no es posible juntarlas. El noveno mandamiento trata de la mayordomía de las palabras.

La prohibición.

Prohíbe el perjurio, el mentir en la corte como testigo.

De la veracidad depende la justicia.

De la veracidad depende la reputación de una persona.

Prohíbe calumniar.

Consiste en diseminar falsedades acerca de una persona, para difamarla.

La difamación es muy peligrosa y destructiva.

Prohíbe la falsedad en general.

Implicaciones positivas.

Hablar honestamente, tanto en el ambiente de la corte como fuera de ella.

Ser discreto en el habla.

Ser consciente de las Escrituras (Prov. 19:5) al hablar.

Practicar el arte del elogio. No adulación, sino encomio sincero. "Practique decir algo bueno, y las palabras hirientes se acabarán."

Mostrar integridad de carácter.

Razones para el mandamiento.

Mentir daña la personalidad

Daña la personalidad del prójimo.

Daña la personalidad del mentiroso.

La veracidad es una cualidad piadosa.

Conclusión: La veracidad es una obligación absoluta del cristiano.

El aspecto positivo del mandamiento implica que el miembro de la comunidad debe asumir la responsabilidad de ser un testigo veraz. De esta verdad se desprenden dos implicaciones fundamentales: (1) Uno no debe callar cuando hay necesidad de testificar: *Cuando una persona peque porque, habiendo oído la advertencia del juramento y siendo ella testigo que lo vio o lo supo, no lo denuncie, será considerada culpable* (Lev. 5:1; ver Prov. 14:5). (2) Todos los redimidos son llamados a testificar de la gloria y la salvación de Jehovah (ver Isa. 43:10, 12; 55:4).

Sin embargo, el problema seguía como una preocupación para los profetas de Israel (ver Jer. 7:8-10; Ose. 4:2), y lo será para cualquier sociedad que quiere sobrevivir. No hay nada que destruya más rápido una nación que el falso testimonio o la mentira, en la sociedad o en el sistema judicial. De la misma manera, no hay nada más desastroso para el reino de Dios que el falso testimonio, de vida o de palabra, de los que profesan ser miembros de la familia de fe.

El décimo mandamiento (v. 17). *No codiciarás*. . . El verbo traducido *codiciar*, en el hebreo significa un "deseo desordenado, egoísta e indomado", y "tomar placer en". Entonces, tiene un significado doble; es un deseo secreto por algo que pertenece a otro, y es una acción que brota del deseo de tomar lo deseado (ver 34:24; Deut. 7:25). Este mandamiento y el octavo garantizan el derecho fundamental de poseer propiedad privada.

El mandamiento es una prohibición contra la envidia. El miembro de la comunidad no debe codiciar la familia del prójimo, ni su propiedad, ni cosa alguna de él. Todo lo que tiene el otro es don de Dios, y el codiciar lo de su prójimo es despreciar lo que él tiene. Así que el codiciar es rechazar la providencia de Dios. El primer mandamiento había establecido la relación correcta para con Dios. El último trata de la relación correcta para con su prójimo; sin embargo, éste depende de la relación principal con Jehovah.

Semillero homilético

Una ley superior

20:17

Introducción: ¿Qué reservó el Señor para el final de sus mandamientos? El ser el último no lo hace el menos importante. Va al corazón mismo del hombre: a sus actitudes internas.

La palabra final del gran código.

El problema: la codicia.

Definición.

El problema está en todas partes y ataca a todos.

La codicia es la raíz de otros muchos pecados: adulterio, avaricia, envidia, corrupción, etc.

La respuesta.

Respuesta externa: Mantener un sistema que frene y castigue los actos de codicia.

Respuesta interna: El poder de Dios cambia el corazón del hombre, que es donde está la codicia. Aprender el arte del contentamiento (Fil. 4:11; Prov. 15:16). Codiciar las cosas mejores (1 Cor. 12:31). Dejar que la Biblia defina las "cosas mejores". Aprender a disfrutar más de dar que de conseguir (Hech. 20:35). Usar toda la armadura de Dios contra este dardo del maligno (Ef. 6:13).

El escalón para una ley superior.

Razón:

Es un pecado del corazón (Prov. 4:23; Mar. 7:18–23).

Es el más interno de los mandamientos, porque enfoca los motivos más que la acción.

Evidencias:

Por testimonio de Pablo (Rom. 7:7–9, 25).

Por enseñanza de Pablo (Gál. 3:24, 25).

El énfasis del N.T.

Conclusión: Este mandamiento es un preludio al énfasis de Jesús sobre los motivos internos que ocasionan la codicia.

(4) El terror del pueblo, 20:18–20. El drama aumentaba; además de los truenos, los relámpagos, el sonido de la corneta y el monte que humeaba, Jehovah había hablado dando al pueblo las Diez Palabras. Con el susto del fenómeno físico entró el terror de haber oído la voz de Dios y el significado moral de sus demandas. ¿Podrían vivir habiendo escuchado la voz divina? (ver Isa. 6:5) Los hebreos dijeron a Moisés: *Habla tú con nosotros, y escucharemos. Pero no hable Dios con nosotros, no sea que muramos* (v. 19). Para ellos, la palabra de Moisés como mediador era suficiente; confiaban en él. ¡No era necesario que Dios les hablara!

Entonces Moisés les respondió: *No temáis, porque Dios ha venido para probaros... para que no pequéis* (v. 20). Las palabras de Dios, o los Diez Mandamientos, no fueron dadas para que el pueblo muriera, sino para que viviera. Era el pecado el que producía la muerte. Así que, aun el temor era una parte de la enseñanza divina; Israel, todavía en su "jardín de infantes nacional," tendría que aprender la importancia de obedecer las estipulaciones del pacto, y el temor producido era el primer paso en su educación. Más tarde vendría el evangelio y con él se vería la lección de amor como el medio más perfecto.

Verdades prácticas

Los mandamientos dan vida, no muerte. El pecado produce la muerte. Los mandamientos son guías para que viva la gente. La actitud que uno tiene hacia la policía depende de la naturaleza de sus obras. De la misma manera, la actitud que uno tiene hacia los diez mandamientos depende de a quién sirve. Son amigos y guías para los miembros de la comunidad de fe, o son principios para los que se oponen al camino eterno sobre los que han de romperse. Nunca habrá mandamientos rotos, solamente personas desobedientes que se destruyen a sí mismas sobre ellos. Todavía habla el Señor e invita a todos a seguirle en el camino recto. La decisión está en las manos de los seres humanos.

3. EL LIBRO DEL PACTO: LOS ESTATUTOS INICIALES, 20:21–23:33

En 24:4 se hace referencia a *las palabras de Jehovah* escritas por Moisés y después al *libro del pacto* que Moisés leyó a los ancianos de Israel (24:7; ver 24:1). A la luz de estos versículos la sección 20:21–23:33 ha sido titulada *El Libro del Pacto* o *El Código del Pacto*.

Los estatutos iniciales están ligados estrechamente con el Decálogo; son leyes civiles derivadas de los principios revelados en Sinaí. Debido a la relación integral entre los dos, la narración histórica se interrumpe y sigue en el cap. 24 con la ratificación del pacto por medio de los ancianos.

Parece que los términos usados en 24:3 ayudarán a distinguir entre el material incluido en la sección. *Moisés fue y refirió al pueblo todas las palabras (diberei¹⁶⁹⁷, una forma constructiva de debarim¹⁶⁹⁷) de Jehovah y todos los decretos (mishpatim⁴⁹⁴¹), y todo el pueblo respondió a una voz diciendo:—Haremos todas las cosas que Jehovah ha dicho.* Parece que se emplean dos clases de material: *las palabras (debarim¹⁶⁹⁷) y los decretos (mishpatim⁴⁹⁴¹)* Es posible que los *debarim¹⁶⁹⁷* traten del Decálogo, *Y Dios habló todas estas palabras (debarim¹⁶⁹⁷), diciendo:..* (20:1), y representan las leyes apodícticas; mientras que los *mishpatim⁴⁹⁴¹* representen las leyes, o las específicas que emplean la forma de *cuando... si...* (ver 21:2–11, etc.).

El Libro del Pacto es reconocido como el código legal más antiguo del Pentateuco; sin embargo, aun con su antigüedad, había códigos semíticos en vigencia muchos años antes de éste. Entre ellos y las costumbres bíblicas se encuentran algunas semejanzas que provienen de pueblos de un parentesco similar. Hoy, después de los hallazgos arqueológicos, se puede comparar y contrastar las leyes y costumbres bíblicas con las de otros pueblos del medio oriente. Para referencia en el estudio se tratarán dos antiguos códigos principales de la zona: el Código de Eshnunna (cerca de 1925 a. de J.C.) y el famoso Código de Hamurabi (rey de Babilonia, 1728–1686 a. de J.C.; también ver otros códigos importantes: Código de LipitIshtar, cerca de 1850 a. de J.C.; el Código de los Hititas, cerca de 1450 a. de J.C.; y el Código de los Asirios, cerca de 1350 a. de J.C.; se encuentran traducciones completas de los textos en inglés en Prichard, ANET; desafortunadamente, son pocas las traducciones en español y éstas son parciales).

Es evidente que el Decálogo vino bastante tarde en la historia del Israel primitivo. Fueron muchos los años entre Abram y la época de Moisés, y los hebreos habían vivido al lado de muchos pueblos. Todas las naciones antiguas de la zona fueron gobernadas por sus propios códigos legales y todos éstos tenían sus semejanzas y sus diferencias. Los países del Medio Oriente se ligaron con relaciones recíprocas a través de siglos de comercio, de conquistas y de migraciones. Ciertamente Israel había desarrollado su propia cultura influido por los demás, y en Sinaí nació formalmente entre la familia de las naciones.

Moisés mismo había sido instruido en el sistema legal egipcio, y antes de la revelación en Sinaí poco a poco había ido tomando algunas decisiones judiciales que principiaron la formación de la jurisprudencia nacional israelita. Israel no rechazaba lo bueno de los códigos contemporáneos; sin embargo, todo tenía que entrar bajo el señorío de la revelación de Jehovah en Sinaí; consecuentemente, en el código israelita se encuentran elementos que sobrepasan lo descrito en los otros sistemas conocidos. El código israelita se destaca por el amplio espíritu humanitario; por la limitación de la venganza; por la protección de los miembros indefensos de la sociedad; por el sistema de justicia equitativo establecido; por las medidas, aun severas, para limpiar el pueblo del mal, y por las preocupaciones elevadas en asuntos relativos a la adoración de Dios y del culto. Consecuentemente, no son las semejanzas las que saltan a la vista, sino las diferencias, y éstas encuentran su explicación en la revelación divina.

Semillero homilético

El cumplimiento de la ley

Introducción: Un microscopio no ve en el tejido de una planta lo que no está, sino amplifica lo existente. De igual manera, Jesús y el NT sirven para el creyente como un microscopio por el cual se lee el AT. Estudie los siguientes textos: Mateo 5:17–20; 19:17; Marcos 12:29b; Romanos 3:31; 13:9–10; 1 Juan 5:1–5; Apocalipsis 12:17; 14:12.

Los diez mandamientos y el Padrenuestro. Los diez mandamientos todavía son válidos; sin embargo, se ha agregado algo nuevo. Jesús puso sus ideales positivos en el Padrenuestro, los cuales están desarrollados sobre el bosquejo del decálogo. Se comienza con los mandamientos y se termina con la oración modelo de Jesús. La última no invalida los primeros, sino los incluye y los cumple (comp. Mat. 6:9, 10 con Exo. 20:2–8; y Mat. 6:11–13 con Exo. 20:12–17).

Los elementos nuevos introducidos por Cristo.

Un compañerismo nuevo de amor entre la comunidad.

Un poder nuevo: la presencia del Espíritu Santo, para ayudar en el cumplimiento de la ley.

El cumplimiento final del propósito de la ley en Cristo.

Cristo será Dios de la comunidad del pacto.

Cristo guiará al pueblo en la adoración.

Cristo guiará la comunidad en su convivencia.

Cristo es uno con Jehovah; es Dios encarnado.

Conclusión: La vida nueva comienza con fe en Dios y continúa en obediencia guiada por la presencia del poder divino.

Aunque no todas las leyes de la sección se relacionan directamente con el Decálogo, son prolongaciones de éste. Desde el principio Israel entendió que era un pueblo gobernado por ley; sin embargo, comprendía que las leyes provenían de Dios. Entonces, el primer propósito del

Código del Pacto fue traer las leyes antiguas casuísticas bajo la influencia de los principios apodícticos del Decálogo; en segundo término, estableció algunas directrices para la vida del pueblo en el desierto; y finalmente, con anticipación, inició la preparación del pueblo para la transición inminente de la entrada a Palestina con el consecuente conflicto venidero con la cultura agrícola cananea (nótese la influencia agrícola en el Código: 22:5, 6, 25; además había esclavos, etc.).

¿Qué significan las leyes para la época moderna? Para entenderlas, debemos comenzar con ellas en su contexto y buscar su significado en la situación de aquella vida. Probablemente se las formulaba como casos clásicos para guiar las decisiones de los ancianos, los que formaban el primer paso judicial de los pleitos comunes entre el pueblo.

El Código del Pacto trata de leyes casuísticas y apodícticas. En Israel, había una diferencia entre estas dos formas legales. En contraste con el Decálogo, la legislación casuística no fue dada para todas las edades ni para todos los cambios socioeconómicos por los cuales pasaría el pueblo. Cada generación, bajo la inspiración del Señor y con los principios apodícticos del Decálogo, tendría que establecer sus leyes casuísticas.

El trabajo legislativo del AT no terminó con Moisés. Aunque hubo muchos anónimos, había muchos conocidos que hicieron un aporte al cuerpo legal, tales como Josué, Samuel, David, Salomón, Ezequiel, Esdras, y la lista va más allá del espacio disponible. Es evidente que un sistema legislativo es dinámico en su formación; por consiguiente, es complicado en sus evaluaciones. Es posible que en la transmisión del texto haya habido partes de leyes antiguas perdidas, y aun elementos posteriores agregados a un texto antiguo. Además, nuevas leyes se agregaban para tratar de casos corrientes. Siempre es recomendable evitar una interpretación dogmática en cuanto al origen de ciertas leyes; sin embargo, es posible identificarlas con cierta facilidad en su contexto histórico y entenderlas generalmente con sus propósitos y funciones principales.

En cuanto al análisis, el estudio se limitará al texto de Exodo. Bajo la inspiración divina, Moisés inició el proceso de formular una legislación para el pueblo. A pesar de costumbres extrañas y lejanas, se buscarán los principios iniciales y después se analizarán las implicaciones para aquella época y para la moderna.

(1) Leyes del culto, 20:21–26. Mientras que el pueblo se mantenía alejado, Moisés se acercó a la densa oscuridad y Dios le dio otras instrucciones para los hijos de Israel (v. 21).

a. La prohibición de imágenes, 20:22, 23. Antes de comenzar con las leyes civiles (21:1), Moisés recibió instrucciones nuevamente acerca de la naturaleza del culto. De acuerdo con el segundo mandamiento, no debían hacer dioses de plata ni de oro (ver 34:17; Deut. 27:15). Para los hebreos, la plata y el oro eran los metales más preciosos. ¡Ninguna imagen, por más rico que fuera el material del que estaba hecha, podía compararse al Señor viviente que hablaba con su pueblo! Los ídolos, si bien visibles, no tenían vida ni podían hablar. En el culto no pondrían ídolos; el Señor no compartiría el culto ni la lealtad con nada o nadie.

b. Instrucciones sobre la edificación de altares, 20:24–26. En vez de ídolos, Israel debía construir altares; sin embargo, no los levantaría en cualquier lugar, sino que los haría únicamente en los lugares donde Jehovah hiciera recordar su nombre (v. 24). A pesar de que el sistema sacrificial no había sido reglamentado todavía, las instrucciones indicaban que Israel tendría algo parecido a lo que los otros pueblos practicaban. El sistema antiguo de sacrificar animales era una manera por la cual los hombres expresaban su devoción y gratitud a Dios.

El altar de tierra (v. 24) o de piedras no labradas (v. 25) refleja la simplicidad de la adoración pura y del acceso a Dios ofrecido a todos los israelitas en todos los lugares. Los objetos naturales

eran considerados sagrados tales como el Señor los habían hecho. Con su trabajo el hombre no podía mejorarlos; al contrario, podía destruir la santidad de ellos por labrarlos y así profanarlos (v. 25). Además, un pueblo nómada no se quedaría en un lugar el tiempo necesario para construir centros elaborados. Con todo, el mandamiento revela un culto nómada consistente con el de Israel en el desierto.

Debido al estilo de vestidos que usaban, la prohibición de gradas para subir al altar (v. 26) evitaba un descubrimiento inmodesto de la desnudez del adorador y protegía el concepto de lo santo. La palabra desnudez era un eufemismo para los órganos sexuales (ver Lev. 18:6). Más tarde, a los sacerdotes se les prescribiría vestirse con *pantalones de lino para cubrir su desnudez... cuando se acerquen al altar para servir en el santuario...* (28:42, 43). Los pantalones cubrían la desnudez y permitían la entrada en el santuario. La vida era algo misterioso y santo; por lo tanto, se otorgaba a los órganos de procreación un alto grado de santidad. El abuso de lo santo era pecado; entonces, se evitaba la inmodestia. El culto enseñaba lo sagrado de la vida y de la procreación tanto como la pureza y dignidad con la cual se adoraba a Dios.

Además de la simplicidad del altar y del culto, probablemente las restricciones también eran dirigidas contra la práctica de los cultos de fertilidad de los cananeos. Ellos hacían algunos de sus altares muy elaborados y elevados con sistemas complicados de gradas para subir a adorar al “dios supremo” de ellos. Los altares para Israel no serían lugares de desfiles de sacerdotes ni de actividades inmodestas e inmorales.

Por medio de las instrucciones para el culto, el Señor recalca el significado de los dos primeros mandamientos y lo sagrado de la vida. Además, les enseñaba que la adoración era importante en la vida y debía ser pura; se debía adorar en una manera correcta y con dignidad.

Algunos eruditos consideran que las instrucciones para levantar múltiples altares en Exodo provienen de una época temprana de la historia de Israel; sin embargo, indican una fecha mucho más tardía para la centralización del culto por medio de levantar el altar (singular) en el lugar que Dios *haya escogido de todas vuestras tribus para poner allí su nombre y morar en él...* (Deut. 12:5, 11). Si las dos ordenanzas (20:24 y Deut. 12) vienen de la misma época, se sugiere que serían antagónicas.

Semillero homilético

La esclavitud hebrea

21:1–11, 16, 20, 26, 27

Introducción: ¿Por qué Jehovah permitió la esclavitud en su pueblo y sólo la reglamentó? La esclavitud entre los hebreos, como resultado de esta reglamentación, no era como la que practicaban los gentiles, sino un remedio emergente para la pobreza en una economía como la de aquel tiempo y la de aquella nación en formación.

4

La esclavitud hebrea

21:1–11, 16, 20, 26, 27

Introducción: ¿Por qué Jehovah permitió la esclavitud en su pueblo y sólo la reglamentó? La esclavitud entre los hebreos, como resultado de esta reglamentación, no era como la que practicaban los gentiles, sino un remedio emergente para la pobreza en una economía como la de aquel tiempo y la de

⁴Carro, Daniel ; Poe, José Tomás ; Zorzolia, Rubé O.: *Comentario Bíblico Mundo Hispano Tomo 2: Exodo*. Editorial Mundo Hispano, 1994; 2003, S. 163

aquella nación en formación.

La esclavitud forzada era penada por la ley mosaica (21:16). La pena de muerte estipulada para los que se apoderaban de una persona da cuenta de la gravedad atribuida por Dios a esta falta.

La esclavitud hebrea era un remedio para la miseria.

Un hombre podía entregarse en pago de una deuda que no podía pagar.

Un hombre podía venderse voluntariamente cuando no tenía medios de subsistencia (Deut. 25:39).

Los hijos podían ser vendidos como esclavos por el padre cuando éste no podía mantenerlos (21:7).

La esclavitud hebrea era benigna y ventajosa para los necesitados.

Un esclavo tenía derechos humanos como los demás, y la ley los hacía respetar (vv. 20, 26, 27).

La esclavitud no duraba más de seis años (v. 2).

El esclavo tenía derecho a un capital al salir libre (Deut. 15:12–14).

Un esclavo podía llegar a heredar a su amo (Gén. 15:1–3).

Un esclavo llegaba a ser como de la familia del amo.

Una esclava podía llegar a casarse con un varón de la familia (vv. 7–10).

Un esclavo podía seguir sujeto voluntariamente por amor a su amo (vv. 4, 5).

Conclusión: La forma de esclavitud hebrea es una evidencia del cuidado que Dios tenía de su pueblo.

Aunque sea posible la opinión, sugiero que posiblemente haya otra manera de interpretar los dos textos sin ponerlos en conflicto. Exodo 20:24, 25 no autoriza el establecimiento de lugares de culto sin restricciones. Las instrucciones divinas están relacionadas con la historia sagrada por la frase *en cualquier lugar donde yo haga recordar mi nombre...* (v. 24). Esto incluye los lugares donde ya había recordado su nombre en la tierra de Canaán y cerca de Sinaí (ver Gén. 12:6, 7; 22:2; 26:23–25; 35:1; Exo. 17:8, 15) y abre la puerta para que lo haga en otros lugares cuando le plazca (ver Deut. 27:5, 6 [al mando de Moisés]; Jue. 6:25, 26; 13:16; 2 Sam. 24:18; 1 Rey. 3:4, 5; 18:31–39). Las indicaciones de Exodo 20 y la regla general de Deuteronomio 12 no se oponen.

En cuanto a la historia, la ciudad de Jerusalén llegó a ser una ciudad israelita cuando fue tomada de los jebuseos por el rey David (cerca de 1000 a. de J.C.), y después se edificó el templo allí durante el reinado de Salomón. No habría manera de establecer un culto central antes de 940 a. de J.C.; entonces, la regla general no contradice la palabra de edificar altares en lugares indicados por Jehovah. Así que Moisés les mandó levantar un altar con piedras sin labrar en el monte Ebal una vez que hubieron entrado en la tierra prometida (Deut. 27:5, 6), e Israel adoraba en lugares múltiples en la tierra. Trágicamente, con el transcurso del tiempo hicieron lo malo ante los ojos de Jehovah mezclando en una forma sincretista el culto jehovista con el del baalismo. Consecuentemente, vino el castigo del Señor y finalmente la nación perdió su libertad obtenida en el éxodo (ver la caída de Samaria en 722 a. de J.C., y la de Jerusalén en 587 a. de J.C.).

(2) Leyes civiles y criminales, 21:1–22:17. La primera sección del código trata de leyes civiles y criminales. Eran importantes para el orden y la estabilidad de la sociedad. El pueblo de Dios tenía una responsabilidad para todo el cuerpo.

a. La esclavitud hebraica, 21:1–11. El código se destaca sobre los demás conocidos por los reglamentos más humanitarios en el trato de los esclavos (ver también Deut. 15:12–18; Lev. 25:39–55). La esclavitud era muy dura entre los demás pueblos; sin embargo, no lo era tanto entre los hebreos por razón del espíritu humanitario de la ley mosaica. Aun el esclavo tenía derechos que su amo no podía ignorar (ver 21:26–27).

Había varias maneras por las cuales un hebreo podía caer en la esclavitud: (1) por venta de los padres, (2) por robar y no poder pagar la restitución o multa correspondiente (22:1–3), (3) por deudas no pagadas o por insolvencia (Amós 2:6; 2 Rey. 4:1), (4) por voluntad propia por causa de la pobreza (Lev. 25:39), o (5) por nacer esclavo. Evidentemente la mayoría de ellos eran deudores insolventes, y probablemente servían como esclavos domésticos. Eran considerados como enseres, es decir, propiedad del dueño; sin embargo, como seres humanos, tenían sus derechos inalienables. La esclavitud israelita no era permanente como la de los cautivos de la guerra y la de los extranjeros (ver Lev. 25:44–55).

El período máximo de servidumbre estipulado era de seis años (notar el ciclo sabático, ver Lev. 25:1–7), después del cual saldría sin ninguna clase de rescate (v. 2; comp. la ley más tarde en Deut. 15:13, 14). Si era casado, la suerte de su mujer iba ligada a la del marido (v. 3). Si el dueño de un esclavo soltero le había dado una mujer durante la esclavitud, la mujer y la prole de ella quedaban como propiedad del amo (v. 4). Si el hombre no quería salir libre, podía elegir la esclavitud permanente. Para hacerlo oficial, lo acercaban al poste de la puerta de la casa, en presencia de los jueces, o los ancianos en aquella época y, en señal de compromiso, le perforaban la oreja (probablemente la derecha) con una lezna, o posiblemente con un punzón. Este simbolismo se interpreta de dos maneras: Algunos piensan que simbolizaba la sujeción perpetua del esclavo a la casa, o a la familia del dueño, por medio de horadar la oreja en el maderamen de la puerta principal del hogar. La prueba del acto quedaría en la cicatriz corporal como un documento indeleble. Otros consideran que se horadaba la oreja con una lezna para poner una especie de aro al cual se ataba un rótulo pequeño que indicaba pertenencia. Es posible que la segunda sea la explicación más aceptable debido a la costumbre del Medio Oriente antiguo de marcar los esclavos para que no se escapasen. El proceso de la horadación era más humanitario que el de grabar a fuego, el mutilar de alguna manera, o de tatuarlos.

La esclava se consideraba más débil que el esclavo; consecuentemente, el estado de ella era inferior. Ella no tenía las mismas posibilidades sociales que él. Sin embargo, por la posición relativa, había la necesidad de asumir una responsabilidad mayor para proteger los derechos de ella. El sistema legal israelita se preocupaba más por cuidar de los débiles.

Aunque aquí no se otorgaba a la esclava la libertad después de seis años de servidumbre (ver Deut. 15:12 para una modificación de la ley), no se podía abusar de la posición precaria de ella. Bajo la legislación del matrimonio polígamo, se acostumbraba tomar una esclava como concubina (mujer legal de segundo rango) o a veces aun como la esposa de uno. Si tal esclava no le agradaba al señor de la casa, no podía venderla a otro; debía permitir que fuese rescatada, o dejarla volver a su familia por un precio convenido (ver Lev. 25:48–54). Si había sido maltratada por el señor, obtendría la libertad sin el pago de un rescate. Se indican tres casos que constituían un abuso: el venderla sin permitir el rescate si ella no le agradaba; el no aceptarla como una hija propia si ella había sido tomado para el hijo de él, o el no proveer debidamente para ella (incluía el derecho conyugal de relaciones sexuales) si el señor tomaba para sí otra mujer.

b. La violencia que merece la pena capital, 21:12–17. Las leyes siguientes tratan de crímenes que recibían la pena capital. El castigo era severo; sin embargo, se consideraba que el

crimen también era un pecado severo y había necesidad de proteger a la sociedad contra los actos individuales antisociales que amenazaban el bienestar del grupo.

(a) El asesinato premeditado, 21:12–14. La frase bien traducida *pero si él no lo premeditó* (v. 13) significa “no poner asechanzas”, o “no ponerse a la espera”. No hay duda que se refiere a un ataque premeditado. La frase concuerda con la que se refiere a una persona que *se acalora contra su prójimo y lo mata con alevosía* (v. 14). Tal hecho era violar fundamentalmente las estipulaciones del pacto que ligaban el pueblo de Israel consigo mismo y con Dios (ver Lev. 24:17–22; Núm 35:16–34; Deut. 21:23–25).

El asesinato es crimen serio; sin embargo, habría muertes no provocadas ni premeditadas. En estos casos se suavizarían las penas (Gén. 9:6 exigía el derramamiento de sangre por sangre derramada; el ejecutor era el pariente más cercano del muerto. Ver Núm. 35:19; Deut. 19:1–19; Jos. 20:1–9), y el castigo pasaría a la justicia pública.

Si la herida no había sido premeditada, es decir *que Dios permitió que cayera en sus manos* (v. 13; para la mente semita no había azar o un hado fatal) o si ocurrió por algún tipo de accidente, habría un lugar designado al cual el matador podía huir. Más tarde se designaron las ciudades de refugio para tales casos (Núm. 35:6–15; ver 1 Rey. 1:15; 2:28). Allí había protección para la persona implicada hasta que las autoridades determinaran la naturaleza de la muerte (ver Deut. 19:11–13; Núm. 35:22–28). La ley evitaba que la venganza quedara en manos de la familia de la víctima; únicamente el culpable moriría por el asesinato. Con la ley vino una distinción entre un asesinato y un homicidio involuntario lo cual fue un paso grande en la legislación mundial.

(b) Ofensas graves contra los padres y el secuestro, 21:15–17. *El que hiera a su padre o a su madre* (v. 15) o *el que maldiga a su padre o a su madre, morirá irremisiblemente* (v. 17). El verbo “herir” (*nacar*⁵²²¹) o “pegar fuerte” es el mismo usado en 2:12 cuando Moisés mató al egipcio. La mente semita de aquel entonces creía en el poder de un golpe fatal y en el poder para el bien o para el mal de la palabra hablada. Para ellos, los dos poderes eran realidades que alcanzaban los propósitos para los cuales eran dados. Una maldición era un poder que finalmente lograría su propósito. El orden y respeto en el hogar eran imperativos para el bienestar de la comunidad; la existencia de la nación dependía de ellos. El pegar tan fuerte a un padre que muriera o el maldecirle para que falleciera eran considerados homicidios premeditados. Por tanto, era necesario eliminar a tales criminales de la sociedad, aun por medio de una cirugía radical; la fuente maligna amenazaba el cuerpo total. Era nada más que la aplicación de la *lex talionis* (v. 24). El Código de Hamurabi (195; ver ANE) tiene una pena por asaltar al padre: “Si un hijo pega a su padre, le amputarán la mano” Se prohibió con pena de muerte el rapto de una persona (v. 16; Deut. 24:7). El secuestro era bien conocido en el mundo bíblico. Como se ve por la experiencia de José (Gén. 37), los mercados de esclavos se mantenían abastecidos por medio de tal práctica. En Israel se aplicaba la pena de muerte si se encontraba al raptado en la posesión del raptor, o si él tenía en su posesión el precio de la venta. Para uno acusado de secuestro, el caudal era evidencia suficiente para condenarle.

c. Actos injuriosos sin pena capital, 21:18–32. En primer término se tratan las leyes que atañen a daños producidos por altercados humanos (18–27); después se tratan las leyes tocantes a daños causados por animales o por un descuido humano (28–36). Se encuentran muchas leyes similares a la legislación israelita en los códigos del Medio Oriente, especialmente el de Hamurabi. En Israel había dos clases de ciudadanos: los libres y los esclavos. En Babilonia había tres clases: los aristócratas, los plebeyos (o libres) y los esclavos.

Las leyes tocantes a altercados, peleas, golpes y daños físicos son claras en la exposición. Sin embargo, se deben notar varios aspectos de la legislación: Se compensaba al herido *por el tiempo de inactividad* y se hacía *cargo de su curación* (v. 19). El Código de Hamurabi (206) dice que si un plebeyo dañaba a otro en una disputa, el plebeyo juraría, “no le pegué deliberadamente,” y le pagaría al médico por la curación.

Las leyes contemplaban el nivel social y el sexo del herido, la naturaleza del daño y las consecuencias. La vida de un esclavo se consideraba de menor valor que la de un hombre libre, aunque el esclavo era más que simplemente un objeto (vv. 20, 21). Aunque deficientemente, la ley indicaba una responsabilidad de parte del dueño por la vida de un esclavo como una persona y marcaba un paso progresivo en la lucha contra la esclavitud.

Las leyes del aborto no contemplaban la personalidad del feto. La pérdida de una criatura por aborto provocado era objeto de una multa, según lo impuesto por el marido de la mujer y de acuerdo con lo establecido por los jueces. Si una mujer sufría daños físicos adicionales a causa de una pelea entre dos hombres, se aplicaba la ley del talión (vv. 23, 24; el nombre de la ley viene del latín *talis qualis*, tal cual).

El Código de Hamurabi trataba extensamente el tema del aborto de una mujer embarazada si alguien la golpeaba (209–214). Si no moría la mujer, se le pagaban 10 siclos de plata si era de la aristocracia, 5 siclos si era mujer libre y 2 siclos si era una esclava. Si la mujer moría, se mataba el asaltador si la mujer era de la aristocracia, se pagaba media mina de plata si era de la clase libre y se pagaba un tercio de una mina de plata si era esclava.

Aunque más tarde Jesús trascendió la ley del talión con la ley del amor (Mat. 5:38, 39), ésta fue un avance de mayor proporción en un mundo acostumbrado a la venganza de sangre. Jehovah enseñaba que no se debía buscar más de lo justo (la justicia) por los daños recibidos: *vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe* (vv. 23b–25; ver Lev. 24:19, 20; Deut. 19:21). La ley aseguraba la justicia, evitaba un castigo excesivo para la persona responsable por el daño, y a la vez tendía a impedir los actos injuriosos contra los terceros. Más tarde en la legislación hebraica se modificó la ley de retribución exacta con unos posibles pagos de rescate por ciertos daños causados (ver Núm. 35:31).

En el Código de Hamurabi (196–214) se tratan casos de asaltos y de daños. En algunas situaciones se aplicaba la ley de talión; sin embargo, en la mayoría de los casos se variaba la pena para conformarse con los niveles sociales de los heridos.

En reconocimiento de las personas de los esclavos, en caso de sufrir heridas graves ocasionadas por un amo, se los compensaban dejándolos ir libres (vv. 26, 27). Por cierto, al salir de la esclavitud se les acordaba una gratificación por los años servidos.

Se consideraba que el buey era un animal peligroso. Al dueño le correspondía ser responsable por su buey y por proteger a los demás de él. Si un buey mataba a una persona, moriría el buey apedreado (v. 28). Al no guardar un buey que ya hubiera sido corneador en el pasado, el dueño sería culpable si el animal mataba a alguien; era pena de muerte para el buey y para el dueño (v. 29). Si los parientes del muerto convenían en aceptar una multa en vez de exigir la vida del dueño del animal, éste podía rescatar su vida por una compensación de dinero. Si un buey mataba a un esclavo, el precio de éste sería de 30 siclos de plata (v. 32). Es de interés notar que este fue el precio que los sacerdotes pusieron por la vida del Señor Jesucristo (Mat. 26:15). ¡El esclavo era la persona de menor valor en la estructura social!

El Código de Hamurabi (251–252) no reconocía ninguna responsabilidad del buey por acorrear a alguien. En tal caso no se mataba el animal. El dueño era responsable de cuidarlo. Si

era corneador, el dueño debía envolver los cuernos con algún material para disminuir su peligro y mantenerlo atado. Si mataba a alguien, el dueño no pagaba con su propia vida, sino que daba una compensación de dinero que variaba de acuerdo con el rango de la víctima.

d. Leyes sobre la restitución, 21:33-22:17. Por medio de estas leyes se le revelan a Israel varias enseñanzas; se recalca el valor de la propiedad y se afirma que los hombres tienen el derecho de poseerla. Además, se expone un concepto nuevo a la legislación en vigencia; se puede compensar por la pérdida de propiedad por medio de un pago de igual valor. Con estas leyes se abandona el sistema común de un desquite vengativo contra aquellos que causaron una pérdida de bienes, y se introduce un principio que da más valor a la vida humana que al valor de la propiedad.

Semillero homilético

La ley de la excelencia

21:33-36

Introducción: La sabiduría de Dios se muestra en esta ley que combate la negligencia: dirige al hombre, como obrero o como empresario, a la excelencia en su función.

Esta ley hace al hombre responsable de sus posesiones y de su trabajo.

Ser propietario es una responsabilidad. Somos mayordomos: Dios es el dueño de todo.

Esta ley obliga al hombre a vigilar sus posesiones y su trabajo.

El descuido de las posesiones y el trabajo puede hacer tanto daño como el mal premeditado.

Esta ley pone énfasis en el individuo como parte de la sociedad.

El comportamiento del individuo, responsable o no, afecta a la sociedad.

Esta ley señala la responsabilidad de tomar en cuenta al prójimo. Mueve al acercamiento y a la apertura a las necesidades ajenas; dirige al afecto.

Esta ley alienta el sentido de responsabilidad por el bien de la comunidad.

Esta ley motiva al individuo a buscar la excelencia.

Excelencia en el conocimiento y cumplimiento de su deber.

Excelencia en la pericia para manejar sus posesiones y cumplir su trabajo.

Excelencia en anticipar situaciones peligrosas para hacer de la comunidad un lugar seguro.

Excelencia en las relaciones humanas.

La búsqueda de la excelencia alienta la creatividad.

Conclusión: Dios quiere el bien individual y comunal en la vida cotidiana.

En el AT no existen leyes para la mutilación del cuerpo como se encuentran en otros códigos (especialmente el de los asirios). Para los que sufrían pérdidas a manos de otros, la ley israelita requería una compensación justa para el herido; si no podía pagar lo impuesto, el culpable podría ser vendido como esclavo para cubrir la restitución, pero salvaba su vida.

(a) Leyes sobre el descuido, 21:33-36. En el Medio Oriente se usaban las cisternas para recoger el agua de lluvia. Era la responsabilidad del dueño mantenerlas cubiertas. En caso de que un animal muriera por caer en una cisterna abierta, el dueño debía pagar el valor del animal en dinero. Además de formar un sentido de responsabilidad, se arreglaban sabiamente las pérdidas causadas por animales luchando entre sí.

(b) Leyes sobre el robo, 22:1-4. En una sociedad nómada, los animales eran fuentes de riqueza. Se consideraba que el robar un animal para degollarlo o para venderlo era un crimen

más grave que robarlo para guardarlo para sí mismo (vv. 1, 4). Evidentemente el robo para la venta del animal significaba un acto más bien premeditado mientras que el robo de algo (el tomarlo) para uno mismo podría ser algo más espontáneo. Debe entenderse que el buey tenía más valor que la oveja (v. 1); al ladrón también le correspondía hacer restitución al dueño por la pérdida del bien (v. 3). Si no tenía con qué pagar, podría ser vendido por el valor de lo que había robado (v. 3). Si se mataba a un ladrón forzando una casa de noche, no habría castigo. La muerte podría haber sido accidental. Sin embargo, el matarlo de día traería castigo (vv. 2, 3). No habría justificación por tomar la justicia en las manos de uno de día. Un ladrón sorprendido en el acto debía ser juzgado por la sociedad, no por el individuo. Aun la vida del ladrón vale más que la propiedad. No obstante, nadie debe sacar una ganancia como el resultado de un crimen.

A pesar de la severidad del Código del Pacto, es más humanitario que las leyes de otros códigos que exigían la pena de muerte por el robo. El Código de Hamurabi indicaba que aquel que tomaba propiedad de un templo o del estado moriría, e igualmente habría de morir aquel que recibía lo robado de las manos del ladrón. Adicionalmente, aquel que compraba o recibía bienes para guardar sin “testigos y contratos es un ladrón y será ejecutado”. Otra ley específica: “Si un hombre robó un buey o una oveja o un asno o un cerdo o una barca, si pertenecía al templo (o) si pertenecía al estado, hará restitución treinta veces más; si pertenecía a un ciudadano particular, hará restitución diez veces más. Si el ladrón no tiene suficiente para hacer restitución, será ejecutado”. La ley 21 indica la pena de muerte por hacer una rotura o una brecha en una casa: “Será ejecutado en frente de aquella rotura y será enterrado en aquella pared”.

(c) Leyes sobre la negligencia, 22:5, 6. Una vez establecido el pueblo en Canaán, habría necesidad de cuidarse cuando pastaran los animales para evitar que entraran en campos y viñas ajenos. Si pasaban a otro campo, el dueño debería pagar por los daños con lo mejor del campo de él. De la misma manera, se debía cuidar un fuego en el campo para que no se extendiera y destruyese la siembra de otros. Los veranos largos y secos de Palestina harían fuegos sumamente peligrosos. En caso de un fuego descuidado, el responsable tendría que pagar el daño de ello.

(d) Leyes sobre bienes en custodia, 22:7–15. Estas leyes tratan de dinero u objetos guardados en confianza (vv. 7, 8); de la disputa de pertenencia de propiedad guardada en confianza (v. 9); de las responsabilidades de pastores en el cuidado de los animales bajo su custodia (vv. 10–13), y de la responsabilidad por propiedad prestada (vv. 14, 15).

Evidentemente el problema de la propiedad guardada en confianza era común en todos los países de aquel tiempo. El Código de Hamurabi lo trata en las leyes 120–125. Para la contabilidad se exigían testigos, contratos y recibos; sin tenerlos en orden una denuncia no era procedente (123).

Semillero homilético

Sabiduría de las leyes de restitución

22:1–16

Introducción: Jehovah dio leyes sabias a su pueblo para vivir en paz en la comunidad y para proteger la propiedad privada y el bienestar de la comunidad.

Con las leyes de restitución el ofensor no quedaba sin castigo.

La ley establecía castigo al ofensor y restitución al ofendido.

La ley tenía en cuenta la intención del ofensor.

El castigo dirigía al ofensor a la enmienda.

Con las leyes de restitución el ofendido no quedaba sin restitución.

La propiedad privada era estimada y respetada.

El ofendido no tenía que sufrir las consecuencias de la mala voluntad o de errores ajenos.

Con las leyes de restitución la ley protegía a la comunidad.

La ley protegía la economía de la comunidad.

El castigo sin falta de los delincuentes desalentaba las malas intenciones de los que querían delinquir.

Los gastos del castigo del delincuente caían sobre él mismo, y no sobre la comunidad.

La ley hacía hincapié en vivir responsablemente en comunidad.

La ley permitía a la comunidad vivir pacíficamente.

Conclusión: La ley de Dios es insuperable en riqueza de sabiduría para el bienestar del hombre.

En cuanto a los pastores (vv. 10–13), tres principios los gobernaban en cuanto a animales entregados para custodiar: (1) Bajo juramento ante Jehovah, no había que hacer restitución por la muerte natural de un animal, una lastimadura accidental, o un robo sin testigos, si el pastor custodio no había *metido la mano en la propiedad de su prójimo* (v. 11); (2) en caso de que el pastor custodio sí hubiera robado, debía hacer restitución al dueño; (3) en caso de que un animal fuera despedazado por una fiera, el pastor llevaría al dueño la evidencia para probar que era inocente de fraude y no tenía que hacer restitución (comp. Amós 3:12).

Para daños a propiedad prestada se aplicaban tres principios (vv. 14, 15): (1) debía hacerse una compensación por la propiedad dañada si no había estado presente el dueño; (2) no debía hacerse una compensación por la propiedad dañada si el dueño había estado presente; era la responsabilidad del dueño cuidarla; (3) no había una compensación si la propiedad dañada había sido alquilada; los daños estaban cubiertos por el alquiler.

(e) Leyes sobre la seducción de una doncella, 22:16, 17. Para la mente occidental, parece extraño que se hayan incluido leyes acerca de la seducción de una virgen en una sección de leyes tocantes a derechos de propiedad. No obstante, se asumía en la época que una doncella era propiedad del padre; legalmente toda la familia era propiedad de él. No significaba que no amaba a la hija cuando, al casarse ella, se daba (pagaba) al padre una suma de dinero. Era para recompensarle por la pérdida de ella en el hogar. Por cierto, el padre podía darle a la hija una parte o el total del precio del contrato matrimonial; en este caso se lo llamaba dote.

Si por desgracia hubiera sido seducida la hija, ella perdería valor en cuanto al “obsequio” que podía recibir en el arreglo de matrimonio; una virgen valía más que una doncella violada. Si un hombre hubiera seducido a una mujer virgen no desposada, debía *pagar el precio matrimonial por ella* (v. 16) y tomarla por mujer. Si el padre no quería dársela al seductor, todavía el hombre tendría que pagar el precio matrimonial (ver el precio a pagar en Deut. 22:29). En esto, de acuerdo con la época, se protegían los derechos de propiedad del padre; no había una consideración legal para los derechos de la virgen.

Sería hasta la venida del Señor Jesucristo que se vería un cambio radical del enfoque hacia el valor de la mujer como una persona. Sin embargo, ya en la época de Exodo empezó un comienzo de protección para la mujer; no se la podía abusar impunemente. Con todo, se nota la costumbre de dejar en manos del padre la prioridad en arreglar un casamiento; hacía el arreglo del “obsequio” o el pago por la hija, y decidía con quién se casaría.

(3) Leyes morales y religiosas, 22:18–23:19. En contraste con las relaciones con los prójimos, esta sección se ocupa más bien con la ética personal y con prácticas religiosas.

a. Ofensas con pena capital, 22:18-20.

(a) La brujería, 22:18. Se indican tres ofensas punibles con pena capital: la hechicería, la bestialidad y el culto a otros dioses. Aunque fue condenada, la brujería (v. 18; Lev. 20:6, 27; Deut. 18:10, 11), una apelación a poderes sobrenaturales por medio de la magia, era un problema para Israel a lo largo de su historia (ver Isa. 8:19; Miq. 5:12; Mal. 3:5). Era practicada comúnmente por otras naciones con las cuales los israelitas tenían contacto (ver Exo. 7:11; Isa. 47:9, 12; Dan. 2:2), y siempre resultaba ser algo fascinadora y misteriosa para la mentalidad hebrea.

Semillero homilético

La brujería es condenada por Dios

22:18

Introducción: En todas partes es posible ver cómo la brujería prolifera en diversas modalidades y pretende ser algo inofensivo y de valor. Sin embargo, la hechicería es un pecado grave condenado por Dios.

La brujería es un pecado grave.

Su gravedad se hace evidente en la pena capital ordenada por Dios para los hechiceros (22:18).

Su gravedad es evidente por las consecuencias que sufren los que practican la hechicería.

Las naciones que habitaban la tierra prometida antes que los hebreos fueron destruidos por la hechicería (Deut. 18:9–14).

Saúl fue desechado por Dios porque llegó al colmo de su rebeldía consultando una hechicera (1 Sam. 28:3–19).

Su gravedad es evidente por las advertencias que Dios hace a su pueblo contra él (Apoc. 21:7, 8).

La brujería debe ser erradicada.

Porque prescinde de Dios y depende de poderes extraños.

Porque es rebeldía contra Dios (1 Sam. 6:23).

Porque es obra de la carne (Gál. 5:19–21).

Porque su práctica es opuesta a la fe (Hech. 13:18).

Porque es homicida (2 Rey. 17:17; 21:16).

Porque es prostitución espiritual (Hech. 16:16).

Porque es inmoralidad e idolatría (Isa. 57:3–8).

La brujería sigue engañando actualmente.

Se presenta en diversas modalidades: horóscopos, ocultismo, adivinaciones en diversas formas, filtros de amor, curanderismo, santería, espiritismo.

Pretende no oponerse a la fe cristiana.

Pero es rebeldía expresa contra la ley expresa de Dios.

Pero está relacionada con demonios.

Pero es doctrina extraña a la revelación divina.

Pero el que la practica pierde su fe en Cristo y sufre graves tormentos espirituales.

Conclusión: La brujería atenta seriamente contra la santidad de la vida cristiana.

(b) La bestialidad, 22:19. La prohibición contra la cópula con un animal trataba de dos males: (1) Era una perversión sexual, y (2) era una práctica empleada por algunos cultos paganos del mundo antiguo; así que era un culto falso. En la desviación idolátrica, algunos de los gentiles

representaban sus divinidades por medio de animales; por lo tanto, creían que la cópula con el animal sagrado resultaría en una relación mágica con la deidad. En Israel, cualquiera que practicara tal abominación, fuera hombre o mujer, había de morir irremisiblemente (ver Lev. 20:15, 16 donde indica que el animal ha de morir también; Deut. 27:21).

En Levítico 18:22, 23 se denuncia tanto la práctica de la homosexualidad como de la bestialidad; Levítico 20:13 agrega la sentencia de muerte por tal acto. Juntamente con estas dos perversiones, la ley prohíbe también la prostitución ritual de parte de la mujer o del hombre (Deut. 23:17). El culto de Jehovah era sagrado y puro: *No traerás a la casa de Jehovah tu Dios, por ningún voto, el salario de una prostituta ni el salario de un prostituto, porque ambos son una abominación a Jehovah tu Dios* (Deut. 23:18).

(c) El culto a otros dioses, 22:20. El ofrecer un sacrificio a un dios extraño era *anatema*, o la persona sería “anatematizada” (lit.). Las personas o cosas sobre las cuales había recaído el anatema (*cherem* ²⁷⁶⁴) quedaban como propiedad de Jehovah y no podían ser rescatadas. Bajo la pena, todo ser vivo, hombre o animal, debía ser muerto (ver la aclaración en Deut. 13:12–17). En Canaán se adoraban muchos dioses; la ley se dirigía para prevenir la tentación de adorar a uno de ellos al lado de Jehovah.

b. Responsabilidades morales, 22:21–28. Esta sección trata de una serie de leyes que protegían los derechos de los más débiles de la sociedad. Demuestran una preocupación porque la justicia sea modificada con la misericordia, y que todos los ciudadanos sean incluidos en el sistema. De los códigos conocidos, el de Israel es el único en que tales leyes vienen por la autoridad de la divinidad del pueblo.

(a) El trato al extranjero, 22:21. Se consideraba normalmente que el extranjero (*ger* ¹⁶¹⁶) era una persona de otra raza o pueblo que vivía en Israel; sin embargo, podía referirse a un “forastero,” o a un israelita quien vivía en un lugar distante de su familia o de su tribu (ver Jue. 17:7–13; 2 Sam. 4:3). A estos no se les debía maltratar ni oprimir (ver Lev. 19:33, 34; Deut. 10:19). El motivo por el espíritu humanitario quedaba en la historia del pueblo: *porque también vosotros fuisteis extranjeros en la tierra de Egipto* (v. 21). Debían aprender misericordia de lo que habían padecido. Más tarde los extranjeros tuvieron virtualmente todos los privilegios y todas las responsabilidades de los israelitas naturales.

(b) Las viudas y los huérfanos, 22:22, 23. Jehovah se preocupaba por los más débiles de la sociedad. Al afligir a las viudas y a los huérfanos, el castigo divino caería de la misma manera sobre los culpables; aquellos que afligieran a los débiles dejarían viudas a sus mujeres y huérfanos a sus hijos. La ley se dirigía al pueblo, y la pena era más bien colectiva que individual.

(c) Los préstamos, intereses y usura, 22:25–27. No se debía cobrar intereses sobre dinero prestado a algún pobre del pueblo (ver Lev. 25:35–37; Deut. 23:19, 20). Aunque se prohibía cobrar intereses a un israelita, era lícito hacerlo a un gentil (Deut. 23:20). La razón de la prohibición no era la injusticia de la práctica en principio, sino la falta de amor para con el hermano. Si se tomaba el manto de un pobre en prenda para asegurar el préstamo, debía devolverse a la puesta del sol. En el clima templado de la zona el manto servía al pobre de vestido en el día y de manta en la noche. Dios era (es) compasivo; el pueblo de él debía demostrar la misma calidad (v. 27).

En Israel la economía no estaba basada en el dinero. De vez en cuando se empleaban el oro y la plata como un medio de cambio; sin embargo, el comercio y los arreglos se mantenían principalmente por medio de un sistema de canje (el cambiar algo por algo) o de labor (el cambiar cierta cantidad de horas de trabajo manual por algo). Si el pobre trabajaba por lo prestado más los intereses altos que se cobraban, nunca tendría tiempo de trabajar para sí mismo

y finalmente tendría que venderse como esclavo por sus deudas. Era contra tal sistema que se promulgaba la ley.

(d) Deberes para con Dios, 22:28. La palabra traducida *jueces* en el v. 28 es *'elohim* ⁴³⁰ ("Dios" o "dioses"). La frase se puede traducir "No maldecirás a Dios". Algunos optan por el vocablo "jueces" por razones del paralelismo con el concepto siguiente en el versículo (ver 22:8); sin embargo, parece mejor referirlo todo a cosas sagradas.

El *gobernante* (*nasi'* ⁵³⁸⁷) sería el jefe (el anciano) de una tribu o de una familia. El hablar mal de él sería hablar mal, o blasfemar, de Dios; Dios le había encargado administrar la justicia. La pena por maldecir a Dios era la muerte (ver Lev. 24:15, 16, y 2 Sam. 16:9 respecto a maldecir al rey). Más tarde el sistema de justicia sería más bien una teocracia organizada en forma de una federación sacra con el gobierno en manos de los sacerdotes y representantes del pueblo (*nasi'* ⁵³⁸⁷; ver Núm. 1:4–16), lo cual fue seguido por la monarquía.

Semillero homilético

Los derechos de los débiles y la misericordia

22:21–27

Introducción: Dios quiere el bienestar de su pueblo y tiene especial cuidado de los débiles.

Los derechos de los débiles son concedidos y protegidos por Dios mismo.

Dios protege a los que sufren por causas que el hombre no puede cambiar (v. 22).

Esta clase de derechos son concedidos por Dios a los que los necesitan y se los piden (v. 23, 27).

Dios usa a los que tienen para satisfacer las necesidades de los débiles.

Dios nos pide hacer misericordia, que va más allá de donde la justicia del hombre termina.

Dios es el creador y dueño de todo; nosotros sólo somos mayordomos (Sal. 24:1, 2); él tiene derecho a pedir que demos.

Hemos recibido de gracia; debemos dar de gracia (v. 21; Mat. 10:8).

Dios nos da lo suficiente para que abundemos en misericordia (2 Cor. 9:8, 9).

Dios guarda en sus manos directamente el legislar la misericordia (vv. 23, 24, 27).

El hombre puede legislar la justicia, pero no la misericordia.

La misericordia no puede legislarse porque deja de ser misericordia; la misericordia ha de ser voluntaria.

La misericordia es obediencia directa a Dios.

Sólo Dios tiene el conocimiento y la autoridad para llamar a cuentas por la falta de misericordia.

Conclusión: "Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios" (Luc. 6:20b). "¡Bienaventurado el que se preocupa por el pobre! En el día malo lo librará Jehovah." (Sal. 41:1)

c. Leyes del culto, 22:29–31. Se incluyen tres ordenanzas del culto: la presentación de las primicias de la cosecha (v. 29; ver 23:19; Deut. 22:9; 26:1–11), la dádiva de los primogénitos (v. 29b, 30; ver 13:13, 34:20 y Núm. 18:15 por el rescate del primogénito varón de los hijos), y la prohibición de comer carne destrozada por las fieras en el campo (v. 31; ver Lev. 7:24; 17:15; notar Deut. 12:15, 16).

No debían demorar o postergar la presentación de la ofrenda a Dios (v. 29). De la cosecha, debían honrar a Dios con la primera parte que también simbolizaba el total. (Para los diezmos, ver Gén. 14:20 y Lev. 27:30.) Más tarde se les indicaba precisamente la cantidad que debían pagar (ver Lev. 23:9–14; Deut. 14:22–27; etc.).

En Canaán, algunos sacrificaban al primogénito a su divinidad en un culto ritual. Por medio de un sistema de rescate de los seres humanos, el Señor rechazó la práctica como un ritual para Israel (ver arriba, y Núm. 3:44–48; 18:15, 16).

El propósito fundamental de las leyes del pacto era que los israelitas fuesen *hombres santos* (v. 31). Israel era una nación sacerdotal; todos los hombres tenían la responsabilidad de funcionar como sacerdotes (19:6). Como tales, debían abstenerse de comer lo que no había sido preparado en la forma debida. La sangre era un símbolo de la vida, y para comer la carne de un animal, debían prepararla correctamente.

Como un pueblo especial debían apartarse del mal; por tanto, tendrían que obedecer las leyes divinas. Todos los estatutos casuísticos salían de los principios apodícticos y el principal de todos era la relación correcta para con Dios.

d. Relaciones justas entre personas, 23:1-9. Esta sección de admoniciones trata de la rectitud en la administración de justicia y del comportamiento para con los enemigos. Están dirigidas a todos los llamados a testificar en un pleito: la justicia tiene que ser imparcial.

Verdades prácticas

1. Los mejores sistemas legales son los basados en la naturaleza de Dios y no en la naturaleza egoísta de los hombres. De acuerdo con los inevitables cambios sociales hay demanda de leyes nuevas. Para que sean justas, equitativas y comprensivas, deben seguir la norma divina establecida por Jehovah.

2. El Señor demandaba que Israel tratase justamente a todos, incluidos los ciudadanos libres, los extranjeros, los esclavos, las viudas, los huérfanos y los pobres. No debía haber clases excluidas en el sistema legal.

3. Las leyes casuísticas trataban de los casos específicos producidos por las situaciones sociales; sin embargo, eran las leyes apodícticas las que regían como normas. La ley directriz (apodíctica) tiene validez en toda época y en toda sociedad. Aunque las leyes casuísticas no pierden su valor, se aplican únicamente en el contexto especificado.

4. Los dirigentes honestos son indispensables para mantener un sistema judicial equitativo. El soborno es un cáncer del alma y destruye la eficacia del sistema legal de un pueblo (23:8).

5. Dios exigía un castigo justo por las infracciones de la ley. El castigo debía ser seguro e imparcial (23:3), el acusado debía ser culpable (23:7), el castigo se medía conforme a la gravedad del crimen o a los daños causados (21:23–25), y se preocupaba por los derechos de las víctimas y la restitución de los daños ocasionados por el crimen. Los infractores eran tratados como personas; sin embargo, eran responsables de sus acciones y por las pérdidas ocasionadas por ellas (22:1–16).

(a) Los pleitos, 23:1–3. En cuanto a los pleitos, la evidencia tiene que ser verídica; además, no se debe hacer favoritismo al pobre por compasión (v. 3), ni al rico pervirtiendo la justicia. La justicia no debe tener escalas que favorecen a un nivel social sobre otro; la justicia debe ser imparcial para todos (ver Lev. 19:15). Se condenan *rumores falsos* (v. 1), acuerdos perversos y el

seguir *a la mayoría para hacer el mal* (v. 2) o para quedar bien con los “ricos,” es decir, con los “grandes” “poderosos.”

Semillero homilético

¡No esparza rumores falsos!

23:1

Introducción: Los rumores falsos pueden causar daños irreparables a la reputación de las personas. Los hijos de Dios deben tomar muy en serio este asunto para no participar de este pecado.

Porque esparcir rumores falsos daña la reputación del hombre, que es de gran valor.

Una buena reputación vale más que una fortuna (Prov. 22:1).

La reputación es el carácter público del hombre.

Esparcir rumores falsos es, en un sentido, homicidio.

Porque esparcir rumores puede causar daños irreversibles.

Una vez que corre, el rumor no puede ser detenido.

Una vez que corre, el rumor no puede ser refutado.

Una vez que corre, el rumor aumenta su contenido.

Porque esparcir rumores es un acto traicionero.

El ofensor dice a espaldas de la víctima lo que no se atreve a decir de frente.

La víctima no puede defenderse.

El ofensor permanece oculto y sus cómplices se multiplican.

Porque esparcir rumores es abominable a Dios (Prov. 12:22)

Los mentirosos no tienen parte con Dios (Apoc. 22:15).

Los mentirosos son hijos del diablo (Juan 8:44).

Porque esparcir rumores daña el propio carácter y vida del ofensor (Prov. 19:1).

Trae tristeza a la vida del ofensor (Prov. 15:4; 21:23).

El ofensor pierde amigos (Prov. 20:19; 16:27, 28).

El ofensor aumenta su necedad (Prov. 10:18).

El ofensor será castigado (Prov. 19:9; Sal. 15:1–3; Apoc. 21:8).

Conclusión: Cuidemos nuestro carácter cristiano. Un rumor falso daña al prójimo y nos daña a nosotros. No participemos de ellos.

(b) El trato con el enemigo 23:4, 5. Al encontrar un animal extraviado del enemigo, *devuélveselo, o si ves caído debajo de su carga el asno del que te aborrece, no lo dejes abandonado.* Probablemente *el enemigo* se refiere a un hebreo que había sido un adversario en un pleito legal. De todos modos, la demanda por la justicia va más allá que las relaciones personales o legales. El concepto se acerca a las palabras de Jesús de amar al enemigo (Mat. 5:44). En cuanto al segundo mandato, hubiera sido más difícil ayudar a un animal de un enemigo mientras que estuviera presente el adversario (ver Deut. 22:4). Sin embargo, era más importante hacerlo en su presencia.

(c) La justicia para los pobres, 23:6–8. Se ofrece protección al *necesitado*, al *inocente* y al *justo*. Se dan dos admoniciones al pueblo de Dios: (1) no acusar falsamente a nadie, y (2) no recibir soborno, lo cual *ciega a los que ven con claridad y perverte las palabras de los justos* (v. 8).

La palabra *necesitado* es diferente a la usada para el *pobre* en el v. 3, la cual se refiere a un hombre empobrecido. El *necesitado* es una referencia más bien a un hombre pobre que es piadoso.

Semillero homilético

Las leyes sabáticas

23:10–12

Introducción: Las leyes sabáticas, como todas las leyes de Dios, tienen la sabiduría que procura el bien de la tierra y del hombre que la habita.

Las leyes sabáticas benefician al hombre.

Proveen al hombre un plan para vivir con sabiduría.

Un plan que establece el deber y el consiguiente beneficio de trabajar.

Un plan que establece el deber y el consiguiente beneficio de descansar.

Proveen al hombre un plan para evitar el egoísmo: pensar en los pobres.

Las leyes sabáticas protegen la ecología.

El plan de Dios señala la responsabilidad humana de cuidar la tierra (Gén. 1:26–28).

La tierra necesita ser cultivada y hecha productiva para que no se erosione. La erosión rompe el equilibrio ecológico.

La tierra necesita descansar para no agotarse y para renovarse.

El plan de Dios señala la responsabilidad humana de cuidar los animales.

El hombre debe proveerles alimento, especialmente si ocupa campos que eran de ellos.

El hombre debe esforzarse por mantener el equilibrio ecológico impidiendo que los animales pasen hambre. Los animales hambrientos acaban con algunas especies de la flora; esto rompe el equilibrio ecológico. Si los animales mueren de hambre, otras especies animales indeseables controladas por ellos proliferan; esta es otra forma de desequilibrio ecológico.

Las leyes sabáticas son para beneficio de la economía comunal.

Las comunidades prosperan con tierras productivas. En una comunidad próspera florece el comercio, la industria y las artes.

Los pobres encuentran ayuda.

Tienen prioridad los necesitados locales.

Cuando a los necesitados se les ofrece un medio de subsistencia disminuye la delincuencia.

Conclusión: Las leyes de Dios son eminentemente prácticas y beneficiosas.

(d) La justicia para el extranjero, 23:9. Antes se había amonestado a Israel contra la opresión del extranjero (22:21). Aquí la ley indica que se le debía dar el mismo trato en un pleito que el que recibiera un hebreo. La justicia debía ser igual para todos. Otra vez el Señor los hace recordar su historia; no debían ser injustos para con los extranjeros debido a su sufrimiento pasado, ni para vengarse ni para sacar alguna ventaja personal del extranjero.

e. Un calendario agrícola, 23:10–13

Esta sección contiene algunas prescripciones sobre el culto público que tratan del año sabático, del sábado, de las fiestas de peregrinación, de las ofrendas y de los sacrificios.

(a) El año sabático, 23:10, 11. El año sabático era en ciclo de años lo que el sábado era para la semana (ver Lev. 25:1–7, 20–22). Según el texto, su finalidad era social o humanitaria; sin

embargo, se incluían valores ecológicos y económicos también. Por medio de él se preservaba la naturaleza y la economía por dejar en barbecho las tierras, pues se renovaban y se hacían más productivas, a la vez que ofrecían una fuente de bienestar social para los necesitados y un refugio para los animales del campo. Tal como el sábado, el motivo era religioso; Dios es dueño de todo y se preocupa por el mundo y por todo lo que vive en él.

Semillero homilético

Ayuda sabia a los necesitados

23:10, 11; Levítico 23:22

Introducción: Las leyes que Jehovah dio a su pueblo para ayudar a los necesitados sabiamente cumplían una obra completa, a saber:

La satisfacción de una necesidad real.

Siempre habrá pobres (Juan 12:8).

Hay circunstancias imponderables que traen pobreza.

La satisfacción de la necesidad de los pobres aleja la probabilidad de la delincuencia.

El aliento para los necesitados.

Los necesitados deben ver la mano de Dios en la ayuda que reciben, para fortalecer su fe.

Los necesitados deben mantener su dignidad personal y su autoestima a pesar de la ayuda.

Los necesitados deben recibir, con la ayuda, aliento y apoyo para empezar de nuevo o para esperar tiempos mejores.

La ayuda no debe alentar la mendicidad ni la pereza: los necesitados tenían que trabajar recogiendo las espigas.

Los necesitados no deben ser vistos como un estorbo.

La enseñanza para los que ayudan.

Dios es el dueño y nosotros somos sólo mayordomos; él ordena ayudar.

El poder dar es reconocimiento de la gracia de Dios que nos ha provisto.

El dar desalienta la avaricia.

El dar es una manera de participar en la solución de los problemas sociales.

El dar es un acto de fe y dependencia en Dios.

Conclusión: La ayuda a los pobres es necesaria; la sabiduría para ayudar a los pobres es necesaria también. "Más bienaventurado es dar que recibir" (Hech. 20:35).

Aunque no lo indica el texto, probablemente no todos observaban el año simultáneamente, para no desequilibrar la economía; además de eso, ¿habría ayuda para los pobres únicamente en el año sabático? De todos modos, la ley era para todas las tierras y para todos los productos. En el año sabático se prohibían las labores de siembra y de cosecha.

Originalmente se destinaba el producto espontáneo del campo a los pobres; más tarde se amplió la ley para que el producto sirviera de alimento para el dueño, sus siervos, el jornalero, el forastero residente, el ganado y los animales que hubiera en la tierra de uno (Lev. 25:1-7). Solían hacerse los contratos de arrendar la tierra a base del año sabático, después del cual todo se volvía a su dueño.

(b) El día sábado, 23:12. Tal como se encuentra en Deuteronomio 5:14, la razón por el sábado era humanitaria (ver la discusión del día en 16:27-30).

(c) El culto único de Jehovah, 23:13. Jehovah es Dios celoso (20:3–5): *No mencionaréis los nombres de otros dioses, ni se los oiga en vuestros labios* (v. 13). El mencionar el nombre de un dios era reconocerlo e invocar su supuesto poder.

f. Las tres fiestas anuales, 23:14-17

Tres veces al año todos los hombres debían presentarse delante de Jehovah para celebrar las fiestas especificadas: la de los panes sin levadura, la de la siega de los primeros frutos y la de la cosecha a la salida del año. Las tres eran fiestas agrícolas e Israel las iba a observar plenamente una vez ubicado en Palestina.

La estrella perdida

Kelley (*Exodo*, p. 136) sugiere que sería una equivocación fatal suponer que ya no hubiera necesidad de tener la ley de Dios como guía para la vida diaria. El presenta la siguiente ilustración sobre la importancia de tener un punto de referencia fijo a lo largo del camino. "El capitán de un pequeño barco había empleado a un marinero sin experiencia. Una noche en alta mar el capitán tuvo sueño y dejó al nuevo miembro de la tripulación a cargo del timón. Antes de retirarse le señaló la estrella polar y le advirtió que mantuviese el barco dirigido a ella. Después de un rato el marinero también tuvo sueño y se durmió sobre el timón. Al despertarse estaba completamente perdido. Buscó la estrella polar, pero no pudo encontrarla. Por fin, desesperado, fue al capitán, lo despertó y le dijo: 'Por favor, señor, ¿quiere usted venir y mostrarme otra estrella para guiarme? ¡Creo que a la otra ya la pasé!' "

En nuestra época de moralidad relativa hay muchos que rechazan la Palabra de Dios como guía moral. Piensan que el mundo ha superado la etapa de los diez mandamientos y ha perdido de vista la estrella polar de la vida moral. Al abandonar el decálogo se dirigen a la destrucción. La única esperanza es fijar la mirada firmemente en aquel de la estrella de Belén y encontrar en él la dirección para la vida que incluye la moralidad de la revelación en Sinaí.

(a) Origen de las fiestas, 23:14, 17. Las fiestas no tuvieron su origen en Israel. Eran fiestas antiguas; sin embargo, bajo las instrucciones divinas, llegaron a tener nuevos significados históricos y religiosos para Israel. Las fiestas servían como oportunidades de adorar a Dios y de recordar la historia sagrada de la salvación. Fueron instrumentales en preservar la fe única del pueblo de Dios.

(b) La fiesta de los panes sin levadura, 23:15. La fiesta de los ácidos se celebraba por siete días en la primavera al comienzo del mes de Abib en la siega de la cebada (ver 12:14–20). El festival marcaba la transición de lo viejo a lo nuevo y servía como un ritual para dar gracias por la nueva cosecha que iba a llegar. También se celebraba la Pascua en el primer día de la fiesta (ver 12:1–20; Lev. 23:5–8; Deut. 16:1–8). De las tres fiestas nombradas aquí, ésta es la única a la cual se agrega la nota histórica específica en la Biblia. Las otras llevan implícitamente la nota histórica por medio de recordar la bondad y cuidado de Dios en la vida de la nación.

(c) La fiesta de la siega del trigo, 23:16. Se la llamaba también la “fiesta de las semanas” (por celebrarse siete semanas después de haber ofrecido las primicias de la cebada, o la de “las primicias”) y, por último, “Pentecostés” (cincuenta días = siete semanas; ver 34:22; Lev. 23:15, 16; Deut. 16:10, 16; Núm. 28:26; Hech. 2:1; 20:16; 1 Cor. 16:8; etc.). Al celebrar la fiesta,

acuérdate que tú fuiste esclavo en Egipto; por eso guardarás y cumplirás estas leyes (Deut. 16:12). La tradición judía más tarde la relaciona con el pacto de Sinaí y la dádiva de la ley.

(d) La fiesta de la cosecha a la salida del año, 23:16. Esta es la fiesta de la cosecha de los frutos tardíos o la vendimia (ver 34:22; Lev. 23:39; Deut. 16:13), en septiembre u octubre. Se la llama también la fiesta de “los tabernáculos” por las cabañas de ramas que se construían en memoria de las tiendas del desierto, (ver Deut. 16:13–15; Lev. 23:39–43).

g. Ofrendas y sacrificios, 23:18, 19. Se consideraba que la sangre y el sebo eran sagrados y que debían ser tratados con sumo cuidado (ver 34:25; Lev. 1:8, 9; 3:17). *Lo mejor de las primicias* (v. 19) era lo mejor de los primeros frutos.

No cocerás el cabrito en la leche de su madre (v. 19; 34:26) tiene referencia a un rito cananeo pagano conocido ahora por una referencia encontrada en la literatura de Ugarit. Formaba parte de un rito del culto de Astarté (o de Asera), la diosa de la fertilidad, en Ras Shamra. Dado que tenía un sentido pagano y supersticioso, aunque era neutral en sí mismo, se prohibió a los hebreos cocer el cabrito en la leche de la madre por el mal testimonio y por la posibilidad de ser mal interpretados por los paganos (ver el principio en 1 Cor. 10:27–33). Se debe evitar todo aspecto del mal.

Antes del hallazgo arqueológico de Ugarit, se ofrecían varias interpretaciones del versículo: (1) El posible concepto de la santidad de la leche, (2) la prohibición de usar leche agria en la preparación de la comida, y (3) tal práctica indicaría un desprecio por la relación entre la madre, la fuente de la vida, y el cabrito.

(4) La exhortación final, 23:20–33. El Libro del Pacto termina con exhortaciones, promesas y admoniciones. El fin principal era conservar la pureza de la religión monoteísta de Jehovah una vez que el pueblo entrara en conflicto con la cultura cananea. Dios promete guiar, proteger, alimentar, sanar y multiplicar a su pueblo; además, infundirá miedo y desaliento a los pueblos cananeos y dará victoria a Israel en el proceso de la conquista de la tierra. Por su parte exige a Israel mantenerse fiel al pacto establecido con él en conducta interna y en práctica externa; debe obedecer a Dios y a su representante; no deberá adorar a los dioses cananeos, sino que destruirá todos los objetos de culto pagano en la tierra prometida.

a. La función del ángel del Señor, 23:20–23. *El ángel* se menciona tres veces en el libro: 14:19, 23:20 y 32:34 con 33:2 (ver 13:21, 22; Jue. 2:1); el ángel es distinto de Jehovah, pero sigue las instrucciones divinas, habla por Jehovah, pero no perdona las rebeliones (v. 21).

La palabra *ángel* significa un mensajero, que puede ser humano o celestial. Siempre es necesario distinguirlo en el contexto mismo y en este caso es algo oscuro. Lo claro es que Jehovah guiará a los obedientes de acuerdo con su sabiduría y voluntad. A Israel le hizo tres promesas: (1) El envío de un ángel (v. 20) en el cual estaría su nombre (la presencia de Dios mismo, v. 21); el enviado les serviría de guía en el viaje a Canaán; (2) el envío del terror de Jehovah para confundir a los pueblos de Canaán (v. 27); (3) el envío de la avispa para echar a los pueblos de Canaán (v. 28).

Históricamente el ángel ha sido identificado de varias maneras: (1) Un ángel celestial, posiblemente el Angel de Jehovah (Jue. 2:1), (2) una referencia al arca del pacto que iba delante de ellos en el viaje de Sinaí (Núm. 10:33–36), (3) un caudillo (mensajero) representante de Dios (Moisés y después Josué). De acuerdo con el pensar de la época, probablemente se refiere a un representante celestial; sin embargo, no se puede descartar categóricamente la posibilidad de que sea un caudillo humano. De todos modos, el obedecer al ángel —es decir, a Jehovah— resulta en bendiciones (vv. 25, 26; ver Deut. 7:13–15; 28:1–14).

Verdades prácticas

Hubo tres elementos principales en la confirmación del pacto en Sinaí: un mediador, la sangre del sacrificio y una fe obediente. Los mismos elementos se encuentran, en un nivel superior, en la confirmación del Nuevo Pacto: Cristo vino de los cielos como el mediador de un pacto superior (Heb. 8:6); el nuevo pacto fue sellado con la sangre de Cristo, quien, sin mancha, se ofreció a sí mismo a Dios (Heb. 9:13–15), y quien, por medio de la fe obediente, creer en él, concede la vida eterna (Juan 6:43–51).

b. Advertencias y promesas, 23:24–33. La cultura y la religión de Canaán iban a ser una tentación grande para Israel: No debían hacer como hacían ellos (v. 24; Lev. 18:3). Los arqueólogos han encontrado piedras rituales en Palestina que son bloques de piedra de unos dos m. de largo por medio m. de ancho. La gente los erigía como símbolos de la divinidad en una región, y los dedicados a Baal y a Astarté (Asera, Deut. 7:5) se asociaban con un culto de fertilidad. Además de no adorar a los dioses cananeos, debían destruir los objetos de culto, o los símbolos de idolatría (v. 24; Deut. 7:5; 12:3; Lev. 26:1; etc.). Se notará que los israelitas levantaron “piedras” (no labradas) ocasionalmente en conmemoración de algún evento histórico, pero no eran objetos de adoración ni centros sensuales de actividades del culto (ver 24:4; Jos. 4:20; también, Gén. 28:18; 31:45; 35:14, 20).

Jehovah luchó a favor de Israel por medio de las plagas, las piedras, las tormentas, y los temblores—la naturaleza estaba a la disposición del Señor para infundir *terror* y *confusión* a los enemigos del pueblo (v. 27). Se creía el pueblo en la “guerra santa” (ver 15:16; también Deut. 7:23; Jos. 10:10; Jue. 4:15; etc.).

La *avispa* (Deut. 7:20; Jos. 24:12) puede interpretarse de varias maneras: (1) Podría ser un insecto muy molesto y común en Palestina. Sería un aliado y agente de Jehovah para arrojar a los habitantes de la tierra (v. 28); (2) podría referirse a los egipcios cuyo símbolo (de bajo Egipto) era un avispon; es decir, mientras que Israel estuviera en el desierto los egipcios debilitarían a Canaán (o aún pudo haber sido otro poder militar); (3) podrían ser acontecimientos sobrenaturales que producirían las victorias (ver Jos. 10:11–14; Jue. 5:4, 5, 20, 21).

Poco a poco los echaré de tu presencia (v. 30) indica una conquista lenta de la tierra (ver Jos. 10:28–43; 11:16–23; 21:43–45), y la razón dada (v. 29; Deut. 7:22) por la tardanza en echar a los cananeos no concuerda con la traducción tradicional del número elevado de israelitas que salieron de Egipto en 12:37 (ver el comentario del versículo).

Las fronteras indicadas (v. 31) fueron alcanzadas únicamente durante el reinado de David; bajo el de Salomón comenzó el proceso lento de la pérdida del territorio. Las fronteras iban desde el mar Rojo, “el mar de los Juncos”, es decir, desde el ramal más oriental del mar Rojo o golfo elanítico (de Aqaba) hasta el Mediterráneo, *el mar de los filisteos*; desde allí se incluía *el desierto*, el desierto arábigo o el de Arabia Pétreá, hasta *el Río*, es decir, el Eufrates, la frontera natural de Mesopotamia.

El Libro del Pacto termina con otra exhortación a la fidelidad exclusiva a Jehovah. El hacer pactos con otros pueblos indicaría la necesidad de reconocer a sus dioses aunque se negaran a adorarlos personalmente. Los únicos habitantes en la tierra prometida debían ser aquellos que hacían el pacto exclusivo con Jehovah. Se debía evitar el peligro de la coexistencia de cultos; la cultura avanzada y la moralidad baja de los cultos cananeos serían una tentación excesivamente grande para la fe nueva e inmadura de Israel (vv. 32, 33).

Por medio de la legislación, se nota una sociedad primitiva de vida nómada con advertencias para una vida sedentaria de características simples y agrícolas; no hay ciudades, no hay comercio bien desarrollado, no hay rey, ni existen referencias a una autoridad central. Se anticipa un

desarrollo económico y se imponen leyes humanitarias y progresivas para las clases menos privilegiadas.

La sociedad se une bajo una autoridad religiosa y se discuten tensiones sociales y religiosas. Se advierte contra un sincretismo religioso; se condenan abusos serios en la sociedad, y se dirige la atención hacia las injusticias contra los más débiles, es decir, contra los esclavos, los pobres, las mujeres, las viudas, los huérfanos. Es el primer paso para unir y aplicar el significado de los principios eternos del Decálogo (las leyes apodícticas) en la sociedad cotidiana por medio de estatutos (las leyes casuísticas).

4. EL PACTO CONFIRMADO, 24:1-18

El cap. 24 vuelve a la narración histórica interrumpida en 20:22. Se trata de la ratificación del pacto (1-11) y la ascensión de Moisés al monte para recibir los mandamientos escritos por Dios (12-18). Aquí está la etapa final en el establecimiento del pacto entre Jehovah e Israel. Los pasos son los siguientes: (1) La invitación al pueblo para que entre a la relación del pacto y su respuesta (19:1-9), (2) la preparación del pueblo para la visita divina (19:10-15), (3) la teofanía o la aparición de Jehovah sobre el monte (19:16-25), (4) la dádiva de los Diez Mandamientos (20:1-17), (5) el nombramiento de Moisés como el mediador del pacto (20:18-21) y la ratificación del pacto (24:1-18).

(1) El pacto ratificado, 24:1-12. Al concluir la dádiva de la ley (20:21), el Señor indicó a Moisés lo que el pueblo debía hacer para sellar el pacto. Había dos elementos principales en la ceremonia: el rociamiento de los ancianos con la sangre del pacto (v. 8) y una comida compartida ante el Señor (v. 11). La ceremonia era importantísima porque confirmó públicamente lo que había sido aceptado en forma particular por la gente.

El Señor le dijo a Moisés: *Subid ante Jehovah, tú, Aarón, Nadab, Abihú y setenta de los ancianos de Israel* (v. 2). Moisés bajó del monte y *refirió al pueblo todas las palabras (diberai¹⁶⁹⁷) de Jehovah y todos los decretos (mishpatim⁴⁹⁴¹)*, y todo el pueblo respondió... *“Haremos todas las cosas que Jehovah ha dicho”* (v. 3).

Nadab y Abihú eran hijos de Aarón (6:23); desgraciadamente, después de su consagración al sacerdocio, no fueron fieles en el ejercicio del oficio y perdieron sus vidas al poner fuego extraño en sus incensarios delante de Jehovah (Lev. 8; 10:1, 2). Setenta de los ancianos de Israel fueron escogidos (ver 18:21) para la ceremonia y fueron representantes de la nación (ver Núm. 11:16-25). Un anciano era el mayor de una familia y tenía la autoridad jurídica sobre ella fundada sobre el concepto tradicional del mayorazgo. Los números tenían valores simbólicos: siete era el número perfecto; diez era el número completo. Setenta, siete por diez, llegó a ser considerado simbólicamente como el número ideal para gobernar o llevar a cabo el ministerio de Dios.

Probablemente *las palabras* (v. 3) son una referencia al Decálogo, y *los decretos* se refiere a las leyes que se encuentran en el Libro del Pacto (20:22, 23:33; ver la discusión anterior).

Moisés escribió todas las palabras de Jehovah (v. 4). ¿Cuáles eran? No es del todo claro. Por cierto es la segunda referencia a la actividad literaria de Moisés (ver 17:14); sin embargo, es la primera referencia a su trabajo de poner por escrito material legal. Más tarde el Señor prometió dar a Moisés *las tablas de piedra con la ley y los mandamientos* (escritos por Dios mismo, v. 12). Posiblemente Moisés escribió lo que había escuchado en el monte (v. 4) y después el Señor le entregó la copia oficial, o las tablas que contenían los Diez Mandamientos (v. 12).

Había dos actos en la ceremonia de sellar el pacto; uno fue la consagración de los representantes del pueblo y el otro fue la ratificación del pacto. En la ceremonia de ratificación del pacto había varios elementos importantes: (1) Moisés y unos jóvenes sirvieron de sacerdotes (v. 5). Antes de establecer oficialmente el sacerdocio, cualquiera podía hacerlo, especialmente si

representaba a la familia. Es de interés notar que Moisés incluía a jóvenes en la ceremonia; no era exclusivamente para los ancianos. (2) La sangre, considerada la fuente de vida, era tratada con sumo cuidado. La vida del animal del sacrificio era don de Dios; se debía tratarla con sumo cuidado. El pacto era don de Dios; debían recibirlo libremente y tratarlo con sumo respecto. (3) Solían sellar los pactos con sangre. Moisés, al esparcir la mitad de la sangre sobre el altar (v. 6) y la mitad sobre el pueblo (v. 8), simbólicamente unía a Jehovah y al pueblo. Lo central en la ceremonia era el hecho de rociar al pueblo con la sangre y, de alguna manera misteriosa, la sangre simbolizaba la purificación y el perdón provistos por el Señor (ver Mat. 26:27, 28; 1 Cor. 11:25). La palabra pacto (*berith* ¹²⁸⁵) significaba “unir” o “formar un lazo de unión”. Se formalizaba un contrato (un acuerdo o un pacto) por medio de matar un animal y dividirlo en dos partes (ver Gén. 15:9–17; Jer. 34:15–18). Después, los participantes en el pacto pasaban entre las dos partes y simbólicamente daban su voto de guardarlo fielmente. Si uno lo quebrantaba, sería muerto como el animal sacrificado. De la práctica se decía que el confirmar un acuerdo era “cortar un pacto.” (4) La comida era una parte vital en la ratificación del pacto. Había varias clases de sacrificios ofrecidos por los hebreos. Los *holocaustos* (v. 5) eran sacrificios totalmente consumidos por el fuego del altar (ver Lev. 1). El simbolismo era el de una entrega total a Dios (ver Rom. 12:1). Los *sacrificios de paz* (v. 4) eran aquellos que incluían una comida fraternal entre los participantes. Se comían la carne del animal sacrificado y ofrecían la sangre y la gordura a Dios. La ceremonia simbolizaba la paz y el compañerismo entre los participantes mismos y entre ellos y Dios; entonces, se ratificó el pacto en Sinaí con un sacrificio de paz.

El Señor Jesucristo tomó el concepto de la ceremonia y, antes de su crucifixión, lo desarrolló con aún más claridad. En el aposento alto, la última vez que estuvo con los discípulos, después de darles el pan les dio la copa y les dijo: *Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del pacto, la cual es derramada para el perdón de pecados para muchos...* (Mat. 26:27, 28; ver Mar. 14:24; Luc. 22:20; 1 Cor. 11:25; Heb. 9:20; 10:29).

En la ratificación del pacto, el texto indica que *vieron* a Dios (vv. 10 y 11). El v. 10 emplea el verbo *ra'ah* ⁷²⁰⁰; el v. 11 emplea otro vocablo, *chazah* ²³⁷². Se emplea *ra'ah* normalmente para ver con el ojo físico y *chazah* significa más bien contemplar algo visto en una visión. A la luz de 33:20, *ningún hombre me verá y quedará vivo*, posiblemente se trata aquí de una experiencia que era difícil poner en palabras humanas. Ellos no levantaron los ojos porque la única cosa que vieron era algo *como un pavimento* debajo de sus pies (v. 10; ver Eze. 1). Era como algo transparente y azul comparable solamente *en pureza al mismo cielo* (v. 10). Con el encuentro, se dieron cuenta de quién era, y al entenderlo, tal como al comprender una idea, decían que *vieron* (v. 10) a Dios porque *contemplaron* la grandeza de la visión parcial de él que se les concedió. De todos modos, vieron a Dios y milagrosamente, no murieron: *no extendió su mano contra los principales de los hijos de Israel... y comieron y bebieron (v.11)*.

(2) Moisés sube al monte de Dios, 24:13–18. Al concluir la ceremonia de ratificación, el Señor les prometió dar el Decálogo por escrito a Moisés (vv. 14–18). La entrega de las estipulaciones del pacto servía así para confirmar los mandamientos entregados oralmente, y se los preservaba como requisitos para el renuevo del pacto con las generaciones futuras. Sin la renovación por cada generación, quedaría el pacto anulado e inválido.

Entonces Moisés subió al monte... La gloria de Jehovah posó sobre el monte Sinaí... Y la apariencia de la gloria de Jehovah en la cumbre del monte era como un fuego consumidor ante los ojos de los hijos de Israel... Y estuvo Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches (vv. 15–18).

La narración histórica de la entrega del Decálogo se interrumpe hasta el capítulo 34. Mientras tanto, el autor dirige la atención hacia el culto y la legislación que tratan de la adoración a Dios.

III. INSTRUCCIONES PARA EL CULTO DE ADORACION, 25:1-40:38

1. INSTRUCCIONES PARA EL TABERNÁCULO Y EL SACERDOCIO, 25:1-31:18; ver 35:1-40:38

En el mundo de Moisés no había ateos. Creían en la existencia de dioses malévolos y benévolos; a estos trataban de aplacarlos o complacerlos por medio de sus cultos y formas de adoración. Para ellos, todo el mundo era sacramental: no había una división entre lo religioso y lo secular, sino que la religión gobernaba la totalidad de la vida. Por más equivocadas que estuvieran, las naciones tenían sus cultos.

Tal como los otros pueblos de la época, antes de Sinaí, Israel adoraba a Dios por medio de un culto antiguo. Muchos años antes de Moisés y la dádiva de la ley, los patriarcas tenían sus prácticas religiosas y, debido a la larga estadía en Egipto, el pueblo recibió una influencia negativa del país de los faraones (ver, p. ej., la adoración del becerro de oro en Exo. 32). Además, dentro de pocos años el pueblo iba a entrar en conflicto con la adoración cananea que tenía algunos aspectos en común con la de Israel (p. ej. *ba'al*¹¹⁶⁷ en hebreo significaba "Señor"; se llamaba a Jehovah *ba'al*. En Canaán era un dios de la naturaleza); sin embargo, era un culto radicalmente diferente en la teología y en la ética de la fe de los patriarcas.

Dios ya había librado a Israel de la esclavitud egipcia y había demostrado que era el Señor de la naturaleza y la historia. Apenas había pactado con el pueblo en una alianza solemne, cuando les reveló la naturaleza magnífica de la constitución moral que los gobernaría: era Señor de la vida. El pueblo tenía una libertad nueva, una ley nueva, una nación nueva y ahora se necesitaba una adoración nueva. Era tiempo de recibir otra revelación: Jehovah era Señor de la adoración.

Semillero homilético

El lugar de encuentro con Dios

25:10-22

Introducción: Dios hizo construir el arca para que ceremonialmente el pueblo se encontrara con él allí.

El arca era el lugar de encuentro con la justicia de Dios.

La justicia de Dios estaba manifestada en las tablas de la ley, contenidas en el arca.

Las tablas de la ley evidencian el pecado del hombre, que no puede cumplir la ley.

La ley manifiesta la autoridad justa de Dios.

La misericordia de Dios.

La misericordia de Dios estaba manifestada en el propiciatorio o cubierta del arca.

La misericordia está basada en el sacrificio. El propiciatorio recibía el rociamiento de sangre de los sacrificios.

La misericordia trasciende la ley. El propiciatorio estaba encima del arca, donde estaban las tablas de la ley.

La misericordia de Dios no viola su justicia. Cristo cumplió la ley y sufrió el castigo de nuestro pecado.

La santidad de Dios.

La santidad era simbolizada por los querubines y su actitud de adoración.

La santidad era simbolizada por los materiales del arca.

Oro, el menos corruptible de los metales, precioso, hermoso.
Madera de acacia, la madera más duradera y menos corruptible; hermosa, muy dura.

Conclusión: El encuentro ceremonial del arca se cumplió realmente con el sacrificio de Cristo en la cruz.

Israel no necesitaba un culto nuevo de la misma naturaleza de los de otros pueblos semitas, sino que necesitaba una adoración nueva diferente en forma y calidad. No sería algo evolutivo del pueblo mismo; ¡el culto israelita era el del becerro de oro del estilo de los egipcios (32:1–19)! El culto revelado a Moisés en el monte dio un nuevo significado a ciertas prácticas antiguas e introdujo elementos nuevos con un sentir de moralidad y de enseñanza simbólica profundos. Al bajar del monte Moisés llevó consigo un diseño del Señor y, para mostrar su importancia, se dedicaron trece capítulos del libro para explicarlo. Ciertamente Dios era Señor de la adoración.

Semillero homilético

El trono de gracia

25:17–21; 2 Samuel 4:4; Hebreos 4:16; 9:3–12; Romanos 5:8

Introducción: El propiciatorio entre los dos querubines era considerado el trono de Dios. ¿Qué significaba esto?

Significaba la presencia de Dios, que es juicio.

Juicio por causa del pecado.

Juicio porque todo hombre ha pecado.

Juicio porque Dios aborrece el pecado.

Significaba la obra expiatoria de Dios.

El hombre no puede expiar su propio pecado.

Desde el principio Dios planeó redimir al hombre del pecado. El mismo pueblo hebreo era parte de ese plan de redención.

Cristo mismo fue el sacrificio propiciatorio que pagó por los pecados del mundo.

Los sacrificios que se hacían en el tabernáculo eran un anuncio y un tipo del sacrificio de Jesús.

Significaba el amor de Dios, que se manifiesta en gracia.

El perdón se nos ofrece por gracia.

Todo fue pagado por Cristo; no hay nada más que pagar.

El amor de Dios ofrece su gracia a todos.

Conclusión: "Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia para que alcancemos misericordia y hallemos gracia para el oportuno socorro" (Heb. 4:16).

El tabernáculo era central en el culto nuevo, pues formaba el núcleo de la vida civil, moral y religiosa del pueblo. La adoración tocaba toda la vida de Israel, y con ella se enseñaban verdades eternas en forma simbólica: Israel era la nación visible que Dios había elegido para ser su representante en el mundo; el tabernáculo era el lugar donde el Dios invisible manifestaba su presencia al pueblo, y la ceremonia de adoración en el tabernáculo estaba formada de lecciones objetivas que enseñaban a Israel lo esencial de la adoración.

El tabernáculo jugó un papel muy importante temprano en la vida nacional de Israel. Al detenerse durante la marcha hacia la tierra prometida, las tiendas del pueblo se ponían alrededor del tabernáculo. ¿Con qué propósito? En primer término, el texto responde: *Que me hagan un santuario, y yo habitaré en medio de ellos (25:8); ... a la entrada del tabernáculo de reunión,...*

me encontraré contigo para hablarte allí... Yo habitaré en medio de los hijos de Israel, y seré su Dios. Y conocerán que yo soy Jehovah su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto para habitar en medio de ellos. Yo, Jehovah, su Dios (29:42–46).

Semillero homilético

La gratitud constante a Dios

25:23–30; Levítico 24:5–8

Introducción: Los panes de la presencia estaban constantemente en la mesa en el lugar santo; eran renovados cada sábado. La presencia constante de los panes era una manifestación perpetua de gratitud a Dios. Esto nos enseña que:

La gratitud a Dios debe ser constante.

Debe ser constante porque Dios nos da en todo tiempo.

La manifestación constante de nuestra gratitud amortigua nuestro egoísmo.

La manifestación constante de gratitud testifica de un Dios de amor.

La gratitud a Dios debe manifestarse dando.

Dando a través de su iglesia y también directamente a los necesitados.

De gracia hemos recibido, de gracia debemos dar.

Dar de lo que el Señor nos ha dado fortalece nuestra fe y sentido de dependencia de Dios.

Dar de lo que el Señor nos ha dado contribuye a solucionar el problema de la pobreza en el mundo.

La gratitud debe mostrarse en santidad.

El ofrendador debe ser santo.

La ofrenda es un acto de consagración personal a Dios.

No debemos ofrendar cosas impuras o con un espíritu impuro.

Conclusión: ¿Estamos mostrando suficientemente nuestra gratitud a Dios?

En segundo lugar, el tabernáculo, una tienda portátil, servía como símbolo de la presencia de Dios que les acompañaba en el viaje. Kelley escribió: "La presencia de Dios en medio de su pueblo fue lo que más que ninguna otra cosa constituyó a Israel en una nación y la distinguió de todas las otras naciones" (*Exodo*, p. 142). Con Kelley se puede afirmar que Israel no tuvo que hacer viajes de vuelta a Sinaí para tener contacto con su Dios. El destino final del pueblo no era Sinaí, sino Canaán, la tierra prometida a los patriarcas. Jehovah no era un Dios localizado: era Señor de todo el mundo y su propósito en elegir a Israel era la salvación mundial. Para ayudarles en la tarea, Dios peregrinaba con los suyos. El tabernáculo era un lugar especial de encuentro entre el pueblo y su Dios viviente y presente.

Como se notará con más detalles en los capítulos siguientes, el tabernáculo también tenía un propósito didáctico. Israel, como nación, estaba en su "jardín de infantes". No tenía experiencia en gobernarse ni en la responsabilidad que la libertad involucraba. No estaba preparada para recibir conceptos filosóficos acerca de la naturaleza de Dios y de una adoración puramente espiritual. Entonces, por medio del tabernáculo el Señor les reveló formas prácticas y visibles que representaban verdades espirituales más profundas. Más tarde, al aclararlas, no las invalidó. Simplemente se explicaba el significado de las "lecciones objetivas" (ver la relación de Hebreos con Levítico).

La información acerca del culto de adoración se encuentra en dos lugares: 24:15–31:18 contiene las instrucciones dadas a Moisés por Jehovah para la construcción del tabernáculo y la consagración de los sacerdotes; 35:1–40:38 relata el proceso de llevar a cabo la obra. Conviene

estudiar las dos secciones juntas para notar con más claridad algunos detalles (p. ej. tiempos y personas de algunos verbos) y aclaraciones del texto. En el estudio de los caps. 35–40 se incluirá lo paralelo de los caps. 25–31. Ver el bosquejo de esta sección en el recuadro siguiente.

La ofrenda para el tabernáculo, 25:1–9.
El mobiliario del tabernáculo, 25:10–40.
El arca, 25:10–22.
La mesa, 25:23–30.
El candelabro, 25:31–40.
La estructura del tabernáculo, 26:1–37
El atrio del tabernáculo, 27:1–21.
El altar del holocausto, 27:1–8.
El atrio, 27:9–19.
El aceite para las lámparas, 27:20, 21.
Las vestiduras sacerdotales, 28:1–43.
Los sacerdotes nombrados, 28:1–4.
El efod, 28:5–14.
El pectoral, 28:15–30.
La túnica, 28:31–35.
Vestiduras varias, 28:36–43.
La consagración de los sacerdotes, 29:1–46.
Instrucciones adicionales, 30:1–38
El altar del incienso, 30:1–10
El dinero del rescate, 30:11–16
La fuente de bronce, 30:17–21
El aceite de la unción, 30:22–33
El incienso santo, 30:34–38
Instrucciones para la construcción, 31:1–17.
Los obreros, 31:1–11.
El día de reposo, 31:12–17.
El testimonio escrito, 31:18.

La construcción del tabernáculo como tal se demoró por el episodio del becerro de oro (cap. 32) y otro período de 40 días y 40 noches cuando Moisés estuvo en el monte. Al volver, reunió al pueblo, le dio las instrucciones que había recibido e iniciaron la construcción del tabernáculo.

Semillero homilético

El velo de separación

26:31–33

Introducción: El velo que separaba el lugar santísimo del lugar santo en el tabernáculo tenía significados simbólicos relacionados con la condición pecaminosa del hombre, la santidad de Dios y la expiación por Cristo que rompía esa separación.

El velo simbolizaba la separación entre Dios y el hombre.

La separación había sido hecha por el pecado del hombre (Gén. 3:24; Gál. 5:19–21; Isa. 59:1, 2).

La separación es causada por el aborrecimiento de Dios por el pecado, porque Dios es santo (Sal. 45:7).

La separación es debida a la enemistad del pecador contra Dios (Rom. 8:7,

8).

El velo sólo podía ser traspuesto cuando se llevaba la sangre de la expiación.

Porque "sin derramamiento de sangre no hay perdón" (Heb. 9:22).

Porque la sangre de Cristo logra eterna redención (Heb. 9:11, 12).

Porque la sangre de Cristo nos reconcilia con Dios (Col. 1:20).

El velo de separación llegó a ser innecesario.

Porque el velo de separación era temporal.

El velo correspondía al pacto de la ley (Heb. 9:15–19).

Requería sacrificios periódicos (Heb. 9:25).

Porque Cristo cumplió lo que los sacrificios ceremoniales anunciaban (Heb. 9:11, 12).

Porque Cristo hizo innecesarias más ofrendas por el pecado (Heb. 10:18).

Porque Cristo abrió un camino nuevo (Heb. 10:19, 20).

Conclusión: El velo ya no es más separación, porque Cristo ha ganado para nosotros libre acceso a Dios.

Semillero homilético

**El sumo sacerdote: una analogía
del sacerdocio de Cristo**

28:1–4; Levítico 16:2–22

Introducción: En su posición ante el pueblo y Dios el sumo sacerdote era una analogía del sumo sacerdocio final de Jesucristo.

Una analogía en su designación de sumo sacerdote.

Los sumos sacerdotes fueron escogidos por Dios (Heb. 5:4); Cristo fue designado por Dios sumo sacerdote (Heb. 5:5, 6)

Los sacerdotes eran escogidos de entre su propio pueblo; Cristo se hizo carne y fue como uno de nosotros (Fil. 2:5–8).

Una analogía en su vestidura. La vestidura del sumo sacerdote había sido diseñada por Dios para darle al sumo sacerdote gloria y esplendor (28:2); Cristo era "estimado digno de una gloria superior" (Heb. 3:1–3) y "resplandor de su gloria" (de Dios) (Heb. 1:3).

Una analogía en su mediación. El sumo sacerdote intercedía por el pueblo cuando entraba al lugar santísimo del tabernáculo; Cristo es nuestro mediador eterno porque él entró al verdadero lugar santísimo (Heb. 9:11, 12; 1 Tim. 2:5).

Una analogía en su purificación (Lev. 16:6). El sumo sacerdote entraba al lugar santísimo habiéndose purificado; Cristo entró al lugar santísimo siendo puro, porque él nunca pecó (1 Ped. 2:22).

Una analogía en el sacrificio ofrecido. El sumo sacerdote ofrecía un sacrificio expiatorio por los pecados del pueblo con un animal perfecto; Cristo se ofreció en sacrificio por todos y él era perfecto en todos los sentidos (Heb. 7:27).

Conclusión: El sacerdocio de Jesucristo ha obtenido para nosotros redención eterna.

Semillero homilético

El sacerdocio común del AT y el sacerdocio de todos los creyentes

28:1; 19:5, 6; 1 Pedro 2:9

Introducción: El sacerdocio de los hijos de Aarón en el AT nos ilustra el sacerdocio en el que el Señor ha convertido a todo su pueblo.

El llamado sacerdotal.

Dios escogió a los hijos de Aarón para ser sacerdotes; el sacerdocio era hereditario.

Dios ha constituido en real sacerdocio a todos los cristianos (1 Ped. 2:9).

La consagración sacerdotal.

Los sacerdotes eran consagrados por medio de la unción ceremonial (30:30, 31).

Los cristianos tenemos la unción del Espíritu Santo (1 Jn. 2:20, 27).

La función sacerdotal

Los sacerdotes representaban a Dios ante el pueblo y al pueblo ante Dios.

Los cristianos tenemos libre acceso a Dios.

Los sacerdotes interpretaban la palabra de Dios a la gente.

Cada cristiano tiene el derecho de interpretar la palabra de Dios con la dirección del Espíritu Santo (2 Ped. 1:20) y el deber de predicarla y enseñarla a la gente (Mat. 28:18–20).

Los sacerdotes eran intercesores del pueblo ante Dios.

Los cristianos podemos interceder por los demás (Stg. 5:16).

Conclusión: El sacerdocio es más que un privilegio que el Señor nos ha dado: es un llamado de Dios a la santidad y al servicio.

Verdades prácticas

1. La fidelidad del pueblo, simbolizada por el holocausto continuo a la entrada del tabernáculo hacía posible que el Señor santificara el lugar y habitara en medio de los suyos (29:42–46).

2. La Biblia afirma que Dios quiere habitar entre toda la humanidad y ser su Dios. Habitó entre Israel en el desierto; vino por medio del Verbo y habitó en el mundo (Juan 1:14); su nueva comunidad llegó a ser edificada "para morada de Dios en el Espíritu" (Ef. 2:22); el Espíritu de Dios entró en el mundo para morar en el creyente (1 Cor. 3:16), y últimamente, con el cielo nuevo y la tierra nueva, el tabernáculo de Dios estará con su pueblo y habitará con él (Apoc. 21:3).

3. La sangre del sacrificio era necesaria para poder acercarse a Dios, y significaba una vida entregada por el pecado. La redención era costosa y prefiguraba el sacrificio perfecto de Cristo que lograría la eterna redención mediante la sangre vertida en la cruz (Heb. 9:11–14).

El poder detrás de la tormenta

El joven predicador había comenzado la lectura del texto bíblico de su sermón una noche de verano cuando una fuerte tormenta eléctrica cayó sobre la zona rural. Los relámpagos iluminaban la noche y parecía que los truenos sacudían los cimientos del pequeño templo de la iglesia. De pronto, con el estruendo y la luz cegadora de un rayo, la luz eléctrica se apagó. En la oscuridad se escuchó el murmullo de las voces nerviosas y preocupadas de la congregación, pero desde el púlpito el joven pastor calmó a los oyentes hablando de la majestad y la gloria de Dios revelada en la naturaleza. La

tormenta dio oportunidad para una introducción inesperada del sermón, y un sentido de la presencia del Señor calmó la inquietud de la congregación. El sonido de la lluvia cayendo sobre el techo y los relámpagos interrumpiendo ocasionalmente la negrura de la noche indicaban que la tormenta pasaba ya; sin embargo, la presencia especial y la luz de la gloria de Dios quedaba llenando el lugar de adoración. ¡Dios se manifestó con poder! Fue una noche de decisión: varios jóvenes aceptaron a Cristo como Salvador. "Y conocerán que yo soy Jehovah su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto para habitar en medio de ellos. " (26:46).

2. EL PACTO ROTO Y RENOVADO, 32:1–34:35

(1) La apostasía: el becerro de oro, 32:1–29. Cronológicamente, el relato comienza en el cap. 24, cuando Moisés subió al monte y estuvo allí *cuarenta días y cuarenta noches* con Jehovah (24:18). El tema del capítulo aparece con frecuencia en el AT y tiene tres etapas: una rebelión, una restauración y un renuevo. En la narración se encuentra una pregunta teológica: ¿Hay misericordia y perdón para los rebeldes obstinados, tal como había para los esclavos impotentes? La respuesta es “sí”; sin embargo, aun con el perdón, el precio que se paga por el pecado es caro.

a. La rebeldía, 32:1-6. La Biblia no oculta la realidad de la vida de Israel; se relatan las victorias y no se ocultan los fracasos. Con todo, se revela la situación psicológica del pueblo y la incredulidad de muchos a pesar de las grandes hazañas de Dios en Egipto, en el mar Rojo, en el desierto, y aproximadamente siete semanas atrás en Sinaí.

Moisés tardaba en descender del monte. ¿Qué le pasaba? El pueblo se había acostumbrado a vivir con mucha conmoción y el esperar les daba tiempo de reflexionar. Si no veían alguna actividad visible de Dios, pensaban que no estaba. Llegaron a inquietarse e impacientarse. ¿Qué les pasaría a ellos? ¿Quién los guiaría? ¿Dónde estaba Dios? ¿Cómo podrían servir a un dios invisible? Querían tener a alguien o algo visible en que pudieran confiar y adorar.

Recordaron los cultos en Egipto, y ellos todavía no tenían un culto formal de adoración para Jehovah. La memoria del pueblo era muy corta en cuanto a los hechos salvíficos de Jehovah; sin embargo, era muy larga en cuanto a la vida en Egipto. Las quejas anteriores habían sido indicaciones de la flaqueza humana, pero la adoración del becerro era asunto más grave. Recientemente habían aceptado el pacto ofrecido por Dios y le habían prometido obedecer su ley. Consecuentemente, la rebelión en Sinaí era más que una murmuración: Era apostasía.

Semillero homilético

El impaciente espiritual

32:1, 2

Introducción: Dios cumple su voluntad en el tiempo adecuado. En ocasiones el hombre no puede esperar el tiempo de Dios. La impaciencia espiritual puede llegar a ser un pecado. ¿Cómo actúa el impaciente espiritual?

Se olvida de las promesas de Dios (24:8)

Ofende a Dios al dudar que cumplirá su palabra.

Se vuelve ingrato al olvidar las bendiciones que ya ha recibido de Dios.

Se une con otros impacientes y equivocados.

Se olvida de sus promesas a Dios (24:3)

Se hace manifiesta la superficialidad de su relación con Dios.

Se deja manejar por sus emociones.

Se manifiesta la superficialidad de sus convicciones.

Toma su vida en sus propias manos.
La palabra de Dios deja de tener valor práctico.
Toma decisiones sin consultar a Dios.
Se olvida de buscar la gloria de Dios.
Entrega su vida en manos impías.
En manos con apariencia de piedad, pero tan incapaces como las suyas.
En manos que afirman y profundizan su error.
En manos que lo llevan al desastre.
Lleva su vida al desastre (32:7–10).
Se priva de las bendiciones de Dios.
Sufre las consecuencias naturales de su error.
Produce enojo y tristeza a Dios.
Conclusión: Las consecuencias de esta clase de error también pueden tardarse, pero finalmente vienen. Afirmemos nuestra confianza en el Señor con su palabra y sabremos esperar su voluntad y glorificaremos su nombre.

El pueblo pedía a Aarón que les hiciera dioses para guiarlos, y dijeron con desprecio: *porque a este Moisés, el hombre que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido* (v. 1). Además de la falta de aprecio por Moisés, todavía no entendían que había sido Jehovah el que los había redimido. Tenían tres fallas: la impaciencia, el desprecio para Moisés y la falta de confianza en Dios. No creían que Jehovah podía cuidar a Moisés en el monte, y no tenían confianza en la habilidad del Señor de guiarlos en la salida de Sinaí. No estaban completamente convencidos de que Jehovah debiera ser el único Dios para ellos. Además de la experiencia en Egipto, se habían contaminado con la idolatría de sus vecinos (ver Lev. 17:7; Jos. 24:14; Exo. 20:8). Estaban acostumbrados a ver imágenes usadas en la adoración a los dioses de ellos. Su libertad de la esclavitud egipcia era más de lo que habían anticipado.

Aarón tuvo la oportunidad de ser un líder de valor en aquel momento; sin embargo, como tantos, no quiso oponerse al deseo popular. No les hizo recordar el segundo mandamiento, ni les explicó la maldad de lo que querían. Tomó el camino de menor resistencia; optó por el popular en vez del profético.

Es posible que la petición de quitar *los aretes de oro* de las orejas de las mujeres y de los hijos (v. 2) fuera una medida, por ser costosas las joyas, de hacerles retroceder en su demanda. Si así fue, el resultado no fue lo que esperaba. Cuando recibió el oro parece que hizo un becerro de madera (ver v. 20, *lo quemó en el fuego*) y lo cubrió con el oro (v. 4, aunque dice *un becerro de fundición* posiblemente pasaron los aretes por el fuego).

Los adornos de oro eran muy comunes en Egipto, y entre los israelitas había la evidencia del despojo de los egipcios (11:2; 12:36). En cuanto al culto, tanto los egipcios como los cananeos consideraban al buey un símbolo de vigor y fuerza. En Egipto había el culto al buey Apis, y en Canaán se lo empleaba en el culto de Baal. Los dos pueblos tenían la práctica de acompañar la adoración con comidas comunales, danzas, cantos y orgías sexuales.

El pueblo pidió *dioses* (v. 1); Aarón les hizo un becerro y les dijo: *¡Israel, éste es tu dios que te sacó de la tierra de Egipto!* (v. 4). ¡Trágicamente, alabaron a un ídolo hecho por un hombre dándole crédito por librarlos de la esclavitud! Al ver el placer del pueblo, Aarón edificó un altar delante del becerro y pregonó diciendo: *¡Mañana habrá fiesta para Jehovah!* (v. 5) Parece que Aarón no quiso darles los *dioses* que pedían, pero violó el segundo mandamiento; les dio una forma visible de Jehovah, diciendo que el becerro era una representación del Señor. Aunque es posible que la apostasía fue doble, es decir, que también incluía un rechazo de la revelación de

Jehovah a favor de dioses adorados previamente (v. 2), el hecho de decir que el becerro era aquel que les había sacado de Egipto (v. 4), el edificar un altar delante de él (v. 5), y el tener una fiesta con sacrificios y comida (v. 6) indican un esfuerzo sincrético de mezclar la adoración de Jehovah con un culto egipcio. No había duda de que Jehovah los había librado de Egipto, y hacía pocas semanas atrás habían sellado el pacto con Jehovah por medio de una comida. Parece que Aarón quiso establecer un culto para Israel e identificó el becerro visible como el símbolo de Jehovah. Sin embargo, la apostasía fue una violación fundamental del pacto: *No te harás imagen... No te inclinarás ante ellas ni les rendirás culto, porque yo soy Jehovah tu Dios, un Dios celoso* (20:4, 5). Además, a la apostasía se agregó el pecado de la conducta inmoral en el culto de adoración. Después de comer y beber, *se levantó para divertirse* (v. 6). *Divertirse* (*tsachaq*⁶⁷¹¹) es el mismo verbo que se usa en Génesis 26:8 cuando el rey *Abimelec miró por una ventana y vio a Isaac que acariciaba* (*tsachaq*⁶⁷¹¹) *a Rebeca su mujer*. El verbo sugiere que se entregaron a la práctica de orgías sexuales tal como hacían en los cultos paganos de fertilidad en Egipto y en Canaán (ver especialmente el Baalismo). El peligro del culto del becerro en Sinaí se multiplicaría aun más cuando el pueblo llegara finalmente a Canaán, y Aarón, el líder religioso, no quiso oponérsele. ¿Están dispuestos los líderes hoy en día de oponerse al culto moderno de fertilidad que florece?

Años más tarde, con la división del reino, Jeroboam I *hizo dos becerros de oro y dijo al pueblo: "...¡He aquí tus dioses, oh Israel, que te hicieron subir de la tierra de Egipto!"* (1 Rey. 12:28) La tendencia hacia el sincretismo seguiría en Israel: el pueblo, buscando una fuente de revelación sensible, substituiría con una imagen creada por el hombre al Dios viviente y después lamentaría la ausencia de la dirección divina.

b. La justicia y misericordia divinas, 32:7–14. Abruptamente, hubo un cambio del escenario. Jehovah informó a Moisés, con detalles, de la apostasía, y le dijo, *Anda, desciende porque tu pueblo... se ha corrompido* (v. 7). El Señor dijo que Israel no era pueblo de él; era pueblo de Moisés, y era uno de *dura cerviz* (v. 9). Israel había rechazado a Dios; consecuentemente, Jehovah repudió a Israel.

¿Cuál fue el problema? En primer término, el pueblo, tan recientemente consagrado a Dios, se había corrompido (v. 7 *shachath*⁷⁸⁴³). La palabra significa “echarse a perder”, “estar podrido”, o “estar corrompido moralmente” (ver el mundo de Noé en Gén. 6:12). En segundo lugar, deliberadamente se había apartado del camino ordenado (v. 8); hizo un becerro de fundición. Finalmente, lo habían adorado y decían que era él que los había sacado de la tierra de Egipto (v. 8). La *dura cerviz* sugiere un animal que lucha contra la soga que lo detiene; era el símbolo de una desobediencia obstinada.

La consecuencia normal de abandonar el pacto tan pronto (v. 8) debía haber sido la destrucción de la nación. El Señor dijo a Moisés: *... deja que se encienda mi furor contra ellos y los consuma, pero yo haré de ti una gran nación* (v. 10; comp. Gén. 12:2). El versículo lleva dos implicaciones: la ira o la justicia divina caería, y la posibilidad de una intercesión que abriría la puerta para la misericordia: *Deja que encienda mi furor...*

Moisés fue puesto a prueba y su respuesta revela la nobleza de su persona; no buscaba ventajas personales por medio de su relación con Dios, sino que se preocupaba por su pueblo. Si Dios decía que era su pueblo, entonces, demostró un amor sin egoísmo hacia ellos. Imploró el favor de Dios (v. 11) y le pidió que desistiera del ardor de su ira (v. 12). Su ruego se basaba en tres argumentos: (1) Rogaba a Jehovah que no repudiara las grandes hazañas hechas a favor de su pueblo al rescatarlo (v. 11; nótese que Moisés se refirió al pueblo como *tu pueblo*); (2) ¿qué dirían los egipcios del rescate del pueblo? ¿Era Jehovah un Dios caprichoso? (v. 12); (3) recordó

al Señor sus juramentos a los patriarcas: La palabra dada era sagrada e inviolable (v. 13). La apelación no trataba del valor ni del mérito de Israel, sino que apelaba a la naturaleza de Dios y a su misericordia.

Del encuentro se ve un resultado inesperado, pues el Señor prestó atención a la palabra de su siervo. El texto dice que *cambió de parecer en cuanto al mal que dijo que haría a su pueblo* (v. 14); el Señor iba a darles otra oportunidad (ver 33:19b; 34:6–7). No obstante, habría un castigo por la apostasía (vv. 27–32).

La expresión *cambió de parecer* viene del verbo *naham*⁵¹⁶² y aparece tres veces en el libro (13:17; 32:12, 14); aparece más de 35 veces en el AT. Algunas versiones emplean el verbo “arrepentirse” para traducir el vocablo (ver RVR-60 y BC). El verbo *naham*⁵¹⁶² (“cambió de parecer” o “arrepentimiento”) no es el mismo que se usa para el cambio o el arrepentimiento del hombre, lo cual es *shub*⁷⁷²⁹. *Naham*⁵¹⁶² no lleva una connotación de culpabilidad ni de un cambio de propósito de uno. La raíz del verbo significa “respirar hondamente” o “a fondo”. Es una palabra de un sentir profundo. Al estar preocupado o asustado, se respira más rápido y a fondo; al estar aliviado, se exhala con un respiro de alivio, porque ha pasado la crisis. La desobediencia exige el castigo, y Dios “respira con tristeza”, no es lo que quiere hacer. Al arrepentirse (*shub*⁷⁷²⁹) el hombre, Dios se alivia (*naham*⁵¹⁶²) para perdonarlo (lo que quiere hacer). Moisés no dijo que Dios se arrepintió (*shub*⁷⁷²⁹), o Dios no sería absoluto y perfecto; no se arrepiente como el hombre. Sin embargo, Moisés tocaba el deseo de Dios de ser misericordioso. La culpabilidad de Israel sería castigada; habría la necesidad del arrepentimiento (*shub*⁷⁷²⁹) del pueblo; sin embargo, Dios *naham*⁵¹⁶²: “Cambió de parecer”, “respiró”, “alivió” de la necesidad de destruir al pueblo e hizo lo que hace mejor: Se ofreció la gracia. ¿Era posible que la gracia abundara aun por el pecado de aquel que había dicho sí al Señor? ¡Sí! Había esperanza por la vía de arrepentimiento y la gracia divina, pero siempre habría las consecuencias y el pago por el mal.

c. La ira de Moisés, 32:15–29. Moisés descendió del monte trayendo consigo las *dos tablas del testimonio... escritas por ambos lados ...y la escritura era escritura de Dios* (vv. 15, 16). Los descubrimientos arqueológicos indican que los asirios y babilonios solían escribir sus tablillas por ambos lados mientras que las de los egipcios no eran así. La cultura israelita se acerca más a la de Mesopotamia y de Canaán que a la de Egipto aunque, en ciertos aspectos, Egipto hizo una fuerte impresión sobre Israel. No obstante, las tablas del testimonio eran únicas: al contrario de la costumbre egipcia estaban escritas por ambos lados, y la escritura era de Dios. El autor acentuó la autoridad del Decálogo, pues fue revelado y grabado divinamente; entonces, el contenido era de Dios mismo.

Al acercarse al campamento, Moisés y Josué escucharon el estruendo de la fiesta, y al llegar vieron el becerro y toda la actividad corrupta (v. 19a). El texto dice que la *ira de Moisés se encendió, y arrojó las tablas de sus manos y las rompió al pie del monte* (v. 19b). Más allá de la frustración y el enojo de Moisés, el romper las tablas fue un símbolo de que el pueblo había quebrantado la alianza con Dios. Israel había repudiado la obra de Dios (v. 16). ¡El convenio había sido anulado por la idolatría y el paganismo de la gente!

El carácter de Moisés se mostró con gran fuerza; tomó el becerro y lo quemó. *Luego lo molió hasta reducirlo a polvo, lo esparció sobre el agua, y lo hizo beber a los hijos de Israel* (v. 20). Parece que estaba hecho de madera y cubierto de oro, y el pueblo bebió la mezcla de las cenizas y el oro molido. La bebida amarga era un castigo y, a la vez, una manera de deshacerse del ídolo.

Semillero homilético

El pecado de la idolatría

32:1–8; 20:4, 5; Deuteronomio 4:15, 19

Introducción: El pueblo hebreo cometió un grave pecado al hacer el ídolo del becerro de oro. ¿Por qué es pecado la idolatría?

La idolatría es pecado porque es desobediencia contra Dios.

Dios dio mandamiento expreso contra la idolatría (20:4, 5).

La idolatría es corrupción (Deut. 4:15–10).

Ningún ídolo es Jehovah, el único Dios (Lev. 26:1).

La idolatría es pecado porque el ídolo es "imagen y semejanza" del idólatra.

El idólatra sirve a un dios que ha hecho a su tamaño.

El idólatra prefiere un dios al que puede manejar.

El ídolo no convence de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8).

La idolatría es pecado porque agradar al ídolo es agradar a la propia carnalidad del idólatra.

El ídolo, siendo nada, no puede trascender los bajos instintos del idólatra. No lo va a elevar.

El ídolo no revela nada de Dios; es una proyección de la mentalidad del idólatra.

El ídolo es un apoyo o excusa para que el idólatra haga su voluntad.

Conclusión: Hacer la voluntad propia en lugar de la voluntad de Dios es idolatría. El pecado de Israel todavía es muy actual.

El relato de la conversación de Moisés y de Aarón es gracioso y a la vez trágico. Moisés se dio cuenta del problema de la gente. Sin embargo, ¿cómo pudo haber participado Aarón en el episodio sin haber tenido presión de parte del pueblo? Para excusarse, Aarón echó la culpa sobre el pueblo (v. 22); después culpó a Moisés por la demora en volverse (v. 23); y finalmente, al decir que era un milagro, culpó a Jehovah: Dijo que simplemente arrojó el oro *al fuego*; y *salió este becerro* (v. 24). ¿Le había declarado que la fiesta era para Jehovah (v. 5)! Únicamente la Biblia hubiera incluido unas excusas tan ridículas; sin embargo, la evidencia de su culpa y responsabilidad como líder religioso fue condenada aun más seriamente en el v. 25; la desenfrenada locura y frenesí que Aarón permitió llegaron a *ser una vergüenza entre* los enemigos de Israel. El culto a Jehovah nunca debió haber degenerado en excesos emocionales ni en prácticas inmorales, sino que debió hacerse *todo decentemente y con orden* (1 Cor. 14:40).

Fue un momento decisivo. Aunque no hay evidencia en el texto de que algunos se hubieran opuesto al culto falso, es evidente que no todos estuvieron de acuerdo. Moisés hizo un llamado al pueblo a definirse: *¡Quien esté de parte de Jehovah únase conmigo! Y se unieron con él todos los hijos de Leví* (v. 26); eran más leales a Jehovah que Aarón. A ellos Moisés les dio la orden de matar a los culpables, fueran parientes o amigos, y *aquel día cayeron del pueblo como 3.000 hombres* (v. 28).

Evidentemente no todos los que participaron fueron ejecutados: No murió Aarón, por ejemplo. El hecho de perdonar a muchos fue evidencia de la misericordia de Dios, ya que en aquella época la infidelidad era considerada como un crimen capital. Al mismo tiempo, la fidelidad a la palabra de Dios no era fácil para los levitas. La tarea era sumamente difícil. Sin embargo, debido a la lealtad suprema de los levitas aquel día, el Señor les concedió el derecho del sacerdocio, o el de ser los futuros líderes de Israel (comp. Núm. 25:10–13).

Aunque la sentencia fue dura, la situación era muy crítica; si sobrevivía el pueblo, si llegaba a cumplir con la voluntad divina, y si alcanzaba finalmente la revelación final de Dios en Cristo Jesús, el pueblo (o un remanente) tendría que aprender la importancia de obedecer las

estipulaciones del pacto. Además, el pecado siempre traerá el castigo aunque exista la posibilidad de la gracia.

(2) Jehovah se aparta del campamento, 32:30–33:11. Con la tragedia de la adoración del becerro de oro surgieron problemas teológicos: (1) ¿Cómo podía un Dios trascendente, cuya presencia no podía ser captada en ídolos, estar presente con Israel morando en una tienda? (2) ¿Cómo podría estar presente el Dios santísimo en medio del pueblo rebelde sin que éste fuese consumido totalmente? (3) ¿Cómo podría Dios cumplir con sus promesas a los patriarcas, ya que los descendientes de ellos habían quebrantado el pacto? Las condiciones del mismo habían sido explicadas con claridad y aceptadas libremente por el pueblo.

La sección 32:20–33:23 trata de las preguntas, y el tema principal de ella es la presencia de Jehovah en medio de su pueblo. Dios promete que no dejará al pueblo, sino que el ángel de Dios representará su presencia con ellos (33:2, 3); el pueblo se arrepiente para no ser abandonado por Dios (33:4, 6); se establece la tienda de reunión fuera del campamento (33:7–11) y Jehovah revela su gloria a Moisés (33:12–23).

⁵

La sección 32:20–33:23 trata de las preguntas, y el tema principal de ella es la presencia de Jehovah en medio de su pueblo. Dios promete que no dejará al pueblo, sino que el ángel de Dios representará su presencia con ellos (33:2, 3); el pueblo se arrepiente para no ser abandonado por Dios (33:4, 6); se establece la tienda de reunión fuera del campamento (33:7–11) y Jehovah revela su gloria a Moisés (33:12–23).

El día después de la matanza Moisés subió otra vez al monte para interceder por el pueblo (vv. 30, 31). En una de las oraciones más grandes de la Biblia, pidió a Jehovah que perdonara al pueblo. Dijo: *Y si no, por favor, bórrame de tu libro que has escrito* (v. 32; para el libro, ver Sal. 69:28; Isa. 4:3; Fil. 4:3; Apoc. 3:5). Su amor por el pueblo era admirable, pero Dios no accedió. Le contestó que el culpable era responsable por sus acciones y que aquel que pecara contra Dios sería borrado del libro (v. 33); no obstante, el camino del arrepentimiento y del renuevo quedaba abierto. Finalmente, por su amor, Dios iba a revelarse en la encarnación llevando el castigo de muchos sobre sí mismo para que todos los pecadores no fuesen borrados del libro de la vida (ver Isa. 53:4–7, 10, 11 y el sacrificio de Jesucristo). Aun así, el pecador tendría que reconocer su culpa por su propia cuenta y acudir a Dios en arrepentimiento y fe para que la pena fuese perdonada.

Mientras tanto, Dios mandó a Moisés que regresara para conducir a Israel al lugar indicado y le prometió que un ángel del Señor los guiaría (v. 34). El ángel sería el agente de Dios para darles la victoria en Canaán (33:1–2). Dios mismo no podría subir en medio de ellos para que no fuesen consumido por causa de su pecado, pues era *un pueblo de dura cerviz* (33:3). Además, como retribución, el Señor mandó una plaga como castigo sobre ellos por lo que hicieron *con el becerro que Aarón formó* (32:35).

La orden de seguir el viaje a Canaán no fue dada para que la salida fuera de inmediato, sino fue una palabra para reasegurarles que todavía el Señor iba a cumplir con las promesas dadas a los patriarcas (33:1). En realidad tardaron unos nueve meses antes de partir de Sinaí rumbo al norte (Núm. 10:11, 12). Además, la razón de poner al ángel como sustituto para guiarlos era más para proteger a Israel que para castigarlos, *no sea que te consuma en el camino* (33:3): Ya los había castigado con la plaga (32:35).

⁵Carro, Daniel ; Poe, José Tomás ; Zorzolia, Rubé O.: *Comentario Bíblico Mundo Hispano Tomo 2: Exodo*. Editorial Mundo Hispano, 1994; 2003, S. 190

Al escuchar la mala noticia de que Dios mismo no iba a guiarles en el camino, *hicieron duelo* (33:4). Aunque la rebelión había forzado a Jehovah a alejarse de en medio de ellos, si el arrepentimiento era genuino el Señor podría poner en práctica un plan nuevo para estar cerca de ellos (33:5, 6). El quitarse las joyas que pusieron para el culto y la fiesta malvada sería un símbolo de penitencia, y reduciría la tentación de repetir lo mismo al tener contacto con los cultos idolátricos que eran comunes en la región. De todos modos la ausencia de las joyas distinguía a Israel de las demás naciones. Había una diferencia visible interna y externa entre el pueblo de Dios y los demás pueblos. Tenía una vida menos ostentosa, y en el culto se pondría de relieve la gloria de Dios en vez de dar prioridad a lo humano por medio de adornos sensuales.

Con la contrición de la gente, *Moisés tomó una tienda y la levantó fuera del campamento, a considerable distancia. A esta tienda la llamó: tienda de reunión. Y sucedía que todo el que buscaba a Jehovah, iba a la tienda de reunión que estaba fuera del campamento* (33:7). Con la entrada de Moisés en la tienda, *la columna de nube descendía y se detenía a la entrada... y Dios hablaba con Moisés... Entonces Jehovah hablaba a Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo* (33:9–11). Cuando Moisés estaba en el campamento, Josué, *su ayudante, no se apartaba de la tienda* (33:11b). Debido al fracaso de Aarón, Josué tomó cada vez más una posición de mayor importancia.

Con la tienda de reunión, Dios indicaba que no abandonaría al pueblo arrepentido; sin embargo, el lugar de reunión se separaba de en medio de pueblo. La santidad divina no puede morar en la presencia de la impureza y del espíritu obstinado.

En cuanto a la tienda, existía antes de la construcción del tabernáculo. Era muy sencilla; estaba fuera del campamento, en tanto que el tabernáculo estaba en medio de él (25:8; Núm. 2:1, 2); estaba solo, en tanto que al tabernáculo asistían los sacerdotes (40:12–15). La tienda de reunión servía principalmente como un lugar de retiro para Moisés cuando buscaba una palabra de Jehovah.

(3) La gloria de Jehovah revelada, 33:12–23. Esta sección trata de la presencia de Jehovah con el pueblo. La apostasía no había anulado las promesas de Dios, sino que las había restringido. Por causa de ella, el Señor había dicho que no subiría con ellos a la tierra prometida para que su presencia santa no los consumiera por su pecado. Sin embargo, en su lugar prometió enviar a un ángel para arrojar a los habitantes de Canaán (33:2, 3). La falta de la presencia misma de Jehovah le preocupó a Moisés y lo animó a elevar tres peticiones a Dios referentes al tema; quería que Jehovah mismo los acompañara y en cada petición se atrevía a pedir más que lo que había pedido en la oportunidad anterior.

a. La primera petición, 33:12–14.

Moisés no conocía la ruta ni el territorio desde Sinaí hasta Canaán. Debido a la instrucción del Señor de subir a la tierra prometida (33:1), quería saber quién iba a guiarles: *Ahora, si he hallado gracia ante tus ojos, por favor muéstrame tu camino... considera también que esta gente es tu pueblo* (v. 13). El ángel (v. 2), ¿Quién era? La palabra significa literalmente un mensajero y podría ser un ángel celestial o humano (ver 13:21, 22; 14:19; 23:20, 23; 32:34; Isa. 63:9, 10). Probablemente la respuesta específica se encuentra en Números 10:29, cuando se indica a Hobab, el hijo de Reuel, como el que conocía la tierra y les sirvió de guía.

La respuesta inmediata vino cuando el Señor dijo: *Mi presencia irá contigo, y te daré descanso* (v. 14). La frase inicial se traduce literalmente *mi rostro irá contigo*. Tal como había sido prometido meses antes en frente de la zarza que ardía, Dios le aseguró que su presencia seguiría acompañándole (v. 14; ver 3:12; 24:6;). La promesa era un paso adelante sobre la presencia de un ángel.

Además de la seguridad de la presencia divina, el Señor agregó que daría descanso a Moisés. Esto no significa que Moisés iba a dejar de trabajar, sino que el Señor iba a darle reposo. Era un resultado de la entrega de la vida a la voluntad del Señor y una confirmación de que iba a cumplir con la tarea encomendada. En este sentido el Señor le daba un descanso interior más bien que una vida externa tranquila.

b. La segunda petición, 33:15–17. La segunda petición de Moisés demuestra una vez más su grandeza y su identificación profunda con el pueblo. Moisés quería tener la seguridad personal de la presencia divina, pero quería que el pueblo la tuviera también. Unicamente con la presencia de Jehovah podría Israel llegar a ser una nación diferente, *un pueblo especial entre todos los pueblos... un reino de sacerdotes y una nación santa* (19:5, 6). Moisés no quería salir de Sinaí a menos que la presencia del Señor los acompañara (v. 15); esta sería la única manera en la cual podrían llegar a ser diferentes de los demás pueblos y hacerles saber que habían hallado la gracia del Señor (v. 16).

La presencia del Señor también haría otra diferencia grande entre Israel y los demás pueblos: Nunca habría necesidad en Israel de hacer peregrinaciones al lugar sagrado de la revelación suprema, a Sinaí, para adorar a Dios, o para buscar su presencia. La presencia divina en el camino diario haría la diferencia entre el pueblo de Dios y los demás pueblos (nótese el significado del tabernáculo).

En respuesta, *Jehovah dijo a Moisés: "También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia ante mis ojos y te he conocido por tu nombre "* (v. 17).

c. La tercera petición 33:18–23. Para una confirmación de la palabra recibida, Moisés le dijo: *Por favor, muéstrame tu gloria* (v. 18). En el capítulo se indican cuatro palabras diferentes que significan la presencia del Señor: un *ángel* de Dios (v. 2; ver el ángel de Jehovah), la *presencia* de Dios (vv. 14, 15, 20; lit., *el rostro* de Dios), el *nombre* de Dios (v. 19), y la *gloria* de Dios (vv. 18, 22).

Por medio de su gloria (*kabod* ³⁵¹⁹), Dios revela su presencia con su poder, honor y santidad; no obstante, a la vez que se revela, el Señor se esconde. La gloria significa el peso, el honor o la riqueza de una persona. En Exodo la gloria de Dios se manifiesta como un fuego o como la nube que se envuelve (se revela y se esconde): *La gloria de Jehovah posó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió por seis días...y la apariencia de la gloria de Jehovah en la cumbre del monte era como un fuego consumidor ante los ojos de los hijos de Israel* (24:16, 17; ver 16:7, 10; 19:18; 40:34; Lev. 9:23; Núm. 14:10; 20:6; Zac. 2:5). La gloria era el testimonio de la presencia del Señor; había más de ella de lo que se veía. La capacidad humana está limitada para comprenderla y Dios manifestó lo necesario de sí mismo para cumplir con su propósito. La revelación progresiva no fue un proceso evolutivo del hombre para descubrir la verdad de Dios, sino fue un proceso de la gracia divina por la cual el Señor se manifestó al hombre de acuerdo con su sabiduría divina a la luz de las limitaciones humanas.

El Señor accedió al pedido de su siervo; sin embargo, lo hizo de acuerdo con el designio divino, y en ello había un propósito didáctico tanto como una afirmación de la presencia divina. Moisés no vería el rostro de Dios: *No podrás ver mi rostro, porque ningún hombre me verá y quedará vivo* (v. 20).

Evidentemente, Moisés quería ver la gloria plena del Señor. A veces el rostro simbolizaba la persona total o el encontrarse con una persona (ver Gén 32:20: *verle* literalmente es *ver su rostro*). El no ver el rostro de Dios significaba que Moisés no podía conocerle absolutamente ni quitarle lo misterioso. No podía entender la profundidad de la naturaleza de Dios. Aunque tenía el privilegio de hablar personalmente con Dios, no podía conocer a Dios como Dios lo conocía a

él. La enseñanza era fundamental: Nadie verá a Dios cara a cara en este mundo; nadie lo conocerá completamente; Dios siempre será mayor de lo que la comprensión humana puede captar; Dios se revela y se esconde a la vez. Siempre hay más que conocer acerca de Dios que lo que se ha experimentado. En esto se encuentra la profundidad inagotable y la esperanza de caminar con el Señor de la gloria.

Entonces Dios escondió a Moisés en *una hendidura de la peña* (v. 22) y lo cubrió con su mano hasta que hubo pasado la gloria divina, y dijo: *Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas. Pero mi rostro no será visto* (v. 23); no vio el ser mismo de Dios (ver Juan 1:18). No obstante, la gloria presente del momento estaba ligada estrechamente con la *bondad*, el *nombre*, la *misericordia* y la compasión del Señor ya revelada (v. 19).

Para poder comunicar la enseñanza se emplean términos antropomórficos. Las palabras *rostro*, *mano* y *espaldas* (v. 23) son metáforas o símbolos que ayudan a las personas finitas a comprender algo de la gloria del infinito; no son derivados de lo visto ni son dados para retratarlo. Siempre se verá la gloria de Dios desde atrás. El Señor revela su gloria por medio de su actuación en el mundo, no por medio de la especulación filosófica. Siempre se lo entenderá por medio de la retrospección. No se puede, ni se debe tratar de ponerse adelante de Dios para que acuda él a los planes de uno. Así no se le verá; hay que seguirle.

En el contexto se unen la gloria con la *bondad* y el *nombre* (v. 19) de Dios. Se expresa la bondad ontológicamente por medio de la misericordia y la clemencia con la que perdonaba a Israel por la apostasía (v. 19). Entonces, el ver la gloria de las espaldas de Dios es ver dónde ha estado. En el contexto total del libro, se las ve por la magnitud de la obra de rescatar a Israel de la esclavitud, de guiarles a Sinaí, de pactar con ellos, de darles la constitución nacional y de perdonarles la apostasía; todo esto es ver las espaldas de Dios. Siempre se entenderá lo que hace él después del hecho (ver la respuesta de Jesús a la pregunta de Juan en Mat. 11:2–6).

(4) El pacto renovado, 34:1–35. El capítulo presenta algunos problemas de estilo literario y cronológico. Consecuentemente, algunos sugieren que el relato es un duplicado del cap. 20, proveniente de una fuente distinta de lo encontrado previamente, y que las dos narran una misma realidad histórica desde diferentes perspectivas. No obstante, parece mejor verlo como una continuación de los caps. 19–24. No se encuentra un decálogo paralelo en el capítulo, sino que son leyes relacionadas con el culto de adoración que son similares a las del Libro del Pacto. Así, los vv. 1, 27 y 28 no se contradicen. Moisés escribió lo que se encuentra en los vv. 11–26 y el Señor *escribió las palabras del pacto: los diez mandamientos* (v. 28). En el capítulo se encuentran repetidas unas leyes del Libro del Pacto a las cuales están agregadas unas admoniciones y promesas.

Después de la apostasía (cap. 32), Moisés intercedió por el pueblo (cap. 33). Con el perdón se presentaron al pueblo los requisitos de Dios para la renovación del pacto (cap. 34). El capítulo continua en el contexto del pedido de Moisés de ver la gloria de Dios y termina con el resplandor del siervo de Dios. El capítulo se divide en tres partes: El segundo ascenso al monte de Moisés con nuevas tablas, donde Jehovah le deja ver el reflejo de su gloria (vv. 1–9); las estipulaciones para la renovación del pacto y advertencias (vv. 10–26); la gloria de Dios reflejada en la cara de Moisés (vv. 28–33).

a. Una experiencia nueva, 34:1–9.

Jehovah mandó a Moisés que labrara dos tablas nuevas sobre las cuales se escribieran las palabras que estaban en las primeras (v. 1); con el tema de las tablas se une este relato con el de la apostasía (cap. 32). Al pedir las tablas, el Señor estaba indicando que había perdonado a Israel. Ahora le tocaba al pueblo su respuesta en la renovación del pacto. Otra vez se debía considerar

sagrado al monte y nadie debía ser visto en él (v. 3; ver 19:12, 21). *Entonces descendió Jehovah en la nube, y se presentó allí a Moisés; y éste invocó el nombre de Jehovah* (v. 5).

Jehovah es fiel a su nombre o a su naturaleza (ver Prov. 22:1) y en los vv. 6 y 7 se hace un resumen de su ser; es compasivo, clemente, paciente, confiable, misericordioso y justo. No se trata con esto de definirlo teológicamente, sino de poner en relieve su actuación a favor de Israel. De todos modos, el texto viene a ser la expresión clásica o la norma para la reflexión teológica futura acerca de la naturaleza divina (ver Núm. 14:18; Neh. 9:17, 31; Sal. 86:15; 103:8; 145:8; Jer. 32:18; Joel 2:13; Jon. 4:2; Nah. 1:3). Para el sentido del nombre *Jehovah*, ver el comentario sobre Exodo 3:14, 15.

Jehovah es *compasivo* (v. 6). La palabra viene de una raíz que significa la matriz y simboliza el amor de una madre por una criatura por nacer. Dios es compasivo para con Israel con una compasión duradera.

Verdades prácticas

1. El pecado tiene que ser confesado antes de ser perdonado.
2. La oración lleva a la presencia de Dios y cambia la vida del pecador.

Jehovah es *clemente* (v. 6). La raíz de la palabra significa “mirar con favor”, “ser bondadoso”, “tener misericordia”, o “compadecer”. El verbo refleja la bondad o la misericordia de un superior, como un rey, para una persona necesitada. Se emplea el sustantivo únicamente como un atributo de Dios (ver Sal. 116:5).

Jehovah es *lento para la ira* (v. 6). El Señor es paciente para con los seres humanos. Es una maravilla la paciencia que demuestra Dios hacia el pecador; le deja seguir en la rebeldía, y aun su juicio es redentor. El amor divino sigue tocando y llamando al pródigo para que se arrepienta.

Jehovah es *grande en misericordia* (*hesed*²⁶¹⁷) y *verdad* (*‘emeth*⁵⁷¹, v. 6; ver Prov. 20:28). *Hesed*²⁶¹⁷ es el amor constante e inmutable de Dios que forma la base para el pacto. Es su favor inmerecido, o su gracia que se ofrece al hombre. Es su amor leal; es su fidelidad en el pacto. Es el constante amor divino que solicita la respuesta de *hesed*²⁶¹⁷, o el amor fiel de parte de los miembros de la comunidad del pacto. Jehovah es grande en *hesed*²⁶¹⁷ y en *‘emeth*⁵⁷¹ (“verdad”, o “fidelidad”). La palabra *‘emeth*⁵⁷¹ significa “firmeza”, “fidelidad” y “verdad”, es algo firme. Dios es *‘emeth*⁵⁷¹, se puede creerlo; es seguro y digno de confianza. Entonces, su *hesed*²⁶¹⁷ es *‘emeth*⁵⁷¹ porque es la expresión de su naturaleza; Jehovah es grande en misericordia y verdad.

Jehovah *perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado* (v. 7). El verbo perdonar (*nasa*⁵³⁷⁵) significa “levantar”, “llevar”, o “tomar”. El Señor toma la culpa y la lleva fuera de uno mismo; aleja el pecado; quita la alienación o el alejamiento producido por el pecado; restablece el derecho de comunión. Dios es el único que puede perdonar las transgresiones.

Se emplean tres palabras clásicas del AT para indicar la maldad común entre los seres humanos: (1) La “iniquidad” o culpa significa una perversidad moral. Se refiere a algo torcido, o enroscado; es una distorsión; es la desviación del camino; (2) la “rebelión” es un delito o una transgresión abierta contra una verdad conocida o contra la autoridad máxima, es decir, contra Dios y contra su orden moral. Es más grave que una rebelión contra un legalismo: Es la rebelión contra el soberano Señor del pacto; (3) el “pecado” significa “errar al blanco”. Es fallar en el ser mismo o en el hacer la voluntad de Dios; es fallar (no lograr) al blanco o al propósito divino para la vida.

Jehovah es justo (v. 7). Las tres palabras para la maldad tratan de la vida interior y exterior; se ocupan de los pecados de comisión y de omisión. Contemplan la perversidad torcida de la personalidad humana que trata de engañar a los demás hasta un descuidado egoísta que no quiere comprometerse con otros. Sin embargo, a pesar de la misericordia tan grande del Señor, *de*

ninguna manera dará por inocente al culpable (v. 7). La sociedad pagará por *la maldad de los padres... sobre la tercera y sobre la cuarta generación* (v. 7). Se aclara en Deuteronomio 24:16: *Los padres no serán muertos por culpa de los hijos, ni los hijos serán muertos por culpa de los padres; sino que cada cual será muerto por su propio pecado* (ver Eze. 18:1–24; 33:10–20; Jer. 31:19, 27–34).

El amor de Dios no es un amor sentimental, sino un amor justo. Sin embargo, no es como la justicia humana. No es una justicia legalista donde se paga un kilo por un kilo, un diente por un diente, o un ojo por un ojo (21:23–25), sino una justicia cuya misericordia y gracia superan la retribución. ¡Donde el pecado abunda, la gracia sobrepasa! *Al que no conoció pecado, por nosotros Dios le hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él* (2 Cor. 5:21).

Moisés intercedió nuevamente por el pueblo (vv. 8, 9). En la presencia de Dios, Moisés se arrodilló e inclinó la frente hacia el suelo (ver Sal. 95:6; Dan 6:10; Luc. 22:41). Aunque se habla de la adoración de pie (ver 1 Rey. 3:15; Neh. 9:2, 3; Mat. 6:5; etc.), parece que el postrarse era el gesto que indicaba la oración más fervorosa en momentos más solemnes o críticos (ver Gén. 24:26; Núm. 16:22; Esd. 10:1; Mat. 26:39); entonces, Moisés se puso de rodillas y se postró en la tierra y pidió una vez más que el Señor perdonara al pueblo.

b. La renovación del pacto y advertencias, 34:10-26

El pacto y propósito (v. 10). El Señor prometió que renovaría el pacto con Israel y que les daría entrada en Canaán con una intervención milagrosa: *Haré maravillas como nunca fueron hechas en toda la tierra y en ninguna de las naciones...porque algo temible haré para con vosotros* (v. 10).

Por las “maravillas” no se refiere a aquellas hechas en Egipto, sino que indica que haría milagros divinos nuevos. La palabra incluye el empleo de Dios del orden natural tanto como del sobrenatural en cumplir con su propósito. La palabra “temible” significa algo que produce asombro o espanto (15:11; Sal. 47:2); consecuentemente, el *algo temible* (v. 10) induciría la reverencia o el temor hacia Dios: *Todo el pueblo, en medio del cual estás, verá la obra de Jehovah...* (v. 10).

Las obligaciones del pacto (vv. 11–26). Aunque algunos consideran que estos versículos presentan una versión más primitiva del pacto, y sugieren que se trata del decálogo conservado por medio de una fuente diferente del cap. 20, parece mejor entenderlo como la renovación del pacto. En vez de diez mandamientos, el texto incluye por lo menos doce (nótese la dificultad de distinguir claramente entre algunos de ellos). Otra vez se encuentran elementos primitivos de rituales que son anteriores a la época de Moisés que son puestos bajo la autoridad de la legislación apodíctica (del Decálogo); mientras tanto, se prepara el pueblo para un encuentro con la cultura cananea (ver la situación similar en el Libro del Pacto, 20:22–23:33).

Las obligaciones negativas (vv. 11–17). Israel no debía hacer alianzas con los habitantes de la tierra. En la época cualquier alianza con un pueblo incluía el reconocimiento de sus dioses. A pesar de que Jehovah iba a echar a los cananeos de la presencia de Israel, los versículos indican que estos pueblos permanecerían por mucho tiempo en la tierra, aunque parcialmente. Dios, entonces, prohibió a los hebreos aliarse con ellos (v. 12) y les mandó acabar totalmente con sus cultos (v. 13), para que Israel no corriese el peligro de postrarse ante sus dioses o prostituirse en la idolatría de ellos (v. 14). Jehovah repitió el mandato de no hacer ídolos (v. 17). Aunque se expresa la prohibición en una manera diferente, *No te harás dioses de fundición* (v. 17) en vez de *No te harás imagen...* (20:4), el propósito de los dos es igual. Israel debía mantenerse puro y no participar en un culto sincrético como el del becerro de oro: el sincretismo quebrantaría el pacto.

Jehovah, cuyo nombre es Celoso, es un Dios celoso (v. 14): el demanda la lealtad absoluta de los que le adoran (ver 20:3–5).

Asera (v. 13; ver 23:24; Deut. 12:3), consorte de Baal, era el nombre de una diosa cananea de fertilidad (ver Deut. 16:21, 22; Jue. 3:7; 6:25–30; 1 Rey. 15:13). La práctica inmoral de la prostitución ritual del culto era una abominación para el Señor, e Israel no debía tener contacto con tales prácticas (ver Núm. 25:1–3).

Semillero homilético

La fidelidad de Dios

34:4–7

Introducción: La fidelidad de Dios (Rom. 3:3, 4) no fue anulada por la infidelidad de Israel (32:1–6). Después del castigo y arrepentimiento del pueblo (caps. 32, 33), el Señor vino en una teofanía para renovar el pacto y reveló unas características esenciales de su persona.

Dios fue fiel a su naturaleza. La primera inclinación de Dios era destruir a Israel por la apostasía (32:10) y comenzar de nuevo con Moisés. El pecado afecta a Dios. ¿Qué detuvo el castigo? Pudo haber sido la intercesión de Moisés (32:11–14), la compasión divina, o el propósito del Señor (Ose. 11:9). No obstante, Dios fue fiel a su naturaleza: castigó el pecado, pero por su misericordia les ofreció a ellos la posibilidad de ser perdonados.

Dios fue fiel a su propósito y siempre actúa de acuerdo con él. Moisés lo entendía y se lo hacía recordar a Dios (32:13; 19:5, 6). Entonces, Dios castigó a los que no se unieron a él (32:26) y mandó una plaga contra el pueblo (32:35). Por consiguiente, la mayoría del pueblo quiso volver a la relación del pacto, y Dios instruyó a Moisés para labrar otras dos tablas de piedra para que se escribiera otra vez en ellas "las palabras del pacto" (43:1).

Dios fue fiel a su nombre.

Es compasivo (v. 6).

Es clemente (v. 6).

Es lento para la ira (v. 6).

Es grande en misericordia (v. 6).

Es grande en verdad (v. 6).

Perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado (v. 7). La iniquidad indica algo "torcido" o "perverso"; la rebelión incluye "transgresiones" contra un soberano; el pecado significa "errar al blanco".

Conclusión: El pecado es personal. El perdón es quitar la separación o alejamiento producido por el pecado y es la restauración a una relación correcta con Dios. Dios es justo y fiel: "... de ninguna manera dará por inocente al culpable..." (34:7) Sin embargo, su gracia excede la retribución y, en la encarnación, "Al que no conoció pecado, por nosotros Dios le hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él" (2 Cor. 5:21). Dios es fiel en ser justo y misericordioso.

Las obligaciones positivas (vv. 18–26). Se indican las siguientes obligaciones: (1) El guardar la fiesta de los panes sin levadura (v. 18; ver 12:14–20; 13:3–10; 23:15), (2) el ofrecimiento de los primogénitos (vv. 19, 20; ver 13:1, 2, 12, 13; 22:29), (3) el guardar el sábado (v. 21; ver 20:8–11; 23:10–12); se incluye en la ordenanza la sociedad agrícola también; el servir a Dios era más importante que el servirse a sí mismo, (4) la celebración de las tres fiestas de

peregrinaciones anuales (vv. 22–24; ver 23:14–17), (5) indicaciones varias (vv. 25, 26; ver 23:19 donde se trata de cocer *el cabrito en la leche de su madre*).

c. Las tablas nuevas y el resplandor de la cara de Moisés, 34: 27–35. El texto de los vv. 27 y 28 no es de todo claro y se han ofrecido varias interpretaciones; sin embargo, se ofrece lo siguiente como una solución que parece la mejor dentro del contexto total del libro. Otra vez Moisés estuvo cuarenta días y cuarenta noches en el monte Sinaí (v. 28). El Señor le mandó que escribiera las palabras *porque conforme a ellas he hecho pacto contigo y con Israel* (v. 27). Parece que las palabras se refieren a 34:10–26 y tratan de la renovación del pacto. Mientras tanto, *en las tablas escribió [Jehovah] las palabras del pacto: los diez mandamientos* (v. 28b; ver Deut. 4:13; 10:4). Al principio el versículo indica que Moisés estuvo con Jehovah; después dice que *no comió [Moisés] pan ni bebió agua* (v. 28); por último, se indica simplemente que *escribió las palabras* (v. 28). ¿Quién escribió las palabras? ¿Fue Moisés? Al analizarlo así parece que fue Moisés. Sin embargo, la última persona nombrada específicamente antes del verbo *escribió* fue Jehovah: *Moisés estuvo allí con Jehovah* (v. 28). El hecho de estar allí con Jehovah no era una novedad; era muy evidente. La única razón para nombrar a Jehovah sería indicar un cambio gramatical del personaje central del versículo. Después del cambio, en cuanto a Moisés, se da una nota de paréntesis que, como antes, estuvo cuarenta días y cuarenta noches allí (24:18) y no comió; sin embargo, ya se había cambiado el énfasis y el antecedente al verbo “escribió”: No es Moisés sino Jehovah. Así que, en ambas ocasiones cuando Moisés estuvo en el monte con Dios las tablas fueron escritas por el dedo de Jehovah mismo; por lo tanto, no hay conflicto en las tradiciones recibidas.

El resplandor de la cara de Moisés (vv. 29–35). El capítulo se inicia con el pedido de Moisés de ver la gloria de Jehovah; termina con la transformación de Moisés pues *la piel de su cara era resplandeciente* (v. 30) y no se daba cuenta del hecho (v. 29). El relato es un testimonio de la relación de Moisés con Dios: La gloria divina fue reflejada en la vida del *hombre de Dios*. También, se indica la posibilidad de vivir de tal manera en la presencia de Dios que, sin darse cuenta, sea posible llegar a reflejar la gloria de aquel que es el objeto de la devoción.

El vocablo *resplandeciente* (*karan*⁷¹⁶¹, v. 30) no es el que se emplea comúnmente para el verbo resplandecer. En el sentido etimológico la forma está relacionado con la palabra *keren*⁷¹⁶¹ que significa “un cuerno”. El verbo da la implicación de “emitir rayos como cuernos”; por ejemplo, Habacuc 3:4 designa los rayos del sol como cuernos (ver Sal. 69:31). Al no entender bien el significado del verbo, la Vulgata lo traduce “cornuta esset” o “tenía cuernos”. De esta traducción han salido representaciones artísticas de Moisés con cuernos saliendo de su cabeza (p. ej. el *Moisés* de Miguel Angel).

Cuando Moisés se dio cuenta del temor de la gente para acercarse, puso un velo sobre su cara. No se sabe cuánto tiempo duró el resplandor; evidentemente no permaneció toda su vida. Es de interés notar la interpretación de Pablo del incidente en 2 Corintios 3:4–18: dice que la gloria de Cristo es permanente (v. 11) mientras que la gloria de Moisés se desvanecía, *quien ponía un velo sobre su cara para que los hijos de Israel no se fijaran en el fin de lo que se estaba desvaneciendo* (v. 13). ¿Tenía Pablo algunos datos que no tenemos nosotros? ¿Es posible que Moisés quiso vivir por un tiempo sobre una experiencia pasada en vez de vivir en el presente? ¡No sabemos! Lo que se sabe es que, de acuerdo con la gramática, por un tiempo prolongado Moisés acostumbraba ponerse el velo cuando hablaba con el pueblo, y se lo quitaba cuando hablaba con Jehovah (vv. 33–35).

Verdades prácticas

1. El amor y misericordia de Dios lo motivan a perdonar al pueblo

idólatra. Dios perdona a cualquier pecador que se arrepiente y confía en él.

2. Como mediador, Moisés intercedía ante Dios buscando la reconciliación del hombre con su creador. De igual manera intercedió a favor del pueblo ante Dios. Su compasión lo llevó a entender mejor la naturaleza humana tanto como la divina, y consecuentemente fue transformado él en tal manera, que la gloria de Dios se reflejaba en su faz (34:29, 30). Todavía la dinámica de una actitud así transforma a los hijos de Dios y la gloria del Santo se revelará al mundo por medio de ellos.

3. Como seres humanos rebeldes no merecemos el perdón de Dios; sin embargo, con su amor bondadoso el Señor nos atrae y nos ofrece una vida de compañerismo con él. Mientras tanto, él camina con nosotros en este mundo y nos asegura también la vida eterna. Es pequeño el precio que pagamos por un beneficio tan grande: el arrepentimiento y la fe.

Por medio de la gracia y la gloria de Dios, el período de la apostasía se terminó. Dios renovó el pacto y así se estableció una vez más la relación de Israel con Jehovah. Desgraciadamente, la desobediencia llegó a ser la costumbre para el pueblo: Era difícil para Israel mantener la lealtad al Dios Celoso. Finalmente, el Señor hizo un pacto nuevo en Jesucristo para redimir al mundo esclavizado por el pecado: todavía abunda la gracia divina a pesar de la rebelión humana.

3. EL TABERNÁCULO ERIGIDO Y RECIBIDO, 35:1-40:38

La última sección del libro presenta el cumplimiento de lo que se mandó hacer en 24:15–31:18. No se encuentran diferencias en el diseño, aunque se presentan unos pocos cambios en el texto (ver cambios de tiempo y de personas en los verbos, unas pequeñas expansiones, etc.). La narración trata de la edificación del tabernáculo por medio de las siguientes etapas: la preparación para la obra, la construcción del tabernáculo, el mobiliario, las vestiduras de los sacerdotes, la terminación de la obra, la erección del tabernáculo y la gloria del Señor llenando el santuario.

(1) El día de reposo, 35:1–3; 31:12–17. Con una breve introducción a la última sección del libro, Moisés reafirmó la importancia del precepto sabático, el cual debía ser guardado aun durante la construcción del tabernáculo. El guardar el sábado era la señal básica del pacto; por lo tanto, el hacer la obra de Dios no era razón suficiente para justificar la violación del pacto. También, el poner la ordenanza en primer lugar unía esta sección con la otra que terminó con la misma admonición (31:12–18). Además, tal como el sábado era la señal del pacto (31:13), el tabernáculo, el lugar de encuentro con Dios, serviría para el mismo fin (29:43). Los dos, el sábado y el tabernáculo, eran señales que testificaban del señorío de Dios sobre su creación (31:17).

En el AT se encuentra únicamente en el v. 3 la prohibición de encender fuego en las moradas en el sábado. Posiblemente se refiere a una prohibición de la fundición o de trabajar con los metales. Esto era una parte mayor de la construcción y los artesanos caseros, aun especializados y dedicados al Señor, debían obedecer a Dios.

(2) La ofrenda para el tabernáculo, 35:4–19; 25:1–9 y 36:3–7. Si Dios iba a acompañarles en el camino, debían proveerle un santuario (*mikdosh*⁴⁷²⁰) digno para que habitara *en medio de ellos*²⁵:8). El “santuario” significaba un lugar sagrado y servía como el sitio de comunicación entre Jehovah a Israel.

Debe notarse la indicación de dos santuarios en el texto: El primero, citado en 33:7–11 como una “tienda de reunión”, existía antes de la construcción del tabernáculo. Era una tienda sencilla que se movía fuera del campamento debido a la apostasía del pueblo, y era atendida por el joven

Josué, el ayudante de Moisés. El segundo, “el tabernáculo de reunión”, comenzó a funcionar en el cap. 40, y fue atendido por los levitas consagrados como sacerdotes oficiales. Ambos santuarios servían como lugares sagrados donde Jehovah se comunicaba con el pueblo.

La palabra “tabernáculo” (*mishkan*⁴⁷²⁰) significa “tienda”, o “lugar de morada” y proviene del verbo *shakan*⁷⁹³¹ que quiere decir “acampar”, o “hacer tienda”. En el AT se le dan varios otros nombres: *tabernáculo de reunión* (Núm. 11:16), *tabernáculo del testimonio* (38:21; ver Núm. 9:15), *tienda* (lit.) *de Jehovah* (1 Rey. 2:28), *tabernáculo de Jehovah* (Núm. 16:9), y *santuario*, el lugar donde Dios habita (*shakan*⁷⁹³¹) en medio de su pueblo (25:8; 29:45; Núm. 35:34). El tabernáculo simboliza la presencia de Dios con su pueblo; no mora en el monte Sinaí, sino que peregrina con los suyos.

Del verbo *shakan*⁷⁹³¹ el judaísmo postbíblico desarrolló el concepto de “Shekinah” o la “Gloria del Shekinah” para indicar la presencia de Dios en el mundo. El término “Shekinah” no aparece en el AT; sin embargo, el concepto se deriva de *mishkan*⁴⁷²⁰, el tabernáculo. También, el NT refleja el concepto dinámico del verbo *shakan*⁷⁹³¹ (morar), y Juan, cuando vio *un cielo nuevo y una tierra nueva* dijo: *Oí una gran voz que procedía del trono diciendo: “He aquí el tabernáculo de Dios está con los hombres, y él habitará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios...”* (Apoc. 21:3; ver Juan 1:14: *habitó* = “acampó” o “armó su tienda”).

(3) La ofrenda entregada, 35:20–29. El santuario debía ser digno de ser la habitación de Jehovah. Si iba a servir como el lugar de comunicación entre Dios y el pueblo, no debía ser erigido por fondos de ninguna autoridad central ni debían entrar fondos de ningún tipo de impuesto obligatorio. Consecuentemente, la ofrenda era voluntaria; los materiales eran de los mejores (25:3–7), y el pueblo tenía acceso libre para adorarlo y consultar con Dios. Por cierto, se guardaba la santidad de Dios y los sacerdotes servían como intermediarios entre Dios y la gente; sin embargo, el Señor democratizó el proceso y el pueblo se identificaba personalmente con el culto de adoración y conmemoración.

Entre aquellos que salieron de Egipto no había problema en encontrar las diversas clases de artífices, hombres y mujeres, capacitados para realizar a la perfección los diseños del tabernáculo y sus accesorios. Además, de los bienes que trajeron consigo a la salida (12:35, 36; 11:2), tuvieron lo suficiente en materiales y riquezas variadas para llevar a cabo la obra de construcción.

El llamado para los materiales básicos para la obra (35:5–9) apelaba a los *de corazón generoso* (v. 5), e incluía la mano de obra: *Todo hombre que entre vosotros sea sabio de corazón venga y haga todas las cosas que Jehovah ha mandado...* (v. 10). Se buscaban artesanos para construir el tabernáculo (v. 11), el mobiliario (vv. 12–15), el atrio (vv. 16–18), las vestiduras para el santuario (v. 19) y las vestiduras para los sacerdotes (v. 19). ¡Cualquiera habilidad que uno tuviera, había lugar para usarla para la gloria de Dios! Se llamó a los disponibles a dedicar sus dones a la causa del Señor.

La respuesta a la primera ofrenda “pro santuario” fue admirable. El contraste es notable; hacía poco habían traído sus aretes de oro como contribuciones para el becerro de oro (32:2, 3), y ahora, con espíritu de *generosidad trajeron la ofrenda de Jehovah, para la obra del tabernáculo de reunión, para todo su servicio y para las vestiduras sagradas* (v. 21). Los *hombres y mujeres* trajeron ofrendas de oro (v. 22), de materiales (v. 23), de plata y bronce (v. 24), de madera (v. 24b), de telas tejidas (vv. 25, 26), de piedras preciosas (v. 27) y de especias y aceite (v. 28). Se hacía hincapié en la participación de las mujeres, que no gozaban de muchas libertades en aquella época. Tan generosos fueron todos que hubo *mucho más de lo necesario para llevar a*

cabo la obra (36:5), y Moisés tuvo que mandar que nadie hiciera *nada más como ofrenda para el santuario* (36:6) porque *había material suficiente para hacer toda la obra, y aun sobraba* (36:7).

(4) Los artesanos de la obra, 35:30–36:7; 31:1–11. Jehovah llamó a Bezaleel y a Oholiab a ser los encargados de la obra. Las cualidades de Bezaleel eran admirables: Estaba lleno *del Espíritu de Dios* (v. 31), lo que indica que era lleno del poder de Dios (no pensaban del *Espíritu* en aquel entonces como una entidad separada de Dios mismo); además, el Señor le había llenado *con sabiduría, entendimiento, conocimiento y toda habilidad de artesano...* (v. 31), y puso *en su corazón la capacidad para enseñar, tanto él como Oholiab...* (v. 34). En aquella época, se consideraba el *corazón* como el sitio de la voluntad, o lo que significa hoy en día la *mente*. Bezaleel era un hombre sabio, inteligente, preparado, artístico y no egoísta. En el servicio del Señor puso la habilidad de sus manos, la inteligencia de su mente, la voluntad de su persona y la buena disposición de enseñar a otros para el bienestar de la obra de Dios. Bezaleel y Oholiab deben ser ejemplos para todos los que sirvieran a Dios en todas las edades.

Joya bíblica

El pueblo trae mucho más de lo necesario para llevar a cabo la obra que Jehovah ha mandado que se haga (36:5)

(5) La construcción del tabernáculo, 36:8–38; 26:1–37.

El tabernáculo propiamente dicho estaba rodeado de un atrio abierto cuya medida era de cien codos (45 m.) por cincuenta codos (22.5 m.). La entrada al atrio estaba al este (27:13) y en el patio principal estaba el altar del holocausto y la fuente.

Semillero homilético

La construcción del tabernáculo

(35:4–29; 36:5, 6; 39:32, 33, 43)

Introducción: La necesidad de un tabernáculo. Establecer un paralelismo entre esta necesidad y la necesidad de la iglesia que se desea enfrentar.

Ellos imaginaron un hermoso lugar de adoración.

El Señor había sancionado el plan.

El plan fue hecho en detalle.

El plan fue seguido.

El pueblo fue desafiado a dar.

La ofrenda era necesaria.

La ofrenda fue ordenada por el Señor.

Debía ser hecha solamente por los de corazón dispuesto.

Fue hecha de una manera específica.

El pueblo respondió.

La respuesta fue generosa y dispuesta.

La respuesta fue de acuerdo con la capacidad.

Hombres.

Mujeres.

Gobernantes.

La ofrenda fue tan abundante que tuvo que ser suspendida.

Prevaleció el espíritu de cooperación.

El resultado fue exitoso.

Conclusión: Cuando el Señor ordena a su pueblo y éste responde de corazón, muchas cosas se pueden lograr.

El tabernáculo mismo tenía la forma de una tienda dentro de otra tienda. Se hizo la tienda exterior de tapices de pelo de cabra (36:14–18) sobre la cual pusieron *una cubierta de pieles de carnero teñidas de rojo, y sobre ésta puso una cubierta de pieles finas* (36:19). Posiblemente las pieles finas eran de delfín.

La tienda interior, es decir el tabernáculo mismo, estaba hecho de tapices *de lino torcido, de material azul, de púrpura y de carmesí. Y los hizo con querubines, obra de fina artesanía* (v. 8). Se estiraban los tapices sobre un marco hecho de tablones de madera de acacia recubiertos con oro (vv. 20, 34). El tabernáculo medía 30 codos (13.5 m.) de largo por 10 codos (4.5 m.) por 10 codos (4.5 m.) de alto (ver 1 Rey. 6:2 para la medida del templo de Salomón). Tenía 48 tablones de madera de acacia (vv. 23, 25, 27, 28). Los tablones tenían dos espigas cada uno para ser trabadas una con otra (v. 22) y tenían dos bases debajo de cada tablón (v. 24). Había 20 tablones para el lado sur (v. 23), 20 para el lado norte (v. 25) y 8 para el lado posterior, es decir, al oeste (vv. 27, 28). Se los mantenían con travesaños de madera (vv. 31–33) recubiertos de oro (v. 34b) y de aros (v. 29). La estructura de madera tenía tres lados. La entrada, del este, tenía una cortina *de material azul, de púrpura, de carmesí y de lino torcido, obra de bordador* (v. 37) con cinco pilares recubiertos de oro para sostener la cortina.

El espacio interior se dividía en dos partes diferentes: el lugar santo (20 x 10 x 10 codos = 9 x 4.5 x 4.5 m.), y el lugar santísimo (26:33; 10 x 10 x 10 codos = 4.5 x 4.5 x 4.5 m.). Entre las dos partes colgaba un velo *de material azul, de púrpura, de carmesí y de lino torcido, decorado con querubines, obra de fina artesanía* (26:31); detrás del velo, en el lugar santísimo, estaba el arca con el propiciatorio (26:34). El arca contenía las tablas de la ley, una vasija de maná y la vara de Aarón que reverdeció. En el lugar santo estaba la mesa, *el candelabro frente a la mesa* (26:35) y el altar de incienso *delante del velo* (40:26).

El tabernáculo y el mobiliario fueron hechos de diversas clases de metal, madera y género. Cuanto más cerca estaba el objeto al lugar santísimo, o a la presencia divina, tanto más costoso y hermoso era. Para los lugares más alejados del lugar santísimo se usaban los materiales más comunes, tales como el bronce y las telas ordinarias. Todo el diseño hacía hincapié en la santidad de Jehovah, y la facilidad de armar y desarmar la estructura; era un santuario portátil para una gente peregrina y su Dios peregrinaba con ellos.

(6) El mobiliario del tabernáculo, 37:1–38:31

a. El arca, 37:1-9; 25:10-22. El arca estaba dentro del lugar santísimo. Era un cajón o cofre oblongo hecho de madera de acacia recubierto de oro por dentro y por fuera. Medía 2.5 codos de largo por 1.5

codos de ancho por 1.5 codos de alto (= 1.27 x .67 x .67 m. aproximadamente). Tenía *una moldura de oro alrededor... además, cuatro aros de oro fundido para sus cuatro patas...* (vv. 2b, 3a). Lo llevaban con dos varas de madera de acacia recubiertas de oro que se metían por los aros.

El arca estaba cubierta por encima con el propiciatorio, el cual era una plancha de oro con dos querubines colocados en los dos extremos frente a frente (35:6, 7; 40:20). Los querubines miraban hacia abajo con sus alas extendidas cubriendo el propiciatorio (vv. 8, 9). Posiblemente tenían la función de ser guardianes de la santidad del lugar (ver Gén. 3:24; 1 Sam. 4:4). Los querubines eran figuras misteriosas que representaban seres celestiales de alto rango. Probablemente, además de las alas, tenían rostro humano y cuerpo de animal (ver los seres vivientes de Eze. 1:5–12; también Sal. 80:1). Por medio de la arqueología se han descubierto figuras de este estilo en el Medio Oriente, especialmente en sitios religiosos.

La palabra *kapporeth*³⁷²⁷, *propiciatorio* (37:6) también significa “cubierta”, la cual indicaría “el lugar de la gracia” o “el trono de la gracia” donde se cubre o perdona el pecado. A favor de la

primera opción, se ve el simbolismo por medio del Día de la Propiciación (*yom*³¹¹⁷ y *kippur*³⁷²⁷, “el día de propiciación”, cuando anualmente el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo llevando sangre para hacer expiación por el pecado de Israel. El hecho de poner el propiciatorio *sobre el arca* (25:21; 30:6; Núm 7:89), indicaría que no era simplemente una cubierta para ésta. Por lo tanto, el propiciatorio estaba arriba de la ley, o el Decálogo, que estaba dentro del arca. Al otro lado, algunos prefieren entenderlo como la “silla” o el “trono de la gracia” o “la misericordia” porque era el lugar donde el símbolo de la expiación “cubrió” realmente el pecado del pueblo por la misericordia del Señor. El verbo *kipper*³⁷²² significa “cubrir”, “tapar”, “apaciguar”, o “propiciar”; entonces, el “cubrir” parece ser una idea más fuerte que “propiciar”. Probablemente para Israel se incluían los dos aspectos del simbolismo y con justicia se puede llamarlo “el propiciatorio” y “el trono de la gracia”.

El Señor dijo que el arca con el propiciatorio sería un símbolo vivo de su presencia con el pueblo: *y desde encima del propiciatorio, de en medio de los querubines... hablaré contigo de todo lo que te mande para los hijos de Israel* (25:22). Con razón se lo consideraba como *su trono entre los querubines* (1 Sam. 4:4; 2 Sam. 6:2; Sal. 99:1; Isa. 37:16).

b. La mesa, 37:10–16; 25:23–30. La mesa medía 2 codos de largo, 1 codo de ancho y 1.5 codos de alto (= 90 cm. x 45 cm. x 67 cm. aprox.). Sobre ella se ponían el pan de la Presencia y los utensilios usados para hacer la ofrenda de libación (25:29–30; ver 2 Rey. 16:13; Ose. 9:4). Tal como el arca, estaba hecha de madera de acacia recubierta de oro puro con *una moldura de oro alrededor* (vv. 10, 11). Tenía cuatro aros de oro fundido y dos varas de madera de acacia recubiertas para transportarla (25:26–28).

El pan simbolizaba la presencia y cuidado providencial del Señor. Se lo llamaba *el pan que está continuamente en la mesa* (Núm. 4:7), *pan sagrado* (1 Sam. 21:4), *pan de la Presencia* (25:30; 1 Sam. 21:6) y *pan de la presentación* (1 Crón. 9:32). Cada sábado se colocaban doce panes en dos hileras y ponían incienso puro sobre cada hilera *como memorial, una ofrenda quemada a Jehovah* (Lev. 24:7). Sólo los sacerdotes en el lugar sagrado podían comerlos (ver Mat. 12:4).

c. El candelabro, 37:17–24; 25:31–40. El candelabro de oro puro modelado a martillo fue construido en una forma que semejava un árbol. Posiblemente se refería al árbol de la vida (Gén. 2:9) y combinaba el concepto de la vida con el de la luz que se asocia con la vida. También tenía dos propósitos funcionales: Proveía luz para un lugar oscuro y daba belleza al lugar santo.

Era todo de una pieza sin soldadura y tenía siete lámparas o brazos (*menorah*⁴⁵⁰¹). El tallo o tronco central era a modo de un almendro, el primer árbol que florecía en la primavera y simbolizaba la vida que despertaba a la voz de Dios (ver Jer. 1:11). Del tallo central arrancaban seis brazos laterales y con *cálices en forma de botón y flor de almendro* (v. 14) para adorno (ver vv. 19–21).

d. El altar del incienso y el aceite, 37:25–29; 30:1–10, 22–38. El altar *era cuadrado, de un codo de largo, de un codo de ancho y de dos codos de alto* (v. 25; = 45 cm. x 45 cm. x 90 cm. aprox.). También estaba hecho de madera de acacia recubierto de oro puro. Tenía cuernos recubiertos de oro y dos aros de oro donde se colocaban las varas para transportarlo. Posiblemente los cuernos simbolizaban la fuerza divina. El altar se colocaba delante del velo que dividía el tabernáculo (30:6) y se quemaba incienso aromático sobre él cada mañana cuando se preparaban las lámparas y cuando se encendían las lámparas al anochecer (30:7, 8).

e. El altar del holocausto, 38:1–7; 27:1–8. El altar del holocausto estaba hecho de madera de acacia recubierta de bronce. Medía *5 codos de largo, de 5 codos de ancho y de 3 codos de alto* (v. 1; = 2.25 m. x 2.25 m. x 1.35 m. aprox.). *El altar era hueco, hecho de tablas* (v. 7) y tenía

aros de bronce con las varas recubiertas de bronce *para transportarlo* (vv. 6, 7); también, la rejilla era de bronce (v. 4). Posiblemente se llenaba el hueco con tierra para proteger la madera del calor del fuego y para conformarse a la ley antigua del altar (ver 20:24). Se consideraba que los *cuernos* (v. 2) eran sagrados y alguien podía, asiéndose de ellos, obtener refugio de los que le buscaban la vida (ver 1 Rey. 1:50; 2:28). No se sabe el significado ni el origen de la creencia; posiblemente se trataba de la santidad atribuida a los cuatro rincones de un objeto.

f. La fuente de bronce, 38:8; 30:17–21. Entre el tabernáculo de reunión y el altar de holocausto colocaban una fuente de bronce. Antes de acercarse al altar para servir o para entrar en el tabernáculo los sacerdotes se lavaban las manos y los pies (30:19–21). La ceremonia simbolizaba la purificación de los sacerdotes; con las manos se trataban elementos sagrados y con los pies caminaban sobre tierra santa (ver 3:5).

Dios es santo: *Para que no mueran* (30:21) sugiere que ningún profano podía vivir en su presencia. La verdad es evidente: nadie tendrá la vida eterna con Dios a menos que se lave en la sangre del cordero de Dios y reciba el perdón de la expiación.

Semillero homilético

El tabernáculo y la adoración

La ofrenda para la morada era un acto de adoración (25:1–8; 35:1–29; 36:3–7).

Era una ofrenda voluntaria (35:5, 29).

De bienes (35:5–9).

De mano de obra (35:10–19).

Era una ofrenda gozosa y sacrificial, no de lo que les sobraba.

Era una ofrenda generosa y de lo mejor (35:21–29).

Era una ofrenda abundante (36:3–7).

Unas enseñanzas acerca de la adoración:

La adoración no limitaba a Dios a un lugar. El tabernáculo era portátil: Dios acompañaba a los suyos.

El primer paso en la adoración era el perdón. Al entrar en el patio el altar era el primer objeto a la vista.

El segundo paso de la adoración era lavarse (limpiarse). El intermediario no podía entrar en el tabernáculo con manos y pies sucios.

El camino de la adoración era alumbrado por el candelero. Dios proveía luz suficiente para que se le acercaran.

Dios proveía lo necesario en el camino de la adoración. La mesa con los panes era una garantía de la presencia providencial de Dios en el camino.

El camino de la adoración era de oración. El altar del incienso significaba el ascenso constante de la intercesión de Dios.

El camino de la adoración llevaba el mismo trono de la gracia. La justicia de Dios era templada por su misericordia; la misericordia de Dios era justa en requerir la obediencia absoluta del comunicante. En Cristo, el velo que separaba el acceso directo de todos fue abolido: se rasgó de arriba abajo.

El camino de la adoración era un camino espiritual. "Dios es espíritu; y es necesario que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad" (Juan 4:24).

En Cristo se encuentra el cumplimiento de la adoración simbolizada en el diseño y la función del tabernáculo.

Cristo es el sacrificio perfecto y final (Heb. 9:11–15).
Cristo es la luz del mundo (Juan 8:12).
Cristo es el pan de la vida (Juan 6:35).
Cristo es el intercesor perpetuo, el sumo sacerdote sin pecado (Heb. 7:2–8:13).
Cristo hace posible el acceso directo a Dios (Mat. 27:51).
Cristo es el propiciatorio (Rom. 3:25).
Cristo se identifica con cada símbolo, salvo con la fuente. ¿Por qué? El NT indica que Cristo es el sacrificio, es pan, es luz, hace intercesión ante el Padre, es el propiciatorio, pero no se lava por estar sin mancha. En él no hubo pecado. Debido a su sacrificio no hay necesidad de que haya una fuente para el creyente; se va a Cristo, quien limpia de todo pecado. El mismo es nuestra fuente de salvación.

En el v. 8 se indica que la fuente fue hecha con el bronce *de los espejos de las mujeres que prestaban servicio a la entrada del tabernáculo de reunión*. El versículo es oscuro; no se encuentran detalles del ministerio de estas mujeres, aunque las había durante el período antes de la monarquía (ver 1 Sam. 2:22). Por cierto es un anacronismo, porque el tabernáculo no había sido construido todavía, y es improbable que se refiera a *la tienda de reunión* de 33:7. Puede significar que era el bronce de las mujeres que iban a prestar servicio a la entrada del tabernáculo. (Los espejos de aquel entonces eran metálicos, muy bruñidos, generalmente hechos de bronce o cobre. No había espejos de vidrio antes de la época romana.) Qué hacían las mujeres? Probablemente eran mujeres piadosas que se turnaban a la entrada del tabernáculo para ejercicios piadosos y para trabajos prácticos de coser, tejer y lavar. La LXX dice *las cuales ayunaban*. Podrían haber sido mujeres de la tribu de Leví; sin embargo, todas las sugerencias son especulaciones.

g. El atrio, 38:9–20; 27:9–19. El atrio era rectangular. Los lados sur y norte medían 100 codos (45 m. aprox.) y tenían 20 pilares en cada lado para sostener las cortinas. Las cortinas medían 5 codos (2.25 m. aprox.) de alto. Los lados oeste y este (la entrada) medían 50 codos cada uno (22.5 m. aprox.). El lado oeste tenía 10 pilares (27:12). El lado del este tenía dos mamparas de 15 codos (6.75 m. aprox.), uno en ambos lados (27:13–15); además, en el medio había una puerta de entrada que medía 20 codos (9 m. aprox.). La puerta tenía una cortina *de material azul, de púrpura, de carmesí y de lino torcido, obra de bordador* (27:16).

Un buen constructor

Era albañil cuando el Señor lo llamó a su servicio. Siempre se gozaba al ver crecer la iglesia. Conocía bien la diferencia entre "la iglesia" que es la gente y la iglesia que es el edificio, donde se reunía "la iglesia" para funcionar como el pueblo de Dios. En cualquier lugar que servía, su ministerio era marcado por el establecimiento de una iglesia fuerte y sólida. Durante la semana se ponía la ropa de obrero y desafiaba a los demás a colocar tantos ladrillos como él. Los domingos se ponía su traje y corbata para predicar, y, Biblia en mano, guiaba a la congregación en el culto de adoración al Señor omnipotente. Su eficacia y fidelidad con la paleta de albañil le daba credibilidad cuando manejaba "la espada" del Señor. Sus dones animaban a los demás a darse a sí mismos, jóvenes y mayores, que ponían sus fuerzas físicas y espirituales a la obra del Señor. Donde él trabajaba, las congregaciones que necesitaban un renuevo espiritual o físico

encontraban una mano capaz y un corazón compasivo.

Los pilares y sus bases eran de bronce (nótense las tres categorías de materiales que reflejaban los grados de santidad del tabernáculo: el atrio, el lugar santo, y el lugar santísimo; bronce, plata, y oro); estaban ceñidos de plata, los ganchos eran de plata (v. 17) y sus capiteles estaban recubiertos de plata (v. 17). Usaban estacas de bronce (27:20), evidentemente para asegurar los pilares; sogas o cuerdas atadas a estacas metidas en la tierra servían de amarraderos.

h. El informe de los materiales usados, 38:21–31. Al terminar la construcción del tabernáculo se ofreció un informe del trabajo y de los metales usados. Bezaleel y Oholiab, los responsables de la obra, mantuvieron una documentación cuidadosa del trabajo. Sabiamente Moisés había mandado que se mantuviera un registro de todo bajo la dirección de Itamar (v. 21).

Probablemente las medidas de peso varían considerablemente de los equivalentes sugeridos en la actualidad, pues las medidas todavía no habían sido uniformadas; no obstante, dará una indicación de la magnitud del trabajo (ver Núm. 7:3–9 para la manera de transportar el tabernáculo).

En la pág. 794 de la RVA se encuentra una tabla de pesas y medidas para el AT, sobre la cual se basan los cálculos: la ofrenda de oro sumó 29 talentos y 730 siclos (v. 24; aprox. 957 kg. + 8 kg. = 965 kg.); la plata de los inscritos (ver 30:11–15) alcanzó 100 talentos y 1.775 siclos (v. 25; aprox. 3.3 toneladas + 19.5 kg.); el bronce pesó 70 talentos y 2.400 siclos (v. 29; aprox. 2.3 toneladas + 26.4 kg.). En total, el informe indicó un poco más de seis toneladas (aprox.) de metales usados en la construcción del tabernáculo.

(7) Las vestiduras de los sacerdotes, 39:1–31

a. Las instrucciones divinas, 39:1. En primer lugar se notarán varias cosas acerca de las vestiduras de los sacerdotes: (1) Debían estar limpias y sagradas para que dieran gloria y esplendor (28:2, 4); debían honrar a Jehovah y reflejar su santidad para entrar en su presencia. (2) Los vestidos debían ser hechos por personas dedicadas y llenas del espíritu de sabiduría (28:3). (3) Las indicaciones iniciales eran para la ropa de Aarón, el sumo sacerdote; las otras vestiduras sacerdotales eran menos impresionantes (ver 39:27–31; 28:36–43). (4) Los sacerdotes no podían usar estas vestiduras fuera del lugar sagrado (28:4, 43). (5) No se mencionaban nunca las sandalias, lo cual implica que andaban descalzos en el desempeño del oficio (ver 3:5). (6) Los vestidos eran siempre de lino.

b. El efod, 39:2–7; 28:5–14. Parece que el efod era una especie de chaleco (ver 1 Sam. 2:18; 2 Sam. 6:14; para otro uso del término, Jue. 8:26, 27; 1 Sam. 21:9). Fue hecho del mismo material usado para el velo, *de oro, y de material azul, de púrpura, de carmesí y de lino torcido* (v. 2). Constaba de dos hombreras unidas en las cuales se fijaron dos piedras de ónice grabadas con los nombres de los hijos de Israel en orden de su nacimiento (28:9, 10; 39:6); eran *piedras memoriales para los hijos de Israel* (28:12). ¡Cuando Aarón se presentaba delante del Señor llevaba consigo los nombres de su pueblo! El efod se sujetaba al cuerpo por un hermoso cinturón *de la misma hechura y de los mismos materiales* (v. 5).

c. El pectoral del juicio, 39:8–21; 28:15–30. Ponían *el Urim y el Tumim en el pectoral del juicio* para que llevara *continuamente Aarón el juicio de los hijos de Israel sobre su corazón, en presencia de Jehovah* (28:30). El pectoral era una bolsa rectangular, semejante en materia y construcción al efod, al que se le fijaban doce piedras preciosas, colocadas en cuatro filas, con los nombres de las doce tribus grabados en oro. El propósito de los nombres era similar a los del efod (28:29 con 12). El pectoral colgaba de dos cadenas de oro abrochadas a los ónices del efod; así que se lo llevaba sobre el pecho del cual se derivaba el nombre.

En la bolsa se guardaban el Urim y el Tumim (28:30), las suertes sagradas, probablemente piedras, que servían para averiguar la voluntad divina. No se sabe con certeza la derivación de los nombres, ni la manera de emplearlos. Lo cierto es que podrían dar únicamente la respuesta *sí* o *no* a una pregunta hecha (ver 1 Sam. 14:36–42). En cuanto a asuntos importantes, el Señor prometió revelar su voluntad al sumo sacerdote por este medio.

d. La túnica del efod, 39:22–26; 28:31–35. La túnica era una especie de poncho tejido de color azul *con un borde alrededor de la abertura, para que no se rompiera* (v. 23). En los bordes inferiores hicieron *granadas de material azul, de púrpura, de carmesí y de lino torcido* (v. 24). El granado era un producto de la tierra prometida (ver Deut. 8:8; Núm. 20:5), y en el folclore era un símbolo de fertilidad. A la túnica se ponían campanillas de oro puro *entre las granadas alrededor de los bordes*. . . (v. 25) para anunciar la presencia del sacerdote cuando estuviera en el santuario, para que no muriera (28:35). Parece que no debía entrar en la presencia del Santísimo abruptamente o sin previo aviso. Las campanillas también permitían a los que adoraban afuera escuchar el movimiento del sacerdote dentro del tabernáculo.

Verdades prácticas

1. El tabernáculo principal del Señor está en el corazón de su pueblo. Por medio de Cristo, todos, judíos y gentiles, encuentran paz con Dios y unidad en un solo cuerpo por medio de la cruz (Ef. 2:14–16). "En él todo el edificio, bien ensamblado, va creciendo hasta ser un templo santo en el Señor" (Ef. 2:21, 22).

2. Dios quería que Israel lo obedeciera, que trabajara y que lo honrara con sus bienes, que empleara los dones naturales para edificar el tabernáculo y que sirviera a los demás pueblos para que ellos conocieran también la salvación divina. No ha cambiado su parecer al constituir la comunidad nueva en Cristo (Gál. 6:14–16).

e. Otras vestiduras, 39:27–31; 28:36–43. Para Aarón y sus hijos hicieron vestidos, turbantes y pantalones todos de lino (v. 28). Para Aarón hicieron una lámina de oro puro en forma de flor para su turbante, sobre la cual se grabó de sello, *Consagrado a Jehovah* (28:36). El sumo sacerdote se acercaba más que cualquier otro a la presencia del Señor y por eso era santificado de una manera especial. La lámina identificaba a Aarón como el representante santo de su pueblo ante Jehovah y era responsable por el cumplimiento del rito encargado a Israel (28:38). La vestidura de Aarón se completaba con un vestido de lino, un cinturón (28:39) y pantalones (28:42).

Verdades prácticas

1. La presencia del Dios viviente da significado a la vida. Dios no promete una vida fácil, ni riquezas materiales; no promete el éxito en el mundo, ni el aplauso de los hombres. En contraste, promete una bendición mucho mayor, la cual es su eterna presencia viviente con los suyos (Mat. 28:20).

2. En la construcción del tabernáculo no había ninguna separación entre lo sagrado y lo secular. Los artesanos que diseñaron y construyeron el tabernáculo estaban llenos del Espíritu de Dios. Las ofrendas y el trabajo de todos hizo posible la construcción. Así, toda labor emprendida para la gloria de Dios es sagrada ante sus ojos; y todos, pastores y laicos, deben trabajar juntos para extender su reino.

3. La experiencia de adoración pura hacía real la presencia de Dios entre

los suyos. Por medio del culto se alimenta, se sostiene y se afirma la realidad de la presencia de Dios. Por medio de conmemorar los hechos divinos en la historia y en la vida de uno se renuevan los vínculos del pacto y la dedicación hacia el Señor, el autor de la redención. Para que la adoración sea eficaz y duradera, un día apartado y un lugar apropiado para ella son elementos indispensables para mantenerla.

4. La presencia de Dios con su pueblo nómada en el desierto es una promesa de su presencia en la vida nómada moderna. Hoy hay una nueva ola de personas nómadas arrojadas al desierto de la vida. Son personas desconectadas de su pasado que buscan soluciones a sus problemas o una mejoría de su condición socioeconómica. Como nómadas modernos, ¿cómo hemos de comportarnos? ¿Haremos nuestros dioses propios, nuevos becerros de oro? O ¿descubriremos de nuevo la presencia de Dios aun en medio de nuestras andanzas por nuestro desierto? ¿Andaremos con Dios o andaremos solos? El Dios que viaja con los suyos espera nuestra respuesta.

Para los hijos de Aarón hicieron *vestidos y cinturones. . . y turbantes para gloria y esplendor* (28:40). Sin embargo, antes de servir como sacerdotes tenían que ser ungidos, investidos y consagrados (28:41). *Ungir* significa “llenar las manos”; posiblemente significaba llenar las manos con un sacrificio, o con el trabajo del servicio. *Consagrar* indica “apartar para el servicio de Dios”. El sacerdote debía identificarse con el Señor, debía tener las manos dedicadas a la tarea y debía ser apartado para el servicio de Dios.

Además, a todos se les hicieron pantalones para usar en el tabernáculo, tanto como en el servicio fuera del altar de holocausto (28:42, 43). A los sacerdotes se les cubrían los órganos sexuales durante su ministerio (ver la discusión sobre 20:26). Los hombres no acostumbraban llevar pantalones. El culto de Israel nunca debería parecerse en lo más mínimo a la degradación de los cultos de fertilidad de otros pueblos de la zona; el culto de Israel debía conducirse con decoro, y siempre debía recordar la santidad de Dios y honrarlo con todo, aun en la manera de vestirse al servirle o al entrar en su presencia.

(8) La obra de la morada terminada, 39:32–43. Acabaron *la obra de la morada. . . conforme a todo lo que Jehovah había mandado a Moisés; así lo hicieron* (v. 32). Llevaron a Moisés todo el trabajo terminado para su inspección (vv. 33–42) y al verlo *hecho como Jehovah había mandado. . . los bendijo* (v. 43).

(9) El tabernáculo erigido, 40:1–33. Fue el *primer día del mes primero* (v. 2) cuando Jehovah le dijo a Moisés que levantara el tabernáculo, y éste le dio la orden al pueblo (vv. 1–11). La fecha se especifica bien en el v. 17: fue *el primer día del mes primero del segundo año*, lo que significa que lo levantaron once meses y medio después del éxodo (12:2, 6, 18). El viaje a Sinaí duró tres meses; estuvieron en Sinaí unos nueve meses antes de erigir el santuario, y la estadía allí duró unos once meses (19:1; Núm. 10:11, 12).

Jehovah también ordenó que Moisés consagrara a Aarón y a sus hijos para el sacerdocio perpetuo (vv. 12–15). La ceremonia de consagración, *el llenar las manos* (ver 28:41), se encuentra en el cap. 29. Simbólicamente eran separados de las tareas comunes para que desempeñasen los deberes sacerdotales; eran lavados con agua (29:4) y eran ungidos con aceite (29:7). Durante la ceremonia sacrificaban un becerro y dos carneros: el becerro servía como una ofrenda por el pecado (29:10–14), el primero de los carneros era dedicado como un holocausto (29:15–18) y el segundo era un sacrificio de paz (29:28), lo que significaba que una parte del mismo lo comían los sacerdotes (29:31–34). Al poner sus manos sobre las cabezas de los

animales los sacerdotes se identificaron con los sacrificios. En una parte especial de la ceremonia ponían sangre del animal degollado sobre el lóbulo de las orejas derechas de Aarón y sus hijos, *sobre el dedo pulgar de sus manos derechas y sobre el dedo pulgar de sus pies derechos* (29:19, 20). Simbólicamente la sangre consagraba sus oídos para escuchar la voz divina, sus manos para hacer la voluntad divina, y sus pies para andar en el camino y servicio del Santo de Israel.

La ceremonia de la consagración de Aarón y sus hijos duró siete días (29:35) e incluyó la expiación y santificación del altar (29:36, 37). Por cierto, los ritos exteriores y los vestidos especiales simbolizaban públicamente la dedicación interior que debiera acompañar el ministerio en nombre del Señor. Moisés hizo todo lo que el Señor le mandó (v. 16); después, puso las tablas del testimonio dentro del arca y puso el propiciatorio encima de ella (v. 20). Paso por paso siguió las instrucciones y *acabó la obra* (v. 33b). El pueblo debió haber tenido un gran sentido de satisfacción; meses antes el Señor le había dicho que la señal de su presencia sería que iban a servirle en el monte Sinaí (3:12). Dios fue fiel a su palabra; se había cumplido la promesa.

(10) La gloria del Señor llena el tabernáculo, 40:34–38. Después de la ceremonia de dedicación, *la nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehovah llenó la morada* (v. 34). Con la entrega de la ley y el establecimiento de las instituciones del tabernáculo y el sacerdocio, se cambió la función de Moisés. Había servido como caudillo, profeta y sacerdote pero ahora, *Moisés no podía entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehovah había llenado la morada* (v. 35). La presencia visible del Señor puso su sello de aprobación sobre la gente, el tabernáculo mismo, e indicaba que Israel sería *un reino de sacerdotes y una nación santa* (19:6): Jehovah era Rey. Como soberano, él indicaría cuándo partirían de un lugar y cuándo se quedarían; *en todas sus etapas, la nube de Jehovah estaba de día sobre el tabernáculo; y el fuego estaba allí de noche, a la vista de toda la casa de Israel* (v. 38). Moisés le serviría de profeta (ver 7:1, 2) e intérprete de la ley; Aarón y sus hijos desempeñarían la función ceremonial de sacerdotes; el Decálogo serviría de constitución legal, y el Señor que los había redimido y los había llamado a sí mismo estaba presente para guiarlos y ser su Rey soberano.

De ser un pueblo esclavizado Dios los había convertido en una nación libre, en un pueblo peregrino en marcha hacia la tierra prometida, y el Señor peregrinaba con ellos. Años más tarde, con la desobediencia de la nación, el apóstol Juan volvió al tema y dijo que Dios no había fracasado en su propósito, sino que había puesto su tabernáculo entre nosotros en la persona de su Hijo: *Y el Verbo se hizo carne y habitó* (lit. "puso su tienda") *entre nosotros, y contemplamos su gloria, como la gloria del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad* (Juan 1:14). Después dijo: *La ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo* (Juan 1:17). ¡La gloria de Dios ha llenado el mundo, y el reino es de él para siempre!

Verdades prácticas

1. La presencia del Dios viviente da significado a la vida. Dios no promete una vida fácil, ni riquezas materiales; no promete el éxito en el mundo, ni el aplauso de los hombres. En contraste, promete una bendición mucho mayor, la cual es su eterna presencia viviente con los suyos (Mat. 28:20).

2. En la construcción del tabernáculo no había ninguna separación entre lo sagrado y lo secular. Los artesanos que diseñaron y construyeron el tabernáculo estaban llenos del Espíritu de Dios. Las ofrendas y el trabajo de todos hizo posible la construcción. Así, toda labor emprendida para la gloria

de Dios es sagrada ante sus ojos; y todos, pastores y laicos, deben trabajar juntos para extender su reino.

3. La experiencia de adoración pura hacía real la presencia de Dios entre los suyos. Por medio del culto se alimenta, se sostiene y se afirma la realidad de la presencia de Dios. Por medio de conmemorar los hechos divinos en la historia y en la vida de uno se renuevan los vínculos del pacto y la dedicación hacia el Señor, el autor de la redención. Para que la adoración sea eficaz y duradera, un día apartado y un lugar apropiado para ella son elementos indispensables para mantenerla.

4. La presencia de Dios con su pueblo nómada en el desierto es una promesa de su presencia en la vida nómada moderna. Hoy hay una nueva ola de personas nómadas arrojadas al desierto de la vida. Son personas desconectadas de su pasado que buscan soluciones a sus problemas o una mejoría de su condición socioeconómica. Como nómadas modernos, ¿cómo hemos de comportarnos? ¿Haremos nuestros dioses propios, nuevos becerros de oro? O ¿descubriremos de nuevo la presencia de Dios aun en medio de nuestras andanzas por nuestro desierto? ¿Andaremos con Dios o andaremos solos? El Dios que viaja con los suyos espera nuestra respuesta.

PLAN GENERAL DEL COMENTARIO BIBLICO MUNDO HISPANO

Tomo Libros que incluye Artículo general

- 1 Génesis Principios de interpretación de la Biblia
- 2 Exodo Autoridad e inspiración de la Biblia
- 3 Levítico, Números y La ley Deuteronomio
- 4 Josué, Jueces y Rut La arqueología y la Biblia
- 5 1 y 2 Samuel, 1 Crónicas La geografía de la Biblia
- 6 1 y 2 Reyes, 2 Crónicas El texto de la Biblia
- 7 Esdras, Nehemías, Ester Los idiomas de la Biblia y Job
- 8 Salmos La adoración en la Biblia
- 9 Proverbios, Eclesiastés Géneros literarios del Antiguo y Cantares Testamento
- 10 Isaías Teología del Antiguo Testamento
- 11 Jeremías y Lamentaciones Instituciones del Antiguo Testamento
- 12 Ezequiel y Daniel Historia de Israel
- 13 Oseas, Joel, Amós, Abdías, El mensaje del Antiguo Jonás, Miqueas, Nahúm, Testamento para la iglesia Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías

El Comentario Bíblico Mundo Hispano es un proyecto en el que

participan unos 150 líderes evangélicos del mundo hispano. Usted puede encontrar más información en cuanto a la diagramación y contenido de los diferentes tomos leyendo el Prefacio (pp. 5–8).

Tomo Libros que incluye Artículo general

- 14 Mateo El período intertestamentario
- 15 Marcos El mundo grecorromano del primer siglo
- 16 Lucas La vida y las enseñanzas de Jesús
- 17 Juan Teología del Nuevo Testamento
- 18 Hechos La iglesia en el Nuevo Testamento
- 19 Romanos La vida y las enseñanzas de Pablo
- 20 1 y 2 Corintios El desarrollo de la ética en la Biblia
- 21 Gálatas, Efesios, Filipenses, La literatura del Nuevo Colosenses y Filemón Testamento
- 22 1 y 2 Tesalonicenses, El ministerio en el Nuevo 1 y 2 Timoteo y Tito Testamento
- 23 Hebreos, Santiago, El cumplimiento del Antiguo 1 y 2 Pedro y Judas Testamento en el Nuevo Testamento
- 24 1, 2 y 3 Juan, Apocalipsis La literatura apocalíptica e Indices

6

⁶Carro, Daniel ; Poe, José Tomás ; Zorzolia, Rubé O.: *Comentario Bíblico Mundo Hispano Tomo 2: Exodo*. Editorial Mundo Hispano, 1994; 2003, S. 235